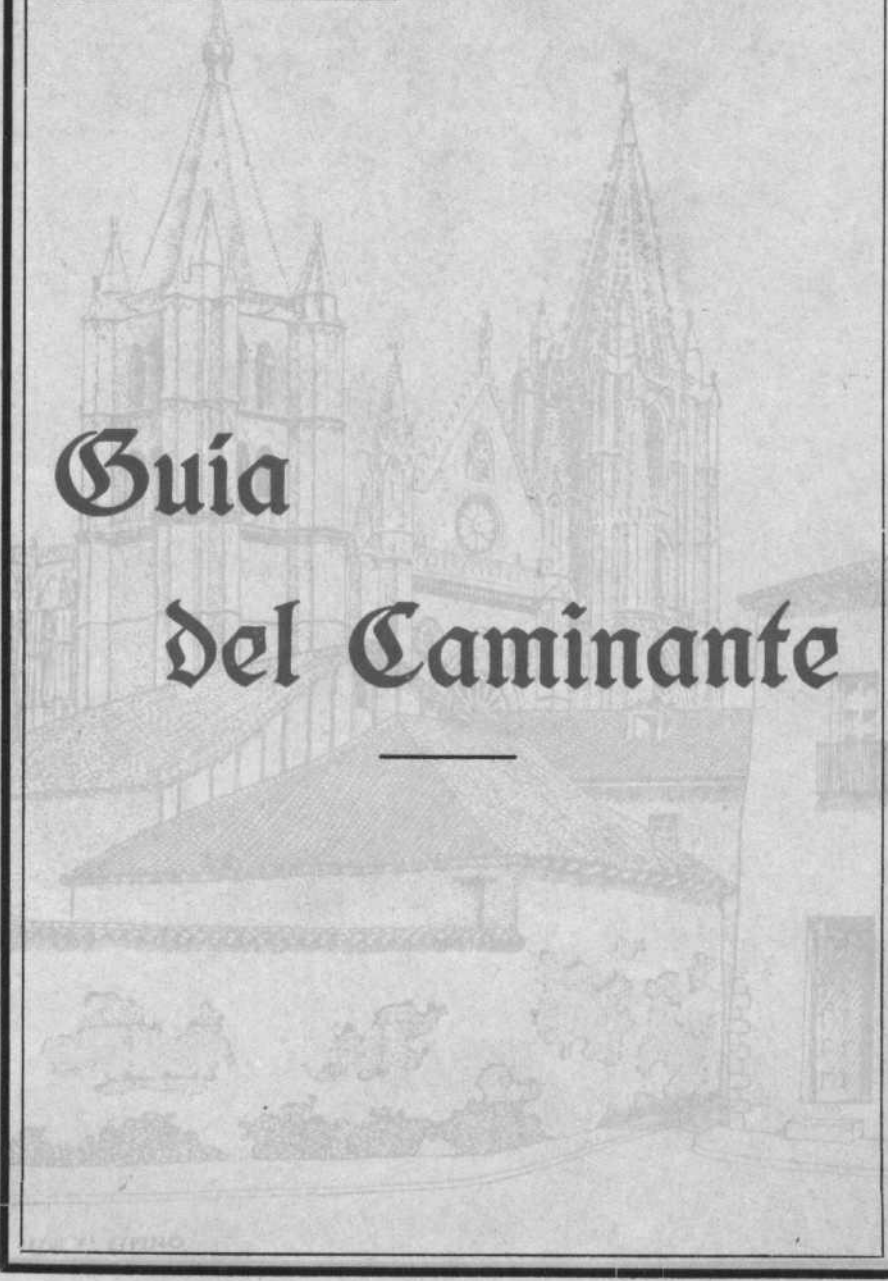
Mariano D. Berrueta



Guía del Caminante

Mariano D. Berrueta

Depósito legal
LE 4-1958

Guía del Caminante

En la ciudad de León

León
Imprenta Provincial
1957

T/T: 81367
C. 1095419

PRÓLOGO

Lector curioso que, con evidente acierto, buscas tu deleite espiritual en la lectura de este último libro de Berrueta, sacado a la luz después del fallecimiento de su autor en ofrenda de filiales ternuras, bien hicieras pasando por alto este prólogo, tan pobre como innecesario, para no frenar tus naturales impaciencias de saborear unas páginas cuyos méritos están garantizados por la valía del escritor y el propósito que le inspiró, que no fué otro que el de volcar en bellos conceptos una vez más su devoto amor a la catedral leonesa y difundir al propio tiempo el conocimiento de nuestro monumento incomparable.

Y me ha urgido advertir la pobreza de estas líneas mías con toda lealtad y sin falsa modestia, ya que han de llevar el sello de procedencia, proclamando la poquedad del ingenio a que deben su origen. Las he calificado también de innecesarias, por cuanto ellas no van a realizar ningún cometido de los ordinariamente encomendados a esta clase de pórticos de las obras literarias: el descubrimiento de valores. Sería vana e impertinente la pretensión de descubrir un publicista nacionalmente conocido y señalar una labor unánimemente admirada.

Porque Berrueta, de buena estirpe de escritores, lejos de desmerecer de ella, la abrillantó con sus bien ganados prestigios. No en vano se consagró al estudio desde su primera juventud, lo que le permitió adquirir una vastísima cultura, de que jamás se mostró avaro, puesto que la difundía con prodigalidad en libros, folletos, artículos y conferencias e incluso en sus conversaciones particulares. Catedrático, su condición profesional le acompañaba siempre a todas partes, aleccionando con naturalidad y sencillez, sin engolamientos. Ello le permitió ser maestro de todos sus amigos y amigo de todos sus discípulos.

Fué su producción copiosa y variada, como correspondía a la inquietud de su elevado espíritu, siempre vigilante, dispuesto a captar todos los progresos del arte y de la ciencia, sin sentirse nunca ajeno a los movimientos científicos y literarios, que enjuiciaba con la certera visión de su privilegiado talento. Pocos como él habrán abarcado tan amplios horizontes en los más diversos campos del saber. Pero su preferente dedicación fué inspirada por un leonesismo inteligente, lleno de cordialidad hacia esta bendita tierra, a la que consagró sus afanes desde que, a principios de siglo, muy joven todavía, llegó a nuestra ciudad a desempeñar una cátedra en el Instituto de segunda enseñanza, del que fué Director durante muchos años. Cuando vino a León traía consigo considerable bagaje de éxitos conseguidos en la prócer y universitaria ciudad de Salamanca, con artículos periodísticos y premios otorgados a su labor en certámenes y competiciones.

El encanto de nuestra urbe, que en aquel entonces apenas traspasaba los límites de sus murallas y se hallaba reducida a su parte vieja, preclaro relicario guardador de historias y tradiciones, ganó muy pronto a Berrueta, que gustaba de sumergirse en su ambiente, saborear el embrujo de sus calles y plazuelas, contemplar sus monumentos y reconstruir su pasado, ayudado de su poderosa imaginación, en su afán de idealizar la realidad, ya de suyo sugestiva y por él conocida, del remoto ayer de nuestro pueblo, cuyos bellísimos rincones no tardaron en serle familiares.

Y así fué un leonés más, leonés de excepción, con el que se contó para todas las grandes empresas espirituales, de cultura y de arte.

Recorrió la provincia, afanoso de descubrir las inmensas bellezas que atesora, extasiándose con la grandiosidad de sus paisajes, recios e imponentes en las sierras de picos gigantes, ambiciosos de rasgar los tules celestiales; suaves, dulces, serenos en las vegas, donde los pueblecitos de casas terrosas se recatan pudorosos tras la tupida cortina de los chopos característicos de la región; idílicos, mimosos, aterciopelados en el Bierzo, anticipo de la cariciosa Galicia de las morriñas y saudades, y amplios, ilimitados, abiertos los de las grandes tierras paniegas que se orientan camino de Castilla en llanadas inmensas, parejas de las que inspiraran a Ferrari a impulsos de su amor filial rotundos versos, en que proclamara su convencimiento de que

«Si en los altos vericuetos hasta Dios el hombre sube,
solamente en las llanuras hasta el hombre baja Dios.»

Sensible a las bellezas de nuestros paisajes, quiso así mismo conocer el alma de las gentes. Y, para ello, hubo de entablar relación con pastores, mineros y labrantines en los medios mismos en que desarrollaban sus

actividades, celebraban sus alegrías y rumiaban sus penas. Subió a las brañas solitarias de la alta Babia a compartir con rabadanes y zagales las migas de la clásica calderada, mientras admiraba la rusticidad discreta de sus decires cuajados de modismos que la trashumancia de sus peregrinajes por tierras extremeñas les hiciera adquirir. Entró en las cocinas ennegrecidas por el humo denso de los piornos, asistiendo a los filandones donde los ancianos relataban leyendas pavorosas, hilaban en silencio las mujeres el albo vellón de sus corderos y la mocedad secreteaba para enhebrar sus sueños y esperanzas en el sutil hilo de un amor que promete —y no siempre cumple—felicidades inacabables. Asistió a los aluches en las romerías y fiestas ribereñas a contemplar el empuje gallardo de los mozos, afanosos de conquistar por su fortaleza y habilidad la simpatía de las rapazas, entre las que alguno de los luchadores presagiaba que se encontraría, anhelosa de su triunfo, la que mañana había de ser la compañera de su vida.

Presenció el paso de la ronda por la aldea dormida en las noches que blanquea la luna propicia a las ensoñaciones, y supo de la emoción que presta a los cantares populares la paz solemne de los crepúsculos en las cercanías de la noche de San Juan, el Señor San Juan *en el ingenuo decir aldeano, que hace brotar en las ventanas de las novias las enramadas prometedoras.*

Berrueta supo extraer de todo: paisajes, gentes, usos, trabajos y diversiones, la pura esencia de los valores leoneses, el alma de este pueblo ejemplar, espléndido para corresponder agradecido a los favores que recibe, supervalorándoles generosamente con auténtico señorío. Por eso entregó su cariño y otorgó su admiración a Berrueta queriendo pagar el amor que éste le consagró, que tuvo expresión en las magníficas glosas que dedicaba a los acontecimientos regionales dignos de ser registrados. Muchos años antes de que la Excma. Diputación, haciéndose eco del unánime sentir leonés, le otorgase el nombramiento de Cronista oficial de la provincia, venía siendo ya su cronista efectivo, desinteresado y espontáneo, tenazmente empeñado en contribuir a la conservación de sus tradicionales usos y la pervivencia de sus recias virtudes.

Acude a mi memoria el recuerdo de un concurso, celebrado a iniciativa de otro leonesista excepcional, Don Filemón de la Cuesta, a la sazón Director de «El Diario de León», para destacar y premiar las mejores letras de las canciones populares de nuestra región. Benevolencias, que no méritos, me hicieron figurar en el Jurado encargado de fallar el concurso, por cierto constitutivo de un éxito, ya que se recibieron millares de cantares de las diversas comarcas integrantes de la provincia, unos más conoci-

dos, menos divulgados otros; pero todos dignos del detenido examen a que les sometimos, reuniéndonos para ello durante varias noches en unas veladas llenas de encanto en casa de Berrueta, alrededor de la insustituible camilla familiar. Por tácito asentimiento de todos, presidía Don Mariano, y era de ver la agudeza con que analizaba los cantares, penetraba sus intenciones y exprimiendo su jugo, ponía de manifiesto el alcance de las ironías con que en muchos de ellos se hacía patente el buen sentido e ingenioso donaire de nuestros aldeanos, si faltos de refinamientos culturales, de un talento natural extraordinario.

Una vez terminada nuestra misión, tuvo Berrueta la feliz idea de recoger la mayor parte de aquellas canciones en un «Cancionero leonés», llevado del plausible afán de que no se perdieran—cosa harto fácil en el vertiginoso correr de los tiempos—tantas bellezas como se condensaban en los breves renglones de tales cantares, muchos de los cuales podrían calificarse de deliciosas miniaturas, en las que se habían plasmado las nobles cualidades de nuestras gentes rurales. Sirva de ejemplo éste:

«¿Cómo la pudiste, majo, enamorar?'
Yo la enamoré
con buenas palabras
y hombría de bien.»

He dejado dicho que Don Mariano Berrueta fué un literato fecundo y polifacético, pues su labor abarcó desde el artículo periodístico a la comedia, pasando por libros de historia, arte y crítica. Sin embargo, siento una gran complacencia al poder consignar que la mayor parte de su obra es la consagrada a León. Y dentro de ésta, la mejor la que dedicó a la catedral, nuestra Pulchra leonina, su verdadera musa inspiradora.

La catedral no guardaba para él secreto alguno. Creo—y bien puede perdonarse la hipérbole—que le hubiera sido fácil informarnos del número exacto de los sillares invertidos en la canstrucción de la maravilla arquitectónica que es el impar templo, objeto constante de su estudio escrupuloso y absorbente hasta el punto de que recorriendo y escudriñando sus naves, capillas y claustro pasaba a diario varias horas, equivalentes a más de la mitad de su existencia, olvidado de todo, tan fuera de las realidades prosaicas del mundo, que precisaba ser avisado por el personal de la Sacristía cuando llegaba el momento de cerrar. Un día que omitieron el aviso, en el supuesto de que ya habría salido por haber pasado con exceso la hora de la comida, quedó cerrado allí, sin poder regresar a su casa, donde se produjo la consiguiente alarma, hasta que se franquearon las puertas para dar entrada a los capitulares que acudían a coro.

Las más relevantes personalidades, españolas y extranjeras, venidas a León, atraídas en muchas ocasiones por el deseo de conocer bien la catedral, encontraron en Don Mariano Berrueta el mejor cicerone, del cual quedaban admirados, incluso los visitantes especializados en Arqueología, al descubrir en el hombre que les guiaba, al lado de sus insuperables conocimientos y la claridad con que analizaba los tesoros catedralicios, la fina agudeza que le había permitido sorprender en diversos momentos los detalles cambiantes y movedizos ofrecidos por la catedral a determinadas horas, entre ellos los fantásticos juegos de luz producidos al filtrarse el sol por las polícromas vidrieras y crear, con ayuda del agua bendita, un minúsculo, atrayente arco iris en el fondo de una de las pilas.

Es verdad que el libro póstumo del maestro «Guía del Caminante», además de ocuparse de su tan amada catedral, presta atención a otros aspectos de la ciudad, de la que pone de relieve parte de su historia, costumbres tradicionales y exquisita espiritualidad, y que también alude a otros monumentos religiosos y civiles, sin olvidar conventos y casas nobles que tanto contribuyen a realzar el poético encanto del antiguo León, evocador y sugestivo. Pero, sin alardear de adivino, he de expresar mi convicción de que lo que decidió a Don Mariano a escribir este bello libro, fué, como consigné al comienzo de estas líneas, el deseo de dar una vez más expansión a su preferente amor a la Pulchra y legarnos una guía que le sustituyera en la tarea de mostrar a cuantos aquí llegan las inmensas bellezas de su amado monumento, que él, por desgracia, no puede ya enseñar.

Aceptemos con respeto y gratitud este hermoso libro, como legado espiritual digno del causante, en el que nos deja, con su excelente literatura, un delicado pedazo de su alma.

F. ROA DE LA VEGA

"Ni de lo que está siendo ni de lo que será, puede aprovecharse la inteligencia para sus altas especulaciones: ¿Qué nos resta, pues, de nuestro dominio absoluto, sino la sombra de lo que ha sido."

Becker

"Desde mi celda". Carta IV.

Libro I

I.-A las almas peregrinas

I

A las almas peregrinas

LECTOR: Si eres, por desventura, un turista de escopeta y perro, es decir un viajero que busca hoteles, bares y cines, y desdeña catedrales, castillos y blasones, sigue tu camino y deja un libro que no ha de añadir nada a tu repertorio de conversación o de murmuración.

Este es, sencillamente un libro de buena fe, como decía Montaigne

No aspira a arreglar el mundo, ni siquiera a convencer a nadie que no esté convencido previamente de la tesis fundamental que en este libro se mantiene y que no es otra que el amor reverencial a lo antiguo, a la noble antigüedad, a la manera romántica de quien ve cada día caer una piedra o perderse un bello recuerdo en el incoercible trabajar de este sepulturero que llamamos tiempo.

Ese amor romántico a lo antiguo se proyecta en el deseo de la conservación de lo que aun queda en pie; finalidad verdadera y máximo afán del autor de estas cuartillas.

Y he aquí cómo de este romanticismo se deriva algo esencialmente práctico, como añadidura que acompaña siempre a todo alto propósito desinteresado.

Porque si desaparecen, poco a poco, estas viejas piedras y estos bellos rincones, que son la personalidad artística de una ilustre ciudad y asiento de su historia y de todo lo que le da fama y renombre,

¿quién vendría a visitarla?, y entonces ¿para qué hoteles y para qué todas esas cosas que viven alrededor de la corriente del turismo?

Por extraña paradoja, a veces un Panteón, como el maravilloso de San Isidoro, es al mismo tiempo templo de la muerte y fuente de la vida para la ciudad que lo conserva.

Para las almas peregrinas está escrito este libro.

El peregrino de los santuarios de la religión, o del arte, o de la historia, busca un objetivo fijo y elevado, pero su itinerario no está sujeto a la línea recta, ni al calendario, ni al reloj; un camino de peregrinos es de un trazado irregular y pintoresco, es el camino de quienes no llevan afanes de humano negociar, ni sienten el espoleo del amo, ni buscan la ganancia del viaje; por eso se detienen a ver un monumento, horas y horas, y paladean la vida, poco a poco, sabiendo como Cervantes, que el camino es mejor que la posada. Por eso su honda filosofía les dice que los caminos se han hecho para andar y no para volar, y para andar viendo, como en la vida, las cosas bellas que son el alivio del caminante.

El turista atropellado, y a veces atropellador, que corre locamente, en los trenes más rápidos o en los coches más veloces, y ve venir hacia él, como fantasmas, los árboles y los pueblos, y los castillos y montañas, no sabe vivir ni sabe viajar.

En el «cine», el espectador está quieto y la película rueda paisajes o escenas, o magnas obras de arte, pero el turista pasa rodando ante las cosas que en vano le invitan a admirar sus encantos.

No así las almas peregrinas.

No así Santa Teresa, que iba camino de la gloria divina, recorriendo una geografía sin rumbo: de Avila a Medina, a Malagón, a Valladolid, a Toledo, a Pastrana, a Salamanca, a Segovia, a Beas, a Sevilla, a Caravaca, a Villanueva de la Jara, a Palencia, a Soria, Burgos... y en pueblos y mesones habla con gentes diversas cuyas costumbres observa, y desde la excelsa tribuna de su carreta lenta y rechinante, va viendo campos y poblados, y ciudades, y de todo saca esencia para las mieles de su alma prócer y aún para su hablar elegantísimo.

Así también nuestro caballero Don Quijote, peregrino de la gloria humana, marcha por un camino sin camino, al libre andar de su ca-

ballo mal ensillado, haciendo estancia donde la buena o mala ventura disponía, y regulando su vida inquieta por el curso del padre Sol o de la Luna, madrina de los caminantes sin camino.

Monja andariega... Caballero andante... ¡Almas peregrinas! Su sino es caminar; su ambiente, el libre volar de las avecillas del cielo, que ahora descansan y se recrean en la alta rama y luego en la portada de un Monasterio.

Para las almas peregrinas...

Almas curiosas que preguntan el drama de la Condesa Doña Sancha, la hermosa dama que descansa en la capilla central del ábside catedralicio, en magnífico sepulcro del siglo XIV, en cuyo frontal se ve el crimen y el castigo; que quieren saber el misterio de aquellas palabras que en la tumba del noble Obispo, D. Diego Ramírez de Guzmán, dicen algo de una calumnia horrenda, «de labios inicuos y de lengua embustera, líbrame, Señor»; que ante la portada del que fué Palacio del temido Conde de Luna, sueñan con la noble figura de Don Suero de Quiñones, vencedor del Paso Honroso de la Puente del Orbigo; los que en la toledana calle de Don Gutierre van a recordar, la vida leonesa de tiempo de Alfonso XI y Doña Leonor de Guzmán, y buscan en sus cercanías la sombra del tenebroso moro, Malacín, y la tragedia de la calle de Matasiete, las sombras de D. Gutierre y Don Gil, y los infanzones, y la nobleza del caballero que al morir salva, con piadosa mentira, el honor de la dama y el honor del Rey... Los que buscan en los cuarteles de un escudo las raíces de la hidalguía española y saben interpretar los armiños y calderos de los Guzmanes, los lobos pasantes de los Osorios, las cruces de San Andrés, que en la bordura de un escudo, conmemora la estirpe de un noble que luchó en la toma de Baeza, realizada en el día del Santo Apóstol...; los que en San Marcos piensan en los cuatro años que allí vivió D. Francisco de Quevedo, y en el corral de San Guisán, y en la calle de Plegaria —bello nombre—recorren el calvario de los valientes de la Guerra de la Independencia...; los que en la Biblioteca Provincial quieren ver la Biblia que el propio Plantino dedicó al sabio Arias Montano y al ver aquel destartalado caserón que fué convento de las Catalinas, en la

calle que tuvo este nombre, rememoran el Palacio, del que forma parte también el hoy convento de las beneméritas Siervas enfermeras, hogar en el siglo XIV de una ilustre señora, Doña Beatriz Ponce de León, y de unos amores reales, de Don Enrique II, el de Trastamara.

Los que saben gozar con el arte exquisito del Libro de las Estampas, del viejo Antifonario, de la Biblia del siglo X, de las inimitables letras capitales de las «Morales», del XII; de la Arqueta de los marfiles del año 1050, del cáliz de ónice del XI, cáliz que regaló la hija del Rey Fernando I, de la Cruz procesional de San Isidoro, que labró la mágica mano de Enrique de Arfe, la colección de tejidos de los siglos XI y XII...

Los que en vano han leído obras llenas de fotos brillantes, de erudición artística aparatosa y al parecer documentada, en amplios volúmenes, que se parecen unos a otros como una castaña a otra castaña, y no han encontrado el detalle oculto que sólo cuenta sus secretos al que pacientemente escudriña día por día; la preciosa crucecita de hierro forjada por capricho del artista en el candado de una puerta, la admirable cabeza de San Pedro labrada en piedra en increíble perfecta miniatura, el cuadro que representa el martirio de San Erasmo, Obispo, pintando al Santo desnudo pero con la mitra puesta, la enjuta en que se ve un chico montado en un caracol tirando aquél de la rienda con brío porque el caracol se desboca, las rosetas que en las vidrieras caracterizan vicios y virtudes, la envidia vestida de amarillo...

Los que con fina percepción, que por desdicha no abundan, saben encontrar en los viejos monumentos, en cosas del XII o del XIII los estilismos que ridículamente pasan por delicados descubrimientos del arte nuevo; el admirable angel de la portada de Mediodía de la Catedral; la bellísima estatua, en el Claustro, al lado de la puerta de la «Gomia», lindos paños de pliegues elegantísimos, sujetos por airoso ceñidor o pendientes con suprema gracia de una mano de finos dedos de Reina... o en los insuperados modelos de expresividad que en el Museo, procedente de Corullón, en las figuras de un Calvario, alcanza la máxima perfección en la representación del dolor...

Los que quieren oír las consejas, las historias, las tradiciones de un viejo monumento, de una calle de nombre evocador, de una casa blasonada, de una leyenda pintoresca... La casa de los Omañas, la calle de la Canóniga, el episodio del Viernes Santo, en tiempo de los

Comuneros, el milagro de la Virgen del Dado, las memorias de los monasterios, las cosas que se van muriendo...

Los que, dotados de espíritu de selección, captan, con sensibilidad despierta, la espiritualidad que anida entre las viejas piedras, en los rincones apartados, como sombra viva de unas generaciones que sabían vivir la vida intensa y dejarnos, como un testamento romántico, las joyas de la Catedral, San Isidoro y San Marcos, para adorno y prestancia y también para sustancia y médula del alma de León.

Para todos esos ha sido pensado y sentido este libro.

¡Este libro no ha sido escrito para las almas frívolas!

II.-La huella de los Romanos

II

La huella de los romanos

HACE más de setenta años, publicó en el «Museo español» de «antigüedades», y en un pequeño libro, impreso en León el año 1866, el P. Fidel Fita y Colomer, ilustre jesuita, cuanto él sabía de la «Legión VII», fundadora de la ciudad de León en el primer siglo de la Era cristiana.

Los estudios del sabio académico son definitivos.

Las piedras han confirmado, una vez más, los estudios que se hacen con honrada crítica; las estelas, los cipos, las aras votivas, las murallas y los ladrillos sellados y los mosaicos, dan fe de lo que la historia dice.

La «Historia de Roma», de Th. Momsen, obra que nadie ha superado, tiene en su segunda parte, dedicada a la dominación mundial de la magna Roma, datos y evocaciones que en las viejas piedras de León responden a realidades innegables.

El «Itinerario» de Antonino, va situando nuestros pueblos, como el Interamnium Flavium, de Bembibre, y el libro de Vitrubio determina los planos de las construcciones, como, en efecto, aparecen en la Villa Romana de Navatejera, a tres kilómetros de León.

Los mosaicos suntuosos, las amplias termas, las lápidas pobladas de nombres ilustres y ricamente escritas, las aras votivas en verso latino... dan muestra de una vida espléndida en una ciudad militar,

sede del Legado augustal que recibía su mando directo del Emperador y regía las legiones X y VII Géminas, sobre la calzada de Astorga a Zaragoza, a las órdenes de Galba, en el primer siglo de nuestra Era cristiana.

El oro de las Médulas y el cobre de Villamanín y el antimonio de Riaño, más que el afán de dominio, obligaban a Roma a sostener por estas tierras, fuerte organización militar con todo su séquito de murallas, puentes y caminos que llevaban a los puertos de Galicia el metal que ayudaba al Imperio a seguir soñando el bello sueño de convertir al mundo en colonia de Roma.

Y la ciudad, durante cuatro siglos, se engrandeció al contacto de la grandeza romana.

Y por el misterioso camino que parece seguir el alma española en sus rumbos históricos, al mismo tiempo que la ciudad de León nacía y crecía en prestancias materiales y jerárquicas, que toda la vida han de ser su blasón y su rango señorial, también nacía y crecía su gloriosa estirpe moral al riego sagrado de la sangre de sus mártires, el insigne San Marcelo, Patrón de la ciudad, y sus hijos, San Claudio, San Lupercio y San Victorico.

Viva se mantiene la memoria de San Marcelo, gracias a la tradición religiosa, que, año por año, el día 29 de Octubre, conmemora, en la Iglesia dedicada al Santo protector de la ciudad, la fecha del martirio; dos comitivas, una de los señores canónigos y otra de los señores Regidores, van a la Iglesia, ante la bizarra imagen del Santo soldado romano, que acertó a tallar maravillosamente Gregorio Fernández, ante las santas reliquias guardadas en arcón de plata labrada por el buen artista Hernando de Argüello, y dicen la plegaria devota y piden a los santos mártires de nuestra Fe, algo de la fe que ellos tuvieron, y algo del cielo, que ellos ganaron.

Así se viene haciendo, con pequeñas interrupciones, desde un día de Marzo de 1493, en que llegaron a León las reliquias de San Marcelo, figurando aquel día en la procesión un gran señor que se llamaba Don Fernando de Aragón, casado con la gran señora Doña Isabel la Católica.

De San Claudio no queda piedra sobre piedra del famoso Monasterio, ante el que se detuvo el caballo de Almanzor, como refiere el viejo «Leccionario», dejando el bárbaro colgada de una de la torres del Convento girones de su tienda de campaña en señal del prodigio.

¡El caballo de Almanzor tenía más conocimiento que los bárbaros que destruyeron el ilustre Monasterio!

Todos los años aparece en las puertas de algunas iglesias, un pequeño cartel anunciador de una sencilla fiesta que celebran, en honor de otros mártires leoneses, las benditas monjas del convento de Santa María de Carbajal, situado en la preciosa Plaza del Mercado.

El cartel es de esos antiguos carteles de desaparecida imprenta, y en él, de mano de una monjita, con caligrafía también monjil, se dice el nombre del señor predicador.

De la vida de los gentiles, en los primeros siglos de nuestra Era, dicen bastante las aras votivas y la rica epigrafía, hoy desordenada, del Museo Arqueológico.

Al Legado Augustal rodeaba corte de grandes señores que gustaban en las Termas de los placeres y refinamientos de que Petronio habla, que vivían en villas, como la de Navatejera, donde aun se encuentran conchas de ostras que entonces y ahora eran cosa de lujo, que dedicaban por mano de poetas aras elegantemente epigrafiadas... y que morían jóvenes, sin duda, cómo secuela de una vida espléndida.

Así: Lucrecio Próculo, custodio de armas, muere a los 35 años. Valeria Anna, a los 25; Lucio Terencio Quinto, a los 50; Lucio Camplo Paterno, Equite de la Legión, a los 52; Helena, hija de Hermodoro y Sextiléa, a los 23; Allon, hijo de Vital, a los 20; Lycinia Atia, mujer de Cayo Aponio, a los 38; Tito Blescio, a los 47; Aminas Asato dedica inscripción laudatoria a su esposo que muere a los 25; Andoto Ubalacino, a los 35; Ambato, hijo de Baramon, a los 30; Ureno Boda, a los 30; Maisontina, hija de Aliomo, a los 19; Eliano Veliago, a los 30; Marco Necón, a los 21; Manilo Argaudo, a los 30; Ablondo, hijo de Doidero, a los 30...

Entre tantas inscripciones, sólo se encuentra la de Lucio Pacio, que llega a vivir 60 años.

Es que la vida no puede vivirse en curso intensivo.

Es que la civilización tiene, como todo, sus inconvenientes.

A todos séales la tierra ligera, como fué su paso por ella.

La espiritualidad gentil dedica versos y votos a Diana, a Mercurio, a Fortuna, a las Ninfas de la Fuente, a los Dioses Manes, al Genio de la Legión VII.

He aquí las leyendas del ara que el Legado Augustal, Quinto Tulio Máximo, dedica a Diana Cazadora:

Cercó del campo las llanuras Tulio
Que dedicó a los Númenes;
Y un templo te ha fundado
¡oh Virgen Dalia, oh Luna, Diana Hécate!
De la Iberia Legión, Jefe supremo
Tulio, nacido en Libia.
Así en gacelas, volador y ciervos,
Clave herida mortífera,
En hórridos espinos,
En los hijos de las yeguas selvícolas;
Y compita corriendo
En fiera lucha,
Del hierro al golpe avívela
A pie bajo las armas,
O montado sobre caballo ibero.

....

De fieros jabalíes que destrozó cazando
los colmillos dedica a Diana, Máximo,
De valor hermosísimo trofeo.

....

Por el abierto páramo
feroz corcel sonaba;
En él, montado Tulio,
a los ciervos dió caza,
de cuya frente altiva
las voladoras astas,
en homenaje, rinde,
a la doncella "Diana."

Otro legado augustal, que después fué Cónsul en Roma el año 134, al mismo tiempo que Cayo Licinio Macrón, ofrece sus votos al Genio de la Legión VII diciendo: «Al Genio de la Legión VII, feliz, Lucio Alcio Macron, Legado Augustal».

El Procónsul Quinto Flaco Aeliano dedica a Mercurio su ofrenda.

Los magistrados Gabio Bacano y Flavio Próculo, al dios Vaco Donnaego, deidad de origen celta.

Poetas componían en buen verso latino los epitafios.

Hasta un historiador de la Legión aparece con el nombre de «actario» en el magnífico epígrafe que dedican los jinetes de la Legión VII al Emperador Marco Aurelio Antonino al ser éste erigido César por tercera vez. Era el Cronista de la Legión.

Fuertes murallas sustentaban estas lápidas y cerraban el recinto romano; aun quedan de ellas largos lienzos desde la torre de San Isidoro, hacia el Norte, pasando por lo que fué histórico Castillo, por los llamados Cubos, lamiendo los cimientos de la Catedral en el maravilloso ábside y corriendo detrás del Palacio Episcopal hasta la cuadrada y bella torre de los Ponces, junto a la Plaza del Pan, que ahora se dice Plaza Mayor y antes Plaza de la Constitución, de no se sabe bien qué Constitución de las varias que estudian los tratadistas de Derecho político sin que las haya estudiado nunca el respetable público que las había de cumplir.

En el Palacio de los Guzmanes, hay, entre otras cosas curiosas, un pequeño y valioso Museo de objetos procedentes de Lancia, la antigua ciudad que a quince kilómetros de León, en el castro de Villasabariego, tierras del concejo de Sollanzo, existió antes que León, y aun rendida a los romanos no muchos años antes de nuestra Era, por Carisio, en tiempos de Augusto, siguió con varia fortuna hasta su destrucción por los suevos, coexistiendo con la ya próspera ciudad de Legión VII Gémina.

Los paisanos llaman «ceniceros» o terreras unos alcores de los que han sacado innumerables carros de tierra blanquecina, rico abono para los prados. Son los restos de una ciudad, que como la Itálica del poeta, arranca un ¡ay! a todo romántico evocador de pasadas grandezas, de las que no queda más que ceniza para fertilizar las tierras.

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEON

Cuando llueve fuertemente, aun arrastran las aguas algunas fíbulas, algún anillo, algún sello... unos celtas, otros iberos, otros romanos, y es indudable que, si se emprendieran excavaciones de alguna importancia, las ruinas de Lancia no tendrían menor interés que las de Mérida.

Las colecciones del inteligente aficionado, D. Elías Gago, a las que antes aludimos, prueban este aserto.

Basta citar los sellos anulares en ágata, sardónicas, cornerinas, calcedonias; los objetos de cristal de roca; los broches de oro esmaltado; los collares procedentes de sepulcros; la cerámica admirable... Hasta joyas falsificadas, como hace notar el señor Gago!... Toda una gran civilización.

Los que dicen que los romanos no conocían el esmalte, encontrarán en esta colección la prueba de un error notorio.

Los que ignoran la antigüedad de la simbólica flor de lis y acaso creen que es cosa moderna y borbónica, pueden ver en esta colección una flor de lis, en bronce, que en época romana era adorno femenino y también ofrenda a Juno, diosa que en la gentilidad recibía culto de las mujeres, pues según dice Don Baltasar de Victoria, en el «Teatro de los dioses gentiles»: «Ninguna alma de mujer podía salir del cuerpo sin que Juno viniese a desatar los lazos y ligaduras del alma y el cuerpo, según el vano error de idolatría».

Brillantes mosaicos, geométricos, historiados, en todas partes. Y en todas partes también el sello de la Legión.

¡Ruinas de Lancia! Dos ciudades, una celta y otra romana, yacen enterradas muy cerca de León, sin que llegue la hora de una sistemática excavación, de gran estilo arqueológico, que despierte de su sueño milenario una historia, un arte y un venerable tesoro allí soterrado.

De vez en cuando, en los periódicos de León, aparece una nota interesante que firma ¡un lanciense! Este lanciense es un modesto ordenanza de la Sucursal del Banco de España, apasionado, inteligente, tenaz, que nos habla de sus descubrimientos en las ruinas de Lancia.

Justo es hacer constar que él es quien en León sabe más de las ruinas de Lancia, él es quien encuentra y guarda más valiosos despojos de aquel tesoro escondido.

Y, claro es, que en su colección no faltan las monedas de oro, falsificadas, al tiempo de Nerse, que prueban el alto nivel de la «civilización» de aquella lejana época.

La muralla

Aun quedan en pie muestras brillantes de las antiguas murallas romanas que encerraban el recinto de la ciudad en un cuadrilátero que fué prontamente rodeado de construcciones, y más tarde deformado en las restauraciones de Alfonso V y Alfonso IX, con apertura de nuevas entradas a la ciudad y adición de la nueva cerca, tal como se ven en el plano del P. Risco, que es el mejor que se ha publicado y que han copiado los que después han escrito de las murallas de León.

Del lienzo occidental subsisten los cubos y el viejo muro de argamasa de ripio, «tonga de ripio», que decían antiguamente, y en él, embutidos grandes sillares, desde la torre de San Isidoro hasta la puerta de la Abadía; sigue la línea de la muralla dando vuelta en Puerta Castillo, por el Norte, y en el lienzo oriental va por la carretera de los Cubos, entre casas adosadas feamente y contra toda regla de construcción urbana y contra todo respeto a las murallas—que son monumento nacional—a terminar en la torre llamada de los Ponces.

Nada más evocador de la memoria de la Legión VII que estos restos de fuerte muralla que al enlazar San Isidoro con el ábside de la Catedral, encuadran toda la grandeza de León.

La historia de las murallas es accidentada, pues va marcando las vicisitudes de la ciudad, sujeta por una parte a las necesidades de su defensa de guerra y por otra a las exigencias de su ensanche en la paz.

El antiguo rectángulo del perímetro de León, en los primeros siglos, bajo el mando de los romanos, y encerrado en el recinto murado, no pasaba de 550 por 380 metros en dirección de los cuatro vientos. De ello se conserva bastante detrás del Palacio Episcopal, desde la torre cuadrada de los Ponce, que en su parte inferior mues-

tra el sillarejo romano, en los largos lienzos en que se apoya la cabeza de la Catedral, y en la serie de cubos cilíndricos que rodean la parte de Este a Norte, hasta Puerta Castillo, reapareciendo después al respaldo de San Isidoro. Por el Sur no pasaba la muralla del actual Palacio de los Condes de Luna y del actual templo de Palat del Rey.

Restauraciones y reformas en los siglos IX, XI, XIII, fueron trastornando el viejo recinto que en 1324 recibió la más profunda alteración al construirse la cerca nueva que prolongaba la planta de la ciudad, por el Sur y el Oeste, comenzando en la torre cuadrada al caño de Santa Ana, San Francisco, Las Concepciones, el Cuartel de la Fábrica a San Marcelo y Casa de los Guzmanes.

De la buena construcción de esta cerca, fuimos testigos cuantos hemos presenciado los enormes trabajos que para destruir muros, al edificar el moderno Casino de la Plaza de Santo Domingo, hubieron de realizarse con el auxilio de la dinamita.

El P. Risco trazó el mejor plano de la ciudad, en el que se ven los rumbos de las murallas y sus modificaciones y puertas, en su buena obra «Historia de la Ciudad de León y de sus Reinos», obra complementaria de los tres volúmenes en que continuó la España Sagrada de Flórez.

Es interesante conocer los nombres de las puertas de la ciudad, en la muralla reconstruída por Alfonso V, el de los Buenos Fueros, después de la tremenda irrupción de Almanzor y conservando las viejas entradas de la muralla romana, según puede verse en el «Libro de Apeos», de la Catedral, de época posterior, pero admirable arsenal de noticias de esta índole, por describirse en él las calles de León, en las que el Cabildo de entonces poseía 128 casas, además de las de la Plaza de Regla, la calle de la Canóniga y Villapérez.

Diéronse los nombres de Puerta Obispo, a la del Oriente, confirmando el que ya antes tenía; Postigo, a la del Norte, después llamada como ahora, Puerta Castillo; Cores, a la vieja puerta Cauriense, al Occidente, y Arco, a la del Mediodía, que cerraba la ciudad detrás de Palat del Rey.

La puerta Cauriense estaba cerca de San Marcelo, a la altura del actual Palacio de los Guzmanes.

Puerta Castillo, que antes fué llamada Puerta del Conde, donde aun sigue con aquella denominación, al Norte de la ciudad.

La puerta de Arco tenía por verdadero nombre «Archo de Rege».

La Cerca nueva abrió más puertas a la ciudad al abarcar hacia Occidente, entre sus muros, la vieja iglesia de San Marcelo y dar acceso, por la parte Oriental, a los vecinos de Salvador del Nido de la cigüeña, a los que por aquellos barrios se dedicaban a tejer mantas moriscas, o ruedas de molino; puertas de Escuderos, de Rodesneros, de Capellería.

Al Sur se abrieron las puertas de Puerta Moneda, cuyo nombre subsiste en una calle, y Puerta Gallega, aquélla para acceso de los fabricantes de cosas de metal, muchos de ellos judíos que habitaban el barrio de Santa Ana, y la otra, como natural entrada de peregrinos a Galicia; ambas afluían gente que penetraba en el centro de la ciudad por la antiquísima Rúa mayor, también de origen de peregrinaciones compostelanas y centro, entonces, y siempre de comercio. Rúa Mayor o Rúa de los Francos, debe llamarse esta vía.

Así fué deformándose el recinto de la ciudad romana, el viejo recinto murado que, seguramente, es el que más interés despierta en el curioso lector.

El viejo recinto rectangular, con el eje mayor de Norte a Sur y el menor de Este a Oeste, con cuatro puertas en los extremos respectivos, según los planos de Vitrubio que señalan con perfecta claridad la construcción de castros y ciudades romanas.

De las murallas romanas proceden lápidas de nuestro Museo, una de ellas que puede verse en el Arco de Puerta Castillo; de los romanos que por esta ciudad andaban durante cuatro siglos, nos hablan las estelas y cipos y aras, los ladrillos marcados, los cimientos de la Catedral, los restos que aparecen en obras de las viejas calles... Hasta el Concejo de la Ciudad vive en una calle que es la Calle de la «Legión Séptima», frente por frente de un templo dedicado a San Marcelo, Centurión de la Legión y Santo del cristianismo.

La torre de los Ponces

De magnífica construcción resiste la acción del tiempo esta bella torre del lienzo oriental de la muralla.

Pertenece a la vieja muralla romana y está detrás de la actual Plaza Mayor, y no lejos de Puerta Obispo.

Es torre cuadrada a diferencia de los cubos cilíndricos. Al notable

investigador, D. Ramón A. de la Braña, esclarecido archivero, debemos noticia exacta de los Ponces que dieron nombre a esta torre.

Los fundadores del linaje de estos Ponces de León, fueron los Condes D. Ponce de Cabrera y D. Ponce de Minerva, éste oriundo de Francia, Mayordomo de Alfonso VII, y fundador del Monasterio de Sandoval, y Gobernador de las torres de la ciudad.

Este Ponce es el que dió su nombre a la torre cuadrada. La hermosa estatua que sobre su sepulcro representaba a Ponce de Minerva, en su Monasterio de Sandoval, desapareció, como desapareció el magnífico monasterio.

Una lápida en el Claustro de la Catedral nos habla de la calle de los Palacios del Conde D. Ramiro, hijo de Ponce y de doña Estafanía, fundadora ésta del Monasterio de Carrizo.

La villa romana de Navatejera

El ilustre arqueólogo, D. José Ramón Mélida, en su «Arqueología Española», atribuye a estas ruinas más importancia que a la villa de Constanti (Tarragona) y a la de Ador, en Valencia.

Fueron descubiertas en 1885, dibujada la planta por D. Demetrio de los Ríos, según se conserva en la Comisión de Monumentos, y están situadas a tres kilómetros de León, sobre la carretera de León-Collanzo.

Su antigüedad del siglo III o IV.

Su destino, casa de campo de familia prócer, según demuestran los restos de termas privadas, «oecus» o gran sala vestíbulo, «exedras», pavimentos de mosaicos, estatuas, abundancia de «cubículos», tubería de calefacción, etc., etc.

Distribuída la granja en tres naves principales, al modo que señala Vitrubio, en dirección Noroeste a Suroeste, mide alguna de ellas más de 14 metros.

El mayor interés de estas ruinas está, según Mélida, en los mosaicos, de los que se conserva aún rica muestra, a pesar del lamentable abandono en que yacen estas excavaciones.

Teselas en los más variados colores, dibujos geométricos y grecas y cenefas pintorescas, ajedrezados, franjas trenzadas, círculos cruzados, hojas de loto... piso de casa lujosa.

Fragmentos de estatuas de mármol dan fe de elegancia.

Tégulas, imbrices y ladrillos, con marca romana, acreditan la filiación y época.

Un turista espiritual puede pasar, entre aquellas ruinas abandonadas, un rato de evocaciones históricas, que para esto sirven las ruinas.

Trozos rotos de todo, de estatuas, de epitafios, de mosaicos, y todo cubierto por la hierba, que nadie sembró, por el olvido que siembran unas civilizaciones sobre otras.

Ante un cuadro parecido y desolador, como éste, escribió el ilustre Rodó, en su «Camino de Paros», su más linda crónica.

Aquí, como en la vieja Roma de la Vía Apia, hubiera visto Rodó unos gatos cazando lagartijas, y hubiera podido repetir su ironía, diciendo que esta civilización material, de que tanto nos envanecemos, pudiera ser una civilización de gatos.

Termas Romanas

Que la actual maravillosa Catedral de Manrique de Lara, fué edificada destruyendo una antigua Iglesia románica, que el Obispo D. Pelagio había reconstruído en el siglo XI y consagrado el 10 de Noviembre de 1073, era cosa bien sabida.

Que la Iglesia reconstruída que el Obispo D. Pelagio levantó de nuevo sobre la Iglesia románica que en tiempo del Rey Ordoño II, siglo X, el Obispo Fruninio construyó sobre el solar de la casa y Palacio Real, es hecho atestiguado documentalmente por las donaciones del Rey fundador en 916.

Quedan testigos de la Iglesia románica en capiteles y ajedrezados que en la Catedral se conservan.

Que antes de Palacio Real, hubo allí unas termas romanas, lo dicen los viejos cronicones, con una tradición constante, pero aún podía quedar la duda que inspira lo enterrado y tantos siglos escondido.

Los restauradores de la Catedral, en los últimos años del siglo próximo pasado, al remover los cimientos y el subsuelo, por necesidades de la obra, vieron con emoción surgir las reliquias de las termas que en el siglo II edificaron con toda amplitud los romanos, no sólo para baños públicos sino también para mercado y bolsa de sus negocios y para centro de vida mercantil y social.

Comenzaron a salir ladrillos, planos y en cuadrante, con el sello de la Legión, hacia el ángulo sudeste del atrio. Al cavar un horno de

cal, y ahondando a unos tres metros en los cimientos del Pórtico de Occidente y aun fuera del perímetro de la actual Catedral, vióse ya el trazado de las naves de las Termas.

El arquitecto restaurador que tuvo la fortuna de este hallazgo dice lo siguiente:

«Un precioso mosaico romano, hallado en 1884, que representa un mar lleno de algas y peces, se extendía al Este del brazo Sur del crucero, con los muros de ladrillo correspondientes, hasta desaparecer bajo los cimientos de la pila secundaria Sudeste; muchos restos de otros muros rectos y semicirculares, hallados al correr los cimientos entre las pilas torales, con no pocos trozos de pavimentos, incluso un ángulo del mismo mosaico antes designados; y por último, en la confluencia de tres grandes departamentos de las ya indubitables termas, construídas con muros de 1,30 metros de espesor, provistos los tres de su respectivo «hipocausto», perfectamente conservando aún el pavimento de hormigón, con respiraderos de ventilación, luces y señalados asientos, que no dejaban titubear sobre el uso y significación de tan precioso hallazgo, obtenido en Septiembre de 1888, al abrir los cimientos para encimbrar el «Pórtico.»

Las excavaciones permitieron fijar la posición y extensión de las Termas romanas.

De Norte a Sur la traza de las termas salía algo de la de nuestra Catedral, y de Este a Oeste, la nave mayor de los baños romanos rebasaba el Pórtico de Occidente y aun el atrio para entrar en la actual Plaza de Regla.

Estaban, pues, situadas al fondo de la vía, eje de una ciudad campamento, la vía que enlazaba las puertas Decumana y Pretoriana (actualmente Puerta Obispo y San Marcelo), y por la que iba el acueducto y cloaca de las aguas de las Termas.

Un bien escrito «Informe» acerca de este acueducto presentaron en el Ayuntamiento, el 1 de Enero de 1885, D. Juan López Castrillón y D. Demetrio de los Ríos; pero las exploraciones aun no han comenzado.

Las tres grandes naves de las Termas se transformaron en la Basílica primitiva, si no con la facilidad que supone el P. Risco en la «España Sagrada», con la notable deformación que acusa el plano existente en el Museo de la Catedral.

Un trozo de gran mosaico está en las oficinas de la Catedral, con

teselas blancas, rojas y negras; el mosaico está enterrado bajo escombros, esperando una exhumación...

Una baldosa allí encontrada, dice: «IMP, CAES.—T. AELIO HA.».

Demostrada la posición y existencia de las Termas romanas bajo la Catedral, lo demás nos lo da hecho el criterio de uniformidad absoluta de las construcciones de aquel tiempo y de aquel Imperio.

El hipocausto subterráneo sostiene con pilares de ladrillo las bóvedas y pisos de las salas; la cámara circular (piscina limosa); el laconicum (baño de vapor); el calderium, el lepidarium, el frigidarium, el apodyterium (vestuario)...

Allí hacían su vida de romana grandeza gentil, los pobres jóvenes cuyos epitafios, en las piedras del Museo, nos dicen que sus vidas se quemaban al mismo tiempo que los perfumes que en el centro de las aras ardían un momento.

El viejo cronicón de Sampiro nos da cuenta de que aquellos tres departamentos de las suntuosas Termas, con su Gimneceo y su Androceo, que el Emperador Adriano había mandado separar, fueron convertidos por el cristiano Rey, Ordoño II, en templo de la Ley verdadera, y consagrados al Salvador, a Santa María y a San Juan el Bautista.

III.-El abolengo

III

El abolengo

LA ciudad tuvo sus días gloriosos; el Sol refulgió en una corona; la ciudad fué Corte y, al serlo, lo fué todo.

Ello fué en tiempos remotos, cuando Alfonso III, el Magno, estableció aquí su Consejo y su Justicia, al mediar el siglo IX, cuando su hijo, D. García, hizo Corte a León el 909 y su otro hijo Ordoño II lo confirmó, hasta que en Bermudo III termina la dinastía leonesa, perdiendo en 1230, al morir Alfonso IX el rango de capital del Reino.

Fué un tiempo capital y centro de la España cristiana; por eso vino a León el Cuerpo de San Isidoro en 1063, como a la sede de la espiritualidad y del saber hispánico.

Fué centro de la grandeza española; por eso aquí, en la Catedral, Iglesia entonces de Santa María, las Cortes de León proclamaron Emrador a Alfonso VII y le coronaron por tal el día de Pascua de Pentecostés del año 1135: el único Emperador que hemos tenido, porque el muy grande, D. Carlos I, fué Rey de España y Emperador de Alemania.

Catogoría histórica, riqueza. poderío, arte... gentes de armas que llevan gentileza, gentes eclesiásticas que llevan tradición y autoridad... Donde el Rey estaba todo florecía como en los cuentos de hadas.

La bella historia de la Edad Media española parece un bello cuento de hadas contado por un trovador, como si la dama de Amboto hubiera bajado, entre la niebla de las montañas cántabras, a embrujarnos con la leyenda inmortal.

La grandeza pasó, pero quedó la leyenda creadora de otras grandezas, y entre éstas nació Guzmán el Bueno, que, en el siglo XIII, puso el nombre de León en lo más cimero de la gloria, como Suero de Quiñones, en 1434, en lo más encumbrado de la gentileza caballeresca, cuando quince días antes y quince después de la fiesta del Señor Santiago, esperó en la puente del Orbigo. «arredrado algún tanto del camino», el paso de los caballeros que con él quisieran romper una lanza por achaques de amor.

La grandeza pasó, pero quedó el abolengo.

El abolengo, que es la sustancia de nuestra aristocrática tradición señorial.

Estas viejas ciudades son señoras, por que de señores nacieron y entre señores se criaron y de casta les viene la hidalguía.

El abolengo, que siente todo el que ha nacido en estas nobles ciudades.

¡Hasta el grajo que, al caer la tarde, se coloca bizarramente en la cola del gallo de San Isidoro, siente el orgullo de respirar el aire de una ciudad ilustre, y bien puede estar satisfecho de su vida prócer, porque ha pasado el día entre el brocado de piedra que labró Jusquín en la torre del reloj de una asombrosa Catedral, y va a dormir a unos prados que cantó Lope de Vega.

El abolengo quedó, como los sellos de cera y de plomo, colgando de los pergaminos que en el Archivo municipal dicen las cartas y privilegios reales; en los Fueros de Alfonso V, el Noble, promulgó el 25 de Julio 1020, en la Iglesia de Santa María; en la corona que campea sobre la melena del León, en las viejas piedras o sobre el jarrón de azucenas en el bello escudo catedralicio.

Quedó también en lo que queda de las casas blasonadas, esparcidas por la parte antigua de la ciudad, pues en el pretencioso ensanche las casas están construídas para el almacenaje de las gentes y nada importa la historia de cada cual.

Puede decirse que la Edad Moderna comenzó en España cuando comenzaron a edificarse casas de alquiler.

Aun viven las casas de los Quintanilla, en la noble Plaza de San Isidoro; los restos del ilustre Palacio de los Luna, del marqués de Villasinda, del Palacio de Don Gutierre, del Cardenal Lorenzana, del marqués de Montevirgen, de los Villapadierna y Villagómez y Manriques... Y la más descollada de todas, la casa de los Guzmanes, sobre el primitivo solar de tan noble estirpe leonesa, con planos de Rodrigo Gil Ontañón y gracias a la opulencia y el buen gusto del Obispo D. Juan Quiñones y Guzmán, la casa que hasta en los lindos escudos que sirven de ménsulas en las ventanas, va diciendo los blasones de los apellidos del aristocrático Obispo de Calahorra, como una guía de la nobleza de nacencia.

El abolengo, que el buen poeta del siglo XVI, D. Pedro Vecilla Castellanos, registró en el canto XXVI de su poema épico, «León de España», donde va recordando los apellidos nobiliarios leoneses, procedentes de nuestra montaña... los Luna, Guzmán, Osorio, Acuña, Ponce, Barba, Flores, Lorenzana, Garavito, Gavilán, Villagómez, Ferreras, Canseco, Pardavé, Rabanal, Cisonte, Bernaldo, Getino, Padierna, Villamizar, Vacas, Quijada, Castañón, Valderas, Valdecillo, Oblanca, Omañón, Llamazares, Aller, Obregón, Omaña, Salazar, Tobar, Santisteban, Reinoso, Quirós, Castro, Villafañe...

Ahora lector, yo te ruego que vengas conmigo, para ver en qué ha parado el abolengo.

Vamos a la Plaza del Conde, ahora Plaza de Abastos.

El Conde, en León, era el Conde de Luna; un título que por estas tierras altas no era de menos categoría que el de Duque de Alba, por las tierras llanas, en la gran historia.

Allí está la preciosa portada del Palacio del Conde.

La puerta por donde entrara Suero de Quiñones, de vuelta del Paso Honroso.

La puerta por donde entrara mucho después otro Suero de Quiñones y Zúñiga, Regidor perpetuo de la ciudad de León y señor cuyo nombre es inmortal en las letras españolas, porque a tal señor dedicó en 1624 el gran Tirso de Molina los «Cigarrales de Toledo».

La portada es del siglo XIV; fuertes modillones sostienen el dintel, y sobre éste se alza el timpano, con escudos de la insigne Casa, con airoso arco amparado por cuadro de espléndidas molduras. Las armas de los Quiñones y los Bazán autorizan la fachada.

Pues bien, lector, aquello, como tú ves con tus propios ojos, es ¡una tienda de muebles, muy cerca de una frutería!

Cebollas, ajos, calabazas en su tiempo, naranjas o manzanas, han sustituído al abolengo.

Por algo, en el sepulcro del Rey Ordoño II, en la Catedral, un monje tiene una leyenda que dice «ASPICE».

¡Mira! Mira lo que queda de la grandeza; las cenizas del Rey en su sepulcro, o los cestos de legumbres adornando la entrada de la casa de los Quiñones.

Hoy es el hombre, y mañana no parece, dice Kempis.

Los restos materiales del abolengo, antes de desaparecer, han preferido transformarse y la transformación da lugar a las más disparatadas incongruencias.

Al verlas, piensa uno en que es mil veces mejor morir de una vez que ir «viniendo a menos» en lamentable disminución y decadencia.

Las cosas que van a un Museo, allí encuentran su descanso, porque un Museo es un panteón donde también impera la incongruencia, encontrándose juntos, por azar de la suerte, en la sacristía de Juan de Badajoz, de San Marcos, un auto de fe de Juan de Juni, con las formidables estatuas de Corullón y un busto de Doña María Cristina.

Pero las cosas que no van a un Museo... ¿quién sabe do van? Así, en la entrada al Ayuntamiento, nos salen al paso dos hermosas columnas, altísimas, evidentemente desproporcionadas y fuera de quicio, columnas de temple suntuoso, con fustes adornados por águilas.

El viajero duda, ¿estará en un templo o en camino del despacho del señor Alcalde?

En camino del despacho del señor Alcalde, pero aquellas columnas proceden del derruído convento de Santo Domingo, donde las fuertes columnas cumplían su finalidad de sustentación y adorno y formaba parte de un sepulcro.

El viajero marcha por la evocadora calle de la Canóniga Vieja, ahora llamada de Guzmán el Bueno, y ante una pequeña portada se detiene y pregunta.

Alguien le dice que está delante de la Parroquia de San Juan de Regla, antigua capilla de San Nicolás, de la Catedral.

Pero el viajero duda aquí también, porque la hermosa piedra dintel de la portada, en preciosa letra, dice: «Diligite justitiam quae judicatis terram et oculi vestri videant equitatem». Amad a la justicia los que hacéis justicia en la tierra y vuestros ojos verán la equidad.

Y el viajero piensa: ¿Será esto una Parroquia o será un Tribunal?

Es una Parroquia, pero el dintel pertenecía a un Tribunal que actuaba en un edificio que enlazaba el Palacio Episcopal con la Catedral y que fué derruído.

En la calle de Daoiz y Velarde, que antes era Pablo Flórez, y antes del Instituto, y antes de la Canóniga Nueva, y antes de Villapérez..., una severa portada, en austero paredón, señala la que un tiempo fué Casa de la Inquisición.

El viajero, dado al misterio de viejas ciudades, se acerca algo emocionado pensando en Torquemada.

Pero, afortunadamente, desaparece el misterio ante un enjambre de muchachas que salen alegremente del Colegio.

En los monumentos eclesiásticos, al menos se ha conservado la función a que el monumento fué destinado, aunque después, a través del tiempo, no se conserva nada o casi nada de lo primitivo.

Así, en efecto, nadie puede encontrar en la actual Iglesia de Palat del Rey — nombre ciertamente suntuoso — recuerdo arquitectónico de la Iglesia y Monasterio que en el siglo x fundó el buen Rey Don Ramiro II para su hija la Infanta doña Elvira; ni el actual templo dedicado a San Marcelo, obra de Baltasar Gutiérrez y Juan de Ribero, del siglo XVII, hace recordar el primitivo templo, del que no quedan más rastros que la torre y un tímpano, muy borrado, en el muro Oeste, al exterior de la Iglesia.

Claro es que nadie pretende que las cosas sigan perpetuamente en su sitio y sin sufrir las alteraciones del tiempo, pero al menos conservar lo que se pueda y, si es posible, para lo que fué creado; en esto únicamente la Iglesia ha cumplido con su deber con un espíritu tradicional y patriótico verdaderamente ejemplares, y si la Iglesia no hubiera sido robada como lo fué en la desamortización y expoliada como lo fué en la guerra de 1808 y en tantas revueltas como la de 1835, España conservaría un tesoro increíble.

Quien ha contribuído a la pérdida del tesoro artístico, al mismo

tiempo que del abolengo y ambiente nobiliario de las viejas ciudades, ha sido la aristocracia española.

Castillos, Palacios, suntuosidad y arte, heráldica y pergaminos..., todo lo fué abandonando y todo se fué perdiendo.

El Palacio de los Guzmanes lo vendieron a la Diputación, no hace un siglo, en una futesa..., veinte mil duros.

El Palacio de los Condes de Luna ya hemos visto a lo que ha venido.

El Palacio del Marqués de Villasinda es un Hotel, y los blasones que campean en la portada ya no dicen nada.

El Palacio de los Marqueses de San Isidro es un triste paredón.

El Palacio de los Osorios, es casa de vecindad.

No hay imaginación bastante para figurarse que una casa vulgar de la calle de la Rúa ocupa el solar de lo que fué Palacio de D. Enrique II, el de Trastamara.

De unas casas queda algún escudo, de otras la portada, de algunas una reja, de otras un aldabón..., de muchas, nada.

Y León debía ser el Museo de la Gran Edad Media Española.

De aquella edad Media que el enorme poeta Verlaine llamó «Edad enorme y delicada».

Más tiene el rico cuando empobrece, que el pobre cuando enriquece, dice el refrán.

Gracias a esto, y a pesar de los pesares, aun conserva León lo bastante para embrujar — enhechizar, decía Cervantes — a todos los espíritus dotados de sensibilidad para la poesía de las ruinas beckerianas, para el aroma de las leyendas caballerescas; para el néctar de los saberes y los sentires. ¡Vieja y noble ciudad..., tú no puedes morir!

Al menos mientras el gallo dorado siga vigilando sobre la fuerte torre de San Isidoro, y la campana Froilana siga diciendo con grave voz, lenta y pausada, desde lo alto de la Catedral, la oración de la mañana.

IV.-San Isidoro

IV

San Isidoro

UN viejo templo románico, de este románico español, no exento de huella de peregrinaciones compostelanas, es inconfundible como lo es nuestro romancero... ¡romance en piedra son estos templos venerables, como este magnífico y fuerte de San Isidoro de León!

Es el genuino templo español, robusto, sombrío, de escasas ventanas altas y estrechas, de fuertes pilares, de arcos redondos, con el ábside simbólico a la cabeza y el panteón a los pies; un panteón dos veces regio, por guardar cuerpos de reyes y por guardarlos mayestáticamente.

Viejas piedras marcadas, aire frío, olorcillo a polvo, masa imperativa que impone silencio, prestigio de santos abades, de santas plegarias, sentido de perpetuidad, de impasibilidad, de algo mistico que van dejando las generaciones de orantes que se van renovando mientras las viejas piedras reciben del tiempo la pátina embellecedora.

El templo ojival es posible que sea arte religioso de ambiente propicio a la oración colectiva entre el estruendo de las voces del órgano, en día de rito solemne; en sus naves altas y amplias se desliza suntuosamente la procesion de la clerecía capitular, que pre-

side el Obispo con ornamentos de oro, y báculo que va trazando en el aire una onda refulgente y lenta...

Pero diga lo que quiera el tópico corriente, es la verdad—mi verdad al menos—que el templo ojival no es cobijo amoroso para la meditación callada, ni aún para la súplica angustiosa de los hijos de Job, sin la paciencia de Job, los hijos del David penitencial.

Hay allí mucha luz, pocos rincones nemorosos, un ancho ambiente... parece el templo de los que van al cielo cantando.

Y tengo para mí que un templo escucha más penas que canciones

El templo románico, recuerdo próximo al de las catacumbas recoge en su penumbra silenciosa la petición desgarrada, la dolorosa queja de los que no quieren que los vean llorar.

Así en León, la Catedral, maga hechicera de puro encantadora, es siempre la gloria de un día de Pascua florida... pero las gentes van a rezar a San Isidoro.

Sería curioso el estudio de estas misteriosas relaciones entre la Fe española—nuestra modalidad religiosa—y el arte religioso español.

El aspecto exterior de San Isidoro es algo desconcertante y extraño.

El antiguo ábside bizantino apenas asoma al Oriente, sus tambores típicos que aparecen embutidos en una linda construcción renacentista, trazada por Juan de Badajoz; obras maestras ambas, pero superpuestas como páginas de un palimpsesto cuya lectura pone a prueba los ojos del lector.

El lado Sur—portadas y lienzo de la nave mayor—muestra a la derecha un hastial de puro estilo asturiano, en la linda Puerta del Perdón, puerta del crucero; arco de medio punto, tímpano magnífico que representa, con un primitivismo encantador, el Descendimiento de la Cruz, algo admirable.

La historia avalora el subido mérito de esta portada con el prestigio de una tragedia: aquí murió un joven Conde de Castilla, asesinado por los Velas, y en víspera de matrimoniar con la infanta Doña Sancha, hermana del Rey Veremundo III, el día 13 de Mayo de 1029; un crimen político que alejó la corriente de armonía entre

nuestros reyes y los Condes de Castilla de la estirpe de Fernán González.

Apoya el tímpano en dos cabezas monstruosas, a la manera que introdujo en España la formidable influencia de las peregrinaciones, según acertada observación del Sr. Balbás.

La portada principal está formada por gran arco semicircular con tímpano de época que graciosamente muestra el sacrificio de Isaac con emocionante viveza, hasta el curiosísimo detalle de Isaac atándose la argolla a la garganta del pie, como símbolo expresivo de que voluntariamente se ofrecía al sacrificio.

En las enjutas aparecen las estatuas de mármol, figuras de cantores, signos del zodíaco, piezas embutidas sin aparente orden, y todas ellas de una remota antigüedad, del siglo x acaso, pues aunque la actual basílica es toda ella del XI, ya en el siglo IX y con la advocación de San Juan Bautista existía la primitiva Iglesia.

Estas figuras, como la simbología eucarística de esta portada principal, representada claramente en la parte alta en el Cordero de Dios, ha sido estudiada admirablemente — el mejor estudio que se ha hecho — por el muy inteligente y laborioso Abad, Sr. Llamazares.

Allí están Nuestra Señora y San Cipriano, a cuyas advocaciones estuvo dedicada la Catedral de León en el siglo IX; son las primeras estatuas en mármol a derecha e izquierda de la archivolta central de la portada. Largas cabelleras en las cabezas de los músicos y cantores muestran un arte visigótico anterior al Guadalete.

Algunos signos del zodíaco aparecen en piedra ordinaria, como sustitución de las de mármol primera, y son de época algo posterior, pero no después del siglo x, cuando, pasada la bárbara invasión de Almanzor, se reconstruyó en León todo lo que el avatar había destruído.

El espectador curioso — que es a quien este libro se dirige — no se limita a ver aquel conjunto de piedras que representan, aquí como en el Panteón, los signos del zodíaco y quiere saber para qué o por qué están allí, al parecer, sembradas para relleno arbitrario de espacios vacíos.

¡En un gran templo español nada hay fuera de su lugar y nada está sin su honda razón!

Una lógica presidía siempre a los artistas; en esto como en la

perfección de la factura y en la perpetuidad de la obra, los artistas antiguos no han sido superados por nadie.

El zodíaco es la representación del cielo con sus constelaciones; es la aureola que rodea al Arca Santa.

La astronomía no ha inventado para sus clasificaciones más que los nombres del zodíaco tal como se ven en la portada de San Isidoro de León y en el augusto Panteón de Reyes.

Corona esta portada simbólica y magnífica un ático con la estatua ecuestre de San Isidoro como se apareció en el cerco de Baeza.

Las puertas de la Real Colegiata que dan a la plaza que se llamó y debe llamarse de San Froilán, merecen algún recuerdo.

La más pequeña, que se conoce con la denominación de puerta de la Abadía, es del siglo XVI y muestra el escudo de armas de Don Beltrán de la Cueva, Duque de Alburquerque y personaje demasiado notorio en la corte de Don Enrique IV.

El escudo tiene dos bastones de gules en campo de oro, un dragón alado en campo de plata y en la bordura las cruces de San Andrés.

La razón de este escudo en este lugar es que en el siglo XVI, de 1552 a 1556, fué Abad Don Bartolomé de la Cueva, hijo del Duque de Alburquerque.

La puerta grande de la Colegiata es del siglo XVI, clásica, y obra, como la gran escalera, de Juan del Rivero.

La puerta del Claustro, que aquí se halla también, ostenta la gran corona y escudo imperial de águila bicéfala.

Siguiendo la línea del cuerpo central de la Iglesia, un saliente de ladrillo, restaurado recientemente, y la gallarda torre sobre la vieja muralla.

La torre fuerte, que fué vigía en tiempo de guerra, que fué cárcel en tiempo de relativa paz y fué siempre y es ahora ornamento destacado de la ciudad histórica.

En esta torre estuvo preso, y desde esa prisión escribió a Don Francisco de Quevedo largas cartas, Adán de la Parra.

En lo más cimero de la torre, el brillo dorado del gallo de San Isidoro.

Al interior, este solemne templo, honra del arte hispánico, conserva a lo largo de los siglos toda su elevada categoría histórica y nacional y todo el sabor artístico que el templo ha mantenido a través de restauraciones, con románica resistencia.

De antes del año 990 existen restos de la primitiva Iglesia; en 1120 la reedificó el Rey Alfonso V, haciendo la fábrica de ladrillo y tapial; de 1037 a 1063 la amplió y renovó Fernando I; a fines del siglo XI, Doña Urraca, la de Zamora, terminó la obra; en el XII se ensancharon las naves y el crucero; en el siglo XV, el coro; en el XVI, la obra de Juan de Badajoz.

Los dos primeros siglos de obras dejaron el sello del arte español en su más pura modalidad medieval; obra maestra de tradicional hispanismo, pues aquí la piedra es también hogar de hispanidad gloriosa; aquí está el cuerpo de San Isidoro de Sevilla, el ingente polígrafo de las «Etimologías», que salvó la cultura de uno de esos naufragios que de tiempo en tiempo amenazan hundirla en la perpetua sombra.

La llegada a León del glorioso cuerpo de San Isidoro, que mandó traer Fernando I, es una escena del más alto valor por los prodigios que el Santo realizó, y aun por la solemnidad suntuosa del cuadro histórico; venía también el cadáver del Obispo San Alvito, que había ido a traer las sagradas reliquias y murió en Sevilla.

De gran fuerza trágica — pictórica — fué también la abdicación del Rey Fernando I, que en la víspera de Navidad de 1065 abandona sobre el altar de San Isidoro los símbolos de la realeza y, cubierto de ceniza, se dispone a morir.

Por los claustros venerables, las sombras de abades y santos canónigos de San Agustín, hombres de estudio..., santos como Santo Martino..., sabios como Don Lucas de Tuy..., caballeros como el nieto del Emperador Alfonso VII.

La noble nobleza leonesa, la de sangre y poderío, tiene aquí su capilla, que fué un tiempo Panteón y apenas conserva el nombre y el blasón de los Quiñones.

Todo es grande en esta Casa.

«Con mi quiñón de León dí a España el mejor blasón», dice con bizarro orgullo, que raya, de puro arrogante, en rudeza.

Los Quiñones, los de la Casa de Luna, Merinos de Asturias, Alféreces mayores de reyes, gobernadores de León ya en el siglo XIII...» los rivales de la Casa de Guzmán.

Los Quiñones de Don Suero, el de El Paso Honroso.

La capilla dice elogios de la noble estirpe en sus pinturas murales, en su fantástica decoración de fauna y flora, en su robusta bóveda, en su ambiente de augusta raigambre.

En el rico archivo de la hoy Basílica, la Biblia del X, el Breviario y las Morales del mismo siglo; letras capitales de altísimo valor, estampas y colores que deslumbran.

El libro del Oficio de Natividad que es el más bello villancico que el arte ha compuesto.

Y desapareció hace años una magnífica crónica medieval que marchó a Alemania y por casualidad volvió a España, a la Academia de la Historia, según relato de Pujol.

Este episodio me sugiere un comentario que no he de callar.

El comentario es francamente retrógrado y cerril.

Cuando oigo hablar de dificultades para ver estas cosas que son únicas y constituyen el fondo de nuestra riqueza y nuestro abolengo, pienso siempre en que debían ponerse muchas más dificultades y ofrecerse muchas más resistencias.

La divulgación del tesoro español, en arte y documental histórico, ha atraído la avaricia mezclada con la envidia, y la riqueza española ha ido desapareciendo... El P. Urbel, en su bella obra del Claustro de Silos, dice que ha encontrado en Leipzig, en el «Bristish Museum» de Londres y en la Biblioteca Nacional de París, códices del Monasterio de Silos.

Así, pues, cerrar a cal y canto para extranjeros nuestros tesoros y

para nacionales demasiado aficionados a cosas de arte o de arqueología de positivo valor y fácil transporte... ¡Todo el cuidado es poco!

¿Y la cultura?, dirá acaso el lector inocente.

¡Ah, sí! ¡La cultura, la cultura!... Pero por de pronto, tres llaves para guardar lo que queda.

Y continuemos con algo de enumeración de cosas notables de la Real Colegiata de San Isidoro de León.

El llamado Tesoro contiene monumentos arqueológicos de extraordinaria importancia.

El «Codex Gothicus», del siglo x (950), con estampas de arte mozárabe; la soberbia arqueta de los marfiles del siglo XI, ofrenda de Rey Fernando I; la arqueta de esmalte del XII, no inferior en éstos a los de la Virgen de la Vega de Salamanca; la cruz procesional de Enrique de Arfe; el cáliz de ónice, regalo de la Reina Doña Urraca joya de oro afiligranado al modo árabe del siglo XI, joya sin par por su arte exquisito y el valor de sus piedras y sus metales; la colección de telas tejidas de los siglos XI al XIII; los bordados del XV...

Esto visto, y con la bella impresión en los ojos, conviene al espectador dotado de sensibilidad, recibir la emoción más fuerte y duradera, viendo el formidable Panteón de Reyes.

Todo lo demás puede borrarse con el tiempo: esto no.

Camino del Panteón, bajo el coro, una pila bautismal verdaderamente notable, nos detiene imperativamente.

El Museo arqueológico de Madrid se honra con un vaciado de este monumento insigne, de la alta Edad Media.

Los cuatro frentes historiados están labrados con un arte rudo y sincero, como una página de una época en la que germinaba en la tierra de España el poema de Mío Cid sobre la huella del caballo de Santiago.

En uno de los frentes se ve una simbolización del bautismo, en otro parece la huída a Egipto; los otros dos son, hasta ahora, intraducibles.

Cerca de esta pila está el sepulcro del arquitecto Pedro de Dios, santo y sabio, que mereción ser enterrado en el templo por él reconstruído, en tiempo de Alfonso VII, Emperador.

Y al fondo del templo, en el viejo nartex que daba acceso a la primitiva iglesia, el maravilloso PANTEON.

Allí, la piedra y la pintura mural ponen al servicio de la idea de la muerte la máxima expresividad y la máxima energía, en un conjunto de la máxima emoción.

Es el panteón más panteón que hay en España.

A su lado el Panteón de Reyes de Toledo, y los dispersos sepulcros venerables de las Huelgas de Burgos, y el de San Juan de la Peña, y la standarizada serie de féretros del Escorial, son pobres, inexpresivos, sin fuerza trágica.

En el Panteón de San Isidoro de León, la arquitectura se convierte en elegía; los pinceles hacen versos apocalípticos, y el ambiente está penetrado del concepto de la muerte y muerte de príncipes, que es tanto como decir muerte de las más grandes e ilustres vanidades humanas.

Y esto había que expresarlo a la manera brava del siglo XI, en que fué edificado para recoger piadosamente cenizas de anteriores reyes, reyes medio pastores, y para ello era noble aposento un Panteón aplastante de puro significativo.

Alfonso V lo mandó hacer y allí enterró restos de sus antepasados; Fernando I terminó la obra con gesto aun más cristianamente austero.

La traza es de una sencillez magnífica; dos recias y bajas columnas exentas, de asombrosos capiteles, y otras fuertes columnas adosadas de igual belleza, sostienen seis bóvedas de menos que mediana altura, bóvedas de tumba.

La luz es débil, el horizonte cerrado a toda expansión de la mirada; todo es allí concentrador del espíritu que se ve obligado a clavar la atención en la tierra donde sencillas piedras sepulcrales, casi todas sin letra, recuerdan, por exaltación de la fantasía, cosas históricas de la fabla antigua: Alfonso el Monge, ciego como Edipo, desventurado y pálido; Ramiro II, el gallardo luchador de Talavera, el domador de la fiereza del Conde Fernán González; Doña Urraca, Doña Leonor, Doña Sancha, la de la momia incorrupta... la historia que iba cuajando el hierro de la lanza del Mío Cid.

Las pinturas murales que decoran y entonan el Panteón son del siglo XII, de un interés cumbre para la arqueología pictórica mundial.

Un tono cárdeno, oscuro a ratos, en acorde perfecto con la idea matriz de esta gran tumba; no es posible encontrar más idónea matización ni más hondo sentido impresionista.

Las figuras representadas son los Evangelistas, los siete candeleros y las siete iglesias del Apocalipsis, la última Cena, el Zodíaco con una preciosa representación de las épocas del año en las labores del campo, misterios del Antiguo y Nuevo Testamento..., la religión que triunfa de la muerte, y la muerte que triunfa de la grandeza humana.

De estas pinturas murales dice el ilustre Gómez Moreno «que son la obra más notable conocida en España...»

Una escala de ocres, fondos blancos, dibujos de realismo logrado, fantasía exuberante en los pintores, adaptación de todo a la unidad que preside todo...

A la manera de predella del muro que efigia la Crucifixión, la estampa del Rey Fernando II y la Reina Teresa.

Y la elección de contraste de la pintura del Panteón con la del altar de Santa Catalina, del XIII, es decir, el paso de la pintura bizantina a la pintura gótica; interesantísima lección de historia del arte español.

¡Emocionante lección de ascetismo!

Panteón regio de realeza: Alfonso IV, Ramiro II, los hijos de Ordoño III, la Reina Elvira, Sancho I, Ramiro III, Alfonso V, Bermudo II, Bermudo III, Fernando I, Doña Sancha, Sancho el Mayor, García de Galicia, la mora Zaida...

Los soldados de la revolución francesa, una noche del 30 de Diciembre de 1808, en nombre de la libertad, profanaron la libertad de los muertos; en nombre de la igualdad, quisieron igualarse a los Reyes removiendo sus huesos; en nombre de la fraternidad, robaron las alhajas reales...

Lo que no pudieron profanar es la gloriosa historia que en este Panteón reposa, la historia que aprendió Napoleón en el Palacio episcopal de Astorga o en el cuarto del Rector del Seminario de Valderas.

El color de la piedra, de matiz caliente, la robustez de muros y bóvedas, las cornisas ajedrezadas, los capiteles espléndidos, las estatuas de un primitivismo hosco, los arcos semiarábigos, los pilares de cuatro columnas sobre zócalo redondo o crucífero, el aire de religiosidad profunda, la escasa luz; el Señor, que en el templo recibe adoración perenne, el sedimento de plegarias de siglos y siglos, el sepulcro del enorme sabio hispano San Isidoro de Sevilla...

Fe, hispanidad, realeza.

Es este Templo el libro de horas de un santo Abad que dejó en los claustros de la abadía las rosas del milagro.

De la gloriosa historia de la Real Colegiata de San Isidoro, tan plena de tradición religiosa y leonesa, tan enraizada en la Historia de España, de la que es documento sustancial, no es posible hablar aquí con la debida extensión.

El Infantado... El fuero de Renueva... El pendón de Baeza... La «Historia» compuesta por el inteligente Abad, es la mejor guía.

Como de su tesoro habría para escribir un libro.

Solamente del siglo XVI existen en la Real Colegiata joyas invalorables, como las siguientes:

La Cruz procesional, de plata, labrada por Enrique de Arfe y una de sus obras más geniales y de los años en que el gran artista hizo la Custodia que está en el Ayuntamiento de Sahagún.

Es de un metro de alta El Crucifijo y los relieves con figuras de la Pasión, es admirable.

En el castillete aparece una profusión de lindas imágenes de Santos y ángeles y niños, entre fronda de una riqueza extraordinaria. Es una obra maestra.

El relicario de San Juan Bautista, monumento magnífico, pequeño y valiosísimo retablo, de 1580, de gran belleza no sólo de escultura sino de dibujo arquitectónico.

El relicario de Santo Martino, con tallas en plata de San Juan y San Isidoro.

Cálices, copones, cruces de altar, verdadero tesoro de orfebrería del mejor estilo, con escudos de Osorios y Quiñones.

Un buen relieve, en la capilla de los Quiñones, y unas hermosas pinturas al temple, en la cámara de Doña Sancha, representando episodios de la vida de San Agustín y San Isidoro; obra de 1534 de escuela italiana.

Un lienzo de Corregio, que representa la cabeza de Nuestro Señor, una admirable Madona, no inferior a la de la Catedral.

El Infantado

Su fundación parece ser la del Monasterio del Salvador de Palat de Rey, por Ramiro II, en el siglo X, a nombre de su hija la Infanta Elvira..

Sampiro, que escribe en el siglo X, ya hace mención de esto.

Por su proximidad al Palacio Real, tomó el nombre de Palat de Rey. Allí fué primeramente enterrado Ramiro II, por lo que allí estuvo el primer Panteón de Reyes de León.

El Infantado había de ejercerlo una Infanta que consagrara su vida a la religión.

Los reyes lo enriquecieron con tal generosidad que los bienes, haciendas, privilegios, fueros y jurisdicciones, exención de toda otra autoridad, incluso de los merinos del Rey, fueron algo inusitados, no sólo en León y su tierra, sino también el caso más excepcional en España de verdadero feudalismo, poderoso y autónomo.

Las Infantas tomaban el nombre de Dóminas, siendo la última la hermana del Emperador Alfonso VII, Doña Sancha, la muy piadosa favorecedora de la Iglesia de San Isidoro, a la que cede su propio Palacio en el año 1150.

Fernando I deja el Infantado a sus hijas.

El Infantado se llamaba de San Isidoro y los bienes de aquél acrecían los de éste.

Pero los Reyes siguieron siendo comenderos de esta Casa.

El Arca de San Isidoro

Era una piadosa tradición que se ha perdido lamentablemente.

La de «abrir el arca de San Isidoro», el arca que guarda el venerable cuerpo del gran Santo hispano, y acudir devotamente ante él, cuando alguna calamidad pública asolaba la ciudad o cuando había que pedir al cielo algún extraordinario beneficio para la nación.

Los milagros realizados por el Santo desde que sus reliquias vinieron a León autorizaban la devoción con que el pueblo entero ponía en manos de San Isidoro sus cuitas con fe confiada y anhelante,

En tales ocasiones, el Concejo, por sus regidores, pedía al Cabildo de San Isidoro, con todo el ceremonial debido, el gran favor y el Cabildo acordaba acceder, en bien público, y abría el arca sagrada.

Aquel día cerraban las tiendas, se guardaba fiesta, y en la plaza el Cabildo disponía luminarias y hogueras, iluminando la calle de Sanctisidro, y el templo abierto día y noche era el hogar de los leoneses implorantes.

Anotando las fechas en que, según consta en los libros de la Real Colegiata y los de actas de nuestro Ayuntamiento, era abierta el arca de San Isidoro, se reconstruye la crónica de los días angustiosos de León.

Para honor de nuestro tiempo hay que registrar aquí la gloriosa fecha de 1943 en que fué abierta el Arca de San Isidoro, en unas fiestas verdaderamente inolvidables.

El Pendón de Baeza

Girones gloriosos del viejo Pendón, amorosamente conservados en rica tela que permite alargar la vida de la insignia preciosa, están en la Colegiata para gloria de León.

Ellos nos hablan del milagro de San Isidoro al aparecerse en la histórica batalla y toma de Baeza, que fué el día de San Andrés del año de 1147. En su memoria, el Emperador Alfonso VII mandó al año siguiente bordar este Pendón.

Tal es su abolengo, verdaderamente ilustre.

Fundóse después una cofradía de nobles de León, que ha subsistido siglos y ha resurgido actualmente, modificando su Estatuto.

La crónica de D. Lucas de Tuy, escrita en 1220, nos habla de esta Cofradía con toda extensión.

Y el ilustre Ambrosio de Morales que estuvo en León en el año de 1572, por orden del Rey, nos describe el Pendón tal como él lo vió: «cuadrado, de unas tres varas, de un cendal como tafetán, que fué colorado y con la antigüedad ha perdido la color; es el Emperador D. Alfonso, hijo de Doña Urraca, que hizo bordar en él toda la manera como le apareció San Isidoro cuando se le apareció sobre

Baeza y se la hizo ganar. Está bordado el Santo Doctor a caballo, vestido de Pontifical con capa, con una cruz en la mano y en la otra una espada levantada, y un brazo que sale del cielo con una espada también levantada con una estrella cabe la punta, porque el Santo le mostró al Rey cómo salía del cielo el brazo de Santiago para su defensa. Esto está así bordado de ambas partes y aunque la bordadura es antigua está buena. Este Pendón usaron los Reyes llevar en la guerra por devoción y plegaria de la ayuda de este Santo, y duró esto hasta la toma de Antequera, donde refiere la historia del Rey Don Juan II con cuánta devoción envió al Infante Don Fernando por este Pendón y con cuánto acompañamiento se llevó y con cuánta reverencia le quiso salir a recibir si fuera posible. También dicen que trató de llevarlo el Emperador D. Carlos en alguna jornada».

Así estuvo esta noble insignia, en su viejo «cendal», hasta 1908 en que se acordó transportar a un damasco nuevo la figura del Santo y todo lo posible de lo antiguo; es, pues, el actual Pendón la venerable reliquia antigua en lo esencial y por ello digna de todos los homenajes y todos los honores de un monumento religioso y español de la más alta categoría y uno de los más nobles emblemas de las santas tradiciones leonesas.

Honores que se le tributaron en la tarde del día 26 de Abril de 1941, con la debida solemnidad, en la ciudad de León.

V.-Cartones de tapices antiguos

V

Cartones de tapices antiguos

PARA que a la noble antigüedad de los sucesos corresponda el color patinado de la descripción, será el P. Maestro Fray Manuel Risco, del Orden de San Agustín, quien nos ofrezca la sobria relación de unas escenas, de grandeza religiosa o civil, creadoras de la tradición leonesa y lustre de su historia.

Habla el docto fraile en su «Historia de la ciudad y corte de León, y de sus Reyes».

I.—Epoca del Rey Don Fernando I

«Entre las mayores prosperidades que la ciudad de Leon recibió en el reinado de Don Fernando, fué el verse esclarecida con las reliquias del gran doctor de las Españas, San Isidoro. La Reina Doña Sancha era muy devota de la Iglesia de San Juan Bautista que su padre había edificado de tierra, a causa de la pobreza de aquel tiempo, en que era reciente la irrupción de Almanzor. Deseando, pues, que aquel templo se ennobleciese más, en el supuesto de que la Corte y el reino no padecían las graves necesidades que en los años anteriores, propuso al Rey sus piadosos pensamientos. Don Fernando hizo más que la Reina deseaba, y pedía; porque no sólo mudó la vo-

luntad que tenía, de ser enterrado en Oña, o Arlanza, y trasladó a León el cuerpo de su padre, colocándole en el mismo sitio en que estaban los de sus predecesores, sino que erigió de piedra la misma Iglesia de San Juan, con la magnificencia que era entonces posible. No satisfecho con esto, vino en atesorar en ella muchas reliquias de santos, para cuya execución se le ofreció entonces una ocasión muy oportuna con el rendimiento de Benhabet, Rey de Sevilla, que no sólo le ofreció con humildad ricos dones, sino que le prometió ser su amigo, y aun tributario.

Lograda esta proporción, envió Don Fernando a Sevilla a Alvito, Obispo Legionense; Ordoño, Obispo de Astorga, y algunos caballeros de su Corte, siendo los principales el Conde Don Munio, Don Gonzalo y Don Fernando. El santo Obispo de León murió en Sevilla después de haberle manifestado Dios el sepulcro de San Isidoro, y los compañeros trasladaron a León las reliquias del santo Doctor, junto con el cadáver de San Alvito, siendo testigos oculares de las grandes maravillas, que obró el cielo en esta ocasión, y refiere D. Lucas de Tuy, y el autor de las Actas de la misma traslación. Las reliquias de San Isidoro se colocaron con gran solemnidad en la Iglesia nueva de San Juan, y el cuerpo de San Alvito en su Catedral de Santa María, habiendo sido convocadas a esta gran fiesta las personas más condecoradas del Reyno, y entre ellas algunos Abades, que hoy veneramos como santos, y son San Iñigo, Abad de Oña; Santo Domingo, Abad de Silos, y San Sisebuto, Abad de Cardeña. Hízose la referida traslación en el mes de Diciembre del año de 1063, época digna de eternizarse en la memoria de los leoneses, por las especiales muestras de honra y estimación, con que favoreció el cielo a su dichosa ciudad».

II.—Epoca de Don Alfonso VII, Emperador

«En el año 1135, deseando el Rey D. Alfonso poner remedio a los grandes trabajos y daños que en las revoluciones de los años pasados habían afligido a las Iglesias y a los pueblos de estas provincias, y queriendo establecer las leyes que fuesen más convenientes para la mayor prosperidad de sus vasallos, ordenó que para la fiesta del Espíritu Santo se juntasen en León los Arzobispos, Obispos, Abades, Condes, Príncipes y Duques de su reyno. Estando ya en la ciudad el Rey, con la Reyna D.ª Berenguela, la Infanta D.ª Sancha y D. García,

Rey de Navarra, y multitud innumerable de Prelados, Clérigos, Monjes y Señores, se celebró en la Yglesia Mayor el Concilio más lucido que jamás se había visto y en él se trataron y determinaron las cosas, que como dice la historia latina de D. Alfonso, inspiró la clemencia de Nuestro Señor y parecieron más útiles a la salud de todos los fieles. En este día, que fué sábado, vigilia de Pentecostés, se propuso también por los Prelados, y ricos-hombres, que pues el Reyno de León había subido a tanta grandeza por las insignes victorias y conquistas, con que Dios favoreció a sus Reyes, extendiéndose su dominación a toda España, y reconociéndose por vasallos del presente Príncipe no sólo el Rey de Navarra D. García, y el Conde de Barcelona, sino también Zafadola, Rey de los Moros, el Conde de Tolosa, y otros Duques y Condes de la Gascuña, y de Francia, que D. Alonso se llamase en adelante Emperador de las Españas, ungiéndole antes y dándole con pública solemnidad la corona del Ymperio. Aceptada por todos la propuesta, quedaron de acuerdo en juntarse para esta gran función en la misma Yglesia de Santa María, el día siguiente, primero de Pascua del Espíritu Santo, y con esta determinación se finalizó la primera junta de aquellas famosas Cortes.

Llegado el dia señalado, que fué el 26 de Mayo, se congregaron en la Catedral, a la hora en que debían celebrarse los Oficios de la venida del Espíritu Santo, y antes de comenzarlos se hizo la coronación, poniendo el Rey una capa riquísima, y sobre su cabeza una corona de oro puro, adornada de piedras preciosas, con cetro imperial en la mano, y luego le ungieron con el óleo sagrado, diciendo al mismo tiempo las oraciones que estaban instituídas para este acto.

Concluídas las ceremonias, tomaron al nuevo Emperador D. Alonso, el Rey D. García del brazo derecho, y D. Arias, Obispo de León, del izquierdo, y formándose una procesión, la más pomposa, le llevaron a el altar de Santa María de Regla, cantando la música el hymno Te Deum Laudamus, y repitiendo el pueblo con voces alegres: ¡Viva el Emperador de las Españas! Hecho esto, comenzaron los Oficios, y concluída la Misa, y dada la bendición a D. Alonso, le acompañaron todos hasta el Palacio, donde estaba aparejada la mesa, a la que sirvieron, como refiere la Hictoria del Emperador, los Condes, Príncipes y Duques. Ninguno quedó descontento en día tan festivo, pues por mandado de Don Alonso se repartieron grandes estipendios entre los

Obispos y Abades, y los demás que concurrieron a la fiesta; y a los pobres se les dieron grandes limosnas de vestidos y comida, hasta satisfacer la necesidad de cada uno.»

III.—La Cofradía de San Isidoro y el glorioso Pendón

«En el año de 1147, conquistó el Emperador D. Alonso la ciudad de Baeza, con el auxilio del glorioso Doctor San Isidoro, para cuya memoria se instituyó entonces en León una Cofradía que tomó por divisa un pendón, en que está el Santo figurado del modo que se apareció en la batalla. Yo he visto esta alhaja preciosa, entre las reliquias que se muestran en su Yglesia de León, y la vió también en otro tiempo Ambrosio de Morales, el cual la describe en el lib. 1.º, cap. 21, y en su «Viage», pág. 50, con estas palabras: «Como por reliquia muestran un gran pendón quadrado de tres varas, de un cendal como tafetán, que fué colorado, y con la antigüedad ha perdido el color. Es del Emperador Don Alonso, hijo de Doña Urraca, que hizo bordar en él toda la manera con que se le apareció San Isidoro quando le apareció sobre Baeza, y se la hizo ganar. Está bordado el Santo Doctor a caballo, vestido de Pontifical, con capa, con una cruz en la mano, y en la otra una espada levantada, y en lo alto un brazo, que sale del cielo: porque el Santo le mostró al Rey cómo salía del cielo el brazo de Santiago en su defensa. Esto está así bordado de ambas partes, y aunque la bordura es antigua, está buena.

Este pendón usaron los Reyes llevar en la guerra contra los Moros, por devoción y plegaria en la ayuda de este Santo.

Duró esto hasta la toma de Antequera, donde refiere la historia de D. Juan II con quanta devoción envió el Infante D. Fernando por este pendón, y con quanto acompañamiento se llevó, y con quanta reverencia lo quiso salir a recibir si fuera posible. También dicen, que trató el Emperador Carlos V, de gloriosa memoria, de llevarlo en alguna jornada.»

Esta venerable insignia se conserva en San Isidoro, y aunque fué renovada la tela vieja, pero lo esencial, que es la imagen, bordada por ambas caras, es de la antigua divisa y por ello una reliquia histórica según queda dicho anteriormente.

IV.—Epoca de los Reyes Católicos

En 29 de Marzo del año 1493 fué a León el Rey Católico, y entró por la puerta, que se dice Moneda. En este mismo día fué recibido con gran solemnidad el cuerpo del glorioso Centurión, y Martyr Legionense Marcelo, que fué trasladado desde Tánger, donde fué hallado, quando Alonso, Rey de Portugal, ganó esta ciudad. Asistió a la procesión que se formó para recibir las santas reliquias, acompañándole muchos caballeros, entre los quales estuvieron el Almirante, el Marqués de Astorga, el Conde de Luna, D. Bernardino, hijo del Condestable, D. Enrique, hermano del Almirante, Rodrigo de Ulloa, Contador mayor, y D. Fernando de Acuña, Virrey de Galicia. Honró Dios al santo Martyr en presencia de todos los vecinos de su patria, sanando por su intercesión a Fernando de Villagómez, a quien se había quebrado una pierna, por cuya milagrosa curación tuvo el Rey tanto placer, que corrían las lágrimas por sus mexillas.

Después de esta célebre función salió de León el Rey con alguna tristeza, porque como consta de una testimonio, que se conserva en el archivo de la ciudad, aseguraba que tendría mucho gusto en detenerse más días en esta ciudad, que le había gustado más que las de Toledo y Sevilla».

V.—La Nobleza de León en real documento

En el rico Archivo municipal de León se conserva un precioso pergamino de 1365, de dimensiones 70 por 64 centímetros, con sello de plomo real colgado del cordón de seda.

Es un privilegio dado a León por el Rey D. Pedro I,

En el pergamino dice el Rey:

«Porque la ciudad de León es cabeza del Reinado de León y es ciudad muy antigua do poblaron godos e los Reyes de León. Por el cual Reinado de León yo traigo en las mis armas señal de león. E porque en todos los menesteres que recrecieron a los reyes de Castilla e de León sirvieron siempre muy lealmente, aventurando los cuerpos e los hijos e las mugeres e los algos por servicio de los Reyes onde yo vengo e mío e por defendimiento de mis reinos...»

Documento enaltecedor para León, dado por un Rey que no deja precisamente en la Historia de España gran fama de hombre halagador ni zalamero.

VI.-Humanidades

VI

Humanidades

AL lado de la brillante luz de los grandes cuadros históricos de nuestros siglos grandes, es bueno proyectar también alguna sombra de contraste, sin la cual no es completo cuadro alguno, ni destaca belleza ni armonía.

Son las inevitables «humanidades» que dan realidad a la pintura; son las pequeñeces que sirven para dar la medida de la grandeza adjunta.

Y he aquí rápidamente, escuetamente, una pequeñez.

Era el siglo XVI nada menos.

La fiesta solemne de San Isidoro se venía celebrando con la suntuosidad de siempre; al terminar la fiesta y después de las ceremoniosas «cabezadas», rito de la cortesía entre una noble ciudad y un insigne cabildo, éste obsequiaba a todo el público con dulces y refrigerio.

Pero... en el año de 1561 el cabildo de San Isidoro acuerda que no se dé el acostumbrado obsequio, porque «desaparecen tazas, cuchillos y jarras y no los restituyen». (1)

---

(1) Actas capitulares publicadas por el Sr. Abad de la Real Colegiata.

Es la mueca bufonesca que se intercala graciosamente, con picaresca gracia, entre la solemnidad del rito de la cortesía, en el siglo más caballeresco.

Es la Pícara Justina que se desliza entre los contertulios de los Condes de Luna.

VII.-San Marcos de León

VII

San Marcos de León

Aquí vivió Don Francisco de Quevedo

Diciembre - 1639 Marzo - 1643

DE una antigua Iglesia y hospital de peregrinos, que aquí había, no quedan vestigios; es cosa muerta y enterrada, cuyo recuerdo evoca el nombre del Prior D. Pedro Fernández de Fuente Encalada, que murió en 1184, y el eco lejano de las contiendas de San Marcos con Uclés, de Cuenca, por la primacía de tan Ilustres Casas en la Orden de Santiago.

Lo que hay es una obra maestra del Renacimiento, del siglo XVI: terminada con laudable fidelidad, en el XVIII.

Los Reyes Católicos—Reyes artistas—mandaron edificar este monumento al maestro Pedro de Larrea.

La obra comenzó algo más tarde, ya en tiempo de Carlos I.

Multitud de inscripciones van marcando las fechas de los avances de la construcción; feliz costumbre esta de los maestros renacentistas que así dejaban la historia o al menos la cronología escrita en la piedra.

Así consta que la Iglesia estaba terminada en 1541, la fachada desde la Iglesia a la portada principal marca las fechas desde 1533 a 1537 y en la parte alta de 1539 a 1541; la sacristía, en 1549; la maravillosa fábrica del coro, en 1537 a 1543; las tallas del pórtico,

en 1541; la escalera, en 1615. Y la obra nueva de prolongación de la fachada va señalando los años 1711, 1714, 1716... casi año por año.

Larrea trazó el plano; Villarreal y Horozco fueron maestros de la obra; Juan de Badajoz (hijo), Horozco, Doncel, Juan de Juni, Juan de Auger, labraron, en madera y en piedra, páginas admirables de genio creador y de insuperable maestría.

En el siglo XVIII terminaron todo, con una fidelidad tan extraordinaria que borra las épocas de construcción y da la sensación de obra única, Juan del Bivero y Martín Susniego que hicieron la fachada desde el pórtico central a la torre vecina al puente y al río.

El hábito de los monjes caballeros de Santiago prestigió la vivienda.

El nombre insigne de Arias Montano lo sembró de sabiduría.

Y el glorioso nombre de Quevedo ilustró para siempre esta Casa, donde él vivió cuatro años, y decir que vivió D. Francisco, es tanto como decir que aquí estudió, murmuró, escribió, hizo donaires, comentó libros y libros que le mandaba su amigo el noble Obispo de León, D. Bortolomé Santos de Risoba, o sus amigos los Jesuítas de Santa Marina; sufrió, prodigó saberes y gracias, que rebosaban en el alma del hombre de más talento y más ciencia que ha producido España.

Para prisión del alma plateresca de Quevedo nada mejor que el plateresco San Marcos de León.

Edificio gran señor, tiende los vuelos de su manto santiaguista, a derecha e izquierda de una portada en que lucha el plateresco puro del ala derecha, del XVI, con el barroco que asoma en el balcón central de grandes columnas, amplia portada y ático de gran escudo que corona la Fama.

Es un asombro la riqueza ornamental de este monumento.

De abajo arriba, a manera de zócalo, la serie de medallones bien labrados, ventanas de medio punto encuadradas por lindas pilastras pobladas de fina labor; sobre una imposta corrida, que es un friso helénico, se alza gallardo el cuerpo alto de balconaje rumboso, sembrado de hornacinas y relieves decorativos, de loca imaginería, para culminar en calada cornisa abalaustrada, con gárgolas y flameros y acroteras de flora y fauna fantásticas,

Temas de estudio para escultores, para imagineros, para ilustradores de libros, para dibujantes... esta fachada es una Universidad de arte magnífico.

La perfección de la factura va siempre unida a la libertad de asuntos de que los artistas gozaban.

Hasta el desorden en la colocación de los medallones del zócalo prueba la libertad de movimiento de los talladores. Páris, Hércules, Héctor, Alejandro, Aníbal, Julio César, Judith, Isabel la Católica, Lucrecia, David, Josué, Carlomagno, Bernardo del Carpio, Alfonso el Casto, Fernán González, Octaviano, Carlos V, Trajano, el Cid, Fernando I, Felipe II, el Príncipe D. Juan.

Y a mano izquierda del espectador: D. Pedro Fernández de Fuencalada, D. Sancho, Rey; D. Pelayo Correa, D. Gonzalo Girón, D. Alonso de Guzmán, D. Fadrique de Trastamara, D. Fernando Osorio, don Lorenzo Suárez de Figueroa, el Infante D. Enrique, D. Alvaro de Luna, D. Beltrán de la Cueva, el Principe D. Alonso, el Marqués de Villena, D. Felipe V.

El artista que hizo estos últimos medallones del siglo XVIII no quiso incluir el busto de D. Francisco de Quevedo, ni tampoco el del Conde Duque de Olivares, su perseguidor.

El escultor hubiera tenido que disimular la descomunal joroba de Olivares, como hizo hábilmente el gran Velázquez en el cuadro famoso.

El gran pecado de Quevedo fué no querer disimular la joroba mental del poderoso valido de Felipe IV.

Los medallones de la fachada, aparte su valor artístico, como factura que son de Badajoz y Horozco, principalmente, son también notabilísimos como documentos históricos, pues la fidelidad de los retratos se llevó a extremos de precisión copiándose, por ejemplo, el busto de Julio César—uno de los mejores de la serie—de monedas de su tiempo.

Además, la situación de los medallones está estudiada, colocando el de Isabel la Católica, entre los de Lucrecia—símbolo de virtud romana—, Judith—modelo de amor a su pueblo.

Así, también, aparece nuestro gran Carlos I, entre los bustos de Trajano—gran Emperador, oriundo de Iberia—y Octaviano Augusto—gran Emperador que dió nombre a su siglo.

Por cierto que el busto magnífico de Carlos I, de perfecta expre-

sión verdaderamente admirable, ostenta a derecha e izquierda de la cabeza dos letreros que dicen: Melior Trajano. Felicior Augusto: elogio máximo que el artista quiso tributar a nuestro gran guerrero y fundador del glorioso Imperio español de tiempo de los Austrias.

¡Bella lección de Historia la que nos da esta magnífica fachada, recreo de los ojos y maestra de sabias enseñanzas!

Es que los artistas del renacimiento español iban dirigidos por humanistas.

La Iglesia, la Sacristía

Obras maestras de característica elegancia.

Un soberbio arco redondo, a todo radio, cobija el pórtico de esta Iglesia. En las enjutas lucen conchas de peregrino; arriba una balaustrada de piedra y una terraza, y una gran claraboya en un ático que recoge el escudo del Emperador entre dos gallardísimos heraldos.

Abajo, una portada de arco rebajado, con gran molduraje, y a derecha e izquierda, al exterior, dos magníficos relieves que representan la Crucifixión y el Descendimiento, de expresividad y emoción: aquél lleva la firma de Horozco, el Descendimiento parece por la fuerza dramática que lo inspira, obra de Juan de Auger, que trabajó también en el coro, con Doncel.

El tiempo lo va destruyendo, como tantas cosas.

La Iglesia, del gótico moderno, es alegre y graciosa, de valiente nave central sobre pilares abocelados, buena reja, capillas simétricas... buen gusto, luz y arte y lujo ornamental.

Dos puertas en el crucero, una conduce al claustro y la de la derecha a la suntuosa sacristía de Juan de Badajoz.

Todo es allí atalaje artístico, todo aristocrática belleza.

Allí está, sobre la entrada, un medallón con la noble figura de Juan de Badajoz, autorretrato seguramente, porque nadie más que el maestro puede esculpir con tal perfección y tan brillantes ráfagas de genio.

Por allí, dice la cartela: Perfectum opus est domino Barno priore a Giovanne Badajoz artifice. 1549.

Ménsulas, repisas, medallones, colgantes... aquello es un espléndido espectáculo que no admite descripción; caras de increíble delicadeza, caras principescas, gracia y alegría.

Ruth, la bella espigadora moabita; Thamar, la bella enmascarada, Raab, Booz, Noemi, Micol, hija de Saúl... David, Judas Macabeo, Salomón.

Judas Macabeo, David, Salomón... ¡pasión, penitencia!

Son los temas del Renacimiento español.

Son los temas que también Juan de Badajoz trató en las bóvedas del claustro de la Catedral.

Los temas de aquellos artistas, algo tocados de paganía, que después, y por extraña paradoja, poblaban de calaveras y canillas, frisos y fustes y jambas, como si el pensamiento de la muerte impusiera su solemne lección sobre todas las fantasías del amor y de la vida.

Juan de Juni, el glorioso creador del barroquismo español, secuela brillante del barroquismo borgoñón en que Juni era maestro cuando vino a Medina de Rioseco y después a empapar su alma en el ambiente español, vino también a León.

Juan de Badajoz hace el elogio de Juan de Juni, y dice que éste «hizo mucha obra de piedra en San Marcos».

¡Extraordinario caso éste de un gran artista, un amante de la belleza, hable bien de otro artista de iguales aficiones, caso raro asimismo el de Doncel, que trabajara con Juni en el coro de San Marcos, sin que la envidia amarilla y el odio verdinegro mancharan sus almas con la baba del caracol.

Una ingenua, delicadamente humilde inscripción, tallada en buena letra realzada en la subida al coro alto, dice:

Omnia Nova Placet.

Es sencillamente la expresión de Doncel, la humildad artística del gran Doncel, que al escuchar los elogios por su obra maestra, los intenta cohibir poniendo por delante el placer que despierta todo lo nuevo.

Siempre que veo la leyenda y veo el Coro magnífico pienso que el letrero debía decir, Omnia pulchra placet.

Sea nueva o vieja, pues este coro ya no es nuevo (1537-1542) y cada vez parece más hermoso.

Otra inscripción, en la silla prioral, dice:

«Hoc opus perfectum est sub domino Fredinando priore, Magester Guillielmus Donzel me fecit. 1542.»

Aunque la obra se terminó, como dice Doncel, en 1542, había comenzado en 1537, y como es sabido que en 1538 aun estaba en León Juan de Juni, se explica bien que este renombrado artista, que talló en barro, en piedra y en madera, trabajara en este Coro, donde la Egipciaca, el San Francisco en actitud violenta y algunas más revelan la mano del gran maestro de la escultura trágica.

Sólo una vez el tema dulce y amable se impone a la gubia rebelde del artista, y es en la más bella escultura que hay en León; el grupo precioso de Nuestra Señora, el Niño Dios y San Juan, niño, en el retablo de Santa Marina la Real; obra de una inspiración y una hermosura que no es bastante admirada y que merece toda admiración.

Obra de primer orden y de la más alta importancia para conocer al Juan de Juni que había venido de Italia al servicio del Obispo de Lisboa, y de Lisboa a Medina de Rioseco bajo la proceresca protección del Almirante Enríquez; el Juni de las esculturas en barro, aun no impresionado por la tragedia de Castilla y por la visión terrorífica de los autos de fe de Valladolid.

La importancia de este Coro de San Marcos en la historia del arte español, y en el proceso de españolización del Renacimiento, es de notoria claridad, y a ello debe dedicar todo aficionado a estas cuestiones la debida atención; así también «se ven» estas soberbias tablas con mejor comprensión y más sentido admirativo.

El paisaje que ofrece este coro, mirado desde su centro, es de una emotividad solemne y fastuosa; las tallas tienen un dinamismo de paños y de actitudes que proyectan un conjunto fantástico, algo miguelangelesco; las impostas corridas de los doseletes y la galería terminal, toda primor y gracia; los pasamanos de ágiles figuras... todo ello se superpone en la retina del espectador y da la sensación única de una briosa composición en que se juntan las finuras del Renacimiento italiano con la «manera» española, en el más gallardo ejemplar del barroco español.

Era el siglo XVI, de intercambio y adaptación; el siglo en que se representaban en Roma las églogas de Juan del Enzina, y bañaba su alma en Horacio, a orillas del Tormes, el divino Fray Luis de León.

Al llegar aquí reparo en que la palabra «barroco» y barroquismo

suena en oídos inexpertos a algo peyorativo y de mal gusto, pero éste es uno de los muchos casos en que la vulgaridad y el tópico ocupan el lugar de la cultura.

Barroco, y barroco ciclópeo, fué Miguel Angel.

Y ni una palabra más.

La sillería del coro bajo representa personajes bíblicos; la del alto Santos Apóstoles.

El certero instinto crítico de Gómez Moreno, buen catador de arte, señala como de la manera de Juan de Juni todos los Apóstoles, el San Mateo de la silla prioral, San Juan, San Marcos, Santa Agueda, Santa María Egipciaca, Santa Eulalia, Santa Bárbara, Santa María Magdalena, y un medallón bajo del lado del Evangelio, que ostenta un profeta en actitud de meditación.

Este coro lleno de santos, como coro de freires, tiene un fuerte sabor religioso, pero el sentido caballeresco de la Orden Santiaguista y el ambiente renacentista de todo el edificio de San Marcos imprimen en estas tablas un sello especial, algo de paganía que desde el primer momento nos está diciendo que aquéllo no es un coro catedralicio ni aun menos un coro puramente monacal.

Es acaso esa la «gracia» de esta obra.

Así se ven en el coronamiento del Coro, encima de la galería guardapolvo, ángeles y mascarones bien tallados, lo mismo pueden rematar un coro que una obra de profanidad mundana.

Las actitudes nada sedentes de las tallas de la sillería del coro alto, están moviéndose, con un aire en los ropajes a veces violento, agitado y agrio, buscando el artista en todo momento la expresión más enérgica y emocionante, acusando un propósito de contrarrestar el concepto reposado y estático, respetuoso y grave que nuestra última Edad Media había impuesto como un canon de la escultura religiosa o de cualquier talla destinada a obra religiosa.

Artistas de la categoría de estos maestros del Coro de San Marcos no admitían guía ni dirección, y para la interpretación del personaje no se dejaban conducir ni aconsejar más que por el propio criterio; el arte ganaba con la libertad artística, pero lo que debe tener de simbolismo y de exégesis toda imagen, no se encuentra por ninguna parte.

Si el letrero taraceado del San Agustín, o el San Francisco no

proclamara estos santos nombres, nadie podría sospechar que aquellas tallas los querían representar; y es claro que el buen sentido pide una relación entre las características de una imagen y las del personaje representado.

Y he aquí cómo, en el Coro de San Marcos, estos gloriosos artistas del Renacimiento que a su paso por la Isla de Francia y los Paises Bajos habían aprendido a suavizar la primera agresividad del arte nuevo ante los eternos esplendores del ojival, vienen por último a esta tierra leonesa a dejar las flores de sus guirnaldas colgantes, en esta sillería magnífica y en todo este señorial edificio como una gentilísima muestra de respeto al arte español, y aun al arte regional leonés.

Y es, a fin de cuentas, que desde la terraza de la Iglesia de San Marcos se ven las torres de la maravillosa Catedral de León.

Cuando D. Francisco de Quevedo vino a San Marcos, el edificio llegaba desde la Iglesia a la portada principal.

El edificio de entonces está minuciosamente descrito en la memoria de los Visitadores de la Orden, de 1604, que se conserva en el Archivo Histórico Nacional.

Quevedo entró por la portería de la Iglesia y cruzando por los graneros del Convento se arribaba al Claustro.

«Entrando por la portería está una escalera por la cual se sube a un aposento de una saleta que tiene una chimenea e una cámara e un rretrete con delantera de rexa...»

Pero este tema de la estancia de Quevedo en San Marcos no puede ser objeto a tratar en este libro.

Es objeto de otro libro que espera la publicación...

«El Museo Arqueológico», en el edificio de San Marcos, es notable, principalmente por la amplia sección de epigrafía, hoy en lamentable desorden.

En lo moderno hay allí el almacén incongruente de todos estos almacenes de restos y reliquias.

Para el espectador romántico estas cosas tienen, como los números, dos valores: uno el valor material que no cuenta si no va acompañado del más puro valor de evocación que en el alma sugiere un

recuerdo histórico, un fragmento de algo de la pasada grandeza, una obra artística en sí misma por la emoción que produce, una cosa que nos sabe hablar de vida antigua...

Restos arquitectónicos del insigne Monasterio de San Claudio. Otros del Palacio de D. Gutierre.

La buena estatua grande de D. Juan de Quiñones y Guzmán.

La hermosa talla de San Francisco, de Luis Carmona.

El «escrutinio de libros» y San Jerónimo, de Juan de Juni.

El relieve en barro, la Piedad, de Juni.

Unos cuadros del Bassano.

En lo de la Edad Media hay algo de suma importancia.

Modillones, canecillos, trozos muzárabes, capiteles historiados de Sahagún y de la Catedral.

Las magníficas estatuas de madera enlenzada, con rica policromía, que representan figuras de Calvario; asombrosas imágenes del siglo XI, de una expresividad verdaderamente insuperable, o por lo menos, insuperada.

La posición de dolor, expresada por la mano en que se reclina dulcemente la cabeza, sin violencia ni gesto ni ademán ensayado y espectacular, antes bien, todo sinceridad y resignación dolorida y divina... todo aquéllo vibra con ráfagas de genio y brilla con maestría de ejecución.

¡Cuánto hay que aprender del viejo arte del siglo XII y XIII, y cuánta vanidad infundada en los modernos o modernistas que acaso desprecian olímpicamente estas vetusteces medievales... pero no saben hacer nada que a aquella perfección se aproxime ni a cien leguas!

El retablo de San Marcelo, del siglo XII.

Los cuadros, también de ese siglo, de Santa Catalina y lindas tablas del Monasterio de Carracedo.

Y la joya del Museo; el Crucifijo de marfil, del siglo XI, monumento único que por sí solo avalora el Museo de León, como dió antes celebridad al Monasterio de Carrizo, de donde procede.

Y muchas joyas más.

Del señorío de aquellos Caballeros santiaguistas que aquí tuvieron digna morada, da clara muestra la Sala capitular, situada en el ala Norte del Claustro.

Dos pequeñas lindas ventanas dan entrada a escasa luz que aun

empapa, en el techo, el magnífico artesonado de alerce oloroso que cubre regiamente la estancia.

El artesonado de profunda labra y colgantes bien adornados a la manera mudéjar que el Renacimiento sabía respetar, tiene un tono caliente que rima con la profana elegancia de una Sala destinada a juntas de caballeros.

Preside un estimable retrato del gran Arias Montano—gloria del saber español—honor de esta Casa.

Al fondo, otro cuadro moderno representa la entrega a los caballeros de la Bula de confirmación dada por el Papa Alejandro III.

Una chimenea morisca embutida en la pared contribuye al ambiente de la Sala capitular.

¡Qué bien entonaría en esta Sala el grave hablar de los caballeros de hábito blanco y cruz santiaguista!

¡Cómo preside siempre el buen gusto exquisito la vida de aquel siglo XVI y XVII que daba a la suntuosidad todo el inmenso valor que la suntuosidad tiene, para embellecer la vida y para ennoblecer la humana sociedad!

De la estancia de Quevedo en San Marcos, es bueno copiar lo qne él mismo dice, en carta a su fiel amigo Adán de la Parra, que por cierto también padeció prisión en esta ciudad en la torre de San Isidoro.

«Aunque al principio tuve mi prisión en una torre de esta Santa Casa, tan espaciosa como clara y abrigada para la presente estación, a poco tiempo por orden superior, que no diré por superior desorden, se me condujo a otra muchísimo más desacomodada que es donde permanezco. Redúcese a una pieza subterránea, tan húmeda como un manantial, tan oscura que en ella es siempre de noche y tan fría que nunca deja de parecer Enero. Tiene, sin ponderación, más traza de sepulcro que de cárcel. Tiene de latitud este sepulcro donde enterrado vivo, veinticinco pies escasos y diez y nueve de ancho. Su techumbre y paredes están por muchas partes desmoronadas en fuerza de la humedad, y todo tan negro que más parece recogimiento de ladrones fugitivos que prisión de un hombre honrado. Para entrar en ella hay que pasar por dos puertas que no se diferencian en lo fuertes; una está al piso del Convento y otra al de mi cárcel, después de veintisiete escalones, que tienen traza de despeñadero... Esta es la vida a que reducido me tiene el que por no haber querido yo ser su privado es hoy mi enemigo.»

VIII.-Tres estampas históricas

VIII

Tres estampas históricas

(A).—Guzmán el Bueno

ES la estampa de la lealtad, del deber cumplido a costa del propio corazón.

Cumplió como bueno, y bueno le llama la Historia.

Su asombroso sacrificio dió una nota tan alta en vibración moral, que pasando por encima de mares y fronteras y siglos puso en la historia universal, para siempre, el nombre de un español de corazón tan grande como el corazón de Abraham.

No admite más comentario la estampa de la lealtad.

Sólo España es capaz de producir estas flores de sangre que son eterno honor de la humanidad.

Es la estampa del triunfo de los valores morales sobre todas las cosas de la tierra.

(B).—Juan del Enzina

Bueno es destacar este nombre insigne, por que es el mayor prestigio literario nacional que por aquí ha vivido.

En esto, como en tantas cosas, el Archivo catedralicio ha ofrecido a la investigación los datos más luminosos y fehacientes para la verdadera historia.

Unos, aportados por López Castrillón, fueron publicados por Asenjo Barbieri, en su Cancionero; otros han sido recogidos y ampliados por Díaz-Jiménez Molleda, en un follato, interesante y bien escrito.

El Sr. Díaz-Jiménez se equivoca en la localización del sepulcro que a Juan del Enzina dedicó el Cabildo leonés, pues lo sitúa en la capilla del Dado, y no es ahí, sino detrás del muro de esta Capilla y entre la Virgen del Dado y el poyo donde está la imagen de San Miguel, pero la capilla y el altar de la Virgen del Dado en el siglo xv era el llamado hoy Vestíbulo, frente al pórtico Norte, y por tanto el aludido sepulcro está entre la jamba del pórtico y el altarcillo de San Miguel, ya entrando en la capilla de San Andrés.

El Archivo aclaró perfectamente puntos tan importantes como la estancia de Juan del Enzina en León, la casa donde habitó, la fecha de su muerte, la seguridad de su estancia en León como Prior de la Catedral.

Debo estos datos a la inteligente investigación del señor D. Raimundo Rodríguez, Canónigo Archivero de la Catedral y maestro de investigaciones leonesas.

Conocida fijamente la situación de las casas de Juan del Enzina, en la esquina de la antigua calle de Cardiles y la de Ferrería de la Cruz, tuve el honor de dedicar a la memoria ilustre del fundador del Teatro español, una modesta lápida el año de 1934, al finalizar los festejos del centenario del Paso Honroso de Suero de Quiñones, utilizando la incansable bondad de D. Julio del Campo—de buena memoria en León—, que dió el mármol y de su propia mano hizo la inscripcion.

Recabo este honor, porque aquí hay la mala costumbre de lamentarnos de que no se hacen cosas, chicas o grandes, que en pro de nuestras glorias redunden, pero cuando se hace alguna procurados envolver al autor en el silencio, sin duda para que no vuelva a meterse en camisa de once varas.

Y sigamos con Juan del Enzina, que es de lo que se trata.

Poeta, músico, artista excelso, dice y representa sus églogas y sus canciones en la Roma del siglo de León X, y aquí en la corte del Rey D. Juan, y en la regia Casa de D. Fadrique Alvarez de Toledo, la Casa de Alba, que siempre ha sido casa real.

Su musa era profana y gentil y cortesana en un siglo de amorosas trovas y lances de amor y fortuna.

Así pasó parte de su vida, hasta que como él dice:

Ya cerradas son las puertas
de mi vida
Y la llave es ya perdida.
Ya no quiero ser vaquero
Ni pastor.
Ni quiero tener amor.

Y a los cincuenta años es sacerdote, y en Tierra Santa dice su primera Misa.

Es Prior de la Catedral de León, y en 1526 está en esta ciudad, siendo Obispo D. Pedro Manuel, el gran Obispo artista y protector de artistas, como Juan de Badajoz, el mozo.

Para hacer la vida agradable a tan ilustre Prior, el proceresco poeta que traía a esta ciudad todo el atalaje de la fama pregonera de su talento en Italia y en España, el Cabildo, en 2 de Octubre de 1526, concede a Juan del Enzina la suma de doscientos mil maravedís para las obras de la casa en la esquina de los Cardiles y Ferrería de la Cruz, amén de otras ofertas ciertamente extraordinarias.

Que a tal Prior, tal honor.

Es el canónigo y notario D. Bartolomé de Soto el que dice que ante él se concordaron, en dicho día, el señor Juan del Enzina con los señores del Cabildo, siendo testigos el bachiller Alonso Conzález de los Ríos, Andrés de Rascuro y Alonso de Mansilla, canónigos.

En 12 de Octubre de 1528 continuaba viviendo en León y en la misma casa el ilustre poeta, pues así lo dice el Acta capitular de aquel día en la que se acuerda prorrogar el plazo de la obra citada, «en las casas del cantón de los Cardiles y en las que el dicho señor Prior bibe...»

En fin de Enero de 1529 ya había marchado de León Juan del Enzina y probablemente para no volver, pues el Cabildo acuerda encargar del Priorato al conónigo Salazar, con sueldo a descontar «cada un año» de la prebenda del señor Prior.

Juan del Enzina había muerto antes de empezar el año de 1530, porque en 10 de Enero toma posesión del cargo de Prior, por muerte de aquél, el canónigo Juan Xuárez.

Frescas aún las pinturas de Maese Nicolás, nuevas las obras de Badajoz y de Jusquín, brillante la sillería del coro de Malinas y Copín... ante esas maravillas pasó la figura insigne del patriarca del teatro español.

(C).—Los Condes de Luna

He aquí un perfil para una silueta.

No hace falta el alegato de los títulos de aquilitada nobleza de una de las Casas más verdaderamente ilustres de solera aristocrática española.

La firma de un Quiñones aparece en el «Seguro», de Tordesillas, y con ello está dicho todo.

La Corte de D. Juan II parece la Corte de los Quiñones.

El Paso Honroso de la Puente del Orbigo es uno de tantos blasones de la Casa.

Versos de un Quiñones se encuentran en la Vaticana.

Actualmente es Conde de Luna el Duque de Alba.

Pero el perfil de que yo quiero hablar es otro que a mi ver da, para caracterizar la figura de un Conde Luna, una nota más expresiva que todos los títulos nobiliarios.

Es el perfil del orgullo o más bien prestancia, que cuando va unida a la nobleza de sangre es como airón de bizarras plumas que en lo cimero del escudo lanzan al aire pregones de gentileza.

Es un orgullo bello porque se apoya en aquel «algo» a que alude la frase hijodalgo.

No es el orgullo inelegante del rico ¡quién sabe cómo!

He aquí ahora los perfiles para la silueta:

Proceden de los libros de acuerdos de los canónigos de San Isidoro.

En Agosto de 1591 el señor Abad propone que no se dé la paz en la Misa Mayor, fundándose en una disposición pontificia que prohibe a los oficiantes alejarse del altar.

Entre los fieles se encontraba la señora Condesa de Luna.

Y la Condesa de Luna se enojó de tal manera que los canónigos volvieron a reunirse en capítulo, y «volvieron a votar la paz».

Al menos cuando entre los fieles estuviera la Condesa.

En el mes de Enero del año 1600, el Conde de Luna pasa aviso al Abad de San Isidoro diciendo «que quiere venir a Misa mayor».

El aviso debió sentar mal a los canónigos, por lo que de imperativa altivez indudablemente contenía, y acuerdan contestarle, que se le recibiría «con caridad y urbanidad», y se le pondría silla.

Con estos dos sencillos episodios, a mi entender, se descubre mejor que con amplias biografías todo el caudal de señorío de unos señores que podían poner en su escudo aquello de «Con mi quiñón de León, dí a España el mejor blasón».

Libro II

I.-La Catedral

Catedral de León

"...per eam nitet urbs Legionis".
"...por ella brilla la ciudad de León".

(Del epitafio de Ordoño II)

II.-Estampas de la Catedral

I

Estampas de la Catedral

A la plaza de Regla se arriba por varias calles, y el paisaje es bien distinto y la Catedral ofrece a los cuatro rumbos, como los brillantes, estampas varias.

Subiendo de la Plaza Mayor—antigua Plaza del Pan—se descubre un escorzo violento de la Catedral; no parece ella. Se ven las torres en perspectiva acumulada, unidos sus muros en visión oblícua, y da la impresión de un fuerte y sombrío castillo medieval,

Entrando por la calle de Sierra Pambley—antigua calle de Candamio —se ve de frente la torre de las campanas, sola y señera, sin la inevitable comparación con su compañera del Reloj, torre que reclama los fueros del siglo XIII y pide a gritos que quiten la aguja y quede escueta arriba la terraza cuadrada del vigía que vela, en lo alto, y otea los caminos por donde puede asomar la herejía enemiga, los albigenses de Arnaldo, el peligroso engañador que traia enloquecida a las gentes leonesas.

Pero ya dentro de la Plaza de Regla, se borra el recuerdo de herejías y revueltas de entonces o de otros tiempos, y el frente arrogante de la Catedral recorta en el cielo su figura en un solo plano, en un imafronte suntuoso con el blanco hastial rejuvenecido entre las torres que han visto tantas cosas con serena majestad.

Los vértices del hastial y de las agujas de las torres nos hablan en su estilo, de ojiva elevadora, mientras la oscura piedra y la venerable

gravedad del pórtico nos dicen cosas dantescas y teológicas de Santo Tomás,

Al llegar por la calle del Generalísimo Franco, antigua calle de Ferrería de la Cruz, se abarca la vista más brillante de este templo inefable.

Limpia la planta aparece un conjunto escueto como obra de un día, a la izquierda la fachada entera de occidente y a la derecha se tiende la mirada por los arbotantes atrevidos que reman al cielo, y por las líneas aéreas de las zonas de ventanales que anticipan en el alma viajera la emoción de la luz de la Catedral, diáfana y soleada.

Desde el Seminario, la Catedral parece abandonar todo sentido de masa, y de alto a bajo. en viñetas primorosas, se marcan las ventanas y la piedra se olvida.

La Catedral es de vidrio dulcemente aprisionado por las maineles como hilos, y los arcos como encaje holandés.

Por la calle de Guzmán el Bueno—antigua calle de la Canóniga vieja—la torre de las campanas cubre el horizonte, y al acercarse a ella deja ver impensados alardes renacentistas: campanil, flores, flameros, pináculos.,., que en ameno contraste con la severa torre, cantan una linda canción trovadoresca.

Y dando vuelta al monumento se llega a dar vista al ábside, que ni admite intento de descripción ni siquiera consiente ojetivo de fotógrafo.

Sobre el cañamazo de estilizada piedra bordaron manos de prodigio la hilatura de filigrana de un platero precursor de los Arfes, poetas que hacían versos con buril.

Es la cabeza de la Catedral y la cabellera de gran señora es de increible donaire, en la guirnalda de la más sutil elegancia.

A los tambores absidales que en el arte románico cercaban con fuerte arrogancia el testero, ha sucedido aquí, en una transición algo rápida, una decoración alegre y diáfana de doncellesca belleza: pocos paisajes habrá en el mundo más encantadores.

No admite descripción; tal es de hermoso.

Fortaleza, gesto antiguo, modernidad graciosa, restos románicos entre alegrías renacientes, adornos floridos. líneas de puro arte cristiano...; todo aparece en este monumento envuelto en una idea única, triunfante, fantasmal, de algo nuevo, eternamente nuevo, por eternamente bello.

Es la estampa de la Juventud, ¡divino tesoro!...

III-Catedral de la emoción

II

La Catedral de la emoción

SOBRE la noble clámide de la ciudad romana el magno arte español supo bordar las tres estampas: bizantina, ojival y renacentista, y en la maravillosa fimbria la vida ha ido trazando calles y plazas y construcciones entre bellos jardines de una ciudad moderna espléndida y limpia y juvenil.

Como un viejo códice que defiende su venerable antigüedad con una preciosa encuadernación moderna de Turín.

Así el nuevo peregrino, que ha sustituído el bordón por el kodak y y el cansino andar por el autocar lujoso, pasa por este camino de Compostela. rumbo de la más noble hispanidad, y saborea las mieles de una historia romántica y el Falerno embriagador del arte puro servido en copa de cristal de Bohemia,

Quien esto escribe añora las viejas plazas y calles, la calle de Don Gutierre, la calle de la Canóniga, la calle del Moro Malacín... malamente empedradas y entre las piedras la hierba como un festón primaveral...; preferiría mil veces el suave sonar de la campana monjil al estruendo imperativo y mandón de claxones y bocinas...; el reposado andar de poca gente metódica que pasaba por la vida sin el apremio de acabarla pronto...; ¡el libro viejo forrado con polvoriento cuero cordobés!

Para el actual peregrino de los santuarios de la religión, la historia

o el arte, es algo frívolo y gusta del contraste entre las graves estatuas champanienses y los jardinillos recortados en el cañamazo de un pavimento de cemento de colores pálidos; el peregrino se llama turista—palabra de bagatela ambulante—y busca al mismo tiempo las mejores Catedrales y los mejores hoteles y en caso de opción huye de la mejor Catedral si no encuentra un buen hotel y una ciudad provista de todas las ventajas y todos los inconvenientes de la urbanización,

Es la Catedral de la emoción: color y luz.

La piedra, reducida al límite matemático impuesto por la resistencia, es el marco de las maravillosas vidrieras, la gloria del arte español.

Mil setecientos sesenta metros cuadrados de vitral dejan entrar, una luz policromada, y toda la Catedral vibra fantásticamente.

Exenta y libre, como ninguna otra catedral, muestra su planta armoniosa; fina de líneas hasta la sutileza, revela toda la pureza del estilo; rica en detalles de escultura en piedra, ostenta en el pórtico occidental primores como el del Juicio Final, admirado por todos los artistas, y en el ábside, la mayor belleza que puede alcanzar el Arte. Alas y remos de piedra parecen sostener esta Catedral. Es obra mundial en todo, hasta en su construcción, y en sus joyas trabajaron artistas de todas partes: maese Nicolás francés; Copin, de Holanda; Enrique de Arfe, alemán; Malinas, flamenco; Jusquin y Baldevin, Franco-Condado.

Tiene. además, el gran mérito de ser una historia del arte: una torre del XIII, capiteles en el magnífico claustro y muros del XIV, otra torre y el coro y las pinturas murales del XV; el trascoro y la obra interior del claustro, del ilustre Juan de Badajoz, del XVI; restauraciones constantes posteriores, y todo ello dentro del ritmo uniforme impuesto por la belleza del monumento, que de todo triunfa y conserva su genial hermosura.

Es notable el proceso de su fundación, pues está edificada sobre pilas de otra Catedral románica, y ésta sobre la planta de la Catedral de Ordoño II, y ésta en el solar del Palacio real y de las Termas romanas.

La Catedral conserva sus tradiciones: un día de Mayo, una gran tumba con los atributos reales, se alza en el centro de la Iglesia, y el cabildo entona solemne responso por el alma de Don Ordoño II.

IV-Catedral en el camino de Santiago

III

La Catedral en el camino de Santiago

UNA Catedral del XIII, en el norte de España y sobre las rutas de las peregrinaciones jacobeas, acusa en todo la influencia del mayor intercambio intelectual y artístico que jamás había pasado ni había de pasar por estas tierras.

No hay idea de la magnitud de aquellos movimientos ingentes de masa humana guiada por una espiritualidad.

Las épocas de cambio de monedas entre peregrinos en el mercado de Bayona hacían oscilar las Bolsas del mundo, según un interesante estudio publicado en la Revista de Economía.

Todo se importaba o exportaba; hasta las enfermedades; con el título de «Patología de las peregrinaciones» se ha escrito un interesante capítulo en la historia de la medicina española.

Pero no es de estas cosas de las que ahora nos interesa decir algo, sino de una huella de peregrinos señalada en las imágenes de Santiago que el arte registró en esta Catedral, para perpetuo homenaje al Apóstol que nos bautizó en la Fe.

He aquí una sencilla relación:

En piedra, en madera, en pintura de tablas y mural, en vidrieras, aparece en esta Catedral la efigie de Santiago para satisfacer la piedad de los fieles y como tributo de los artistas a la inmensa popularidad del santo Patrón de España.

En el gran pórtico de Occidente, a mano derecha de la Virgen Blanca, en segundo lugar, un Santiago pobre y peregrino, con amplia túnica de gracioso plegado y cubierta la cabeza con un sombrero de ala levantada; la estatua ha perdido el báculo. Dentro de la tónica de estas estatuas champanienses, de dureza bizantina, suavizada por el arte gótico del último periodo, presenta este Santiago una expresión dulce y simpática, de humildad y pobreza evangélica. Ante esta imagen han rezado generaciones de peregrinos a Compostela y así lo atestigua la esbelta columnilla que la sostiene, gastada por los besos de los peregrinos y por el roce de medallas y rosarios.

El Santiago de la portada del Norte, cobijada por la capilla de San Andrés, de acceso al claustro, es un lujoso peregrino con alta caperuza italiana, vestiduras cuidadas, que la policromía bien conservada abrillanta, precioso bolso con conchas doradas y borlas colgantes. Está situada, en primer lugar, a la mano derecha de la Virgen del Dado y esta preferencia parece indicar especial devoción del artista.

También está la imagen del Apóstol en la puerta lateral derecha del pórtico principal, en grupo con los demás apóstoles; como asi mismo en la portada central del Sur, frente al Palacio Episcopal, en el dintel primoroso en que los apóstoles, de dos en dos, aparecen conversando animadamente; cuadro escultórico lleno de gracioso dinamismo.

Una estatua exenta, en una jamba de la puerta principal del claustro y otra adosada en un sepulcro próximo a la puerta de la Gomia, en actitud orante, son las tallas en piedra de la imagen de Santiago.

No menor interés tienen las tallas en madera. Descuella entre todas la bella imagen del Apóstol, actualmente colocada en el altar de la Virgen del Carmen; estaría antes en la que fué capilla de Santiago y es hoy acceso a la sacristía. Es magnífica estatua, en madera estofada, del siglo XV, según Torbado. El genial artista y correcto tallador da una interpretación de Santiago original y elegantísima; el santo dirige la mirada al cielo, la cabeza es noble y expresiva. La túnica tiene el cuello abierto y en las dos solapas campean preciosas conchas de peregrino; el sombrero pastoral cae a la espalda sostenido por el barbuquejo. Es un bello Santiago.

En el precioso coro de esta Catedral, en la silla octava, a contar de la episcopal, en el llamado coro del Obispo, y con el supremo arte de estas sillas en que trabajaron Malinas y Copin de Holanda, se destaca un Santiago peregrino de exquisita talla.

Santiago caballero, en fuerte caballo de crin agitada por la carrera y por el viento, con todo el dinamismo y bizarría que la escena requiere, aparece en la hermosa puerta que comunica el claustro con la fachada norte de la Catedral; la puerta está fechada en 1538 y por allí anda la mano maestra de Juan de Juni, el más genial de los imagineros.

No podía faltar la efigie del Apóstol en la gloria de las vidrieras, que son la fiesta de la luz en esta Catedral.

En el cuerpo alto de las vidrieras, comenzando a contar por la izquierda del espectador que entra por la puerta central de Occidente, dos vidrieras ofrecen preciosas figuras de Santiago, al lado por cierto de las de San Juan Evangelista.

Así también en la llamada capilla de Santiago, en las suntuosas vidrieras de Diego de Santillana, en los primeros años del siglo XVI, destaca un Santiago brillante, con todo el atuendo en colores vivos y el rostro iluminado por el matiz inimitable de estas vidrieras, que a la luz de la tarde resplandecen con mágica belleza.

Una vidriera moderna representa la batalla de Clavijo.

Finalmente el pincel de soberanos artistas ha tributado también en la Catedral de León magistral ofrenda al santo Apóstol. Una de las cinco grandes tablas del retablo mayor, obras magníficas de Nicolás Francés, del XV, influenciadas notoriamente por la musa prodigiosa de Van Eyck, representa la traslación del sagrado cuerpo del Apóstol, de Yría a Libradon, con toda la riqueza de detalles para caracterizar y situar la escena, algunos con gracioso anacronismo, pues allí aparecen los bastones del blasón de Borgoña, y las cruces negras alemanas, con escudos de todos los paises que a visitar el sepulcro de Santiago habían de acudir en la gloriosa historia de las peregrinaciones compostelanas.

En primer término aparece un carro, de los que en Galicia y en León se llamaban carros de «cambas», de ruedas fijas en el eje, y sobre él va el arca de las reliquias de Santiago, cubierta con paño de oro y seda; el colorido de este maravilloso paño, como el de las dalmáticas de los sacerdotes acompañantes, es de regia brillantez y factura. En otro retablo, también del XV, traido a León de Quintanilla del Olmo, y situado en el brazo norte del crucero, se admira, en las tablas de la «predella» una efigie de Santiago, toda elegancia y señorío, muy siglo XV español.

Como se ve, la aportación de los artistas de esta Catedral a la iconografía y devoción jacobeas, es abundante en número y mérito; no había de ser menos para el glorioso Apóstol de España en la Catedral de una ciudad situada en el camino de Santiago.

V.-La calle de la Canóniga vieja

IV

La calle de la Canóniga vieja

LARGA, angosta, solitaria, se tiende esta vieja calle entre la torre de las campanas de la Catedral, y el convento de las Descalzas.

No tiene cuestas ni torceduras toledanas; no tiene rejas abulenses, ni portadas segovianas, ni misterio como las viejas calles de Sevilla; es sencilla como la torre de las campanas y silenciosa como el convento de las Descalzas. Aquí vivían los canónigos: las casas bajas, de una planta, con portalones espaciosos, dintel labrado, jarrón catedralicio de azucenas en la clave o en el hierro de un balcón, puertas robustas, largo espacio de ventana a ventana revelador de anchos salones hechos para vivir y no para alquilar, largos tejadillos amparadores del caminante, calle señora y señera.

Un solo ángulo, rinconada oportuna, ofrece esta calle para que desde él se vea, destacada y única, la torre de las campanas que cubre el horizonte y cierra la calle con maravilloso colofón de códice antiguo,

Desde allí la torre de las campanas oculta por completo a la torre, más presumida, del reloj, y no sufre el contraste algo violento de la unidad y armonía que el espectador elemental busca entre las dos torres que sujetan un hastial.

De día ni la calle ni la torre cantan: la torre porque su piedra mo-

rena ostenta, crudo y agrio, el gesto de fortaleza, muy siglo XIII; un prisma dijérase cubista, ya que el cubismo es la modernidad más añeja del mundo por pelásgica y por geométrica; un prisma apenas cortado por impostas sin luz hasta los dispares arquillos de las ventanas altísimas: un prisma apuntado en una pirámide aguda: todo macizo, todo con aire de defensa.

Comenzóse la torre al final del siglo XII, y se fué elevando con planos de un tiempo en que aún no había triunfado la Teología con Dante y Beatriz.

La calle tampoco «canta» a la luz del Sol, porque el encanto de su vida, rezos de religiosas y andanzas añejas de historia capitular, han de acompañarse, como la música discreta, de ambiente nocturno, pasos que se oyen a lo largo y a lo alto de la calle, aleteo de aves de torre, toque lento de la campanita conventual, chismorreo con sordina de dos viejas que vuelven de la novena.

En el archivo catedralicio hay unos libros llenos de noticias curiosas para el amador de «historias», esas historias que son lo más interesante de la Historia.

Son los libros donde se registran noticias de las casas del Cabildo, que iban ocupando por orden de antigüedad los canónigos; se sabe, pues, los nombres de los respetables señores que habitaron y pasaron, camino de la eternidad, por esta vieja calle: grandes virtuosos, grandes sabios, grandes pícaros: la solera española.

En casa capitular vivió y por esta calle, a los finales del siglo XVIII y primeros del XIX, el canónigo Don Rafael Daniel, que él solo escribe en la guerra de la Independencia las páginas más salientes de la vida de la ciudad... Hombre de talento bastante para engañar simultáneamente a Napoleón y a la Junta defensora del Reino, y esto cuantas veces quiso el notable canónigo, que por tener habilidad para todo, escribía con una letra envidiable y bella.

Aquí se alojaron los guardias de Corps, que dejaron en Burgos a Fernando VII y vinieron, no sé para qué, a León a contar, en las encantadoras tertulias canonicales las aventuras de su compañero Godoy, o las tristes malandanzas de la familia real.

Comienza la calle de la Canóniga vieja donde lógicamente debe comenzar; en el claustro de la Catedral, es decir, en la puerta de la

Gomia, por donde salía antaño la Sotadera al frente de las Cantaderas al revolver de la casa del Lonjero de la Catedral.

Las casas de la acera de la derecha tienen a su espalda a la muralla, la muralla que guardaban los canónigos y sus servidores en tiempos de tumulto o guerra.

El Lonjero vale un párrafo aparte, ¡el último lonjero de la Catedral!

Es primorosa la casa, de portada severa y graciosa, de portalón ancho y fresco en las tardes caliginosas del verano, casa donde se guardan las herramientas de la eterna restauración de la Catedral.

El Lonjero era seco de cara y seco de apellido: historia viva de las restauraciones últimas por ahora y de las memorias de los arquitectos con quienes trabajó: gran obrero y buen crítiço, sin cálculo integral ni tablas de logaritmos; de su mano hay mucha piedra en la Catedral de la que sabía como nadie los rincones y los recuerdos y las cosas olvidadas, y las tablas del Monumento...

Amanecía el día para el maestro al abrir las puertas de la Iglesia, y a poco aparecía el buen maestro con un calderete donde iban unas ascuas que han de iniciar el fuego para los incensarios, para el brasero de la sacristía: él podía decir que sostiene el fuego y la llama viva de la Catedral. Termina su día dando unas vueltas en el atrio, en redor de la Catedral, para volver a la casa capitular del ramo de azucenas, cuando se recogía también al mismo hogar, lento el andar, el señor Penitenciario que comía el pan a manteles con el Lonjero de la Catedral. Murió el buen cantero, el Lonjero de la Catedral. Hoy vive allí, continuando en parte la tradición otro señor Penitenciario, y vive feliz por ser vecino de la maravillosa Catedral.

Siguiendo la calle, al arrimo de las viejas dependencias de la Catedral, está la antigua capilla de San Nicolás que ahora es parroquia de San Juan de Regla, de linda portada del XV, y que era portada de un tribunal eclesiástico como lo dice la cartela que corre por el dintel diciendo: «Diligite justitia qui judicare super terram». Inscripción que es un compendiado tratado de ética judicial en caracteres monacales.

Sigue la serie de las casas que fueron capitulares y que el tiempo

y el mal gusto van estropeando, como la innecesaria pavimentación en calle por la que pasa poca gente, ha desvirtuado el color de la vieja calle, pero allá al final aun corta la línea el paredón del convento de las Monjas, erizadas las ventanas con los picos de las rejas que se dirigen a la calle, hostilmente, agriamente.

Las monjitas no quieren nada con el mundo, ni con la poquísima parte del mundo que por allí pasa.

¿Pierden algo las monjas con no querer nada con la gente, poca o mucha que anda por la calle?

El paredón separa dos vidas; un alma lírica tiene allí campo para pensar sobre lo que detrás del paredón está voluntariamente encerrado.

En el portalón de las Descalzas hay un locutorio de una austeridad materialmente emocionante; un sillón de cuero, una mesita pequeña y desnuda, un pavimento de guijarro: allí no se puede hablar más que con la hermana pobreza, de las florecillas de Asis o de los motivos del lobo, del hermano Rubén.

Una vez al año se puebla la calle de gente; pasa la procesión de Viernes Santo, en la noche enlutada, y es tal la solemnidad que se abren las ventanas y asoman a ellas las caras que en todo el resto del año no han sentido la curiosidad de ver lo que pasaba por la calle.

Alguna vez se oye el acompasado rumor del rezo monjil. A las ocho en invierno y un poco más tarde en el verano toca la campanilla del convento; se cierran con alarmente ruido las puertas, asoma el sereno, y entre la torre de las campanas y el paredón del convento de las Descalzas duerme el sueño sueños, o duermen los sueños su sueño...

Morir... dormir... ¿soñar acaso?

VI.-La Catedral por fuera

VI

La Catedral por fuera

NO olvide el lector que no es esta una guía descriptiva sino una Guía impresionista.

No es el acompañante de rúbrica que mata en seco la sensibilidad del viajero con la aprendida relación somnolienta de cifras y de fechas, sino más bien—al menos en la aspiración—quiere ser un desperlador de sugerencias a la vista de las bellezas artísticas y de los recuerdos históricos.

Esta Guía no está hecha para los que preguntan ¿cuánto dinero costaría esta Catedral?; está escrita para los que preguntan ¿por qué entre vidrieras de asuntos religiosos aparece una, la más valiosa acaso, la vidriera llamada de la Cacería con temas cortesanos, o qué interpretaciones va recibiendo de los artistas en los siglos XIII al XVII el tema de la Adoración de los Reyes en esta Catedral?

O al menos para el que quiere saber algo del capitel del monje y el pajarito, o el de la esfinge de dos caras, o las representaciones de Herodes, o los gallos que lucen su bizarría en las enjutas de la arquería baja, o la explicación de la actitud del rey que está al fondo de la ojiva sobre la piedra del Locus Apelationis, o cual es la fiesta de la pértiga a que alude el epitafio de Juan Alvarez, el arcediano de Mayorga...

Esta Catedral toda emoción, toda doncellez, toda luz alegre, toda elegancia y sencillez, pide sobriedad reverente para el que de tan alta y clara belleza quiere hablar.

Seamos sobrios, lector, tú y yo.

Sea la descripción y el comentario a guisa de meditación solo interrumpida por jaculatorias de admiración.

Estamos en la Plaza de Regla, a la entrada de una calle que en el se llamaba calle de Candamio. en el siglo XV *Candamio* fué un Maestro que en el 1er tercio del srglo XV, trabajó en la reforma que se hizo en la iglesia del Mercado en arcos y bóbedas, inclusive en la Capilla mayor también trabajó en la Catedral.

Bajo la Catedral unas termas romanas.

La plaza de Regla, núcleo de la historia de León, fué ensanchada por el Cabildo en el XV, y en las casas, bóticas capitulares, habitaban artistas y canónigos, cuando la ciudad bajo el sabio predominio de la Catedral era el taller de arte de cuyos restos se alimenta todavía nuestra grandeza.

Un agudo hastial, indicador de construcción norteña, entre dos torres, una fuerte de ciudadela defensora, otra graciosa de un siglo caballeresco con asomos de renacentismo; lo que va del XIII al XV, lo que va de Santo Tomás a Savonarola.

Abajo un maravilloso Pórtico, anticipo de las tres naves del Templo, la puerta de San Juan a la izquierda, la puerta de San Francisco a la derecha; en el parteluz la encantadora imagen que sonríe con los ojos, la imagen de Nuestra Señora.

En el pórtico la genial escena del Paraiso y el Juicio, vibración suprema del arte al servicio del sentimiento.

Un angel primoroso que pesa las almas.

Otro angel que se ve obligado a impedir la entrada a un alma y lo hace echando atrás la cabeza y poniendo en las manos una emoción que hace llorar a la piedra; algo maravilloso.

Por allí la piedra del «Locus Apellationis», donde se sentenciaban los litigios ante un tribunal del poder real, el eclesiástico, el de la nobleza y el del pueblo.

Al fondo, bajo la ojiva, un rey con cetro en la mano derecha y puesta la izquierda de manera que el dedo pulgar cuelga de un cinto a modo de toixón; manera extraña y si se quiere algo impropia de un rey y de la justicia, si se permite.

En una obra que con el título «Instituciones jurídicas de la Edad Media» publicó el profesor de la Universidad de Valencia, D. Eduardo Pérez Pujol, se habla de la manera de sentenciar en la Edad Media española.

Las torres no son de igual altura (64,60 por 67,80), las ojivas, no son iguales, de las estatutas unas son toscas y otras, las de las pilas exteriores, de una figura exquisita; por tímpanos y archivoltas andan manos de distintos artistas luciendo cada cual su gracia y su talento... ¡no importa!, no es la euritmia sistemática, ni la plantilla rígida, ni la severa geometría la musa de los genios.

El arquitecto D. Demetrio de los Ríos, dice que al desmontar ventanales del lienzo sur, tuvo que hacer una plantilla para cada uno, por no ser iguales.

Y, sin embargo, de aquella asimetría triunfa una impresión de conjunto, como un acorde orquestal.

Los doseletes forman una cornisa o imposta corrida que ostenta y repite, como un «ritornello», el tema de los ventanales de la Catedral, comenzando en el dosel de la imagen de la Virgen Blanca, que es una preciosa reducción de las ventanas del ábside.

La Catedral, que parece obra de un solo día, alza su traza limpia, encua rada en un atrio cuyas pilastras rematan en ángeles de graciosa esbeltez, ángeles niños que a veces tienen en la mano el plano de la Catedral...

Dos pilastras del atrio están huecas; hay en ellas una pequeña portezuela de hierro con su cerradura y uno o dos orificios para meter por ellos un punzón, dentro iba un reloj, es decir, un sencillo aparato de relojería, que pasaba entre dos rodillos un papel fuerte. Al dar el reloj de la torre una hora el sereno hacía un taladro con el punzón y así justificaba la vigilancia obligada.

Era lo mismo que ahora, con mucho aparato de luces de colores y cuadro de señales, sirve en los Bancos para igual fin: «Nihil novum sub sole».

Rodeando por el atrio la Catedral muestra el perfil de la nave mayor con sus órdenes de ventanales, sus arbotantes que semejan remos o mejor alas, en la portada y hastial del sur.

La portada central, de San Froilán, frente al Palacio episcopal, es hermosa. Por las arquivoltas, reyes músicos tañen instrumentos hoy desconocidos, pero cuyos nombres constan en el libro de Buen Amor del Arcipreste de Hita, aquel lozano arcipreste que con tan afectuosa simpatía estudia y comenta Menéndez Pelayo.

En los tímpanos, los Evangelistas ocupan sitiales y atriles de elegantísimo corte.

Y en las jambas seis imponderables estatuas de Anunciación componen un conjunto admirable. Un ángel precioso, roba la atención, por el encanto de su manera prócer, por la sencilla gracia de su vestir señorialísimo. No creo que la piedra haya podido moldear nada más fino y perennemente bello.

Un camafeo cierra arriba la elegante túnica, de paños sencillamente plegados, y en la cintura un ceñidor atado al desgaire, con las puntas desiguales. Una leve onda señala en el cuerpo una señorial inclinación de saludo y ofrenda reverente; en esta onda suave esté acaso todo el secreto de la insuperable gracia de la estatua. Un espectador, dotado de sensibilidad artística percibe este supremo acierto del admirable escultor desconocido.

Allí me dijo Mariano Benllure: «Esto no hay quien lo haga hoy».

El modernismo estilista puede tirar sus trastos y estudiar en esta estatua antigua todo lo que no sabrá hacer nunca.

A la derecha está la portada más vieja de la Catedral.

En el tímpano se efigía un entierro episcopal; el símbolo es el clásico; el entierro solemne, la caridad del muerto expresada en los pobres que acuden a recibir el pan, y en lo cimero del tímpano el alma buena desnuda de miserias humanas sube al cielo entre ángeles.

Y al sol naciente el prodigio del ábside indescriptible y único.

VII.-Interior de la Catedral

I

Interior de la Catedral

AL entrar por la puerta de San Juan, la de la torre de las campanas, en el techo de la cancela os saluda un gallardo jarrón de azucenas—timbre catedralicio—con corona real.

Entráis en una regia Catedral.

Allí dentro el poema de la luz.

Si el espectador, además de unos prismáticos y una máquina tiene un alma, lo mejor que puede hacer es mandar callar a sus acompañantes, sabios o legos, y entregarse por completo a pedir a la Catedral la suprema sensación de paz, de abandono místico, de lírica emoción que la Catedral da generosamente. Sobre la línea pura se levanta la magia del color.

La piedra es el atril de la canción de la luz.

Las pilas aéreas, de puro sutiles, son el caballete y el tiento en que el Sol se apoya para pintar su cuadro.

En el agua bendita de la pila se reflejan los ventanales y al temblor del agua parece temblar la Catedral en fantástica visión dantesca.

Las capillas que corresponden a los pies de la Catedral son la base hueca de las torres; he aquí una de tantas valentías de los tracistas de este Templo, en su afán de montar la Catedral sobre rayos de luz, afán de quitar a la piedra el sentido de la pesantez.

La arquería baja, que recorre el zócalo de la Iglesia, señala el deseo de llegar con los vanos hasta el mismo cimiento, y no miden las columnitas de ella más de decímetro y medio de diámetro. Son por

cierto las columnitas de los lindos capiteles de fronda, que por excepción varían de plantilla, en el número 6 a contar de la capilla de San Francisco—que ahora se llama de Santa Lucía—y el número 17, que representan un gallinero y una esfinge de dos caras. Otros cinco en el ábside y entrada de la capilla de Santiago muestran motivos de fauna; los demás son de hoja, hoja de flora regional.

Sobre la arquería baja que en las enjutas de los arcos de las capillas luce una rica colección de tallas magistrales—gallos de pelea, caracoles que se desbocan, centauros, combates, cacerías... se elevan los dos cuerpos de vidrieras y el triforio que en sus vidrios desarrolla el tema de la más completa heráldica.

Los vitrales son la cesta de flores que adornan la Catedral.

Y entre todas la más famosa, la de la cacería, que es el número cinco de las vidrieras altas, en el ala norte de la nave mayor, contando a partir del muro de Poniente.

Se ve bastante bien desde una tribuna de «ministriles» sobre el Coro.

La vidriera es del siglo XIII, y de las que menos han padecido con las restauraciones. Es un verdadero cuadro, o mejor una colección de cuadros de pintura histórica.

Un castillo guardado por dos leones, dos caballeros cazadores y un galgo, tres músicos, personajes que estudian en un viejo libro. La sátira de la Poética, representada en un camello montado por un mono y guiados por un bufón cortesano. En el segundo hueco, de los cuatro en que está dividida la ventana se ven: el castillo y leones que lo sostienen. La Gramática, simbolizada por un ángel que toca dos campanas y otro una cítara; la Dialéctica, expresada por un ángel que toca un órgano de largos tubos. En el tercer hueco un rey a caballo, un jinete sobre un águila, un trompetero de caza, un perro y un grupo de ojeadores a pie. En el último hueco, un rey de armas a caballo, un cazador y a sus pies una liebre, un escudero a caballo, un halconero y maceros a pie, caballeros y damas leyendo.

Es tradición que esta hermosa vidriera perteneció al palacio real del Rey Fernando, destruído en el siglo XV, por lo que se explica bien que los temas de la vidriera sean más propios que de una Iglesia de una morada de grandes señores.

Estas vidrieras altas que miden 12 metros de luz hasta la ojiva ¡la ojiva en que estriban las aristas de la bóveda!, que todo es milagro de

equilibrio en esta Catedral!, estas ventanas que se llevan arriba los ojos y el alma del espectador y van marcando en los siglos del XIII al XVI los matices del arte, desde esas del XIII, la de la cacería, la del centro del ábside... las del XVI que pasan del cartón de mosaico, al cartón de tapiz, en las rosetas de las naves menores, las que van diciendo en vieja fabla «¡Senyor, so pobre, Senyor invidia so!»...; las del XV que aspiran a pintura mural en los ventanales altos del crucero...; las del XVI, de la que es modelo la firmada por Rodrigo de Herreras en la capilla absidal central, y que por composición y colorido es ya un verdadero cuadro de pincel.

Hermosas vidrieras de Arnol, Guillelmo y Jojan, del XIII; y después Valdovin, Alfonso, Diez, Aniquin, Escalante, Santillana, los Herreras, Argete...

Y el rosetón del Poniente, príncipe y señor, que canta al atardecer como los ruiseñores.

A la impresión de la luz y el color, sigue la de la limpia y clara euritmia de esta Catedral sin par.

Porque la asimetría del exterior no ha entrado en el Templo, que ofrece al espectador la planta más perfecta de todos los grandes templos españoles, incluso el de Burgos donde la capilla de Santa Tecla, a la izquierda, la del Santísimo Cristo a la derecha y la del Condestable al fondo desdibujan por completo la planta de la Catedral.

Aquí las capillas presbiteriales y las absidales circundan la cabeza de la Catedral con exacta simetría, y las naves desnudas de todo adorno, y las altas y garbosas pilas marcan como en un plano la silueta de un Templo trazado por un talento esclarecido, trazado por una mano maestra, y bajo la mirada de gusto exquisito de Manrique de Lara.

Es el siglo de la Divina Comedia del Dante y de los saberes de Alfonso X, el Sabio.

Por todas partes los artistas dejaron, en esta Catedral de arte puro, rasgos geniales.

En la capilla de San Francisco, bajo la torre del reloj, una pila bautismal, de Juan de Badajoz que recuerda una copa de Benvenuto.

En la capilla del Carmen un Santiago del XV de mano maestra.

En el crucero la pintura también de esa época—que es la época de la pintura en esta Catedral—del martirio de S. Erasmo.

En la capilla del Dado, pinturas murales de Maese Nicolás, y entre ellas un San Bartolomé que reaparece en el Claustro, tomada sin duda del mismo modelo.

En la capilla primera absidal del lado del Evangelio, un magnífico Nacimiento, holandés según los trajes de los pastores.

En las siguientes capillas del ábside las hermosas pinturas de primitivos, San Cosme y San Damián que presentan de fondo una silueta de la Catedral según la veían en el XV; una Santa Marta admirable... ¡ilustres pintores anónimos!

En el crucero, el retablo que se trajo de Quintanilla del Olmo, de esos retablos góticos que son sin duda el mejor adorno de una Catedral como la nuestra.

En el centro de este retablo la bella imagen que antes estaba en el claustro en la capilla de los Betanzos.

Las tablas, de excelente pincel, representan la vida de San Babiles, santo a quien aun hay dedicada alguna iglesia en tierra de Zamora; San Roque, ocho apóstoles en la predella descollando entre ellos un Santiago todo señorío y gracia.

Y en el presbiterio el gran retablo formado muy hábilmente con magníficas tablas de Maese Nicolás y pintores coetáneos del siglo XV.

Todas las tablas son excelentes, de color y riqueza pictórica, la Presentación, la vocación de San Froilán, Alfonso III visitando a San Froilán en el cenobio de Veseo, la traslación de las reliquias de Santiago... y descollando entre todas por su mérito excepcional la consagración de San Froilán, que es destacada obra de arte y elegancia.

Hay en estas pinturas influencia del gran maestro holandés Juan Van-Eick, amigo de nuestro rey D. Juan II, de quien era confesor y consejero el Obispo León, Fray Alonso de Cusanza, protector del pintor Maese Nicolás, el más ilustre pintor de la Catedral.

A la derecha el gran arco del Cardo, y a la izquierda la silla episcopal, también compuesta de preciosas tablas, que son un primor de

indumentaria de época, alguno que más que santo parece un faraute y otros, como el Obispo San Silvestre, de un rostro tan expresivo y natural que por sí solo constituye algo digno de admiración para todo artista y para todo espíritu capaz de percibir la belleza.

En la restauración de estas tallas dejó su talento y su arte el ilustre arquitecto Torbado.

Su última obra fué una preciosa maqueta del antiguo retablo de la Catedral.

Días antes de morir aun trabajaba en la maqueta y decía: «¡Qué Dios Nuestro Señor me deje acabar esta obra»!

Y sigamos la relación...

Al respaldo del presbiterio, del lado de la Epístola, se ve una Piedad, pintura mural grotesca, de emocionante hermosura. Es pintura italiana, como la Piedad que está al lado de la silla episcopal. Ambas obras de arte, son en la Catedral dos joyas de la influencia italiana en nuestra pintura y por ello valiosas para la historia de la pintura en León.

La Catedral puede decirse que no estuvo terminada, en sus grandes detalles artísticos hasta el siglo XVI.

Véase, en efecto, la magna obra de arte en este siglo.

El Claustro, a excepción únicamente de los muros interiores, obra de Juan de Badajoz, el mozo.

El gran arco plateresco, que da salida a la capilla de Santiago, de la primera mitad del siglo.

La capilla del Oratorio, en la antesacristía.

Los pináculos, el campanil bellísimo y toda la brillante ornamentación de jarrones flameros y pináculos que exornan admirablemente la Catedral hacia el Norte, y que forman un hermoso conjunto que desde el claustro se aprecia.

El espléndido trascoro, de Baltasar Gutiérrez y Jordán.

Los arcos de los sepulcros de San Alvito y San Pelagio, lujosamente ornamentados con renaciente gracia.

Las estatuas de San Pedro y San Pablo, obra de Bautista Vázquez, y las caracolas de Juan de Badajoz, que están en el patio del claustro y estuvieron en el hastial de Occidente hasta la última restauración de la Catedral.

La gran escalera de la Sala Capitular y el retablo plateresco de la capilla de Santa Catalina, etc., etc.

II.-El Coro y el Antecoro

II

El Coro y el Antecoro

EN todas las Catedrales se oye lo mismo.

¡Qué lástima que el trascoro oculte la Catedral!

¿Por qué no quitar el trascoro?

En efecto, el coro debía estar donde estuvo, entre el crucero y el presbiterio, coro abierto.

Pero el hecho hay que aceptarlo, y en este caso de León se acepta sin esfuerzo porque el trascoro—antecoro se decía antes con más propiedad—es de por sí, una obra de arte.

Los cuatro medallones, en alabastro, de Esteban Jordán, son de gran porte, y todo el majestuoso conjunto que encuadra el arco de entrada es obra de categoría.

Como por allí anda la mano hábil de esos artistas que decíamos antes: Juan López, Bautista Vázquez, Alfonso Ramos, la escuela de Juan de Badajoz, ¡Juan de Badajoz, dinastía de príncipes en esta Catedral!

Las genealogías en las jambas del arco, o los minúsculos relieves como el que representa a Noemi y Ruht, alcanzan a modelar en la piedra los más finos detalles, con una perfección de orfebrería.

El Coro, partido en dos, coro del Rey del lado del Evangelio y coro del Obispo al otro lado, se clasifica en coro alto, donde se efigian figuras del Antiguo Testamento, y coro bajo con tallas que representan personas del Antiguo Testamento.

En total setenta y seis sillas.

Antes se llenava el coro, con canónigos y Arcedianos, racioneros, bachilleres de coro, capellanes de San Marcelo, salmistas y cantores;

la suntuosidad del culto y la suntuosidad de la Catedral piden todo eso y mucho más.

Juan de Malinas y Diego Copín, principalmente, hicieron una obra bella, del gótico del XV con audacias renacentistas, de gusto flamenco bien marcado, Alfonso Ramos y Jusquín fueron maestros de esta obra.

Los grandes tableros de las Genealogias son de una maestría de primer orden.

Con razón dice Gómez Moreno que no hay sillería que supere a ésta en valor estético y decorativo.

Para un espectador curioso puede ser útil la siguiente relación de las figuras de la sillería de este Coro.

«Coro del Rey». Coro bajo.

El ciego Isaac, reconociendo a Jacob.—Esaú vendiendo su primogenitura.—Un rey de Israel.—La casa de la mesonera Rahab, y ella sosteniendo una cuerda por la que baja uno de los espías que mandó Josué a Jericó.—Figura que simboliza la Ley Antigua.—La sibila Tiburtina que profetiza al Salvador.—Judas Macabeo.—El profeta Abacuc.—Daniel en el lago de los leones.—Jeremías.—Esther.—Jabel que atraviesa con un clavo la cabeza de Sísara.—Gedeón vencedor de los Madianitas.—Tobías.—Nehemías.—Eliseo.—El rey Assa.—Un obispo. Elías.—Jonás.—Enoch.--San Jorge venciendo al dragón.--La Visitación.

Coro alto.

Nuestra Señora.—San Gabriel.—Abraham.—Isaac.—Jacob.—Esaú. San Pablo.—Santo Tomás.—Santiago Alfeo.—San Felipe Apóstol.—San Mateo.—San Marcos.—San Lorenzo.—San Vicente, las tab'as de las puertas laterales.—San Victorio.—San Martín.—San Froilán.—San Nicolás.—Ran Francisco de Asís.—Santa Catalina.—Santa Marta.—Santa Lucía.—Santa Juliana.—San Claudio.

Coro del Obispo. Coro bajo.

Noé y sus tres hijos.—El diluvio.—Un rey de Israel.—Esther pidiendo prendas al rey Asuero para el pueblo de Israel.—La nueva Ley. El anciano Simeón.—Jobel.—Zacarías.—Ezequiel.—Isaías.—Judith.—La reina Saba.— Salamón.— David.— Natan.— Samuel.— Job.— Un Obispo.—Aaron.—Moisés.—Sansón.—Sansón y Dalila.—El Redentor. Los ángeles rebeldes.

Coro alto.

Eva y Adán.—San Miguel.—El Paraíso.—Adán y Eva castigados.—Noé.—Nenrot.—San Pedro.—San Andrés.—Santiago.—San Juan Evan-

gelista.—San Bartolomé.—San Lucas.—San Esteban.—San Sebastián. San Lupercio.—San Silvestre, Papa.—San Isidoro.—San Jerónimo.—Santo Domingo.—Santa María Magdalena.—Santa Elena.—Santa Cristina.—Santa Bárbara.—San Marcelo.

En cuanto a las tallas burlescas o eróticas que en las misericordias o en los tableros de este Coro existen, como en casi todos los coros, no de mi el lector el mal gusto de catalogar las chabacanerías por bien labradas que estén.

Esas audacias que unas veces son debidas a desahogos de artista, que tal vez cansado de tallar efigies de santos reacciona groseramente, otras veces tienen relación con contiendas de canónigos con frailes y aun con Obispos, y en ocasiones responde a un mal gusto que pasa de la ironía graciosa a la repulsiva fealdad del chiste «amarillo» o la crudeza naturista de los clásicos de nuestra lozana literatura.

Y por vueltas que se den al tema no creo que la musa encantadoramente desvergonzada de Juan Ruiz valga para amenizar el canto litúrgico en una Catedral.

En orden a la ironía «presentable», el espectador encontrará en este bello Coro, un escribano que con menaje de escribir va camino del infierno conducido por dos diablos; un penitente robando al confesor; dos osos que sostienen un escudo en cuyo único cuartel hay unos cuernos; un borracho abrazado tiernamente a un pellejo; un cerdo tocando graciosamente una gaita, etc., etc.

Las galerías, los guardapolvos, los doseletes, las columnitas, los pasamanos, el movimiento armónico de las figuras, la suave luz que se empapa en aquel museo de madera labrada, es sencillamente una hermosura.

Sobre el altar mayor hay una magnífica arca relicaria, separada en dos partes; buena labra en plata del maestro Suero de Argüello, del siglo XVI, con algo de la vieja arca que trabajó Enrique de Arfe.

Pendientes de las ojivas, sencillas lámparas góticas.

Soberbias rejas cierran capillas, rejas que recuerdan al famoso maestro Donis, de fines del XV y primeros del XVI; rejas de complicado dibujo, de elegantísimos enlaces.

Y los muros desnudos para mejor lucir la esbeltez que preside en esta Catedral.

Esta Catedral pobre y hermosa como Ruth, la espigadora moabita.

III.-Sepulcros

III

Sepulcros, sepulcros...

LOS romanos enterraban sus muertos a la vera de los caminos por donde los vivientes habían de pasar.

Nuestros antepasados enterraban en la Iglesia donde los vivientes habían de rezar.

No tenían miedo ni horror a la muerte.

No lo tenían tampoco los alegres renacentistas que llenaban de calaveras los frisos del Claustro de la Catedral y los de San Marcos. Sobre las tumbas paseaban los canónigos, y sobre las tumbas colocaban la ofrenda dominical los familiares de los muertos, que así parece que seguían viviendo.

Aquello ya pasó, y para mayor alejamiento se han entarimado los pavimentos de las Iglesias y han desaparecido de la vista las lápidas con los nombres de los enterrados.

Aparte ese aspecto sentimental, se han tapado documentos históricos y esto es indefendible, ni aún alegando la comodidad de los fieles.

Ahora es cuando puede decirse que se han enterrado los sepulcros.

Ya no puede realizarse la emocionada excursión romántica de ir, el día de los Difuntos, repasando lápidas y nombres históricos en las viejas iglesias, lápidas que en breves líneas nos decían largas cosas de la vida civil de la ciudad, los nombres de los Usías de Santa Marina, de los hermanos del Malvar de los hidalgos de San Marcelo, el sepulcro de Vecilla Castellanos en esta misma iglesia y en la capilla de San Antonio, los caballeros de San Martín... los nombres de los va-

lerosos patriotas de la Junta de León, que salvaron todo en 1808 y sin miedo a Napoleón defendieron la ciudad y el Reino, los nombres de aquellos leoneses que bien merecen ser recordados: los nombres de los Provisores, que en la capilla del Dado han sido recientemente tapados, sin respeto a la epigrafía, ni a la historia, ni siquiera a la preciosa heráldica del sepulcro de un Lorenzana que allí ostenta los leones de la Casa.

Es cierto que esos nombres constan en la fría relación de los libros parroquiales, pero las sepulturas están ocultas.

La higiene, la comodidad... en suma, la civilización mandó alejar los muertos y tapar las sepulturas.

Pero no ha mandado todavía algo para que la gente no muera... del todo.

La excursión romántica ha de buscar otras lápidas y otros sepulcros, también de interés sentimental.

Los señores canónigos de San Isidoro, salen de la Real Colegiata con cruz alzada y los oficiantes con terno de requiem, y en torno a la fuente dicen sus responsos, porque allí estaba el Real Palacio y allí los señores Reyes recibían sepultura; allí van ahora el día 1.º de Noviembre los canónigos a rezar un responso.

El Panteón de San Isidoro ya dijimos que es el más suntuoso panteón de España.

El Claustro de la Catedral es el cementerio alegre donde el arte logra triunfar de la tristeza y de la muerte.

En la plaza de Santo Domingo, bajo los jardinillos modernos y al paso de toda la gente, están los restos de venerables frailes dominicos, y de grandes señores como el ilustre Obispo Guzmán y Quiñones, pues de su magnífico mausoleo se sacaron las piedras pero allá quedaron los huesos del prócer leonés.

Nada quedó tampoco en la diócesis leonesa de los otros conventos de dominicos, de Villalpando, Cisneros, Villada, Mayorga, Potes, ni del célebre estudio-universidad que tenían en Trianos ni de la casa conventual de Palacios de la Valduerna, donde aun se conserva el sello de la Orden y un buen reloj de sol, sobre la puerta.

Y es doble pena porque el prestigiosísimo hábito de los dominicos cuenta en León con la gloriosa historia de Fray Pablo de León, alma y verbo de los comuneros, y el buen recuerdo del ilustre P. Getino, y

del P. Tascón, y con el nombre del leonés más notable del siglo XIX, el P. Juan González Arintero.

La piedra del hermoso monasterio de León fué empleada en la carretera de Madrid, según dicen actas de la Diputación; paradero de tantos insignes monumentos de arte.

¿Será esta otra conquista de la civilización?

Gran parte del subsuelo de la vieja ciudad es un osario.

En cuanto se remueve algo honda la tierra aparecen los enterramientos, de hospitales, de conventos, de iglesias que desaparecieron para siempre.

En algunos se han visto cosas extrañas.

Al hacer las excavaciones necesarias para la obra del actual «guarda coches» de la calle de la Independencia, el muy inteligente maestro albañil del Hospicio D. Jesús Prieto, encontró entre varios enterramientos del antiguo Hospital, uno verdaderamente notable y emocionante.

Eran cuatro muertos, enterrados en forma de cruz; los cráneos muy próximos y los cuerpos extendidos en aquella forma perfectamente señalada.

La tierra volvió a cubrir los restos y así siguen allí guardando el misterioso secreto de tan rara sepultura.

En San Marcelo está la capilla panteón que fundó a principios del XVII el mayordomo de León, D. Antonio de Balderas.

En Santa Ana los sepulcros de la noble casa de los Rodríguez de Lorenzana.

En Santa Marina el buen busto orante del Obispo Don Juan de San Millán.

En la capilla de la Concepción, del claustro de la Catedral, la estatua arrodillada del Conde de Rebolledo, sobre su sepulcro.

La estatua es buena, elegante, y no exenta de suntuosidad, como corresponde a la representación de un caballero que lució en el mundo en tan varios palenques como el cultivo de las musas—poeta de categoría en su siglo—; el brillo de las armas-maestre de Campo y luchador en Italia y Flandes a las órdenes de Leyra—; diplomático experto que por su talento mereció el título de Conde otorgado por el emperador de Alemania,

El Conde de Rebolledo, Señor de Irian, que había logrado las

grandezas del mundo, termina su vida de poeta en la Selva Sagrada, y en los Tronos de Jeremías y en la triste historia de Job, es decir cantando las miserias del mundo.

No hace falta más para calibrar su noble espíritu.

Murió en 1676. En la Catedral se sigue rezando por él.

En todas partes la arquitectura y escultura de sepulcros es la joya artística de nuestro arte religioso.

Y aquí también en la admirable Catedral.

El espectador sentimental, a quien una lápida dice siempre algo misterioso, halla aquí ancho campo de meditación.

El magno sepulcro del Rey Ordoño II, primorosa obra del siglo XV, con leyendas del primitivo, dice que el noble Rey dió su Palacio para edificar la hermosa Basílica;

"Per eam nitet urbs legionis.
Por ella brilla la ciudad de León.

Ni del Rey ni de la Catedral se puede hacer mejor elogio,

Lápida del Obispo Manrique de Lara, a quien debe el mundo la actual maravilla de la Catedral ojival.

En la lápida se dice que si alguna vez la muerte debiera detener su guadaña ante un hombre eminente, lo hubiera hecho respetando la preciosa vida de Manrique de Lara.

Publica mors, pestis, si cedere posset honestis
Cederet huic miro vis violenta viro.

Sepulcro y lápidas del Obispo San Alvito, que encontró milagrosamente el cuerpo de San Isidoro de Sevilla y volvió a León, muerto también, acompañando los restos del gran sabio, en tiempo de Fernando I.

Sepulcro del Obispo Don Diego Ramírez de Guzmán, ilustre señor.

En este sepulcro, en lo alto, hay una cartela misteriosa. Corresponde a otro Obispo anterior, que por la cuenta, sufrió agravios crueles.

Dice así:

A labiis iniquis et a lingua dolosa, liberame Domine.

Y el eco sigue eternamente repitiendo:

Líbranos Señor de las malas lenguas...

Sepulcro del Obispo Don Gonzalo de Osorio, de la estirpe de los Villalobar; el Obispo que terminó la obra de la Catedral hacia 1313.

Sepulcro del Obispo Don Rodrigo Alvarez; acaso el mejor sepulcro de la Catedral.

Bien lo merece aquel Obispo que defendió bravamente los derechos de Fernando III al trono leonés y combatió la herejía de los albigenses.

Sepulcro del Obispo Don Martín Fernández, que tuvo el honor de ser amigo y consejero de Alfonso el Sabio y supo defender los derechos eclesiásticos contra el desatado Concejo.

El Obispo parece que no fué enterrado en esta sepultura.

IV.-Las Capillas

IV

Las Capillas

Dos capillas separadas de las demás y situadas a los pies del templo, están precisamente bajo las dos torres. huecas en su base.

La del Evangelio es la capilla de San Juan; su simétrica del lado de la Epístola, es la de San Francisco.

Aquella corresponde a la torre de las campanas, y la otra a la del reloj. La de San Juan, actualmente no destinada al culto, fué en tiempos parroquia de San Juan de Regla; se conserva regularmente un buen retablo con tablas de buén pincel y unas lápidas sepulcrales.

La capilla de San Francisco, que ahora se llama de Santa Lucía, contiene la pila bautismal de Juan de Badajoz, el mozo, y el sepulcro con notable lápida del Maestro de la Catedral Alfonso Ramos, discípulo del maestro Jusquin.

El arquitecto—maestro de la obra—Alfonso Ramos, era padre de un ilustre canónigo gran favorecedor de la Catedral, a cuyo nombre está la lápida con escudo de familia, y a esta circunstancia debió aquél el honor de ser enterrado en el templo.

Veamos ahora las nueve capillas que, a partir del crucero rodean el presbiterio y la girola, formando la cabecera absidal del templo.

Capilla del Dado

Al lado del Evangelio, la primera capilla presbiterial, de planta rectangular, es la antigua capilla del Dado, antes de Santa María Magdalena, con cuyo nombre ya constaba a mediados del siglo XIII.

Presidía en el retablo, hasta hace pocos años, la imagen de Nuestra Señora del Dado, evocadora de un prodigio de muy antigua tradición.

Ahora está la venerable imagen en el altar de Santa Catalina, detrás de la silla episcopal y bajo un magnífico arco labrado por Juan de Badajoz, cuyo arco ostenta en el ático el sepulcro de San Alvito, Obispo leonés que murió en Sevilla cuando fué a traer el sagrado cuerpo de San Isidoro en el siglo XI, llegando a León al mismo tiempo que los restos del gran Arzobispo.

En el crucero, cerca de la reja de la capilla del Dado, se ve un sarcófago en piedra, roto en el frontal y que inspira curiosidad al turista; parece que éste fué el primer sepulcro de San Alvito.

Hay en esta capilla una buena talla que representa a San Sebastián—que también tuvo altar en ella: es obra de Bautista Vázquez, del siglo XVI.

En la arquería baja de esta capilla se conservan pinturas murales de Maese Nicolás, efigiando a San Fabián, San Antonino, San Bartolomé y San Antonio.

En las enjutas de la arquería hay preciosas tallas, destacando una que representa graciosamente un caracol montado por un chico, sujetando éste las riendas cemo si el pobre caracol corriera velozmente.

Capilla de acceso a la de Santiago

Es capilla abierta, de planta cuadrada, que abre paso a la antigua Librería capitular, dedicada al Apóstol Santiago y hoy vestuario de los canónigos. La ornamentación es del siglo XV, cuando el gótico florido inicia su lujoso atavío en esta Catedral.

Capilla del Nacimiento

Capilla absidal, de planta exagonal como las demás absidales.

El retablo es un Nacimiento del Señor, talla holandesa como acusa el atuendo de los pastores, las figuras que recuerdan tallas del Coro y aun la fauna y flora que allí aparecen; es obra del siglo XV, cuando trabajaban aquí Juan de Malinas y Copin de Holanda.

Una magnífica vidriera, primitiva, representa a San Ildefonso y es notable por el dibujo y por la viveza inalterada del color.

Otras dos buenas vidrieras efigían a San Froilán y el Papa Martino V.

Esta capilla, con la advocación de San Ildefonso y San Pedro, aparece ya abierta al culto en el siglo XIII.

Capilla antigua de Santa Lucía

Después, de la Virgen del Camino y actualmente del Rosario.

El cambio frecuente de nombres y dedicación de las capillas—como el cambio de nombres de las calles de la ciudad—origina inevitable trastorno a la tradición, a la historia y aun a la descripción de un monumento.

En esta capilla estuvo, no hace muchos años una magnífica imagen de San Roque, del XV, y que actualmente está en el altar de Santa Catalina a que antes hemos hecho mención.

Son notables dos pinturas murales y dos buenas tablas que representan a San Cosme y San Damián; en una de ellas aparece una Catedral que, aunque algo disfrazada por una composición arbitraria es sin duda nuestra Catedral.

De esta tabla sacó una buena acuerela el inolvidable Torbado, y tuve el honor de reproducirla sobre fondo de oro en mi libro del «Paso honroso de Don Suero de Quiñones».

Hay más tablas de las llamadas «primitivas» y un buen sepulcro del obispo Don Diego Ramírez de Guzmán, de quien antes he hablado.

Capilla del Rosario, actualmente dedicada a la Virgen del Camino

Es la capilla central del ábside. La imagen de la Virgen del Camino, patrona de la tierra leonesa y centro de la devoción regional, es del siglo XVI.

Dos notables sepulcros, enfrentados, adornan esta capilla.

Uno es el de Doña Sancha, hija del conde Munio, siglo XIV.

Doña Sancha dejó a la Catedral amplias heredades y dineros, por lo cual un sobrino, quejoso de la generosidad de la donante, la asesinó.

En el frontal del sepulcro se ve un pequeño templo que Doña Sancha ofrece a Nuestra Señora, es decir, la causa ocasional del crimen.

Sigue la escena del delito, viéndose a la víctima implorando pie-

dad; y después uno que huye, a caballo, y el castigo del criminal que cae del caballo desbocado y arrastrado por éste por habérsele enganchado un pie por la espuela en el estribo.

Es obra firmada del maestro Marcos.

El sepulcro frontero es del infante Don Alonso, hijo del Infante Don Juan; Este Don Alonso fué protector de las obras del Claustro donde construyó a sus expensas un arco que ostenta sus armas de águilas y leones.

Magníficas vidrieras pintadas por Rodrigo de Herreras, del siglo XVI.

Capilla de San Antonio de Padúa

En buenas tablas del XVI Santa María Magdalena y Santa Marta, distinguiéndose ésta por la elegancia y suntuosidad de un atuendo realmente señorial.

Una Santa Cecilia del XV y Santa Catalina y San Mamés del XVII.

Las vidrieras representan escenas de la vida de San Antonio y San Clemente.

Capilla antigua de Santiago, actualmente vestíbulo y acceso a la sacristía

La cierra una verja de piedra. A su entrada, a la izquierda, el sepulcro del Obispo Don Gundisalvo Osorio, de la ilustre familia de los señores de Villalobos; notable sepulcro del XVI.

Frente a esta capilla se encuentra el sepulcro de San Pelagio, antiguo Obispo de León, gran protector de la Catedral, sobre un bello arco.

El arco es obra de uno de los más ilustres artistas que aquí trabajaron, el gran artista Juan López, de tan modesto nombre como buenas manos.

Capilla del santo Cristo

Magnífico calvario labrado en el siglo XVI, a sus comienzos, por Juan de Balmaseda.

Capilla del Gármen y de San José

Dedicada en el siglo XV por el ilustre Obispo Don Pedro Cabeza de Vaca.

Sepulcro de Don Rodrigo Alvarez, Obispo que gobernó esta diócesis en el siglo XIII y dota esta capilla bajo la advocación de San Miguel.

Este sepulcro es muy interesante, con buena estatua yacente; columnas bizantinas sostienen un arco suntnoso con ángeles en las enjutas.

Un entierro con plañideras y escenas que destacan la caridad del Obispo y hacen su elogio que rima con el amplio y bien escrito epitafio laudatorio.

Es la última capilla presbiterial, de planta rectangular como la del Dado.

VIII.-De la Catedral al Claustro

VIII

De la Catedral al Claustro

ENTRE la Catedral y el Claustro hay un grupo de construcciones que desconcierta al observador.

Es la unión de la Iglesia con el Claustro, lograda a expensas del templo.

Desde el claustro se desçubre un paisaje de la Catedral realmente hermoso: la mejor vista del templo. Aquello es una maravilla. Pero el espectador mira al hastial Norte, y lo ve absurdamente cortado por el tejadillo del Claustro que tapa la portada y destroza la impresión del conjunto.

Por allí abajo la capilla de Santa Teresa, el vestíbulo, la capilla de San Andrés y la de Santiago, cada una de su corte y aspecto, y al fondo el contrafuerte de la torre de la Limona y los muros forales de la Catedral.

Para abrir el paso de la capilla de San Andrés a la de Santiago, trazó Juan de Badajoz el arco a todo punto, un arco miguelangelesco y lo adornó con todos los atavíos de su arte vistiéndolo con traje de día de fiesta grande.

De un lado arcos cruzados, de aguda ojiva, dan la despedida al gótico del XV, de la otra guirnaldas de frutas, y flores, y pilastras, y jambas adornadas parecen dar la bienvenida de triunfo al renacimiento del XVI.

Y allí la firma de Juan; con cuyas letras basta, porque aquella obra valiente y bella no pudo hacerla más que Juan de Badajoz.

Claro es que la capilla de Santiago bien vale el arco.

Es la aportación más brillante que la arquitectura y la escultura del siglo XV hicieron la Catedral.

Todo en esta capilla es escuela de elegancia.

Altísimos ventanales que cubren treinta y seis figuras de Apóstoles, santos, Obispos, Santas, óptimas de dibujo y deslumbrantes de mágicos colores; son los vidrios de Diego de Santillana, puestos allí en 1506 con las armas de Villalobos.

En la puerta una minúscula cruz de Santiago hecha a cincel en el hierro.

A manera de imposta corrida una ancha cornisa que recorre como motivo ornamental un fantástico cardo; da margen a los artistas para desarrollar escenas y figuras en que la más fina ironía insinúa su gracia a un tiempo frívola y pensadora; la insuperable ironía latina que los renacentistas bordaron en la piedra,

Allí muerde el cardo una figura que con toda propiedad puede calificarse de perfecta; es una cara carnavalesca, la nariz apoya en el cardo y es de tal maestría su factura que aquella nariz es blanda y se repliega como si fuera de carne; la figura sonríe burlesca... aquello es digno de Donatelo. Allí un diálogo de un caracol y una lechuza.

Allí vendimias y carritos y hombres y monos, haciendo gracias, en actitudes difíciles, en profusión asombrosa... y como unidad única el cardo que recorre la estancia sin repetir nunca sus retorcidos movimientos, con un dibujo y una labra que hace olvidar por completo la dureza de la piedra que se amolda humildemente a la mano maestra.

Las ménsulas voladizas que sostienen bizarramente las pilastras en que descansa la bóveda, muestran los más divergentes asuntos; la reina de Sabá que una retorcidísima cartela nos dice: «Verus est sernio quem audivi in terra mea» aludiendo a las grandezas de la corte de Salomón; Sansón desquijando al león; un Laoconte; un portentoso cestillo de cardo—roto hace pocos años—no inferior al célebre cestillo del claustro de Silos; un monje que dice a los lectores de aquello que fué biblioteca, «Legere et non intelligere».

La capilla de San Andrés, más bien camino entre la de Santiago y la de Santa Teresa y el vestíbulo con las estatuas yacentes de los Mansillas del siglo XIV.

Lápida de Benito Valenciano, de familia de artistas.

Un San Miguel, con hornacina pintada.

El vestíbulo

Comprende el espacio entre la portada Norte de la Catedral y la puerta del Claustro.

Fué antes capilla del Dado, y por allí pasaba la calle o plazuela, cuando sucedió el milagro que refiere la tradición así llamada que recogen documentos escritos y representa la vidriera del tímpano de la puerta claustral, y aun un pequeño cuadro actualmente en el cuarto de Fábrica.

La portada conserva su policromía.

Las estatuas son de buena mano y muy influenciadas por el pórtico de la Gloria de Compostela.

La imagen de Santiago ocupa el primer lugar, y representa al Apóstol con atuendo señorial, precioso bolsón de peregrino y alta caperuza italiana a la manera del XV, que es cuando el gran Jusquin hacía el hastial Norte y tallada en la piedra de las jambas de esta portada, que orlan castillos y leones; en el parte luz la imagen de Nuestra Señora.

Corona la portada la imagen del Salvador, rodeada de los cuatro Evangelistas; la imagen es de las llamadas amigdaleas. Frente a la portada se ve el sepulcro de un rico comerciante, del siglo XVI, tan espléndido y tan poco mercader que donó toda su hacienda a la Catedral, de la que fué nombrado canónigo honorario, con silla en coro.

Capilla de Santa Teresa

Imagen tallada de Gregorio Fernández.

Sepulcro del Obispo Don Juan de Ocampo, gran personaje del reinado de Alfonso XI.

La actual capilla fué reformada y dotada por doña Brianla de Olivera que en el primer tercio del siglo XVII fué en León aya o encargada de la educacion del infante bastardo Don Juan de Austria, el Malo.

En la sacristía de esta capilla se muestra un escudo episcopal con una breve cartela, que dice: «Con el tiempo».

El espectador puede interpretar la breve cartela como mejor le cuadre; a mi me parece que aquel señor Obispo sabía prácticamente la necesidad de contar con el tiempo—y todo lo que el tiempo acarrea—en la realización de los más generosos propósitos y de las más nobles ideas.

¡Y si fuera sólo con el tiempo!

Pero además hay que contar con el dinero, con la inercia de las cosas, con la maldad de las gentes... con toda la fauna que admirablemente representan las gárgolas de cuello retorcido que escupen en el Claustro, en días de lluvia.

IX.-En el Claustro

IX

En el Claustro

HAY en este Claustro obra del siglo XII, del Maestro León: muros interiores y sepulcros, como el notabilísimo del Deán Don Martín, junto a la puerta de la Gomia, del siglo XIII.

Pilastras y capiteles del siglo XIV, adosadas a la obra anterior.

Pinturas murales de maese Nicolás y Lorenzo de Avila, del siglo XV.

He aquí, pues, una brillantísima historia del arte español.

Y he aquí también el ejemplar más admirable de ensambladura, ajuste y restauración de obras de épocas distantes, sin que se perciba la diferenciación y en cambio sin que cada época pierda su personalidad y su tónica.

Las aristas de las bóvedas del XVI voltean sobre repisas y capiteles del XVI, con tal naturalidad y gracia que ello solo es algo digno de asombro para el artista, y de estudio para las nuevas generaciones que, incapaces de intentar obras tan logradas pueden y deben aprender y copiar de lo antiguo, con reverente humildad de discípulos.

Todo es aquí de elevados quilates, todo además es bello.

A una mano la severidad de los muros forales y la elegancia de los arcos góticos, apenas adornados de sencillas hojas o a lo más de caras y castillos y leones; de otra mano las columnitas lanceoladas, los arcos esbeltos, los frisos de una decoración loca de puro lujosa y renacentista.

A una parte los ricos capiteles historiados, con simbolismos difici-

les, con escenas evangélicas, con cuadros de costumbres del siglo XIV... de otra parte capiteles con caras enigmáticas, como la maravillosa del ángulo NE., que por sí solo es un prodigio de expresividad lograda por el genio de Juan de Badajoz.

Junto a la puerta de la Gomia un sepulcro del Deán Don Martín, muerto en 1250. El maestro que labró este lucillo, es el mágico escultor que en el pórtico nos dejó, para gala del arte, el dantesco Paraiso y Juicio final; el maestro de las obras maestras de esta Catedral.

En el ala Sur del claustro, las tallas en piedra más antiguas y acaso de mayor mérito; una es un grupo escultórico, del siglo XII que representa la ofrenda tradicional a Nuestra Señora de Regla; otro está formado por tres estatuas, del XII o XIII, sobre el sepulcro del canónigo Pedro Lupi, la estatua del centro es un prodigio de finura y suprema elegancia.

Y por allí esparcidos lucillos suntuosos de señores tesoreros y canónigos, cuyos elogios dicen en prosa o verso las curiosas lápidas.

El amplio epitafio, en buena métrica latina, del doctor Juan de Grajar.

La lápida que dice que el allí enterrado era «decus urbis» ornato de la ciudad.

La que inocentemente afirma que León llorará siempre al difunto: «Legio semper te flebit».

La que como una nota característica del muerto, nos dice que era sonriente; «hilaris».

La que exalta sobre las demás virtudes del canónigo yacente diciendo que era amigo fiel de sus amigos; «amici fidus amicus»; rara cualidad, en efecto, y digna por lo rara de especial alabanza en el siglo XIV, en que vivió el canónigo y en el XX en que vivimos los que con asombro leemos aquella lápida que dice cosas tan raras.

La del que reúne oficios tan dispares como el de boticario y alguacil del Santo Oficio.

O el que es portero y abogado del Cabildo, y licenciado en ambos Derechos.

La del doctor Asensio, buen poeta, buen médico, buen matemático, buen legista, buen filósofo...

La lápida del gran imaginero Copín de Holanda.

La de la mujer del orfebre Enrique de Arfe.

La del gran artista Carrançejas.

La del maestro de música, Lucas Tercero, sabio compositor.

En suma: aquéllo es el más alegre cementerio en un ambiente penetrado por la vida del arte que canta, en el hogar de la muerte, su canción de perpétuo amanecer.

Allí no es triste ni la tarde de lluvia, cuando de las gargolas de cuello torcido cae, salmodiando un viejo cantar del cristal y la piedra, el agua inverniza.

Allí no es lúgubre ni el chirriar de las lechuzas que eligen para dormir los colgantes de la bóveda a la entrada de la puerta de la Gomia.

Es acaso que según la frase afortunada de Rodó, el renacimiento poblaba sus obras de visiones radiantes.

Sin embargo, los muros recios interiores y las pinturas cenicientas y las largas figuras de Maese Nicolás dan un fuerte aldabonazo en nuestro espíritu imponiendo silencio a las alegrías renacentistas.

El claustro es centro de grandes cosas.

Una puerta, la de mayores valores artísticos de León, la puerta grande del Claustro, la puerta que ostenta en el tímpano unas tallas vigorosas, de paños movidos con violencia, de actitudes y gestos de lucha, acusadores de la trágica mano de Juan de Juni.

Las jambas de la portada, con los calderos y armiños del Obispo D. Diego Ramírez de Guzmán, llenas de preciosas miniaturas con escenas evangélicas. Allí está el más lindo Nacimiento que puede imaginarse, la Adoración de los Reyes más bonita que la fantasía de un niño pudo soñar. El primer Rey adorador saluda con la corona en la mano, como en el sepulcro del Deán D. Martín, y al fondo una estrella microscópica, verdaderamente encantadora.

¡En estas cosas tan lindas nadie repara!

¡Y la Catedral está materialmente sembrada de preciosidades desconocidas, que divulgadas por las fotos, por dibujos bien hechos, por todos los medios posibles, asombrarían a la gente ante un tesoro de arte fino y elegantísimo, y completamente ignorado y oculto!

Así se educaría el gusto artístico en el manantial de belleza plástica de nuestra Catedral, y sería ésta lo que debe ser, Templo para rezar y Universidad para aprender.

Pero ya decíamos en otro capítulo, que la cultura es cosa de pocos...

Otra puerta, desdichadamente destrozada en sus elegantes tallas y entregada a muerte definitiva, como las puertas del Pórtico de Occi-

dente, sin un aceite o un barniz protector de lo que queda, conduce a la Sala capitular y a la majestuosa escalera, émula de la Santa Cruz de Toledo, escalera lujosa de un Renacimiento maduro y sabroso, la escalera en que Badajoz agotó su genio, y el buen Obispo D. Pedro Manuel sus últimos dineros.

Otra puerta en ex-viaje, conduce a lo que era Capilla de Santa Catalina, capilla que entre telarañas oculta un magnífico sepulcro episcopal; y todo ello está oculto detrás de un altar primoroso, mal encajado en el claustro, y ejemplar notable de plateresca exhuberancias. Fué el altar de una milagrosa imagen de «Nuestra Señora la que fabló»; imagen y tradición que desaparecieron en un olvido no menos negro y profundo que el que ahora forma el ambiente de la capilla de Santa Catalina.

Otra puerta, hecha hábilmente con restos de viejas puertas, conduce a lo que se llama Museo.

Las perlas literarias de este Museo son el «Palimpsesto», de fama universal, monumento único de escrituras superpuestas, la Lex Romana Visigothorum, del siglo VI, una Biblia del VII y una Historia eclesiástica del X.

El «Antifonario» mozárabe del siglo XI y fines del X, con música aún no descifrada totalmente; códice insigne publicado por los benedictinos de Silos, gracias a la culta generosidad del santo Obispo leonés señor Alvarez Miranda.

El «Libro de las Estampas», del siglo XII, de inestimable importancia para el estudio de costumbres y de la pintura española en la alta Edad Media, aparte el valor intrínseco de este Códice por las estampas y los colores y el dibujo de una originalidad y una maestría formidables.

Otra puerta guía a una desmantelada escalera que conduce al Archivo catedralicio.

¡Venerable arsenal de verdadera ciencia!

¡Austero refugio de almas amantes de las grandezas pasadas!

¡Cátedra silenciosa para viejos estudiantes, aquellos que llamaba escolares Don Alfonso el Sabio, «los que tienen afán de saberes».

Las perlas del arte religioso del Museo Catedralicio, son principalmente:

El cuadro de la Adoración de los Reyes, del siglo XVI.

Cuadro de primera categoría de un gran Museo.

Una estatua en barro, llamada de la Virgen del Oratorio, también del siglo XVI. Imagen de estilo italiano, de una belleza incomparable.

Una estatua de Santa Catalina, que merece ser de Mercadante, obra magistral.

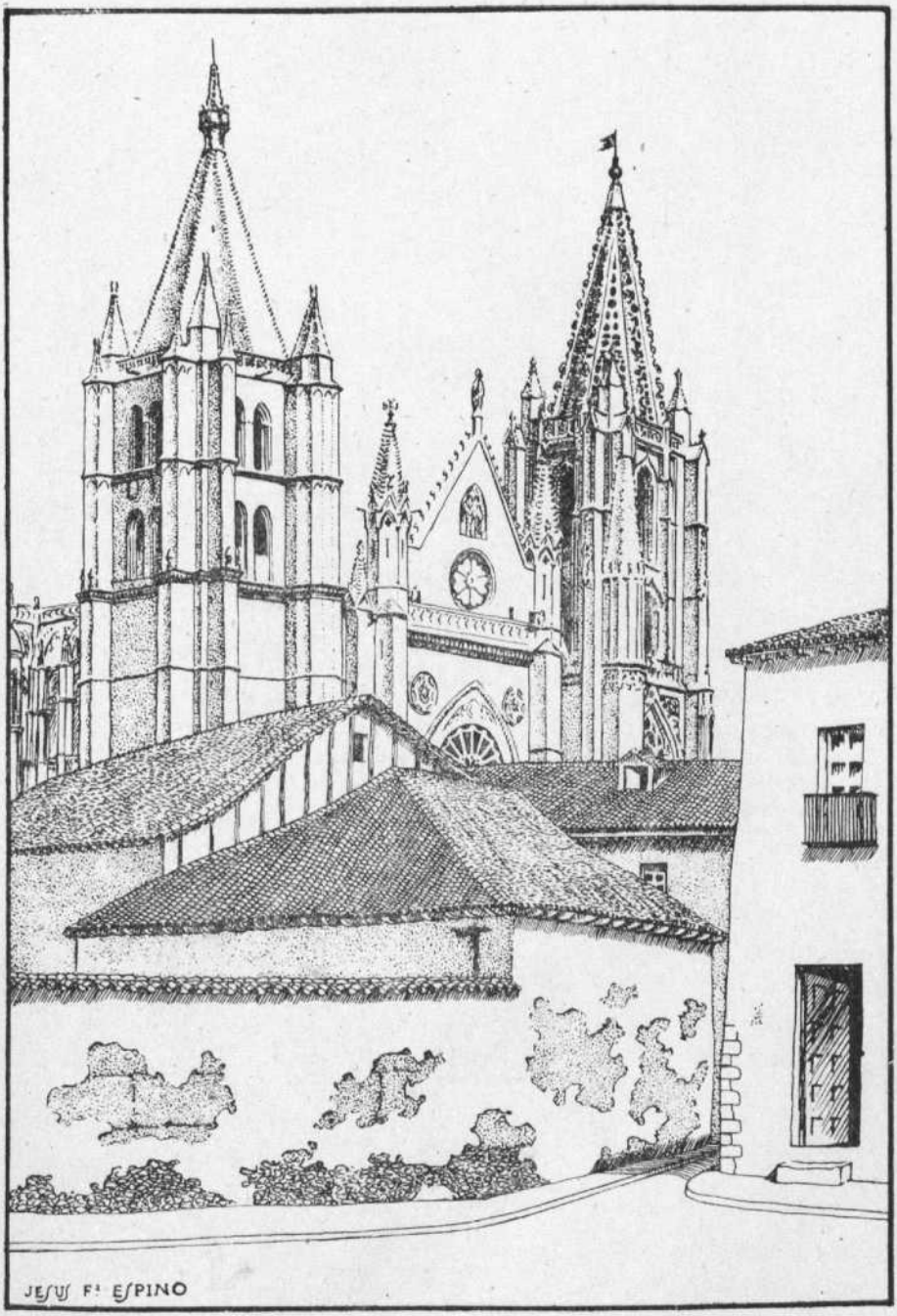
Un crucifijo de Juan de Juni, poseído por el sentimiento trágico que había de inspirarle hasta morir.

Un magnífico armario múdejar.

Una cruz labrada por Suero de Argüello.

Y después, joyas de las pocas que restan del tesoro perdido; documentos de la importancia de la escritura del rey Sila, el manuscrito más antiguo de España, cálices de plomo, capiteles y restos de la primera Basílica románica, planos de la Catedral...

Todo eso que llamamos un Museo, donde están todas las cosas fuera de su lugar, y para el que fueron hechas o dedicadas.



La Catedral desde la plaza de San Pelayo

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEÓN

X.-La Rogativa

X

La Rogativa

NADA menos que Quintiliano, el preceptista español nacido en Calahorra, tierra del Ebro, y de la raza fuerte y sana de cuerpo y de entendimiento, fué quien recomendó que el estilo empleado para describir una cosa guarde relación con la cosa descrita.

El precepto es notoriamente acertado y digno de acatamiento.

Faltar a tan saludable ordenanza es algo desentonado y deforme, como todo lo que revela falta de proporción y equilibrio.

«Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala», se lee en el Quijote, y el Quijote es el código del sentido común escrito sobre las hazañas de la locura.

Viene todo esto a cuento para justificar el tono de buscada sobriedad, que pudiera parecer exagerada, al intentar la descripción de una rogativa leonesa, más aldeana que urbana, pues los días de la rogativa castiza más mandan en León los aldeanos que los vecinos de la ciudad.

Todo en la rogativa es austero y grave, con gravedad impresionante, de puro natural y sencilla.

Y es notable que la austeridad resulta precisamente de la carencia total de protocolo y dirección uniforme y rígida. Es el pueblo el organizador y pueblo no es plebe; ésta no sirve más que para deshacer y desentonar.

En el santuario de la Santísima Virgen del Camino, allá en un aito que barre el viento duro y frío casi todo el año, el Capellán arrodillado ante el altar inicia el Rosario y se pone en marcha la rogativa, hacia la ciudad.

Por la carretera adelante van los altísimos pendones, verdes y encarnados, batidos por el viento que hace vacilar de cuneta a cuneta al valeroso aldeano, hábil y robusto, rodeado de hombres que acuden en auxilio del campeón.

Grupos desordenados en bello desorden preceden y acompañan a la santa imagen dolorosa; paisanos de largas capas, serios y solemnes, mujericas de figura cónica que termina arriba en el pañuelo negro casi en punta, y sigue en el mantón negro y acaba en la fuerte falda negra y redonda.

Mozos que no se diferencian de los casados más que en no llevar capa.

Mozas que no se diferencian de las mujericas cónicas más que en la voz aguda y graciosa con que entonan lindas plegarias juguetonas y campesinas.

Los pendones pintorescos, los corros de la mocedad que los lleva, los respetuosos regidores de los Concejos... son lo que de romería tiene la rogativa.

El grupo enorme y cada momento creciente que rodea y apenas deja avanzar las andas de la santa imagen, el grupo informe y bello con suprema belleza, de los sacerdotes que pugnan por ordenar la procesión, de los hombres devotos a quienes angustia un dolor acariciado por una esperanza, de las piadosas mujeres que todo el año rezan el Calvario dando vuelta al Santuario,.. ¡aquella es la verdadera rogativa, amorosa, ceñida a la Imagen como a su unica salvación!... unos rezan el Rosario, otros cantan un himno, otros la Salve popular, otros unas coplas que de niño aprendieron... y una armonía que surge de lo inarmónico como la hermosura del paisaje siempre asimétrico y por ello hermoso.

A derecha e izquierda del camino los campos yermos por la sequía.

¡Ah! pero no volverá la milagrosa imagen a su Santuario sin que la lluvia bienhechora, digan lo que quieran los barómetros, convierta el erial reseco en alegre verdor.

Y llueve, porque como oí decir a un paisano, ¡quien manda, manda!

Nueve días ha de durar la rogativa, en la Catedral.

Cada día vienen a la ciudad los pueblos que corresponden, según acuerdo de los Concejos tomado y cumplido sin convocatoria solemne y sin amenazas de sanción.

El nombre del pueblo varía, el pueblo es igual.

Delante la Cruz parroquial y a sus lados los faroles montados en varas plateadas adornadas con guirnaldillas.

Callados, de andar rotundo, marchan los hombres con varas de cofradía en la mano, sin formar en filas porque estos hombres son enemigos natos de toda reglamentación.

Cantando el ensayado coro las mozas vestidas sobriamente.

Las mujeres mayores con velas encendidas, velas de dos libras.

Después los señores curas revestidos con los ornamentos de la fiesta grande; única nota de color, pues las capas de los hombres y el severo atuendo de las mujeres es negro o pardo.

La procesión, que trae ya una legua de camino, anda ligera. Y así entra en la Catedral por la puerta grande.

La Catedral es suya.

A lo largo de la nave mayor avanza decidida la procesión, haciendo tres reverencias.

Se adueñan del presbiterio donde ponen sus pendones y lucen las varas de la cofradía y la del señor Alcalde.

Rotundamente se niegan a que el organista de la Catedral, el buen don Emiliano acompañe a los cantores aldeanos; se negaban a que el maestro Uriarte dirija a los cantores, y Uriarte fué el músico más eminenle de esta Catedral.

Estos darían a la Misa cantada todo el sentido de la armonía litúrgica, todo el valor del arte sabio.

Pero no podrían darle el sabor de campo, que traen los cantores de pueblo; ni el timbre especial que distingue a unos pueblos de otros.

Y por arte mágico resulta el eonjunto verdaderamente bello.

Desde que comienza hasta que termina la solemne Misa, el cantar no cesa nunca; el ritmo va pasando de la voz aguda de los niños a la fresca y risueña de las mozas, va saltando por turno al coro fuerte de los hombres, sin perder en el camino su tónica, sin desligar ni un mamento.

Es una larga plegaria dialogada.

Una plegaria alegre que rima bien con la alegría de las vidrieras de la Catedral más alegre del mundo.

Y ahora a desandar el camino, hacia el pueblo otra vez, sin autobuses, sin comisión organizadora, sin más horario que el que va señalando el Sol.

¡Y he aquí que la plegaria aldeana es la que mejor suena en la Catedral más señora del mundo.

Para el villancico de la luz, música de tomillares.

XI.-¡Lector!

XI

¡Lector!

NO hay calefacción en esta Catedral, lo cual quiere decir que una buena parte del año, en este clima, de largo y duro invierno, el frío hace penosa la estancia; el órgano—voz de templo—no corresponde a la majestad del monumento ni vale para interpretar debidamente una música que armonice, en lo posible. con el magnífico himno de la luz; en el suelo se proyectan discos de luz blanca acusadores de vidrios rotos de los maravillosos ventanales altos; la Catedral no tiene fondos necesarios para atender las necesidades mínimas de un templo de esta máxima categoría...

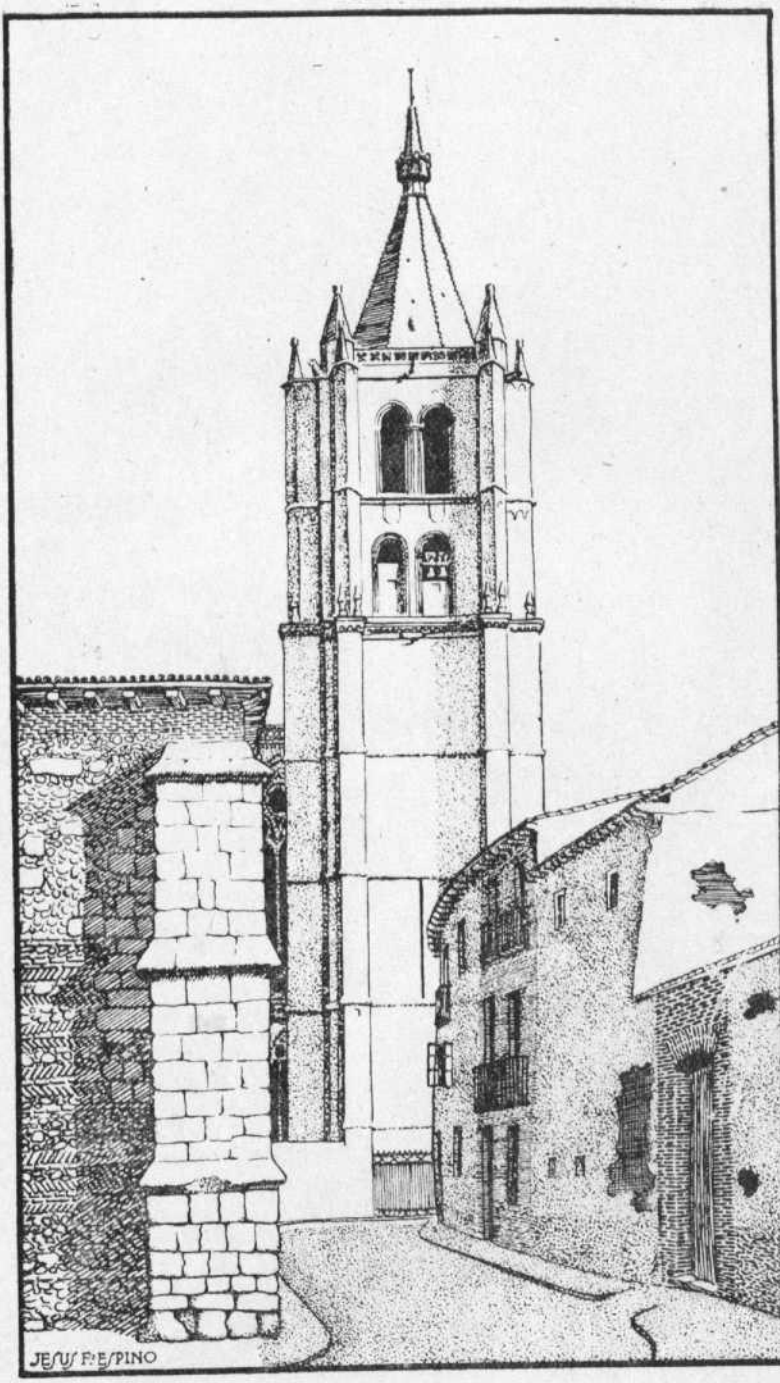
¿No habrá, entre tantos admiradores, tantos visitantes, algún gran señor que exprese la admiración con algo más que ditirambos?

¿Para qué vale el dinero si no sirve para honra y gloria de Dios, del arte, de la tradición, de la Patria?

La Catedral de León es pobre, tan pobre y tan hermosa como Ruth, la espigadora moabita.

Si en tu granero hay espigas de oro, deja caer alguna a tu paso por las naves de esta Catedral que iluminó tus ojos con el polvo de flores que baja de sus vitrales, y alegró tu espíritu con la pura luz de la gracia.

El autor de este libro pide para la bella Ruth, porque Ruth no sabe pedir, ni es bien que pida tan gran Señora.



La torre de las campanas desde la calle de la Canóniga vieja

Libro III

Por la vieja ciudad

Libro III

I.—Un notable monumento civil del siglo XII

I

Un notable monumento civil del siglo XII

POR su venerable antigüedad, por ser resto valioso de un edificio civil, por su propio significado en la historia del arte medieval, como una de las últimas representaciones del románico y uno de los primeros vestigios del ojival en su primera época en España, es este escondido monumento uno de los más interesantes de León para todo investigador inteligente y para todo arqueólogo estudioso.

Merece capítulo aparte por su mérito histórico y artístico y por la circunstancia de que este monumento no se encuentra al recorrer las calles de la ciudad, sino que hay que saber donde está y buscarlo.

En la calle hoy llamada de Daoíz y Velarde, que lleva de la plaza de Regla a la capilla de Villapérez, hacia el Norte, a mano izquierda, se encuentra una portada antigua que hoy abre al Colegio de Teresianas.

Dentro de este edificio existe un pequeño cuerpo construído a fines del siglo XII, y que formaría parte de un monumento civil, palacio o casa de señores.

Lo que se conserva es un recinto de dos pisos, subiéndose de uno a otro por fuerte escalera de caracol.

La planta baja, pequeña de dimensiones, está cerrada por muros de más de un metro de espesor, con aparejo de canto rodado y cal, al estilo leonés.

Se entra por un bajo arco apuntado con precioso molduraje. Techo de madera, algo bajo también.

El piso alto tiene ventanas de arco apuntado, estrechas, adosadas;

hacia Occidente hay otras dos ventanas de neto arte románico; la parte ornamental está constituída por impostas con flora y capiteles admirablemente labrados y se ven en las enjutas lindas rosetas de iluminación.

El trenzado que ostentan las impostas es muy parecido al que en San Isidoro puede observarse fácilmente, o en la Iglesia del Mercado.

Como por estos lugares estuvo el monasterio de San Pelayo, de venerables tradiciones de León y de la más remota historia, se ha pretendido incluir este edificio con el Monasterio, pero ni hay dato alguno para ello, ni la situación del monasterio correspondía al emplazamiento de esta casa ni en ésta asoma vestigio de edificio religioso.

Todo hace creer que sería una de aquellas viviendas de señores que en la Edad Media se llamaban «cortes» y de las que abundaba la ciudad de León; son las que en los documentos viejos se designan con los nombres de los dueños: «Corte de Adosinda y Don Arias, corte que por cierto estaba situada en camino hacia la Catedral y los palacios del Rey; «corte» de Paterno y Calaza; «corte» de Cipriano y María, que caía precisamente a lo que es hoy plaza de San Pelayo, donde el monasterio estaba; «corte» de Ildonzia, al mismo lugar; casas nobles que en redor de los monasterios se construían y formaban lo mejor de la ciudad y de un barrio, como éste, de la más rancia nobleza del antiguo León.

El edificio de que vengo hablando fué después Casa de la Inquisición.

Una portada también con capiteles, columnas y arco de gran porte, en la calle de San Pelayo, no mucho más moderna que del XIII, es también resto de una casa noble y obra de los buenos artistas que en el XII trabajaban aquí y de los que hacían obra en San Isidoro o en el Mercado, padres y maestros de los que entonces comenzaban la Catedral.

¡Admirable arte el del siglo XII del que son las dos insuperables tallas en madera lenzada que representan a Santa María y San Juan, de un Calvario existente en el Museo y que expresan el dolor como nadie ha acertado a representar, la cabeza apoyada en una mano, en mágica plasticidad de sentimiento.

Y del mismo siglo, en otro orden, la lápida de Ximena Núñez, conservada en el Museo y plena de sencillo amor al rey Don Alfonso VI.

II.—Bellos rincones y calles evocadoras

I

Los bellos rincones

RINCONES en un sentido especial, en el de cosa apartada de las vías en que desenvuelve la gente su vivir de hormiguero... oficinas, bares, comercios elegantes, boncos...

Todas estas cosas huyen de los bellos rincones, o éstos han logrado verse libres de aquéllas y de la modernidad de aquéllas guardan, para conservar la propia fisonomía y el color de la vieja ciudad.

Sin ellos la ciudad sería igual a las demás ciudades y lo típico se habría hundido en el montón de lo vulgar.

En la ciudad moderna las calles largas y a cordel están hechas para el hombre pasajero; en la vieja ciudad las calles torcidas y breves, con descansos en los bellos rincones, fueron hechas para el hombre espectador; con lo que queda dicho la superioridad espiritual de éstas sobre aquéllas, porque la actitud noble del hombre es la del «Pensieroso» y la más grotesca la del presumido rey de la creación cuando va poniendo los pies en polvorosa.

La ciudad—almacén ha sustituído a la ciudad—habitación.

La casa-almacén ha sustituído a la casa-vivienda.

La calle es una pista a recorrer de prisa.

La calle era un camino al servicio de los viandantes, con su estrechez que en verano amparaba del calor la siesta, y en invierno, con sus vueltas y revueltas, cortaba la dureza del viento y moderaba el rigor del frío.

La calle de las Siete revueltas, figura en los libros del Cabildo.

La Rinconada del Conde es clásica.

Como lo es también la plaza de San Pelayo.

Y entre calles y travesias, una abundante colección de plazuelas, a manera de patios de vecindad, que hacían del recinto abarcado por las murallas un laberinto pintoresco, original y ameno, para escenario de una vida infinitamente más pintoresca y amena que la del aburrimiento que detrás de las lunas del bar mira a los que pasean al par que los que pasean miran a los que están en el bar, alternando unos y otros en tan sencilla ocupación por la mañana, por la tarde y por la noche, con invencible denuedo.

Esto se ve pronto.

Tienen mucho más que ver los rincones de la vieja ciudad.

Además tienen abolengo; sus nombres constan en los Libros de Casas del Cabildo, en el libro de Apeos, en el Archivo municipal; y su graciosa silueta está perfectamente perfilada en el plano de la ciudad, publicado por el P. M. Risco y que acompaña al buen libro titulado «Historia de la ciudad y corte de León y sus reyes».

De los bares, que tan importante papel juegan en la vida actual, no conozco, en esta ciudad, otro abolengo que el de sucesores del Café Suizo, y este del Café de la Estera que hace un siglo estuvo en la calle de Rebolledo, y antes las botillerías clásicas o las cantinas que en 1808 manda clausurar la Junta del Reino de León, en una de sus primeras sesiones, como medida de buen gobierno.

Y claro es que en la nueva ciudad, la de las vías rectas y largas, la de las casas altas, las «sin estilo», las de disparatados salientes, el abolengo no puede ser otro que los prados y las negrillas que poblaban los solares de la nueva ciudad, y claro es también que buscar rincones donde preside la línea recta sólo interrumpida por la plaza en círculo o por el jardinillo trazado con la conocida elipse de jardinero, es perder el tiempo.

II

Calles evocadoras

ESTOS escondidos rincones están, en algunos barrios, todos a un andar, como enlazados por el mismo drama.

La calle de Matasiete arranca de la Plaza, bajo unos portales del ángulo suroeste, y al amparo de una hornacina que cobija una santa imagen que alumbra un farolillo; una de esas capillas de la piedad popular española, que en la noche piden una oración y ofrecen un amparo.

A la luz de esos farolillos se lee mejor la historia de España y se entienden mejor las características de la raza y se saborean mejor los versos del Romancero.

La calle de Malacín—moro de mala acción—parte de la calle de Santa Cruz, allí cerca, y aun conserva en una destartalada casa de ladrillo renegrido las notas típicas de las casas hebreas, con sus ventanas en diferentes planos, como también se veían en el barrio de Santa Ana, cerca de la Iglesia de esta advocación.

Una puerta en ex-viaje, para dar acceso a los carros, dice que allí se guardaba el grano de algún rico vecino.

Hoy se llama travesía de Santa Cruz, cuyo nombre acaba de confirmar que por allí había barrio judío, pues en León, como en todas partes, se bautizaron con el nombre de la Santa Crnz las que fueron calles de hebreos.

La calle o calleja o travesía de Don Gutierre, de supremo tipismo y valor romántico—desgraciadamente pavimentada hace poco tiempo—

sube de la deliciosa Plaza del Mercado a la plazuela de Don Gutierre donde la vieja casona luce el prestigio de unos blasones en la noble fachada.

En la calle de Don Gutierre había, hace unos veinte años, un aldabón magnífico, con doselete y todo; acaso tuve yo la culpa de su desaparición, porque pasaba por allí y me detenía a ver el aldabón, y aun llevé por allí amigos míos para que lo vieran, y sin duda alguien cayó en la cuenta de que el aldabón era cosa de algún valor en venta. Esta es la lamentable historia de tantos aldabones y de tantas puertas, y de tantos pelacios... ¡la almoneda del abolengo!

Este al parecer pequeño episodio del aldabón de la calle de Don Gutierre, tiene su importancia y su generalización transcendental.

Porque plantea un problema de notorio interés.

El natural afán expansivo que en sus entrañas lleva todo hombre amante de los tesoros y las grandezas patrias, nos invita a ponderarlas, a exhibirlas, a aumentar el número de sus admiradores.

Y publicamos, con entusiasta entonación, las riquezas del tesoro artístico y las glorias del tesoro histórico, y abrimos Archivos y Musdos generosamente... sin reparar en que despertamos unas veces la envidia y otras la codicia de los mercaderes, y con ello el peligro de que, como el aldabón de la puerta, desaparezcan del sitio donde están.

¿Que con este recelo y el consiguiente criterio restrictivo y huraño, padece la cultura?

Puede ser, pero bajo la cultura se tapan tantas cosas...

Y por otra parte no creo demasiado en la expansión de la cultura.

La cultura es y ha sido siempre cosa de pocos, de muy pocos; en un tímpano del Vaticano, donde Rafael representó la escuela de Atenas, con Platón y Aristóteles al frente, no llegan a cuarenta los que allí aparecen buscando el saber, sin que asomen multitudes afanosas de cultura, y nada menos que en la Atenas de Pericles.

El Corral de San Guisán

Está el corralillo actualmente, entre la calle de los Descalzos y la calle de Serranos, dando la vuelta al Palacio del Marqués de San Isidro que abre al Corral una puerta de panera y largo paredón que da prestigio al Corral.

En el siglo X la calle de los Descalzos era «Carrera del Conde», del Conde que entonces era Gobernador por el Rey de la ciudad y vivia en su «Castrum», o «castellum», al Norte y donde es ahora la Cárcel; la calle de Serranos se llamaba calle de San Pelayo.

Pero ya estaba allí el Corral con su línea quebrada, y allí mismo y dando vista al Corral, tenia su Corte o casa, Asnur y su mujer Ilduara, por venta que les hicieron Ablavelle y su mujer Gontroda, según veraz testimonio del P. Escalona que copia fielmente los documentos en su «Historia del Monasterio de Sahagún».

De aquella vida pacifica y señora en una época en que León era la capital de la España cristiana, apenas podemos formar una idea como no sea empapándonos en la lectura de los nobles cronicones, y cerrando los ojos después para soñar.

Estos rincones han tenido su día trágico.

Hará más de treinta años hicieron obra en el Corral de San Guisán, obra de remocion del subsuelo para algo de alcantarillas.

Y nos avisaron al buen D. Eloy Díaz-Jiménez Villamor—para quien todo recuerdo de admiración y respeto es poco—y a mí, para que viéramos algo extraño y emocionante; un esqueleto en posición vertical, y por todo aquel subsuelo un osario revuelto y sin señales de orden en los enterramientos.

El venerable párroco de Santa Marina, D. Pedro Ordás, rezó un responso, asistido por los escasos vecinos del Corral, y se tapó respetuosamente todo aquello; todo aquello que era sin duda el tremendo epílogo de la tragedia del 7 de Junio de 1810.

La tragedia, como todas las grandes escenas, se cuenta en pocas líneas.

Acampaba en la Colegiata de San Isidoro un millar de soldados de la 8.ª División de Dragones franceses, del llamado ejército de ocupación de España.

De madrugada se acercó a la ciudad, hacia la puerta del arco de las Animas, una de las valientes partidas de guerrilleros del Marquesito, Porttier, soldados de los desperdigados batallones de Monterrey y de Castilla.

Entraron en la ciudad, se reunieron a ellos los paisanos más animosos y un aire patriótico oreó las oscuras calles despertando la ciudad a la aurora de una esperanza.

Pero les engañaba el corazón.

Salieron de San Isidoro los dragones franceses; formaron en la Plaza Mayor—vieja Plaza del Pan—; los españoles entraron por la actual calle de la Plegaria y se lanzaron al combate.

Cayeron las primeras filas francesas y rebotaban las balas en las piedras de la fuente adosada a la Iglesia de San Martín, la fuente construida pocos años antes en tiempo del Rey D. Carlos IV.

Esa fuente y esa lápida que ahora vemos con indiferencia fueron testigos del sacrificio de aquellos buenos españoles.

Los que allí no murieron huyeron por la calle de Platerías a salir por Palat de Rey a los Cuatro Cantones y llegar a la calle de Serranos a buscar el refugio del Corral de San Guisán.

Y en el Corral sucumbieron.

Y allí tienen su sepultura, porque la represalia francesa que respondió brutal a la gloriosa audacia de los leoneses, sembró de pánico la ciudad; apenas se atrevieron los pobres vecinos del Corralillo a enterrar a los muertos,

¡Qué bien estaría allí, en el centro, una Cruz amparadora!

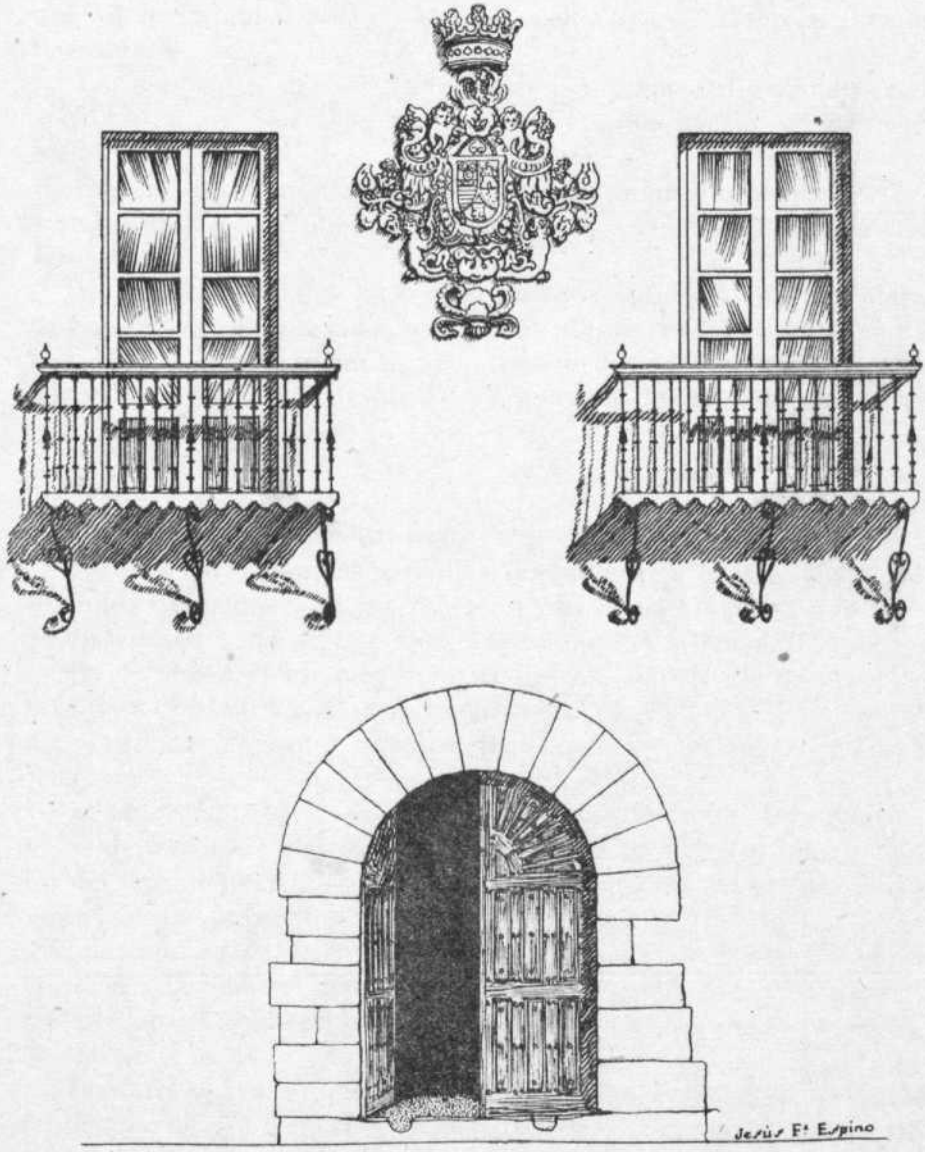
¡Y qué pobre y humilde es la lápida conmemorativa que en el muro de la casa de los Ruy Gómez, quiere recordar la escena!

Este Corral de San Guisán tiene en la historia de León la más venerable antigüedad, contrastada en documentos, como una escritura que cataloga y copia el Sr. Llamazares en su meritísimo «Catálogo de los Códices y documentos de la Real Colegiata de San Isidoro», obra de trabajo serio como es también su «Historia de la Real Colegiata»; obras a las que se ha procurado hacer el vacío, sin razón y sin justicia.

La escritura de referencia del siglo XII habla de la capilla y Corral de San Crisanto, cuyo nombre se trasformó en el de San Guisán; capilla que subsiste hasta el siglo XIX en que con el nombre de San Guisán aparece por última vez en el acta capitular de 17 de Abril de 1816, en la que se dice a consecuencia de la visita del Sr. Obispo, «una imagen de la capilla de San Guisán sea llevada a San Isidoro donde tendrá mayor veneración», lo cual prueba que últimamente esa capilla estaba cerrada o por lo menos sin culto.

Estaba el Corral de San Guisán enclavado en el barrio de San Pelayo que entonces daba nombre a gran parte la barriada que ahora llamamos de Santa Marina.

De San Pelayo se conserva el nombre de la plaza y calle, y los



Casa, hoy en ruinas, del Marqués de San Isidro. Esta casa limita con el Corral de San Guisán, y la calle de los Descalzos

restos románicos—muy notables por cierto—en la que fué Casa de la Inquisición y es ahora colegio de la Institución teresiana, en la calle que se llama de «Daoíz y Velarde», como queda dicho en el capítulo anterior.

Los canónigos de San Isidoro ejercían propiedad y mando en el viejo Corral de San Guisán, como en la capilla llamada de San Crisanto, allí situada.

Un día acuerdan trasladar el rezo de este santo del mes de Diciembre al 25 de Octubre, y que este día se celebre en la capilla una Misa rezada.

Y otra vez, en Marzo de 1608 acuerdan empedrar el Corral o plaza de San Guisán, porque las aguas forman allí un verdadero lago, «y no hay quien quiera vivir en aquellas casas», lo cual indica claramente que el Cabildo de San Isidoro era propietario de las casas del Corral y del Corral mismo.

¡Rincones y estampas del siglo XIV y XV, de brava historia!

Se reconstruyeron las murallas, durando quince años la magna obra que canónigos y regidores emprendieron para defensa y fortaleza de la ciudad, que era también defensa del Rey Alfonso XI.

En nuestro Archivo municipal existe una larga carta que el Rey mandó al Concejo y ciudad de León; fué publicada por el Sr. Quadrado, y es una elocuente muestra del estado revolucionario de aquel tiempo.

El siglo que había comenzado con la revuelta de los «Infanzones», había de terminar entre luchas de los partidarios de Trastamara con los del terrible Rey D. Pedro y aun al final con las del Rey D. Juan I con el Conde de Gijón.

Los nombres de D. Juan Ramírez de Guzmán, D. Pedro Núñez de Guzmán y D. Pedro Alvarez Osorio, que mandaban en León, por entonces, suenan aquí casi tanto como los de los reyes a quienes representaban.

También es verdad que los nombres de Doña Leonor de Guzmán, en tiempo de Alfonso XI, y de Doña Beatriz Ponce de León. en el de Enrique II; suenan aquí más que los nombres de las legítimas reinas.

En la Catedral los capiteles del Claustro, y los sepulcros de Don Diego Ramírez de Guzmán, D. Pedro de Ocampo, D. García de Ayerbe

y el infante nieto de Alfonso el Sabio, guardan las memorias que la Historia registra en los archivos.

Después, los nombres suenan a romance sabroso y castizo, Doña Sol, los Omañas, D. Gutierre, D. Gil, el moro Malacín, las memorias conservadas en los bellos rincones de la vieja ciudad.

El precioso capitel de la Dama del Halcón, en el claustro de la Catedral es una estampa de poderoso valor de evocación.

La estrecha, empinada y retorcida calle de D. Gutierre es una calle toledana o una calle de la Sevilla antigua.

Es decir de la España envidiada por todos los países del mundo.

La calle de Matasiete

Ibamos diciendo de estos viejos rincones de la vieja ciudad.

Se trata de unos episodios frecuentes en tiempos de capa y espada, en aquel siglo XIV que en León escribió el poema lírico de las grandes aventuras caballerescas, que ya preludiaban y presentían a «Macías el enamorado» y a toda la caballería andante.

El dibujo a lápiz, que el lector puede adornar a su medida y placer, es el siguiente:

Las casas de D. Gutierre son el centro de los amigos del Rey, las casas de la lealtad.

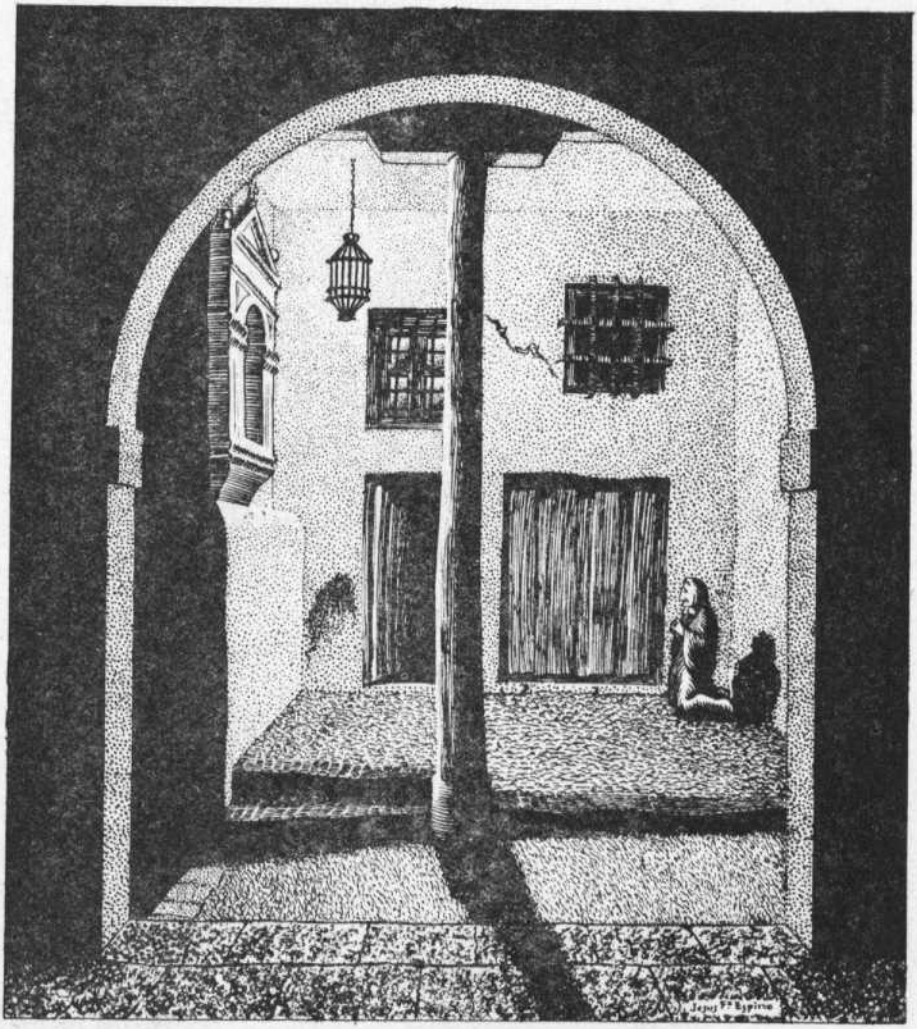
Ha llegado a León, arrostrando peligros y asechanzas de los infanzones traidores a su Rey y a su ciudad, la hermosa dama Doña Leonor de Guzmán, que defendida por bravos caballeros se alberga en el Palacio de los de su apellido, donde ahora se alza la Casa de los Guzmanes.

Ha de llegar el Rey y le precede un arriesgado adalid portador de cartas reales.

Don Gutierre y D. Gil vigilan pasos y callejuelas y encrucijadas, y saben lo que se trama en la casa de los Omañas y en la taberna del tío Joroba; un crimen y si es posible la muerte del mismo Rey.

Lucha fantástica en la calle de Matasiete, en que un bravo caballero honor de su linaje y de la tierra en que nació, un héroe, da nombre imperecedero a la calle con el brío de su espada invencible.

Don Gil herido, va a morir a la calle de D. Gutierre y confiesa con el Abad de Eslonza, y se despide para siempre de Doña Leonor, de-



La calle Matasiete

jando a salvo el honor de la dama, el respeto al Rey y, en lo posible, el propio.

Muere el caballero.

Los conjurados intentan la muerte del Rey, en el Palacio de Guzmán,

El moro Malacín, perro viejo en crímenes y felonías, entra al servicio de la noble Casa para mejor cumplir su traición.

Muere sin lograr su alevosía... pero logra, por extraño capricho de la suerte, que su nombre quede en su calle.

Y pese a su mala acción, contribuye a dar tono pintoresco, interés histórico y prestigio romántico al viejo barrio de tantas sugerencias que no deben borrarse nunca.

Sobre el drama de la calle de Matasiete, escribió una bella narración romántica el ilustre archivero Sr. Braña.

La sombra de Don Gutierre

Conviene saber algo de la noble familia de los Castros—Fernández Castro—que es la llamada más comúnmente de D. Gutierre, tanto por su originario abolengo, como por ser la familia de D. Pedro Ruiz de Castro (El Castellano), nieto del Emperador Alfonso VII, y príncipe de altísimos méritos que acaba su vida santamente siendo canónigo de San Isidoro.

Familia de trágicos episodios en los períodos más interesantes y casi novelescos de la historia de León.

El hijo y heredero del Emperador, D. Sancho III el Deseado, nombró ayo y tutor del que había de ser Alfonso VIII, al muy noble caballero leonés D. Gutierre Fernández de Castro, por los años de 1158.

Los Laras, de León, enemigo de los Castro, se alzaron con la tutela del príncipe, y los Castro, mandados por D. Fernando Ruiz de Castro, sobrino de D. Gutierre, lucharon con los Lara, hasta que la intervención del Rey de León, Fernando II, terminó la sangrienta guerra civil nombrando a D. Fernando de Castro Gobernador de Toledo, pero no logró terminar con el odio de ambas familias.

El Rey Fernando II, admirador de Castro, casó a éste con la infanta Estefanía, hija de Alfonso VII, Emperador, y de una dama noble de apellido Castro.

De este matrimonio nació D. Pedro Fernández Castro, uno de los Benjamines de San Isidoro, que estudia el Sr. Llamazares.

La infanta Doña Estefanía, que está enterrada en la Real Colegiata de San Isidoro, fué víctima inocente de una espantosa tragedia, la tragedia que parece perseguir a la raza de D. Gutierre Fernández de Castro.

La refiere el P. Manzano, en su «Vida de San Isidoro de Sevilla», y el cronista Valle, en su «Historia del Emperador D. Alfonso VII».

Una doncella de la Infanta, disfrazada con un vestido de su señora, acude a una cita amorosa en los jardines del Real Palacio de León, por los años de 1180.

El noble esposo de la Infanta, el muy noble D. Fernando de Castro, sorprendió a la infiel doncella y al ver a ésta con un vestido de la señora, creyó que era ésta la infiel y la mató con su propia daga.

El desdichado parricida acudió al Rey pidiendo ser degollado, pero el Rey le perdonó al ver su error y su dolor.

Finalmente una dama de este linaje, Doña Teresa Ruiz de Castro, casada con el Adelantado D. Pedro de Guzmán, fué la madre de Guzmán el Bueno.

En el Museo arqueológico se guardan reliquias del Palacio de D. Gutierre, salvadas así de la pérdida total, pues la antigua Casa ha sufrido tales arreglos que hoy tiene más aspecto de muy modesta Casa de vecindad que de otra cosa.

En el Museo está un dintel de pórtico muy adornado de molduras, que ostenta la divisa de D. Gutierre, divisa de aventureros, más que de caballeros de solariega raiz.

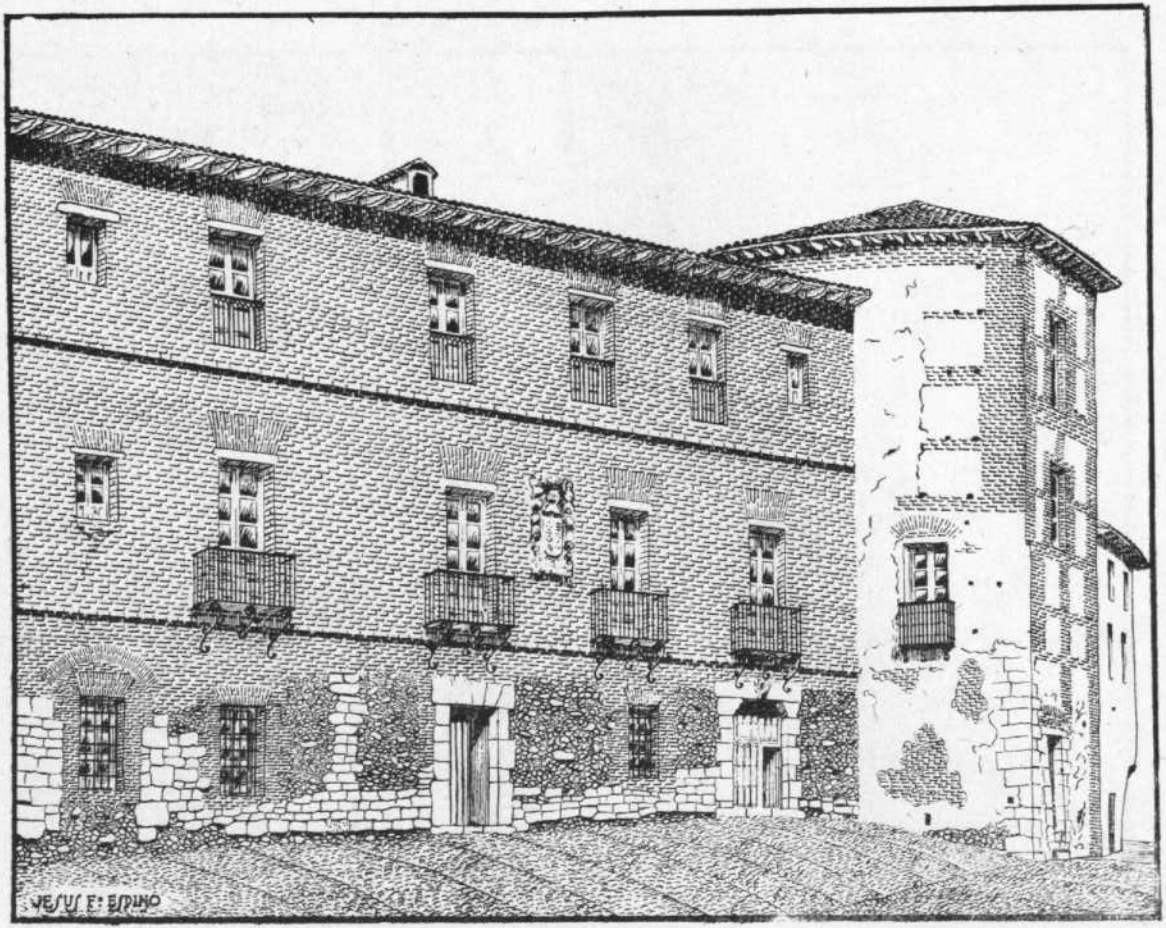
Dice la cartela: Omne solum viro: forti patria est.

Lo cual quiere decir en castellano corriente, que para el hombre fuerte todo el campo es orégano.

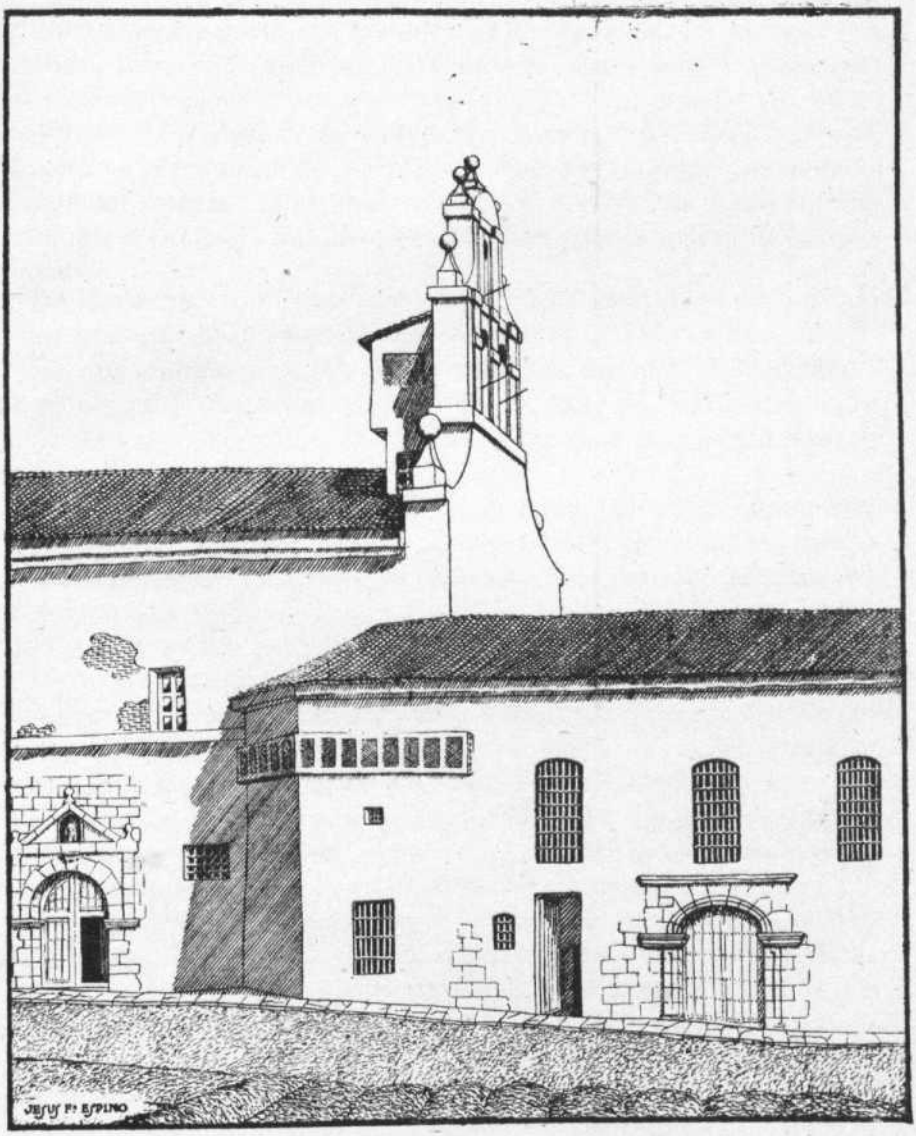
El lema es sencillamente inadmisible, ni el siglo XIV, que es la época de la letra capital cuadrada—del blasón—ni en época ninguna, pues el hombre fuerte o débil no tiene más que una Patria, ni quiere arraigar en otra tierra que no sea la suya.

El lema tiene, sin embargo, la arrogancia del aventurero que se siente fuerte para abrirse paso en todas partes, y someter a la tierra entera a su mandar, y esto hemos de pensar de D. Gutierre y de su estirpe; todo ello muy a tono con el siglo de Alfonso XI y Doña Leonor de Guzmán.

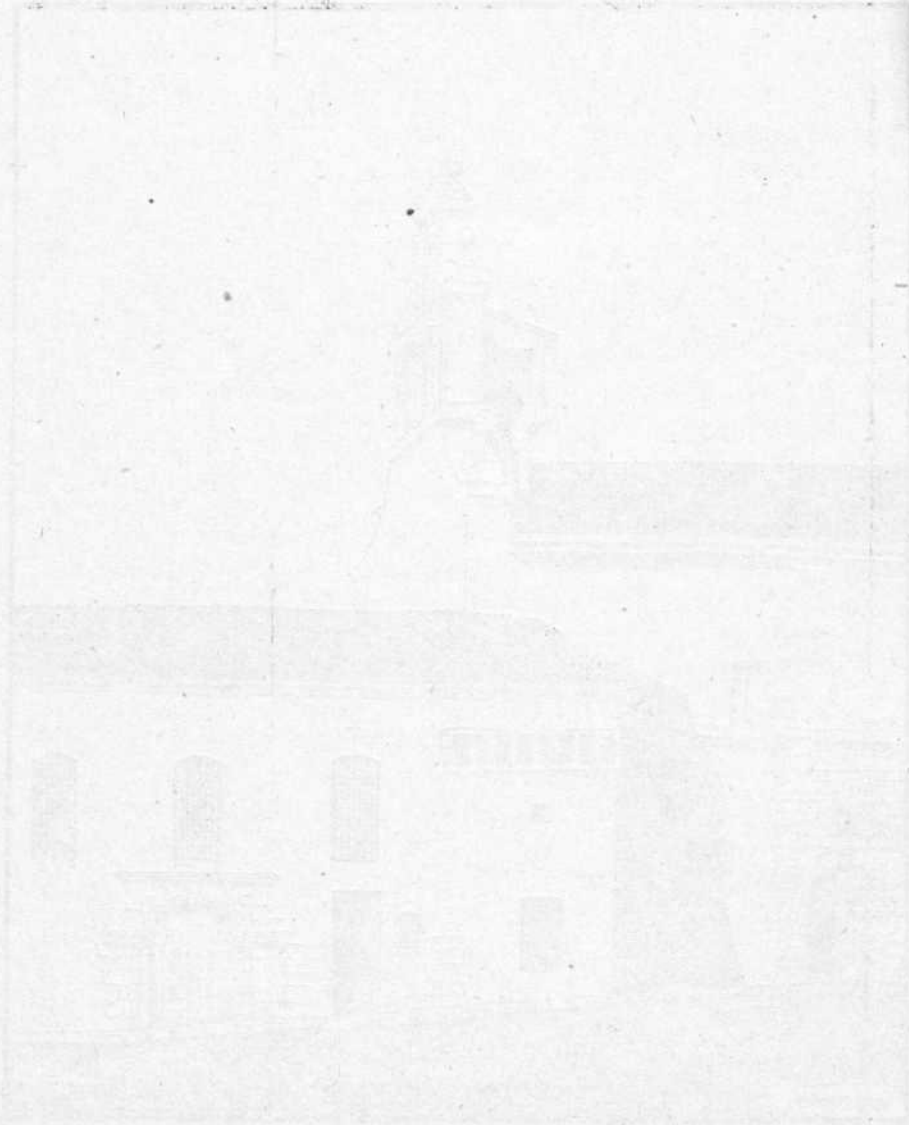
Y de la aventura insólita de la calle de Matasiete, de León.



Casa de Don Gutierre



Convento de Santa María de Carvajal



Plaza del Mercado

Irregular, amplísima, empedrada—¡en buena hora lo diga!—, con sus trozos de soportales, su antiquísima Iglesia, al fondo, su fuente en el centro, su cruz de rollo, su convento de largos muros y graciosa silueta que permite descubrir el coro alto de las monjas, sus calles afluentes del prestigio de la calle de D. Gutierre y la Cuesta Carvajal, su porte de plaza típica de mercado encuadrada en marco ciudadano, su habitual soledad... ¡qué más se puede pedir a esta Plaza para incluirla en el catálogo de las cosas más bellamente típicas de la vieja ciudad!

De noche, es esta Plaza una de las más atrayentes excursiones pintorescas que por la ciudad pueden hacerse.

Se oye el rumor de los rezos monjiles, siempre acompasado y dulce; se ve la temerosa entrada de la calle de D. Gutierre, aquel D. Gutierre que estampó en las armas de su casa la rotunda leyenda de caballeros aventureros.

Se oye también el cantar del agua de la fuente, la monumental fuente de tiempo de D. Carlos IV, enorme fuente decorativa y rumbosa, que ostenta dos angelotes abrazándose para decirnos que también así juntan sus brazos en esta tierra los dos ríos que la fecundan: el Torío y el Bernesga.

La fuente, sin tener la finura de dibujo que la fuente de San Marcelo, verdadero modelo de elegancia y sencillez, y sin la pesadez del Neptuno que ahora inclina su mole en la Plaza Mayor, no carece de composición y gallardía, vista a la conveniente distancia.

Los angelotes rodean una columna airosa que sobre bien ideado y bien labrado capitel alza el escudo de León; fué puesta como allí se dice, reinando D. Carlos IV, en el año M.D.CC.L.XXXIX.

Estas fuentes monumentales que adornan las plazas de la ciudad, labradas por Félix Cusac, José Velasco y Mariano Salvatierra, dirigidos por D. Isidro Cruela que firma como arquitecto, revelan en los últimos años del siglo XVIII un estado de bienestar y aun de buen gobierno municipal, porque como las lápidas dicen, fueron construidas para ornato ciudadano y para bien de la pública salud; había tiempo y dinero y tranquilidad para preocuparse de tan importantes atenciones, salubridad y belleza.

Y da pena recordar que se acercaba a más andar el siglo XIX y ya no quedaba tiempo más que para levantar el grandioso Hospicio del

buen Obispo Quadrillero en 1786, con planos del arquitecto D. Francisco Rivas, y la hermosa Iglesia de San Francisco, en 1791, como últimas muestras de vida sosegada y próspera en la noble ciudad.

Da pena recordar que en los comienzos del XIX el desorden, la ruina, la pobreza, habían de invadir estas tranquilas calles al paso de la guerra napoleónica, y al paso de los ingleses que al mismo tiempo que nos ayudaban nos destruían.

Que no hay rincón leonés, romántico y sugeridor, que no evoque en nn espectador dotado de sensibilidad, acentos y sombras de la musa de Esquilo.

Allí el largo paredón del Convento de Carvajal, los muros de la Iglesia que van escalando la cuesta, la sencilla portada, el rincón ameno junto a la puerta de la panera, la puerta que aun hace pocos años cobijaba graciosamente un tejadillo voladizo, la alta celosía, el pobre campanario que convoca a los vecinos, el día de San Benito, el día de Santa Natalia, el dia de los santos mártires leoneses cuyas reliquías están allí bien guardadas por la afectuosa devoción y el verdadero patriotismo de las santas monjas de Santa María de Carvajal, de muy ilustre historia.

Los angelotes de la fuente próxima vieron llegar, en plena angustia, la noche del 29 de Diciembre de 1808, los comisionados de la Junta del Reino de León, que iban recorriendo los conventos anunciando la terrible noticia de que los franceses se acercaban a la ciudad y estaban ya en el Portillo.

También, por entonces, en 1809 los angelotes de la fuente vieron llegar a la Plaza y entrar en el Convento una extraña y misteriosa comitiva, redeada de aquel sigilo receloso que empapaba la inquieta vida de la ciudad en guerra.

Eran dos respetables señores de la Junta que conducían, con todos los respetos, a una dama de porte elegante y no despreciable donaire y hermosura.

Los señores y la dama entraron en el Convento y quedaron guardando las puertas los hombres de la escolta, aquellos soldados que ante los señores de la Junta terciaban las armas y batían marcha fusilera, porque la Junta era una sombra del poder Real, y tenían trato de Alteza y representaban al Rey que había marchado a Bayona,

Las gentes de la Plaza y de la Cuesta de Carbajal, en ambiente de miedo constante, miraban por las puertas medio entreabiertas, miraban por las ventanas a medio cerrar, inventaban novelas truculentas... ¿quién era la dama tapada y por qué la traían al Convento?

Es seguro que en el Convento ocurriría otro tanto, pues el grave asunto sería tratado con la Madre Abadesa, con todos los trámites del secreto, en tanto las monjitas se morían de curiosidad o de miedo.

Una aguerrida vecina de la Plaza salió de su casa con cualquier pretexto, y se acercó a un terrible sargento de la guardia, antiguo conocido y vecino también de la próxima calle de Puerta Moneda.

El sargento, cansado de la larga espera, dió oídos a la conversación, y con todas las advertencias del caso, dijo a la curiosa vecina:

«No sé más que venimos desde el Palacio de Renedo de Valdetuéjar, y que a esa dama tapada la llaman Pepita Tudó.»

Ya lo sabe el lector.

Era Pepita Tudó, que al marchar la Corte había venido con los guardias de Corps, y amiga o conocida de los señores del Palacio de Renedo, los descendientes de D. Hernando de Prado, que sin grandes pergaminos nobiliarios tuvieron en el siglo XVII el humor de edificar en Renedo un Palacio extraordinariamente aparatoso y como ahora se dice estupendo, de recinto cercado y alarde de suntuosidad.

Salieron los respetados señores de la Junta, pero en el Convento quedaba, a las órdenes de la Junta, y hasta que ésta proveyera, Pepita Tudó.

No será necesario que yo presente al lector a la ilustre comediante y cortesana.

Al fondo Sur de la Plaza, detrás de una preciosa Cruz de piedra, de franciscana sencillez, está la muy antigua y muy interesante Iglesia de Nuestra Señora del Mercado.

Iglesia cuya planta tiene figura de sepulcro, que ya es algo desusado y notable.

Fuertes ábsides románicos, alguno embutido en posteriores construcciones, que no supieron respetar el monumento, rejas magníficas que sólo en San Isidoro encuentran otras iguales, una puerta de lindos capiteles medio hundida en el suelo, rastros de venerable arcaismo entre remiendos y composturas que no consiguen deformarla ni desposeerla de su originaria majestad.

Llamábase Santa María del Camino, como también la Plaza, por estar en el camino de peregrinos, que pasaban ante la Iglesia y descansaban en la amplia Plaza, provistándose de viandas para el aun largo camino de Compostela.

Del siglo XII siglo de las peregrinaciones que relata el Papa Calixto con inimitable donaire.

Del siglo XII son los ábsides y las naves, los modillones y cornisas, las curiosas marcas de las piedras...

Y dentro de la Iglesia todo el arsenal que en un viejo templo de tan ilustre historia se conserva; hasta los atabales que iban tocando delante de las Cantaderas, a la Catedral, el día de Nuestra Señora de Agosto, en rancia y encantadora tradición secular.

Unos portales cubiertos por cuatro briosos arcos redondos, de piedra, dan prestancia a la Plaza.

Los más modestos, con columnas de madera sobre una pilastra de piedra, dan carácter de Plaza de mercado pueblerino.

Pocos días al año quiere revivir la Plaza con unos sacos de grano, o unos carros de paja.

El resto del tiempo por allí no pasa más que algún peregrino de estos rincones donde, huyendo del mundanal ruido, saben paladear el regusto de la historia y la leyenda, el vino ensolerado que embriaga las almas y las embruja para que vivan su propia vida con altiva independencia.

El jardín de San Francisco

Incluir entre los rincones un jardín suena a paradoja, y sin embargo nada más justo.

Este jardín de San Francisco está, hace ya mucho tiempo, fuera de los caminos de la gente, lejos de los rumbos de la vida moderna... arrinconado y solitario.

Afortunadamente arrinconado y solitario, porque sólo así un jardín—o un rincón bello cualquiera—revela su propia gracia, lo que pudiéramos decir su personalidad.

Si este jardín olvidado fuera un sitio de concurrencia de gentes sería un jardín como otro cualquiera, tendría los dibujos y las plantas y los bancos de moda; la gente también iría a pasear su monorítmica vulgaridad... lo que da de sí eso que el poeta llamaba «público municipal y espeso».

Pero en abandono y soledad el jardín canta su elegía y la elegía es la suprema canción de los humanos y de los jardines.

Y la elegía no se oye entre el ruido de la gente.

Por eso si queréis ver el alma de un jardín o de una ciudad de estas ciudades que tienen alma—que no todas la tienen—procurad verlas sin gente; por la mañana temprano esto no es difícil, pues la gente no sabe de amaneceres.

La ciudad y el jardín al amanecer parecen de un país inhabitado, y es entonces cuando muestran, sin miedo a profanaciones, el encanto de su alma.

Al igual de los árboles que no dejan ver el monte, las gentes ocultan lo que de originalidad y de tipismo, adquiridos a lo largo de los siglos, guarda cuidadosamente la ciudad.

No hay ciudad vieja que carezca de un jardín de San Francisco, próximo a un convento o a las ruinas de un convento franciscano; no había de faltar en León.

Conozco algún jardín de este nombre, en ilustre villa, en el que los bancos de piedra del paseo están bizarramente sustentados en capiteles del Palacio del Almirante de Castilla.

Este jardín de León tiene también su prestigio histórico; allí al fondo estuvo el muy insigne monasterio leonés de San Claudio, del que no queda piedra sobre piedra.

Convento de santos y mártires, que allí mismo sufrieron el martirio el Abad San Vicente y San Ramiro, a manos de los vándalos y suevos, como antes lo habían sufrido, sobre aquella tierra bendita, los hijos de San Marcelo.

La destrucción, hasta la raíz, de aquel venerable monasterio, es uno de esos pecados públicos que las viejas ciudades han cometido, contra su fe, contra su historia y contra su tradición. Y los pecados de un individuo se pueden pagar en la otra vida, pero los pecados de un pueblo hay que pagarlos aquí.

Encuadra el jardín, por el naciente, el convento de Franciscanos, que sigue dando su nombre a todo aquello. Desapareció el primitivo convento del siglo XIII, pero sobre el solar se edificó otro y aun otro que es el actual en el reinado de Fernando VI, reconstruyendo la Iglesia en los finales del XVIII; y cierra el paseo, por el Norte, la am-

plísima fachada del Hospicio, edificio hermoso, útil y bien pensado y bien construído por el arquitecto Rivas, que realizó el pensamiento del muy generoso Obispo D. Cayetano Quadrillero.

No sé si el alejamiento de la gente ha traído el abandono de este jardín, o si el descuido inveterado del paseo contribuyó a espantar de allí la gente; el resultado es igual.

Y, como decíamos antes, bien está así el jardín.

Además este romántico jardín tiene un origen piadoso, que nunca se hallaría bien en un ambiente profano.

Esto era camino y término de un Calvario que por allí, en la Cuaresma, desfilaba de Cruz en Cruz, rezando el Vía-Crucis, la fuerte devoción de épocas de fuerte religiosidad.

Ann ahora las gentes se dignan ir al jardín el día de Viernes Santo, porque sin notarlo, el instinto les dice que un jardín desolado y triste es el mejor ambiente para el día en que ha de pasar por allí el supremo Dolor.

Alguna procesión que sale del Convento de Capuchinos puebla durante unas horas el jardín y la algarabía de los muchachos compite con la de los pájaros.

El día del jubileo de la Porciúncula aparece por allí el señor Obispo entre las buenas almas que entran y salen en la Iglesia y se recrean un rato paseando entre los árboles en ese día llenos de lozana frescura.

El resto del año, la inmensa mayoría de los días del año, triunfa el abandono y aquello es un bello rincón sumergido en el más apacible olvido.

¡Ah, no! Se me olvidaba decir que de unos años a esta parte por las ferias de San Juan y los Santos y San Andrés, el vecino mercado—anténtico mercado leonés, de la increible riqueza de esta tierra inagotable—lleva al romántico jardín el ruido de los tratos y contratos, la algarada de los gitanos, los pintorescos diálogos de los mercaderes en lucha de ingenio con el talento mercantil de los paisanos, el conato de espanto de las muletas nerviosas que ponen en tensión las cuatro patas a un tiempo en saltos de una insuperable elegancia acrobática...

Allí también, en esos días alegres y provechosos, los tenderetes en que venden navajas, y correas, y cayadas y candados, y todo el

complejo repertorio de las más variadas mercancías, amén del gracioso sacamuelas que emboba con sus chocarrerías la atención de todo transeúnte, «desde el espetado doctor que allí detiene su cabalgadura, hasta el pícaro hampón que allí divierte sus ocios, engañando al hambre con la risa», como dice D. Jacinto Benavente.

Son los juglares antiguos, de la más noble estirpe del mester de juglería, adorno de Palacios de príncipes y encanto de las gentes de un mercado.

¡Musa pícara y amena de León Salvador, el rey de estos artistas de un arte popular enraizado en nuestro arsenal de la literatura picaresca, y oreado al aire libérrimo de todos los feriales españoles!

Y allí, por último, los puestos de comidas donde los paisanos bregan, a brazo partido, con los callos sabrosos que navegan en un mar de mojo color brasa encendida, con el picadillo apetitoso y bien oliente, con el escabeche que se va solo al jarro del vino, de un vino que a su vez se va solo a pedir un trozo de pan que naufragó en el mar de la cazuela de los callos.

Y la ridícula humanidad es de tal condición que los señoritos, al pasar por allí, envidian a los paisanos que saborean aquellos manjares—llamémoslos así—y los paisanos envidian a los señoritos que comerán—es un suponer—cosas mejores y en sitio más confortable,

---

El ruido pasa, la ganancia se queda en casa de aldeanos y mercaderes, y queda solo el jardín.

El pobre jardín que a cada feria que pasa recibe nuevos agravios, de las caballerías desmandadas que se meten por donde les place, o de la gente que deja siempre señales de la conocida y no remediada falta de respeto a los árboles y a los jardines. ¡Qué lástima de discursos aquellos de la fiesta del árbol, que únicamente consiguieron espantar los pájaros que huyen de los discursos como de la lumbre!

¡Cómo va a resistir un ruiseñor un discurso cualquiera!

El jardín ha ido perdiendo las líneas que un buen dibujante del año 64 fué trazando para que el aficionado a estas atenciones concejiles fuera cerrando los cuadros y las graciosas curvas con ebonibus y laurel, que en todo tiempo conservarán la verdura y los contornos del paseo.

Los bancos cada poco tiempo son briosamente destrozados por los pocos y malos frecuentadores de este rincón, es decir, por los pocos que habían de utilizar ¡quién sabe con qué fines!, los bancos que ellos destrozan con tanto esfuerzo.

Los árboles circundantes, castaños y tilos, sombrean los paseos y mantienen el aspecto de paseo urbano.

Y sobre todo, en la retonda central, donde hubo una fuente y un templete y una plaza de toros y no sé cuantas cosas más, una amplia y linda placeta que en todo tiempo es amena, luce soberbiamente la majestad de unos árboles gigantescos, mayestáticos, hermosos, que unen sus altísimas copas y cruzan sus fuertes ramas, sin más comisario que su albedrío en busca de la luz del Sol, sin más cuidado que el natural impulso de su propia vida, sin que lleguen a ellos las abominables tijeras del jardinero que recorta las plantas a manera de peluquería de señoras.

¡Dichosas ramas altas de los gigantescos árboles de esta magnífica rotonda! A ellas no llegan ni las piedras de los muchachos.

Al amparo de esa impunidad que la altura proporciona, allí anidan y cantan los ruiseñores, los ruiseñores de este jardín de San Francisco, que son sin duda los maestros cantores de todos los ruiseñores de León y sus contornos.

Eso de que los ruiseñores cantan al anochecer es pura mentira más o menos lírica; estos regios cantores de este jardín cantan por la mañana y muy alegremente, cantan en pleno día cuando el Sol más calienta, cantan también al caer la tarde, y casi anochecido, al frescor del filo de la noche.

Lo que ocurre es que la canción del ruiseñor, como el eco que su voz misteriosa despierta en nuestras almas, se deja penetrar de esa extraña dulzura de los anocheceres, en la solemne agonía de la luz.

Y con decir que allí cantan a su placer los ruiseñores ya queda dicho que aquéllo es un jardín abandonado.

Frente al jardín, decíamos, se muestra la fachada del Hospicio que un Obispo generoso y caritativo fundó con esplendidez y sabiduría.

Aquel Obispo tuvo a su mandar un canónigo secretario, muy notable por su talento y su prodigiosa habilidad: el canónigo D. Rafael Daniel.

No es cosa de narrar su vida que, en los años de la guerra napoleónica y antes y después, fué algo como un centro de la vida de León; en redor de su talento giraba la ciudad.

Supongo que el número de los que le envidiaban sería cada día más numeroso y «distinguido»; le criticaban como es natural porque el canónigo hacía lo que sus envidiosos no sabían hacer.

Interesantes cartas, que se conservan, nos dicen que entre sus rivales había no pocos compañeros de clerecía.

Y éstos se permitieron una pequeña ironía, que para perpetuidad maligna, pusieron en una pilastra que, precisamente en el centro de la fachada y del atrio del edificio, sostiene un medallón, ante la portada del Hospicio.

El medallón dice sencillamente: NIDALE.

Y Nidale es el nombre del canónigo Daniel, pero puestas sus letras trastornadas y sin concierto... ¡como quisieran sus enemigos haber podido hacer con la persona del personaje y al menos lo hacían con el nombre!

¡Noble y abandonado jardín de San Francisco!

Estampa rota de una ciudad que se transformaba, al pasar de una época a otra, para unos mejor y para otros peor, cuando los últimos románticos, de sombrero de copa y abrigo al brazo, andaban los domingos entre los árboles y los bojes con los últimos artesanos que vivían felices «porque no lo esperaban todo de este mundo».

El barrio de Santa Ana

Es el Barrio Latino, de León, el de las confusas historias, el de la mezcla cosmopolita de razas, hebreos, moriscos... alfor abierto a todos los caminos, desde el que traían los piadosos peregrinos santiaguistas, hasta el de la Pícara Justina, la famosa mesonera de Mansilla de las Mulas.

El paso de peregrinos explica que en Santa Ana, y donde ahora se alza la modesta Iglesia pueblerina, hubiera un monasterio de Caballeros de San Juan; noble abolengo para el barrio.

Aun se ven no lejos de la Iglesia pueblerina restos de portadas y casas de claro origen judío.

Aun hay algo morisco en las hogueras de las fiestas populares, entre algaradas típicas, que en ningún otro barrio de León tienen competencia, ni en la acometividad de los mozos ni en el colorido de la alegría.

El barrio tiene su Plaza con clásicos portales cubiertos, a la manera de plaza de mercado de villa; la Pícara Justina creería encontrarse en una plaza de su pueblo.

La espadaña que campea en el campanario de la Iglesia entona con el barrio entero.

La fiesta de Santo Tirso, que allí se celebra todos los años, es fiesta de barrio de antigüedad respetable y de tradiciones que el tiempo no puede enterrar.

Al romper la cerca en tiempo de Alfonso XI, se abrieron puertas nuevas y se acercaron a la ciudad sus arrabales.

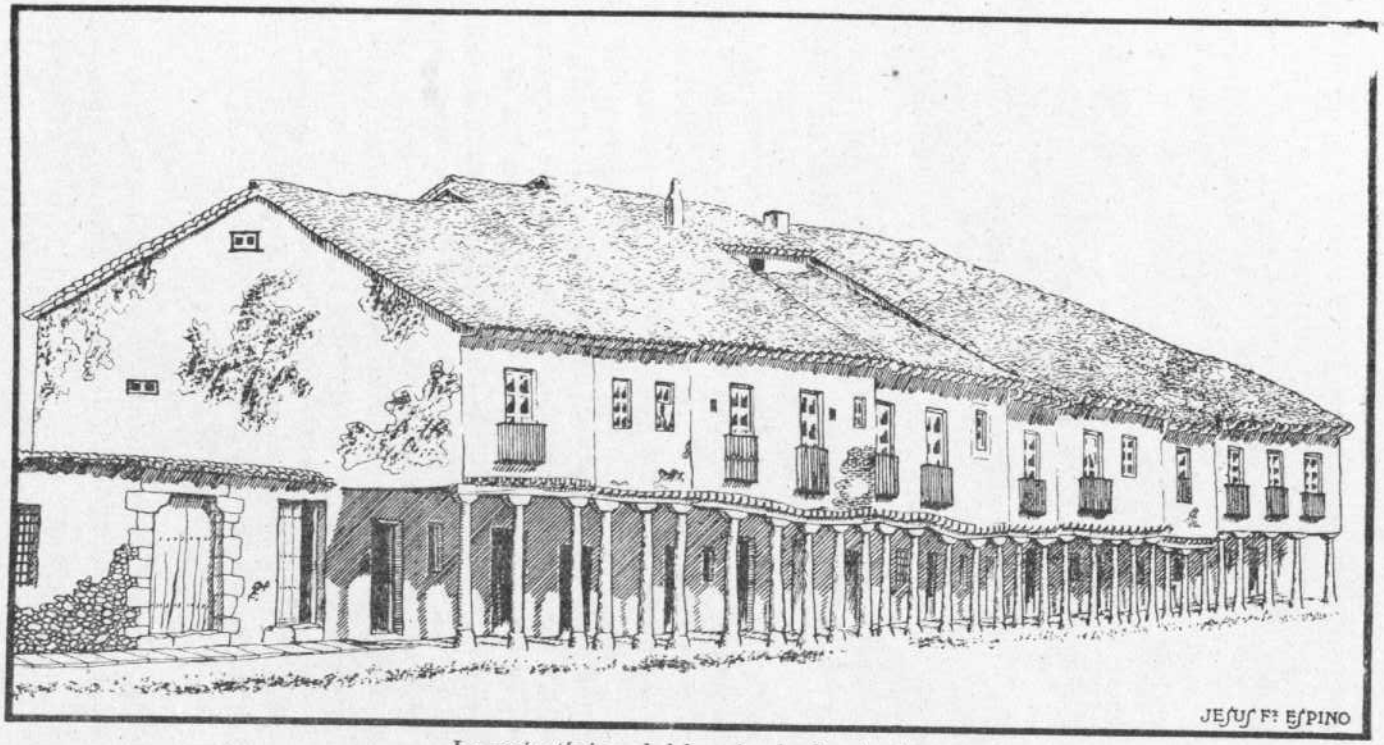
La muralla que mira a mediodía abrió paso a las gentes de Santa Ana, a más de Puerta Moneda y Puerta Gallega, la puerta de Cal de Moros, en línea con la de Capellería.

Calle de Moros, calle de Capellería, calle de Rodesneros—que era continuación de la entrada llamada de Diego Gutiérrez—; calles de moriscos que allí—en la Capellería, en pleno barrio de Santa Ana—tejían mantos moriscos y labraban cueros a la manera cordobesa... barrio de tejedores y curtidores.

Subían los de Santa Ana y entraban en la ciudad comercial que rodeaba la Plaza del Pan, a comprar y vender y trabajar, como lo dicen los nombres que se van perdiendo; calles de Ollería, Platería, Azabachería. Cardiles, Varillas, Zapatería, Contratación, Casquería, Tripería, Frenería...

Y subían por último a la parte señorial de la ciudad, en días que repicaban gordo las campanas, para ver la procesión solemne o las fiestas de la Plaza de Regla, las fiestas que el cabildo de los señores canónigos organizaban para recreo de altos y bajos, de los nobles que habitaban en las casas blasonadas de San Isidro y Santa Marina, y para los alegres vecinos del barrio de Santa Ana.

Que para eso la Catedral había ensanchado notablemente la Plaza de Regla, en el siglo XV, para eso se nombraba un canónigo que entendía en cosas de teatro, y otro, a quien graciosamente llamaban



Lo más típico del barrio de Santa Ana

canónigo torero, porque durante el año había de entender en arreglar alguna corrida para regocijo popular.

El simpático barrio, abierto a todos los aires, no perderá nunca su ambiente ni su personalidad.

Tiene muy hondas las raíces.

Son las raíces de caminos de peregrinos, aquel camino que describe, con rudo decir, el Códice Calixtino.

Eran estos arrabales del mediodía de la ciudad la última jornada para entrar en León, y León era para los caminantes más ilustres que han pasado por los caminos españoles en ruta de civilización, la entrada en Galicia.

Así, ya entraran por la calle de Frenería a pasar por la venerable Iglesia de Santa María del Camino o por la Cal de Moros, un poco más arriba, ellos habían descansado en el barrio de Santa Ana y allí les llamaba y les retenía amorosamente el hábito blanco de los caballeros de San Juan, que por estar en hermandad con el comendador de Puente de Orbigo—camino de Santiago y Paso Honroso de Don Suero de Quiñones, caballero santiaguista—había de darles noticias y rumbo y viandas para el aun largo camino.

El barrio de Santa Ana, avanzada de la ciudad, ofrecía a peregrinos y caminantes el alivio de posadas medio aldeanas, las cantinas del comer barato, las mercancías a menos precio, y sobre todo ese trato arrabaleño familiar y lugareño que siempre apetecen los humildes, y humildes sueleo ser ahora y antaño, los que andan a pie o poco menos por los caminos de España que ennobleció para siempre la figura tan pobre como arrogante de Don Quijote de la Mancha.

Y cuando la ciudad eliminó a hebreos y moriscos, aun fueron quedando rezagados por el barrio de Santa Ana.

La extraña mezcla de razas y costumbres, ambiente de arrabales españoles, marcó aquí la huella de eso que ahora se llama tipismo, y el tipismo es eso que busca con afán todo turista que se estima en algo.

Para todo espectador curioso, con fina curiosidad investigadora, este barrio de Santa Ana, de León, tiene el supremo encanto de todo lo que ennoblece la sombra del pasado.

San Pelayo

Huyendo de la revolución de Asturias se presentaron en León, el año 1934, las monjas benedictinas de Oviedo, y se acogieron al fraterno amparo de sus hermanas las monjas benedictinas del convento de las Carvajalas, de León.

Traían entre otras santas reliquias, el glorioso cuerpo de San Pelayo, el santo mártir que a los trece años sufrió, por defender su fe cristiana, tremendo martirio el día 26 de Junio del año 925, en Córdoba.

Volvieron las monjas de Asturias a Oviedo y llevaron las santas reliquias.

Una plaza y una calle adyacente, son las únicas evocaciones de San Pelayo en nuestra ciudad.

Una pequeña reliquia del santo mártir, y los rezos de las monjas carvajalas, son el único recuerdo que aquí se hace de San Pelayo,

Y es este nombre ilustre uno de esos jalones de la historia de León, que se encuentran a través de los siglos, en la crónica de los monasterios más famosos, en la del Infantado de León, en los orígenes del templo de San Isidoro, en el de los panteones reales, en las efemérides de mayor gloria tradicional.

Poco tiempo había pasado desde el año 917 en que nuestro rey Ordoño II ganara la famosa batalla de San Esteban de Gormaz, por cuyo triunfo ofreció a León la construcción de la amplia Iglesia de Santa María, sobre el solar de su Palacio, según reza el epitafio del sepulcro de aquel príncipe, la Iglesia que al decir de los epigrafistas del notable sepulcro es de tal belleza, que «por ella brilla la ciudad de León».

Cuatro años escasos después de aquel triunfo, vino el desastre de Val de Junquera, entre Estella y Pamplona, en los valles de Maey y Salinas de Oro.

Aquel día Abderrahman III derrotó a las huestes de Ordoño II, y Sancho Abarca de Navarra, tal vez por no acudir los castellanos al llamamiento que les hizo el Rey de León.

Habían comenzado las discordias entre castellanos y leoneses, que habían de culminar en 960, interviniendo Abderrahman en la subida al trono del Rey Sancho el Craso.

En Val de Junquera los gallegos lucharon bravamente y entre ello el valeroso Obispo de Túy, D. Hermogio, que cayó prisionero de los musulmanes,

Para rescate del Obispo quedó en rehenes su sobrino Pelayo, niño de trece años, de singular valor y simpatía.

Y sobre todo de excepcional entereza en su fe cristiana.

El 26 de Junio del 925 moría mártir este niño ejemplar.

Un perfume de primavera rodea la figura del mártir.

En la España cristiana su nombre es pronto un símbolo de la virtud heroica.

El clamor del pueblo le alza sobre los altares.

El nuevo Rey de León, Sancho I, y su mujer, la reina Teresa y la infanta Elvira, esta última la devota monja de Palat de Rey, piden al califa de Córdoba—entonces amigo del Rey de León—el cuerpo del niño mártir.

Y para su albergne digno construyen el templo y monasterio de San Pelayo «intra muros legionis».

Trajo el santo cuerpo el Obispo de León, D. Velasco.

Pocos años después, a Sancho I había sucedido su hijo Ramiro, bajo la tutela de su madre Teresa y de su tía doña Elvira.

Y también poco después la bárbara invasión de Almanzor, a fines del siglo x, obligaba al Rey de León a huir a las montañas vecinas, llevando consigo las preciosas reliquias de San Pelayo.

He aquí dos sucesos históricos, la revolución asturiana del siglo xx y su semejante barbarie de la irrupción de Almanzor, en el siglo x, se señalan en la historia de León en estos dos traslados de las reliquias de un mártir.

Es que el mismo odio satánico se repite sobre la tierra lo mismo que el soplo de los huracanes y la torrentera de las inundaciones.

El satanismo cambia de nombre pero es siempre el destructor de los templos y el perseguidor enemigo de las reliquias de los santos, de los santos que martirizó y quisiera martirizar otra vez...

Fué el Rey Bermudo quien personalmente llevó a Oviedo las reliquias de San Pelayo,

Al restaurarse la ciudad de León, pasada la barbarie de Almanzor, el monasterio de San Pelayo adquiere la mayor importancia, y a su panteón fueron llevados los sepulcros de los Reyes y Obispos.

Donaciones regias le dieron poderío y su vída se une a la del Infantado leonés, figurando la Dómina Teresa, joven angelical infanta, flor de romance, en la dorada historia.

El nombre de San Pelayo aparece en 1043 unido al de San Isidoro, como un enlace en las más gloriosas tradiciones religiosas de nuestra ciudad.

Con los nombres de San Juan y San Pelayo, y San Isidoro y San Pelayo, llega el Infantado hasta tiempos de Fernando I, en que ya suena sólo el nombre de San Isidoro como cabeza del Infantado.

Riqueza, jurisdicción, todo giraba en redor de esta regia Casa cuya Iglesia venerable es consagrada con el nombre del sabio y santo creador de hispanidad, el año de 1063.

Con el tiempo se va esfumando el primitivo monasterio de San Pelayo y aun el mismo Infantado, en épocas del Rey Fernando II, toma el nombre de encomienda, siendo el propio Rey el primer «comendero» de San Isidoro.

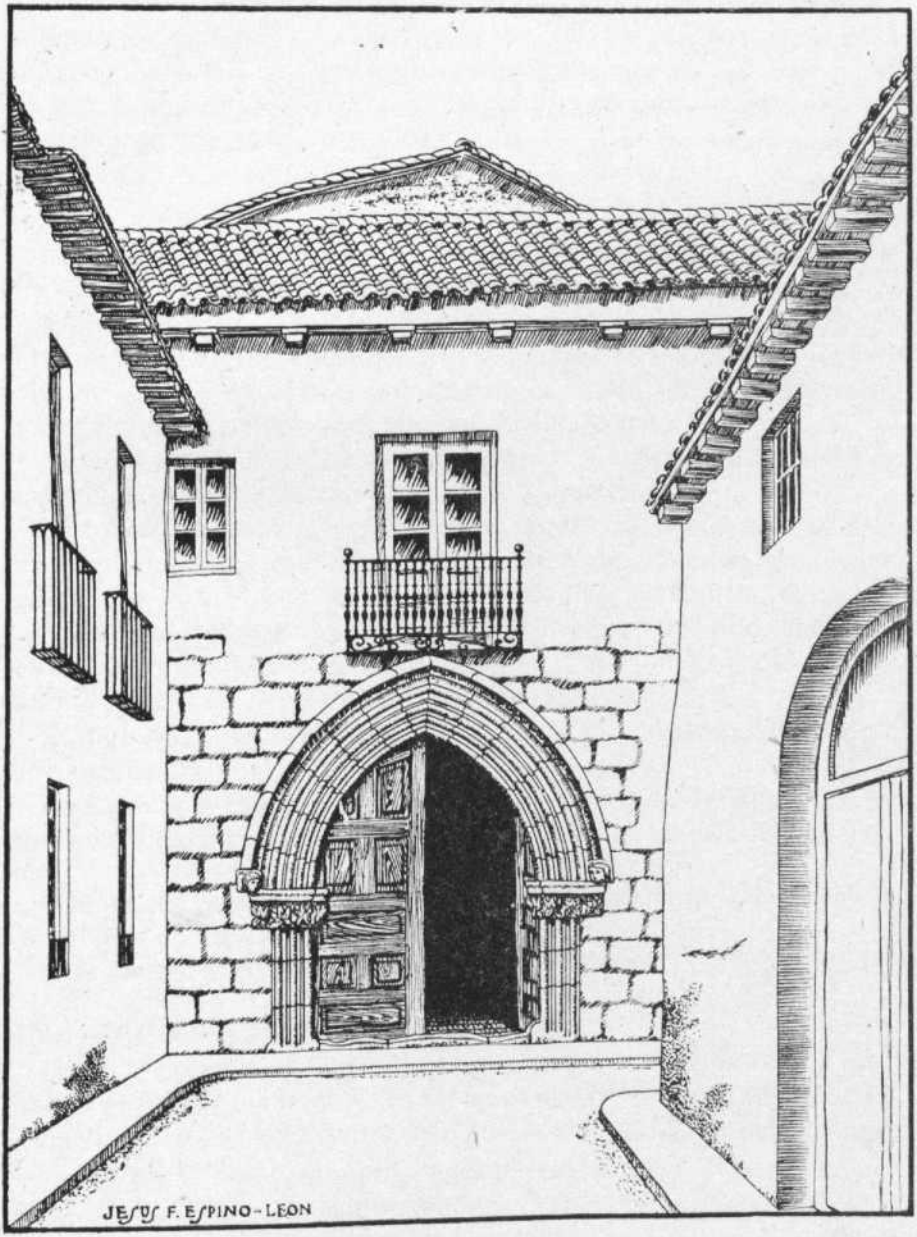
Pero aun perdura la «encomienda» real en Alfonso XI que toma posesión de ella personalmente.

Hasta que todo termina en la renuncia de todo por el Rey D. Pedro I, y por la cesión efectiva del fuero real que hizo D. Enrique II a favor del caballero D. Pedro Suárez de Quiñones; nombre y linaje éste de los Quiñones verdaderamente grande y muy noble, pero que ya no era un Rey.

Es curioso un documento de 1690, aun existe en la Real Colegiata en el que se firma una concordia, para cesión de los palacios abadiales, entre el abad D. Baltasar de Prado y el caballero leonés D. Francisco Antonio Casimiro Alfonso Pimentel de Herrera Ponce de León Velasco Quiñones y Benavides, Conde Duque de Benavente Conde de Luna, Marqués de Javalquinto y de Villarreal, señor de las Casas de Quiñones y Herreras, Almanzora y Estibiel... ¡todo un catálogo de hidalguía de la mejor raigambre leonesa!

Firma también en nombre de la ciudad su Regidor perpetuo don Diego Osorio y Rubín de Celis.

Los restos del señorío se repartían entre nobles y regidores, como ya se había hecho en el revuelto siglo XV entre los indomables caballeros que tuvo que someter la mano regia de Doña Isabel I y el consejo recto del Cardenal Cisneros.



De la calle de San Pelayo

Al decaer lamentablemente la realeza en Carlos IV, da éste en Aranjuez un deplorable decreto, en 25 de Febrero de 1805 por el cual se extingnen todos los señoríos eclesiásticos, que habían sido y hubieran continuado siendo un tesoro para el arte español, para la civilización española, el tesoro manantial de los grandes templos, de las riquezas de arte y del amparo de los menesterosos.

Como deciamos antes, queda en León el nombre de una plaza y una calle con el nombre muy glorioso de San Pelayo.

Pero la estrecha calle que va de la actual de Daoiz y Velarde—antes de Pablo Flórez. antes del Instituto, antes de la Canóniga nueva, antes de Villapérez...—a desembocar en la Plaza de San Pelayo, es un bello rincón, como lo es también la misma plaza.

Por de pronto tienen ambas el encanto de que por allí pasa muy poca gente y esto ya es una garantía de selección.

Una casa que ostenta en la clave de la portada el jarrón de azucenas catedralicio, uno de los más perfectamente labrados en piedra que se conservan en la ciudad, y al fondo de la calle otra casa antigua con portada sobre columnas rebajadas y con muy lindos capiteles del XII o XIII, obra indudable de alguno de los nobles artistas de la Catedral, prestan a la breve calle timbres de distinción.

Es algo de la aristocrática prestancia que la Catedral derrama en sus cercanías.

La Plaza, que estaba muchísimo mejor empedrada de canto rodado que pavimentada con prosaico cemento, es de por sí elegante y graciosa.

Aun en ella hay esas casas cómodas, holgadas, esas casas hechas para vivir y no para almacenar a los habitantes...

Y desde allí se descubre la torre de las campanas de la Catedral...

Plaza de San Isidoro

De San Isidoro o de San Isidro, pues el nombre del Sabio y Santo Obispo de ambas maneras se ha dicho antiguamente en castellano: el Romancero del Cid, dice San Isidro, y la copla popular también canta:

Antes que yo te olvide
León querido,
ha de cantar el gallo
de San Isidro.

Calle de Santisidro se llamaba la actual calle del Cid, en León, y arrancaba de la del Cristo de la Victoria para terminar en la casa de los Ceas, que por ensanchar allí algo la estrecha calle se llamaba comunmente plazuela de los Ceas a la entrada ya de la Plaza de San Isidoro.

Un solo documento basta para señalar la existencia y situación de esta plaza.

El documento que se conserva en la Real Colegiata, es de los reyes católicos, y está dirigido al Abad D. Juan Alvarez de Valdesalco, y dice así: «...porque más honrado y ennoblecido sea el monasterio y para que tenga cargo de rogar por mí y por la reina, de un solar que está fecho plaza junto al dicho monasterio, en el cual fueron edificadas casas para los reyes mis antecesores, e después derribadas e han estado e están fasta agora fecha en ellos plaza, y que ni el Abad ni el monasterio puedan vender ni ceder jamás para edificar y que sea siempre plaza y no se quite la vista del dicho monasterio».

Los canónigos de Santa María hicieron vida reglar—regula-regla—en la Claustra, por ser el claustro donde principalmente habitaban, lo cual explica como hace notar el P. Urbel con relación al claustro de Silos, el esmero en el adordo de estos recintos.

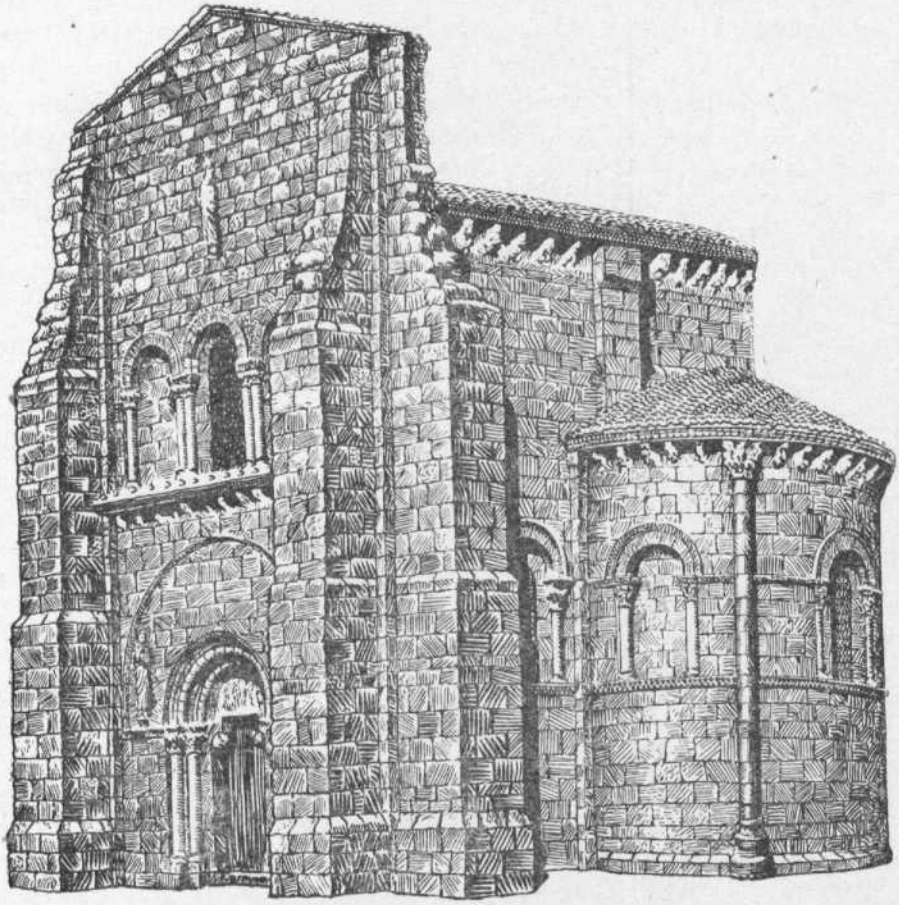
Los canónigos de León hicieron vida «canónica», es decir, regular, hasta el 1144, en que son secularizados y no estando conformes con este cambio muchos de ellos marcharon a Carbajal de la Legua, con su abad Pedro Arias.

Estos son los canónigos que el Emperador Alfonso VII, después de la toma de Baeza quiere llevar a San Isidoro, de cuyo templo y monasterio era muy devoto, hasta el punto de cederle en 1150 su propio Palacio, y nombrar a su hermana Doña Sancha «dómina» del mismo monasterio; la última que ostenta tan honroso título en el Infantado.

La regla era de San Benito, que con la isidoriana de la España visigoda estaban en el siglo IX en vigor.

Sin embargo es en 1050 cuando en el Concilio de Coyanza el Rey Fernando I manda establecer la regla de San Benito.

¡Concilio de Coyanza—Valencia de Don Juan—otra de las más altas glorias leonesas, que allá en los hontanares de la historia conservan los manantiales de la tradición.



De la antigua Iglesia de San Isidoro

En la plaza de San Isidoro hay un grupo de construcciones entre las antiguas calles de Santisidro y las Catalinas.

Hoy todo el frente de la ancha fachada es Convento de las Siervas, de la parte de la calle del Cid existió una bonita portada con escudos de los Ceas y los Quiñones, y dentro un patio no exento de grandeza y que poco a poco irá desapareciendo: allí estuvo el Palacio de los Ceas, de ilustre aristocrática familia leonesa.

Hacia la vieja calle de las Catalinas está ahora la Biblioteca provincial; allí estuvo el convento de Santa Catalina y en el resto y lo que ocupan las Siervas, muy deformado todo ello, el Palacio de los Ponce de León; casa ésta que recuerda a Doña Beatriz Ponce, amiga del Rey D. Enrique de Trastamara. Doña Beatriz, en sus últimos años, fundó allí un Beaterio.

En el zaguán de la entrada a la actual Biblioteca debe verse un resto de grafiado natural, al temple, con fecha de 1564, muy estimable y curioso y de excelente dibujo. Por allí hay también un dintel de madera labrada, de los que todavía se encuentran en casas de algún rumbo; ¡pobres reliquias de casas nobles y palacios que el tiempo, y la desidia, y la poca estima de nuestro abolengo, se ha ido llevando a la ruina!

El trágico episodio de la muerte del Conde D. García, a las puertas de San Isidoro, es de esos sucesos que impresionan tan fuertemente la imaginación popular, que al cabo de los siglos perdura su recuerdo con viveza emocionante.

Acaso influya en esto, la circunstancia de la juventud de la víctima y el venir a casar con la Infanta Doña Sancha.

Ocurrió la tragedia el día 13 de Mayo de 1029.

Los Velas querían impedir la unión de Castilla y León, pero no lo lograron porque Doña Sancha casó poco después con D. Fernando I, uniendo así las dos coronas.

Era Doña Sancha hija de Alfonso V, el de los Fueros.

Fué enterrado D. García en el panteón real que entonces se llamaba de San Martino.

En la lápida sepulcral está esgrafiada la figura del joven Conde, que por cierto sostiene en su mano el cetro que termina en flor de lis.

La fecha del sepulcro es del año 1038, Era 1076.

El dintel del arco y el timpano en la llamada Puerta del Perdón—donde ocurrió la trágica muerte—están sostenidos por cabezas deformes; rasgo arquitectónico que señala acertadamente el Sr. Balbás como signo de importación artística de las peregrinaciones jacobeas; como se ve en Sahagún, en Corullón, en Carrión, etc. etc.

La rancia nobleza leonesa quería tener sus sepulcros en San Isidoro, tal vez por estar cerca de los sepulcros de los Reyes enterrados en la vieja capilla de Santa Catalina.

He aquí alguna de las capillas—panteones de ilustres Casas de abolengo leonés en San Isidoro y su claustro.

Capilla de los Quiñones.
» de los Omañas.
» de los Salazares.
» de los Castañones.
» de los Cármenes.
» de los Ferreras y Llamazares.

Palacios reales en León

Del más antiguo que hay noticia es el de Ordoño I, Alfonso III el Magno y Ordoño II, al Oriente de la ciudad, sobre el edificio de gentiles, y donde está la Catedral.

Al ceder su casa y palacio el Rey Ordoño II, para Iglesia mayor, el Palacio real estuvo, después de la devastación de Almanzor, cerca de la Iglesia del Salvador, que por haber sido fundada por Ramiro II en aquel sitio, tomó su nombre de Palat de Rey, con el que aun hoy se distingue.

Después vivieron los reyes en San Pelayo y San Isidoro, siendo donado el primer Palacio allí construído por la Señora Doña Sancha al venerable prior Pedro Arias; hubo estancias reales en lo que es ahora biblioteca de la Colegiata.

Tenía este Palacio comunicación con el templo, y sus jardines llegaban hasta el Bernesga.

Del último Palacio real construído por Enrique II en la calle de la Rúa, del viejo camino francés de peregrinos, no queda allí absolutamente nada que lo recuerde; y ello es doblemente de lamentar por el monumento en sí y por la gratitud que debe León al Rey que fué

llamado «el de las Mercedes», las prodigó en nuestra ciudad con mano generosa.

El Palacio real de San Isidoro, que ya sufrió un incendio, fué abandonado a la ruina, dejando el solar para la Plaza.

El Palacio que en la calle de la Rúa había edificado D. Enrique II en 1377, y del que apenas quedan en el museo algunas piedras, como la de la inscripción que conserva esa fecha, perdió su carácter totalmente, en 1528, en cumplimiento de orden de Carlos I, que dispone en cédula de 22 de Abril que dice: «que la casa e palacio que tengo en esa ciudad, los cuales están para se caer e hundir e muy mal, por no tener el corregidor casa propia ni haber cárcel pública conveniente, se destinen a dicho objeto a petición de la ciudad».

Ya el Rey D. Felipe III y la Reina Doña Margarita, en 1.° de Febrero de 1602 hubieron de alojarse en el Palacio de los Guzmanes, por no tener los reyes en León, ¡en León que había sido Corte!, un Palacio real.

¡Cuánto rango histórico y cuánto interés turístico darían a la vieja ciudad restos en pie de un Palacio real!

Pero ya que esto no es remediable, al menos podia el Ayuntamiento colocar lápidas con una breve relación explicativa a manera de índice de estos recuerdos del pasado y para última señal de venerables memorias.

Plaza de San Froilán

Era la que hoy se llama Plaza de la Veterinaria.

Desde la puerta que hubo al final de la calle de la Abadía, en la parte norte de la plaza se alzaba un edificio hospital de «San Froilán», propiedad del monasterio de San Isidoro, que así atendía al bien público.

Después se instalaron en el edificio los frailes franciscanos descalzos, denominándose aún «calle de los Descalzos» la que va de la plaza de San Isidoro a la plaza de que venimos hablando.

Actualmente, que yo sepa, no hay en León calle ni plaza que ostente el nombre ilustre del Santo Patrono de la diócesis de León.

En Agosto de 1601 los canónigos de San Isidoro hacen una a modo de concordia con los frailes descalzos para que éstos queden «por perpetuos inquilinos y huéspedes del asilo y hospital de San Froilán»;

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEON

que es de donde arranca la fundación de este convento, junto al castillo antiguo y a la puerta y arco de este nombre, al Norte de la ciudad.

Se conserva la fachada de templo, pero lo demás y por detrás el edificio ha sufrido tales reformas que no es posible reconocer en él su anterior destino conventual. Por fortuna ahora se dedicará la Iglesia a capilla del Instituto Femenino de Enseñanza Media.

Plaza del Vizconde

La primitiva Iglesia de Santa Marina estuvo pegada a la muralla; por esto sigue llamándose, y está bien, «calle de Santa Marina», una estrecha calle que va paralela a la muralla a salir frente a las Descalzas.

Esta calle desemboca en una pequeña y muy típica plaza, la plaza del Vizconde.

Era el Vizconde de Quintanilla de Flórez.

Por allí no queda más que un escudo embutido en una fachada moderna, pero no es el escudo de los Quintanilla.

Del caballero que en el año 1660 llevaba el título de Vizconde de Quintanilla, consta un episodio trágico. Era entonces Vizconde don Francisco Luis Flórez Osorio y Guzmán.

El día 17 de Julio mató en desafío, cerca de San Isidoro, al hidalgo leonés D. Antonio Rubin de Celis.

El Vizconde, que resultó gravemente herido en la cabeza y en el pecho, se acogió al seguro refugio de San Isidoro, de jurisdicción exenta, y allí fué recibido por los canónigos, y albergado cuidadosamente en el cuarto del Abad.

Ello produjo el inevitable conflicto entre los canónigos, que defendían su fuero, y la ciudad que reclamaba la entrega del Vizconde, por creer que el fuero real, en cuyo nombre hacian justicia los merinos del Rey, era superior al del Abad de San Isidoro.

Tumulto popular provocado por la justicia ordinaria; invasión de la abadía por alguaciles y regidores; búsqueda inútil del Vizconde por todos los rincones del monasterio; censuras eclesiásticas sobre los invasores de sagrado; episodios llenos de dinamismo y aun de gracia, que constan con pictóricos detalles en los libros que historian fielmente la vida de la canóniga.

Gallardamente defendido el seguro refugio, el Vizconde no fué entregado a la ciudad, curó de sus heridas y renació la paz enjre regiporas, merinos y canónigos, con la absolución de las censuras y el

restablecimiento de las cortesias que siempre regularon las buenas relaciones entre unos y otros.

En Junio de 1661 entraba como novicia en el convento de Carbajal Doña Ana María Tendero, viuda de D. Antonio Rubín de Celis.

Las buenas relaciones ritualmente guardadas por la ciudad que pedía «legacía» a los canónigos, como previo aviso de visita solmne de los regidores a San Isidoro, que encontraba siempre propicios al Abad y canónigos para cuantas necesidades públicas lo demandaban y que cristalizaba en las famosas «cabezadas», que no se concretaban al día de la fiesta, como ahora, sino que están descritas en los libros de acuerdos canonicales, en los que prolijamente se hace notar, en las visitas del cabildp al concejo, las reverencias de los canónigos al salir del salón, en el primer relleno de la escalera, y al final de ésta, ¡las clásicas cabezadas!

Felizmente en Abril de 1941 se han restablecido estas tradiciones, y el Ayuntamiento de León merece elogio y gratitud de los buenos leoneses. La tradición había sido mantenida por un grupo de caballeros amantes de León.

Renueva

El nombre de Renueva, aplicado a la calle y al barrto, procede de tiempo del Rey Fernando II, y quiere decir Rúa Nueva, para distinguirla de la vieja Rúa de los francos, del camino de peregrinos a Compostela.

Hasta Fernando II el camino de peregrinos pasaba «ante la Iglesia de San Marcelo», y dispuso aquel Rey, por más honrar a la Iglesia de San Isidoro, que los peregrinos pasaran «por ante la Iglesia de San Isidoro», y saliendo por la Abadía continuaran su itinerario a la hospedería de San Marcos y al puente sobre el Bernesga.

Una bula, que creo se conserva en la Real Colegiata, del Papa Alejandro III, en 1163, lo confirma.

El barrio entero de Renueva fué del señorio de San Isidoro bajo la única jurisdicción del Abad.

Antes del siglo XII se llamaba de Santa Engracia por existir allí una capilla con esta advocación, y parece que los monjes de Sahagún, según escrituras, tenían hacienda en el alfoz de Santa Engracia de León.

Barrio de labradores, aun ahora en gran parte, de cofradías de la-

bradores, barrio de las eras en verano anunciadas con el clásico rito de las hogueras de San Juan. ¡Lástima que cayera la Iglesia del barrio!

El barrio de Santa Marina

Típico barrio leonés, medio de labradores y medio de rancia nobleza, sabe guardar su personalidad como pocos y aun sabe destacarla, como los buenos, el día de la gloriosa Santa a la que debe su más legítima prosapia.

Allí está enclavado el castizo corral de San Guisán, allí el arco de Puerta Castillo que trae a la memoria el Conde que supo defender castillo y ciudad, como un Cid, después de muerto; allí, a mano dereeha del arco, el recuerdo de la casa de Misericordia donde eran acogidos los niños que en el atrio de la Catedral depositaban a los pies y al amparo de la Virgen Blanca, y por esto, en la casa—Arca de Misericordia—había una pequeña imagen de la Blanca, imagen que se conserva en la casa, allí inmediata, propiedad de D. Francisco Llamazares, y allí es de creer estará todavía.

Allí también la plaza del Vizconde, el Vizconde de Quintanilla que aún en el siglo XVIII mantenía sus fueros y privilegios en la persona de D. Jerónimo Flórez Osorio y Tapia, haciendo que en Santa Marina le pusieran almohada y silla en la capilla del brazo norte del crucero, como siempre tuvieron los Tapias, sus antecesores, en la vieja Iglesia de Santa Marina que estuvo en la muralla en lo que hoy es calle de la Santa.

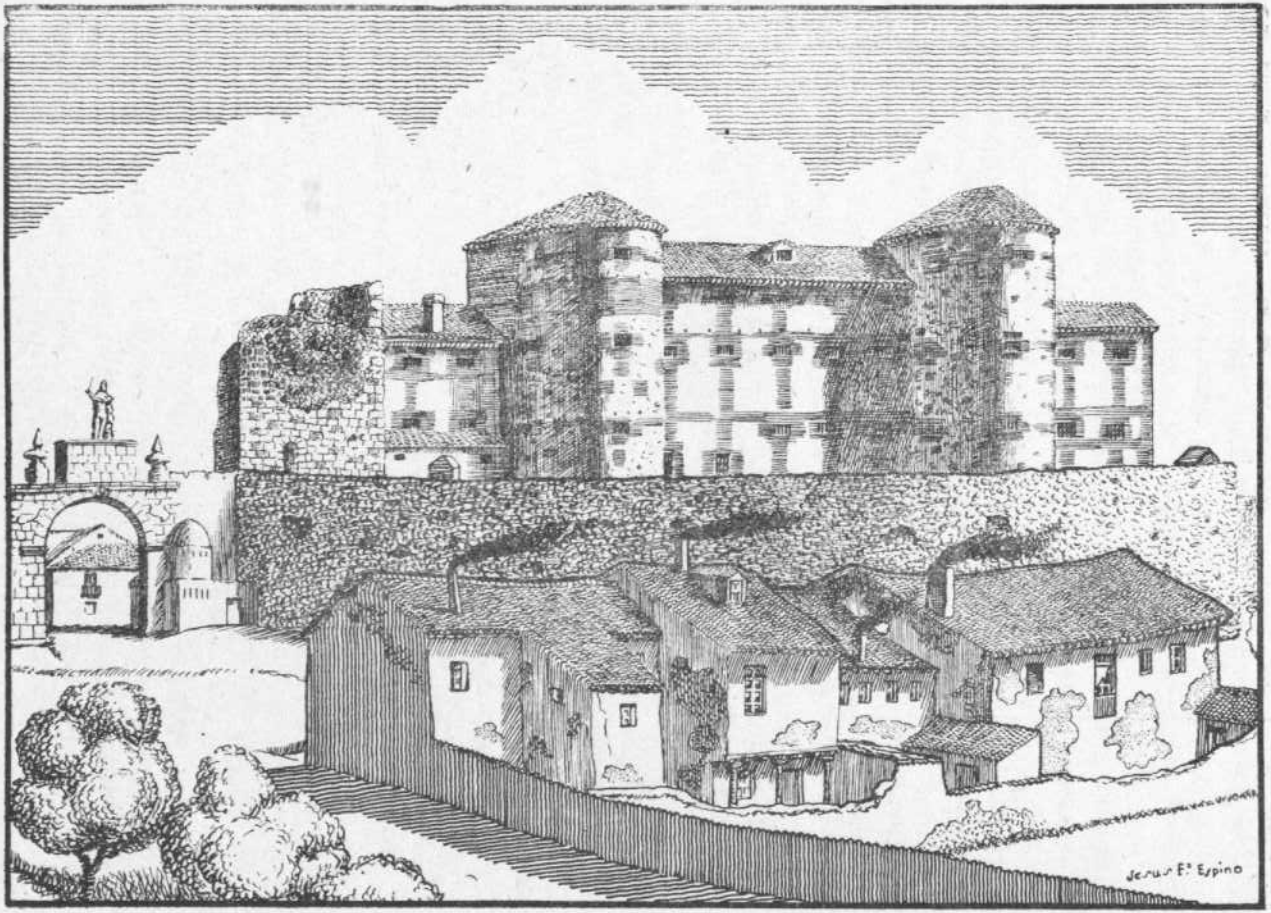
Barrio castizo de rancio abolengo leonés.

En el siglo XI ya se habla del monasterio de Santa Marina como adscrito a San Isidoro, y más tarde figura como parroquia, según documentación publicada por el Abad Sr. Llamazares.

A fines del XVI hay allí Colegio de Jesuitas, bajo la abvocación de San Miguel, y en el XVII allí reside el P. Atondo, buen amigo de don Francisco de Quevedo, a quien aquél remite libros para hacerle más llevadera la prisión.

La actual Iglesia de Santa Marina la construyó y dotó con esplendidez el Obispo de León D. Juan San Millán, para el colegio de la Compañía que se terminó en 1571.

En este colegio fué profesor el insigne P. La Puente, y aquí estuvo el leonés P. Isla.



Clásicas afueras de Puerta Castillo

El fundador está enterrado en lucillo con estatua de jaspe, al lado del Evangelio, en el presbiterio.

Los jesuitas estuvieron en este Colegio hasta 1767 y poco después la Iglesia fué destinada a parroquia.

Tiene esta Iglesia el honor de ser una de las primeras de España donde se estableció la devoción al Sagrado Corazón, dedicando la capilla derecha del crucero.

Hay aquí un altar llamado de la Piedad donde radica ahora la cofradía de la Piedad y Animas del Malvar, una de las más antiguas y populares de la ciudad.

Allí también está la cofradía de «los usías» que celebra su fiesta el día de las Candelas.

Y una maravilla de arte; el grupo escultórico de la Virgen del Niño Dios y San Juan, obra maestra de Juan de Juni.

Y una buena copia del mejor cnadro de la Catedral: la Adoración de los Reyes.

Cuando se recorre uno de estos barrios típicos, el día de la fiesta, se percibe aún el último aliento de una vida que tenía su núcleo en la parroquia; célula viva de la España cristiana y tradicional.

Es el día en que aun los más arriscados mozos del barrio reclaman con orgullo el honor de ser «de Santa Marina».

Las cofradías populares, gremios del vivir religioso, reunían a los hombres del barrio, que agrupados tenían el valor de sus convicciones y el buen orgullo de llevar la vara de la cofradía o las andas en la procesión.

En las cofradías parroquiales estaba lo más acendrado de las santas costumbres de la ciudad.

Y la campana de la parroquia era la voz del barrio,

La barriada de San Martín

Pocos rincones más típicos que esta red de calles y travesías que forman pintoresca barriada afluyendo o rodeando a la vieja Iglesia de San Martín, cuyas campanas siguen siendo la voz que preside todo aquello y cuya sombra guarda la mas rancia solera leonesa.

Fué el barrio el centro de la vida mercantil y gremial, fué también solar de casas nobles y de ricos burgueses, como acusan las funda-

ciones y cofradías parroquiales—llenas de tradición—, fué por su vecindad con la Plaza, el corazón de la ciudad, y las campanas de San Martín saludaban solemnemente las fiestas regias que en la Plaza se celebraban, o tocaban a rebato en asonadas populares o en trances peligrosos de contiendas ciudadanas.

Pasaron los años buenos de la barriada, la nueva vida se fué llevando a la nueva ciudad la prosperidad y el esplendor tradicional, y hoy aquello solo revive los días de mercado y los días de evocación religiosa.

Pero ha quedado allí, más intenso cuanto más solitario, el rescoldo eterno y amoroso del pasado, cuando este pasado fué enaltecido por generaciones que vivían ampliamente de la sustancia de unas tradiciones plenas de color local, dando a cada dia lo suyo, saboreando golosamente las esencias de esas flores que se llaman religiosidad, amor al pueblo en que se ha nacido, espíritu de parroquia y de buena vecindad, trabajo sin apremios de riqueza codiciosa... todo el magnífico ambiente de la vida española pretérita.

La sombra de todo aquello es el secreto encanto de estos rincones revestidos por la patina del tiempo con el romanticismo que adorna todo lo que ha pasado para no volver.

Todo allí es de un tipismo encantador.

Construído el Consistorio de una manera inconsiderada, tapó las ábsides de la Iglesia y quedó un curioso pasadizo formado por las antiguas casas de la Plaza, con su balconaje airoso y sus fachadas señoriales, pero sin más horizonte que la pared trasera del Consistorio; viendo aquel desastre urbanístico se forma mediano juicio de los señores Regidores que en el siglo XVII se permitían tamaños desatinos. El pasadizo, que sale a la calle de Matasiete, es ahora pintoresco mercado de aperos de labranza, clásicas «madreñas», y muchas cosas más en abigarrado desorden de primitivo «zoco moruno».

Por la izquierda el laberinto desemboca en la calle de Matasiete, de bravo nombre y brava tradición; por la derecha va rodeando la Iglesia y sus aledaños y pasando ante una capillita exterior, devota y clásica, sale a la calle de la Plegaria, de nombre piadoso evocador de la procesión de Semana Santa, cuando la imagen de la Piedad, en la alta noche, desaparece lentamente recogiendo la oración del pueblo que pide la salud de los enfermos, la protección en las desgracias y el perdón de los pecados.

Una bella rinconada que dichosamente conserva aún soportales humildes con postes de madera, conduce en estrechísima encrucijada a la calle de Azabachería, calle del castizo gremio de artistas de la más típica industria que existe en todas las ciudades del camino de Compostela y culmina en la ciudad de Santiago en la plaza arzobispal, llamada de Azabachería.

Nuestra calle de Azabachería es hoy y hace muchos años, como las cercanas travesías y plazuelas, el centro de casas de comer y beber, figones y bares más o menos modestos o modernizados, donde matan el hambre y la sed las gentes del mercado los sábados y todo el año los asiduos parroquianos de la ciudad; la calle es toledana y pictórica como pocas.

La calle de Platerías, de abolengo comercial y tráfico sostenido a través de los siglos; la calle de la Escalerilla, de figones auténticos con escaparates que exhiben platos castizos, callos en cuyo caldo de rojo escarlata flota una morcilla sabrosa como aquella que inmortalizó Baltasar de Alcázar.

La plaza de las Tiendas y su vecina la reformada de las Carnicerías, tribuna de oradores de mercado que colocan a los paisanos sus mercaderías embobándolos previamente con brillantes párrafos de una facilidad retórica y un ingenio que tienen en mí un sincero admirador.

En la plaza de las Tiendas, animada todos los anocheceres por gentes de toda condición que allí merienda y bebe el buen vino leonés y pasa su rato de descanso, sin «perjudicar a nadie», como me decía un mejicano a quien la leyenda negra había hecho creer que en España las gentes se matan a diario a puñalada limpia en cuanto beben un vaso de vino,

Allí señorea una casona del siglo XVI, con empaque noble y gran fachada; en lo alto de ella una lápida de piedra dice lo siguiente: «Hízose este hedificio más las fuentes y calzada de la ciudad siendo gobernador el muy ilustre Gómez Peredas Marinas, año de 1561, el cual gobercó bien».

La piedra no dice más, pero ya dice bastante.

Esquina a la calle de Zapaterías una casa muy «leonesista» muestra un magnífico aldabón de «cabeza de dragón» en la puerta.

Por allí la calle de Juan de Arfe, con su casa blasonada con precioso escudo de los Díaz, Castro y Cabañas: un aguila, seis roeles y cinco cabañas.

Y la calle de la Misericordia, donde estuvo la sinagoga grande; y a mano izquierda la Travesía de Santa Cruz y el barrio judio de mercaderes y artífices y recaudadores de impuestos que bajando por el Mercado hasta el barrio de Santa Ana y el Puente Castro desarrollaban sus actividades de todo orden de las que queda abundante recnerdo en los archivos leoneses.

Valga para muestra una carta del rey Don Pedro I, fechada en Sevilla el 6 de Agosto de la Era 1399 (año de 1361), existente en el archivo municipal de León, en la que se condena al judío Abon Benin a entregar al Concejo el iablero oficial del juego de los dados del que, por la cuenta, se había apoderado dicho judio para ejercer lo que ahora llamaríamos el «monopolio» del juego...

¡Bella barriada de San Martín, socampana de la vieja Iglesia que antaño y ahora ofrece al caminante en sus travesías de tortuosas revueltas sombra en las horas de siesta estiuales y abrigo en las noches del invierno, y brinda al turista espiritual evocaciones soñadoras y perspectivas ilimitadas del incomparable paisaje de la vieja ciudad que un día fué Corte!

La Plaza Mayor

Notas para una elegía

Un incendio violento se llevó el ala Este de la hermosa Plaza, en el mes de Enero de 1946; uno de esos avatares que, de vez en cuando, pasan por una vieja ciudad con una tea encendida y un hacha de leñador.

La tremenda escena fué insensiblemente presenciada por un Neptuno en seco que, graciosamente, inclinado en un gesto de «si caigo o no caigo» preveía hace tiempo un presagio de catástrofe.

Era día de mercado, de estos mercados sabatinos, tan abundantes y briosos que suben la cuesta de Enero con toda gallardía.

Las reglas económicas, como las leyes internacionales, han perdido vigencia.

A más carestía de las cosas, más dinero que sale a buscarlas.

Los vendedores han interpretado el «arriba el campo» por arriba el precio y los compradores se crecen al castigo; lo misterioso es saber dónde guardan el dinero los primeros y de dónde lo sacan los segundos.

El caso fué que, por ser día de mercado, un hervidero de gente en torno a una formidable masa de toda clase de comestibles, acudían a la Plaza Mayor, a la de abastos, a las calles y callejas y travesías al mismo tiempo que los admirables sacamuelas desenvainaban su oratoria y sus magníficas mercaderías.

La explosión súbita del incendio puso espanto en todos, que luchaban entre el irresistible afán de contemplar la escena dramática del incendio y la necesidad imperiosa de comprar o vender.

El mercado se esparció, a la desbandada, por el laberinto de las calles adyacentes y entre comentarios y lamentos las gentes continuaron cambiando puñados de billetes por mínima cantidad de mercancía.

Nada nuevo hay bajo el Sol.

También la viejísima Plaza del Pan presenció cosas como éstas.

Y mucho antes, hace diez siglos, nada menos, vivía en León, cerca de la Puerta del Conde, un famoso sayón llamado Abelkacen, que en nombre del Rey ejecutaba la justicia en el mercado, aplicando cien azotes de flajelo a los que dificultaban de algún modo el abastecimiento de la ciudad, o cincuenta azotes a los que por cualquier procedimiento judaico robaban al prójimo.

Los azotes, briosamente adjudicados, a la vista del respetable público, en el lugar del delito, sin trámites ni dilaciones, eran de saludable ejemplaridad.

El estraperlista que entonces se llamaba ladrón, no quedaba para servir en un rato largo y la «paz del del mercado» quedaba vigorosamente restablecida.

Glosando una moderna poesía dedicada al gran Pizarro, pudiéramos decir: «Abelkacen, Abelkacen... ¡resucita, que haces falta!»

Bien merece la bella Plaza Mayor una rápida y respetuosa restauración.

Ella es un centro de las tres veneradas tradiciones leonesas: la religiosa, la nacional y la local.

Ella es el núcleo de la muy noble y rancia parroquia de San Martín, cuyo nombre es en León bandera de leonesismo sano y bueno; la de las procesiones de Semana Santa, cargadas de piedad y ambiente; la de los sermones de Cuaresma que aun en el siglo XIX predicaba desde el Consistorio un fraile franc.scano en los días de mercado; la de cofradías beneméritas; la de espíritu familiar de barrio y hermandad.

Ella fué el «teatro abierto» de fiestas nacionales, de Reyes y Príncipes y celebración espléndida de días de júbilo patriótico; ella fué la quo oyó el grito de independencia ante la acometida napoleónica que con atómico poderío amenazaba con esclavizar a España, aquel grito audaz del buen funcionario municipal Valentín González Mérida—pa-

triota y romántico—que aun parece resonar en los soportales de la bella Plaza Mayor; ella la que en una alta noche de Julio de 1810 vió morir gallardamente, junto al caño de San Martín, cien soldados españoles y otros centenares de paisanos leoneses ametrallados por un millar de invasores que terminaron su hazaña en la matanza del Corral de Sad Guisán.

Ella y su barrio, representa en la vida local el centro de la actividad comercial de León, años y años, de comercio genulnamente leonés que aun conserva, por aquellos contornos, en los nombres de las calles el recuerdo de la vida gremial,

---

La Plaza Mayor es un símbolo representativo de la vieja ciudad.

El símbolo necesita hoy palabras alentadoras y esfuerzos de defensa.

Por paradoja misteriosa acaso el incendio que parece su muerte sea un acicate para su resurgimiento.

Sin el fuego destructor la Plaza Mayor venia muriendo poco a poco, silenciosamente, sin la reacción que provoca la violencia.

Un aleteo los días de mercado; y el resto de la semana a morir poco a poco.

Es el caso de toda la vieja ciudad y esto es lo que hay que remediar.

No se puede dividir la ciudad en dos partes; una floreciente y vigorosa y otra como un museo romántico para uso y recreo de unos pocos, entre los que quien esias cuartillas escribe tiene el altísimo honor de contarse.

Por mi gusto pondría en redor de la parte vieja de la ciudad una verja y en la puerta un conserje y permitiría la entrada a muy contadas personas.

Pero esto no es un criterio; es una rareza egoista inaceptable.

La realidad es otra cosa y con realidad hay que vivír.

El hecho es que la vida ciudadana va huyendo de la parte antigua de la ciudad y hoy una y mañana otra van buscando las avenidas magníficamente creadas y urbanizadas, los centros vitales, los comercios lujosos, las viviendas cómodas, la corriente de la savia de que se nutre una ciudad moderna.

Y sin embargo hay en la parte antigua tradiciones e intereses que defender y una vida que no es lícito abandonar a la ruina definitiva.

Defender no es modernizar, que esto sería peor que la misma ruina.

Defender es conservar, pero conservar lo viejo con su fisonomía y ambiente.

Valga un ejemplo: no es conservar lo antiguo pavimentar a lo moderno la magnífica Plaza del Mercado, sino arreglar los guijarros de siempre de manera que se pueda andar por allí, pero los guijarros entre los que brota el verdín que adorna y embellece una vieja plaza donde los paisanos de ahora continúan la tradición de los peregrinos compostelanos de antes.

Y que si una vieja casa se hunde, porque el tiempo todo lo hunde, que no sea sustituída, en una calle antigua, por otra casa modernista que es—artísticamente hablando—como una blasfemia entre una oración, que decía el poeta.

I

Casas nobles

I

La casa de San Marcelo

FRENTE a la fachada Sur del Palacio de los Guzmanes se ve una edificación a modo de capilla, que fué antes Capilla del Cristo de la Victoria, que dió nombre a este trozo de calle y fué edificada, tal como ahora está, sobre el solar que la tradición señala a la casa de San Marcelo, Patrono de la ciudad y gloria de ella.

La antigua capilla, de la que hay restos en el Museo con fecha de 1170, avanzaba más en la calle, que era estrecha, y al proyectar D. Demetrio de los Ríos la actual, quedó reducida casi únicamente a la fachada.

Es bella la fachada porque es una composición inspirada fielmente en la portada de los Velas de San Isidoro.

Musgos y yedra que campean en la parte alta parecen dar el conjunto un carácter de antigüedad muy agradable.

Actualmente apenas hay más que la fachada de la capilla, cuya dedicación piadosa explica prólijamente una extensa lápida redactada por el insigne erudito leonés López Castrillón, previa una amena discusión en la prensa local de fines del siglo XIX; época en que las obras de restauración de la Catedral eran también discutidas públicamente en contiendas que aun hoy se leen con gusto y con provecho.

La capilla, en la que se celebra misa dos veces al año, despierta en el alma del pueblo muy sincera devoción.

Casas Consistoriales

Dos edificios municipales, de relativa antigüedad, comparten en León el honroso título de casa del Ayuntamiento.

La gente llama Consistorio al edificio situado en la Plaza Mayor, y Ayuntamiento al de la Plaza de San Marcelo.

Y dice bien por que el verdadero Ayuntamiento es éste, y aquí se han celebrado siempre las Juntas de Concejo y en este solar, digno de toda veneración para los leoneses, comenzó a vivir la vida civil de la ciudad, en el viejo Palacio de la Puridad, noble arcón de tradiciones, archivo de glorias locales, custodio del guión de la ciudad, del sello auténtico de León, de los privilegios reales.

En 1585 fué derruido el antiguo edificio para construir, con planos y dirección de Juan del Rivero, el actual Ayuntamiento, ampliado en su ala Norte recientemente.

Juan del Rivero, que construyó también la Iglesia de San Marcelo, era un fervoroso creyente en el arte clásico, y así en la planta baja buenas columnas dóricas inician un pórtico y sobre éste se alza el cuerpo principal de orden jónico.

Corona la tachada oriental un ático, con el escudo imperial y las armas de la ciudad, y las del Corregidor que entonces mandaba en la ciudad.

El antiguo salón de sesiones estaba en la planta baja; debía conservarse este respetable local, aunque no fuera más que como recuerdo agradecido de aquella Junta de León que allí celebraba sus Juntas, a la luz de las velas que llevaban a veces de la vecina Iglesia, para jurar cien veces fidelidad al Rey y a España, mientras a la puerta esperaba una patrulla de dragones de Napoleón, que habían venido de Mansilla con la orden de rendición de la Junta y de la ciudad cuyo honor y cuya independencia defendía heroicamente aquel grupo de caballeros.

En la sala de Juntas unos versos proclaman, con mejor intención que fortuna, glorias leonesas.

Las dos nobles columnas, con águilas en los fustes, que están en el arranque y rellanode la escalera proceden del destruído convento de Santo Domingo.

El otro edificio, el llamado Consistorio, levanta su pretenciosa fachada en la Plaza Mayor, del tipo de los palacetes que en el siglo XVII, muy entrado, se ajustaban al patrón entonces de moda, con dos torretas, profuso balconaje, columnas corintias, con más fachada que utilidad, y más aparato que fondo. Fué construído siendo Corregidor D. Juan Faloaga.

Claro es que este edificio, que fué terminado en 1677, estaba destinado a balcón para que presenciaran desde allí los señores Regidores, y sus familías y huéspedes y convidados las fiestas que en la Plaza se celebraban.

Piadosamente quiero creer que no sería esta frivolidad el verdadero y único propósito de la construcción del palacete presuntuoso, sino también el adorno de la Plaza, que en efecto, con ello ganó mucho en prestancia y belleza.

Como una protesta alza su severa silueta, detrás del Consistorio un ábside del siglo XIII, de la vecina Iglesia de San Martín; parece una voz que pide más respeto para las cosas viejas que el que tenían, según se ve, los Regidores que tanta afición sentían a ver fiestas con comodidad.

De todos modos la construcción es bella y habla muy alto de su Concejo y de una época de indudable bienestar en la ciudad.

La casa de los Guzmanes

Por su rango histórico, por su hermosura arquitectónica, por su ejemplar conservación, este monumento del siglo XVI capta la admiración de los amantes de las evocaciones históricas, de las grandezas del arte y de todo espíritu culto que agradece el esmero y aun el lujo con que este edificio ha llegado a nuestros días.

¡Ah!, si un poco del afán que la Diputación de León ha puesto siempre y sigue poniendo en cuidar este hermoso monumento artístico, hubiera inspirado a los señores o dueños de tantas joyas como abundan en esta ciudad, hoy sería ésta un deleitable museo de arte civil, como lo es del arte religioso, y ofrecería al caminante el más ameno recreo.

Una casa así rima con lo más bello de la historia de España.

Una casa así es un romance de nobleza de una ciudad.

En este mismo solar tenía su viejo Palacio la muy noble familia de los Guzmanes de Toral, rama más antigua de este cien veces ilustre apellido leonés.

En la pugna perpetua entre los Guzmanes y los Quiñones, la ciudad salió ganando, pues si uno construía una casa suntuosa, el otro quería superar hasta en esto a su rival.

Y aunque los apellidos se unieron, con ello nó quedó cancelada la rivalidad de nobleza y poderío; el eterno pleito en que la aristocracia española ha gastado más energías y más tiempo y más dineros.

Los Lunas habían reconstruído su Palacio en el siglo XV, y los Guzmanes levantaron en el XVI este Palacio soberbio, que con tanto rumbo como gusto y maestría planeó el ilustre maestro de las catedrales de Salamanca y Segovia, Rodrigo Gil de Ontañón, el gran artista que está enterrado en el claustro de la Catedral de Segovia, la última de las Catedrales españolas en la cronología pero no la ultima en belleza y gallardía.

Mandó hacer este Palacio el Obispo de Calahorra D. Juan de Quiñones y Guzmán, más Guzmán que Quiñones, por cuanto allí campean los armiños y los calderos de los Guzmanes en el lugar preferente, sobre los esquaques de los de Luna.

A fines de año de 1571 debía estar avanzada ó terminándose la obra de la casa de los Guzmanes porque por el mes de Diciembre andaba por León un segoviano a quien le han comprado toda la madera de pino que allí necesitaban, y sería principalmente para techumbres.

Porque en ese mes los canónigos de San Isidoro compran al aludido segoviano madera para la obra del cuarto del Prior y en el acuerdo de 1.º de Diciembre dicen que el segoviano «había traído» la madera para la Casa de los Guzmanes.

Las rejas y los balcones de la casa llevan tal cantidad de hierro, que la tradición oral recoge una frase ingeniosa y la atribuye al Rey D. Felipe II.

Parece que al ver este gran señor la nueva casa, dijo: «en verdad que esto es mucho «yerro» para un Obispo», jugando así con el vocablo ingeniosamente.

Sobre balcones y ventanas campean elegantes frontispicios triangulares o de medio arco, y apoyan los marcos de las ventanas en

mensulillas que ostentan los blasones de los apellidos y linajes de los Guzmanes.

La portada, elegantemente dibujada, está encuadrada por dos columnas jónicas que en lo alto sostienen estatuas de guerreros y en cartela de dos tarjetones, esta leyenda:

«Ornanda est dignitas domo—non domo dignitas tota quaerenda».

En el ángulo sureste se descubre la atrevida construcción, en el mismo ángulo, de tres órdenes de ventanas con ornamentación respectivamente dórica, jónica y corintia, formando un bello conjunto.

En la torre próxima a la portada principal hay una admirable escalera de caracol, de notabilísima construcción.

El patio, de arcos airosos sobre columnas de una sola pieza, con antepechos en el piso alto con el escudo de los Guzmanes, es armónico y suntuoso, obra maestra del arte plateresco de la buena época del renacimiento español.

Las robustas bóvedas del sótano presentan la misma piedra encarnada y el mismo aparejo que las bóvedas que en aquella época hizo en el Claustro de la Catedral, Juan de Badajoz.

El arquitecto, D. Juan Torbado, ha puesto en el cuidado de este Palacio todo el cariño y el exquisito gusto de un artista que defiende y adorna una gran obra de arte.

Si pudiera calificarse de excesivo esmero y refinamiento, acaso merecieran calificativo las vidrieras colocadas arriba, y el zócalo de azulejos, evidentemente innecesario, en el zaguán y patio.

Aunque la ironía que se atribuye a Felipe II, del mucho «yerro» de este Palacio no sea cierta, la verdad es que el Obispo D. Juan de Quiñones y Guzmán ya merecía una casa como ésta y algo más.

Era hijo del célebre y heroico comunero D. Ramiro Núñez de Guzmán, y de la gran señora Doña María de Quiñones, tía del tercer Conde de Luna.

Fué maestrescuela de Salamanca, donde conoció a Rodrigo Gil de Hontañón.

Actuó brillantemente en el Concilio de Trento, y por sus méritos nombrado Obispo de Calahorra.

Murió en Pamplona en 13 de Septiembre de 1576, y fué trasladado solemnemente a León, por su sobrino D. Gonzálo de Guzmán, para ser enterrado en el magnífico mausoleo de Santo Domingo, obra de

Esteban Jordán, que acabó el yerno de este famoso escultor, Pedro de Oña, casado con Isabel Jordán.

Finalmente, he aquí lo que dice de esta casa la «Picara Justina»: «Fuímonos por las casas de los Guzmanes, que es paso forzoso... Ahora me dicen están muy mejoradas y muy ricamente adornados los dos lienzos de casa con ricos balcones dorados en correspondencia de muchas rejas altas y bajas, de gran costo y artificio de lo cual resulta su gran hermosura, acompañada de una grandeza y gravedad y señorío extraordinario. Lo que a él más le cuadró fueron dos salvajes de cantería que están a los lados del balcón que está sobre la portada principal, en cuyo frontispicio está un epitafio o letrero, el cual, a dicho de los que lo entienden, es tan verdadero como bravato».

Es el «ornanda est dignitas domo: non ex domo dignitas tota quaerenda».

Casa torreada

En la calle que ahora se llama de Fernández Cadórniga, en las cercanías del típico barrio del Mercado y de la plaza de Don Gutierre, alza su fuerte catadura una casona nobiliaria de largo lienzo y torres en los extremos.

Es un amplio edificio del siglo XVII, de porte rumboso que contrasta tristemente con su actual decadencia.

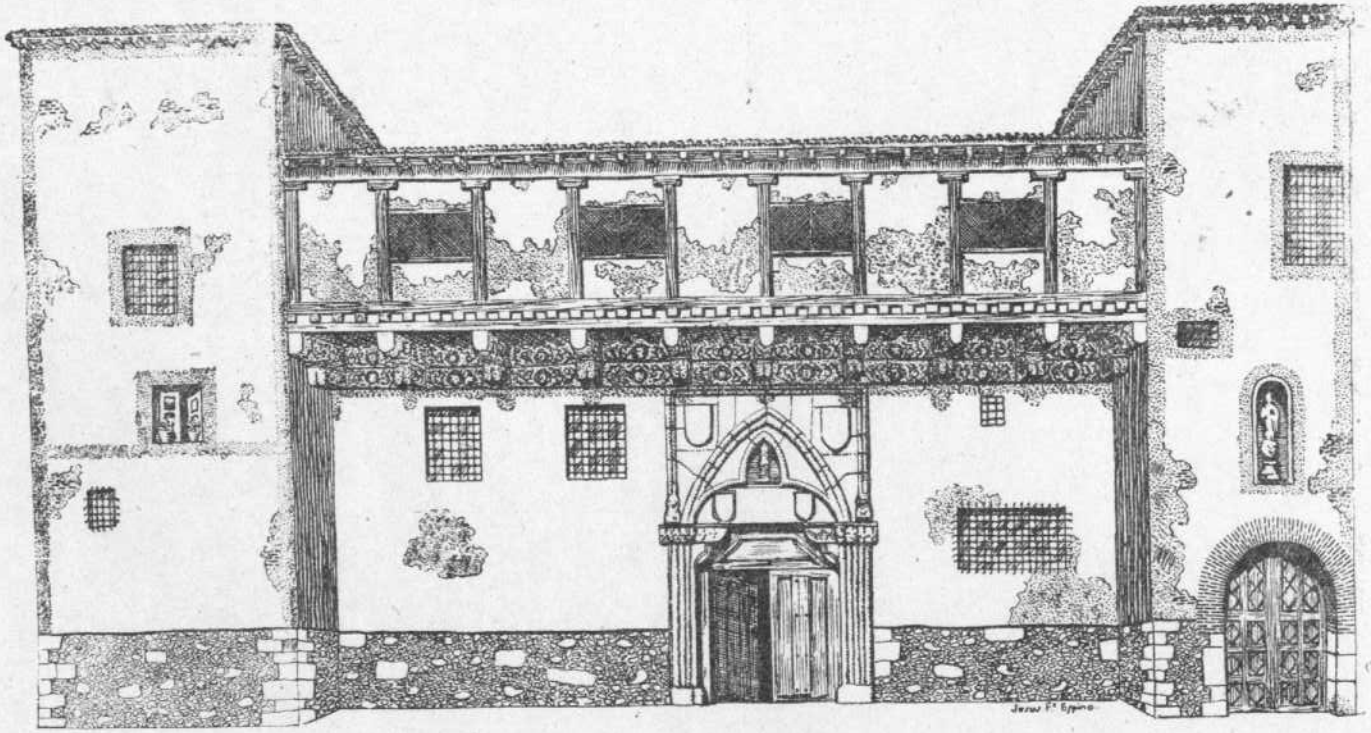
La portada es airosa, con ancho dintel de sillería, balcón abalaustradò, fuerte herraje. y sobre el conjunto un señorial frontón clásico con clásica metopa en el vano.

Valientes volutas campean en los arcos.

Torres cuadradas dan el tono de nobleza que corresponde a los señores de esta Casa, que eran nada menos que del linaje de los Qniñones de Sena que con la otra rama de los Quiñones de Luna comparten los blasones de tan insigne raza.

Por eso los blasones de las torres y del amplio balcón abalaustrado nos habla D. Fabián de Quiñones, sobrino de la que fué Abadesa de las Carvajalas Doña Isidora de Quiñones, de la familia de D. Antonio de Quiñones, fundador de la Iglesia de ese convento.

Un largo letrero en el friso de esta Iglesia nos dice: «Esta Iglesia mandó hacer D. Antonio Quiñones, gobernador de la Infantería española de Génova, y se enterró en esta capilla como patrono que es de la casa de Alceda, que hoy posee D. Diego Quiñones Herrera, su so-



Convento de la Concepción

brino, concluyéndose en el año 1623». Grandes escudos en las torres; lobos. cadenas, calderos, castillos, es decir: Osorios, Barbas, rancias estirpes.

Magníficos herrajes en balcones.

En la calle de la Rúa

En el siglo XV era esta calle, de poca longitud, una ilustre vía, en el camino de peregrinos a Compostela.

Las casas eran casi todas del Cabildo, y entre éstas y los palacios llenaban la breve calle.

De ello algo queda y de lo que desapareció hay que procurar que no se extinga el buen recuerdo.

Lo que desapareció era el Palacio real que D. Enrique II mandó edificar de 1375 a 1377.

«Estos Palacios mandó hacer el muy alto e muy noble e muy poderoso monarca D. Enrique, acabándose en la Era de mil e quatrocientos e quince», decía la lápida.

En 1538 el Emperador lo destinó a cárcel y casa del Corregidor, luego Archivo municipal, más tarde cuartel y fábrica de tejidos, que se quemó en 1308... después ruinas, solares, casas...

En 1882 el derribo final.

Lo que queda, al final de la calle, es el convento de la Concepción que en los escudos y en la elegancia proceresca del mirador de celosías, y en las pintadas tablas, y en los leones y castillos, y en la bella cubierta que a manera de artesonado cobija la entrada, y en todo un pintoresco y escenográfico conjunto de rara originalidad, delata a la legua señorial origen.

En efecto, allí estaba uuo de los palacios de los Qulñones y en el solar fundaron el Convento Doña Leonor y D. Francisco de Quiñones, Cardenal éste y ambos hijos de los primeros Condes de Luna, don Diego Fernández de Quiñones y Doña Juana Enríquez, en los primeros años del siglo XVI.

Un poco más allá otra casa, nobiliaria, de arco rebajado que encuadra imposta renacentista, ostenta en las enjutas del arco las armas de los Enriquez.

Esta casa también pertenecía al convento, pues los blasones son los de la familia de la madre de Doña Leonor, la fundadora.

Por dentro también respira aristocracia este Convento, en artesonados mudéjares, que recuerdan el viejo palacio de los Condes de Luna, del XV, en cuyo siglo las derivaciones del arte árabe, tan en boga ya en el XIV, daban tono de señorío.

No es para menos cuando la fundadora era hija del Conde de Luna, y por su madre era nieta del primer Conde de Alba de Liste.

Y el Conde de Liste se llamaba D. Enrique Enríquez, de casta de reyes.

En la calle del Escorial

Es lo más probable que el lector aun siendo leonés, no sepa cual es la calle del Escorial, que actualmente no es de tránsito y es calle de pobre aspecto.

Sube de la calle de Puerta Moneda a la plaza del Mercado y hace línea con el convento de las Carvajalas.

Una calle así no está en ninguna guía de turismo, ni falta que hace.

Por allí un solo día, muy de mañana, el día de Viernes Santo, subé penosamente la procesión de penitencia, entre muy pocos espectadores, uno de los cuales tengo el honor de ser yo. Pues bien, en esta calle hay una casa noble, de renacentistas líneas, muy siglo XVI, que ya es buena época.

La casa tiene una bella portada, bien dibujada, de sencillez elegantísima; pilastras torneadas descansan en ménsulas volantes adornadas, como los capiteles, con hoja de acanto.

La clásica imposta rectangular, cierra el cuadro.

El blasón quedó por esculpir, pero la casa es un blasón.

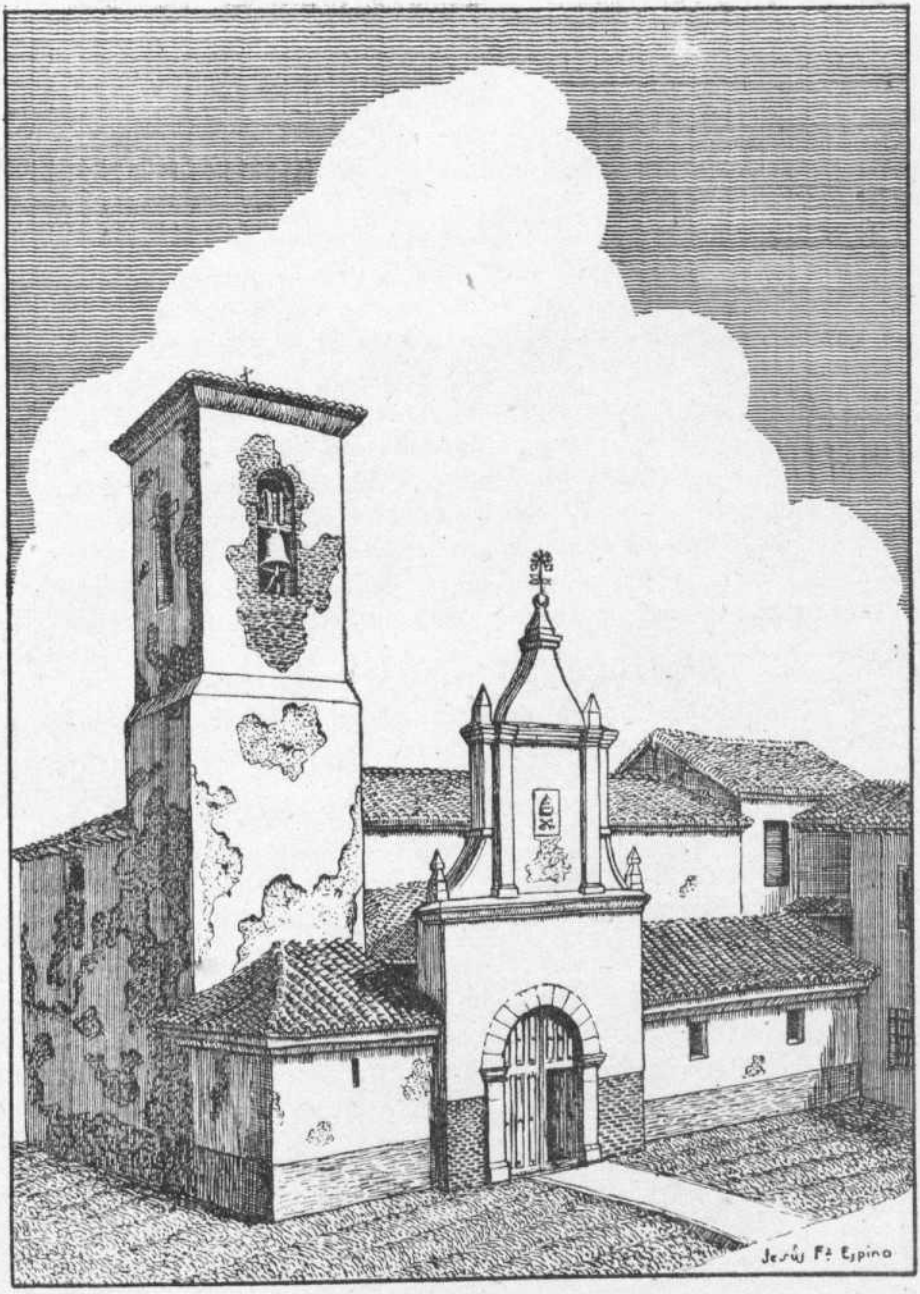
En Puerta Obispo

Plaza de barrio de labradores, de esas plazas en que se ve siempre algún carro con las varas en alto, desuncidas las vacas que rumian tranquilamente en un montón de hierba, mientras el hombrico ha ido a hacer unos recados nada urgentes a juzgar por lo que tarda en volver.

La casa noble de esta plaza es ahora Asociación de Caridad y por este nombre es conocida en el barrio.

La historia de una casa noble y vieja es accidentada.

En cuanto dejó de ser lo que era, es decir, casa de aristócratas de abolengo, pasó a ser veinte cosas incongruentes,



San Pedro de los Huertos

Y esta casa fué Colegio de San Isidoro, de los «catalinos» que la dejaron al pasar al Seminario de San Froilán; fué también redacción del «Diario de León», casa de vecindad, comedores de pobres...

La portada, de sillería, es renacentista, con airoso balcón de hierros bien labrados.

Los escudos tienen en lo cimero gallardos yelmos con airón.

Es casa de nobles, pero nobles labradores, según todo en el interior acusa.

Los blasones corresponden a los apellidos Cabeza de Vaca, Toledo, Enríquez, Aguilera, Acuña y Tovar.

En la heráldica se mezclan los blasones por los enlaces de los linajes y es difícil encontrar un blasón puro.

Y estos escudos de esta casa son de los más complicados.

La cabeza de vaca, el pino, la flor de lis, el león rampante, los cinco escaques, la torre campanario, la banda adragantada, los cinco billets.

En la bordura, el mote que dice: «Campanas de aumes, non sonaren james»,

Un lindo ajimez asoma en la fachada de mediodia.

Los últimos señores que la habitaron fueron D. Joaquin y D. Matías Cavero, que tenían la casa adornada con tapices y muebles ricos y antiguos.

Los Caveros eran románticos, lo cual quiere decir que eran tradicionalistas, y en la guerra carlista quedaron pobres.

La portada de la calle del Arco de las Animas

Portada, porque casa ya no existe, y es de temer que la portada desaparezca también, y sería lástima, porque es linda y es evocadora.

Parece ser que algún tiempo se llamó esta calle «plazuela de San Marcelo», pero sin duda por llevar al Arco de las Animas, así se llama, y al pueblo se le ha pegado este nombre por lo que tiene de misterioso tal vez.

La «rinconada de San Marcelo» era, antiguamente, una plazoleta que cae detrás de la capilla del Santo Cristo de la Victoria, según se sube para la plaza del Conde.

Guiaba esta calle al Malvar, o cementerio de San Marcelo, y del Hospital de San Antonio; este malvar estaba precisamente donde ahora está un garage, en la calle de la Independencia.

Allí, como hemos dicho en otro capítulo, al hacer las obras para el garage, el actual albañil del Hospicio, inteligente amigo mío, encontró cuatro esqueletos enterrados en forma de cruz, misterio indescifrable.

La portada, que decíamos, es del siglo XVI, con arco rebajado bajo un arrabá que arranca de ménsulas muy bonitas.

Tres escudos, uno en la clave y los otros en las enjutas del arco, proclaman su nobleza.

El escudo de la clave ostenta una banda con dos cabezas de dragón, en redor los hierros de los Lanzas y Mayorgas, y en la bordura las ocho cruces de San Andrés.

En lo alto un yelmo con airón y un pelícano.

Los escudos laterales izquierdo muestran al blasón de los Cabeza de Vaca.

Casa de los Lanzas se llamaba comunmente esta casa.

En el siglo XVII la casa pasó a ser propiedad de Francisco Cabeza de Vaca Flores y Acevedo, que en 1669 fundó en el convento de las Descalzas una capilla y para dotarla da su casa a lo último de la plazuela de San Marcelo, frente al Malvar antiguo, que es la penúltima de la izquierda según se sale para el Arco de las Animas.

Es decir, la casa de esta bella portada próxima a desaparecer.

Este buen canónigo está en la Iglesia de las Descalzas, al lado del Evangelio y con lápida.

En la calle de San Pelayo

Hay en esta muy corta calle dos casas del Cabildo, una tiene la fecha de 1764 y la otra la de 1731 y el jarrón de azucenas de la Catedral, muy finamente labrado.

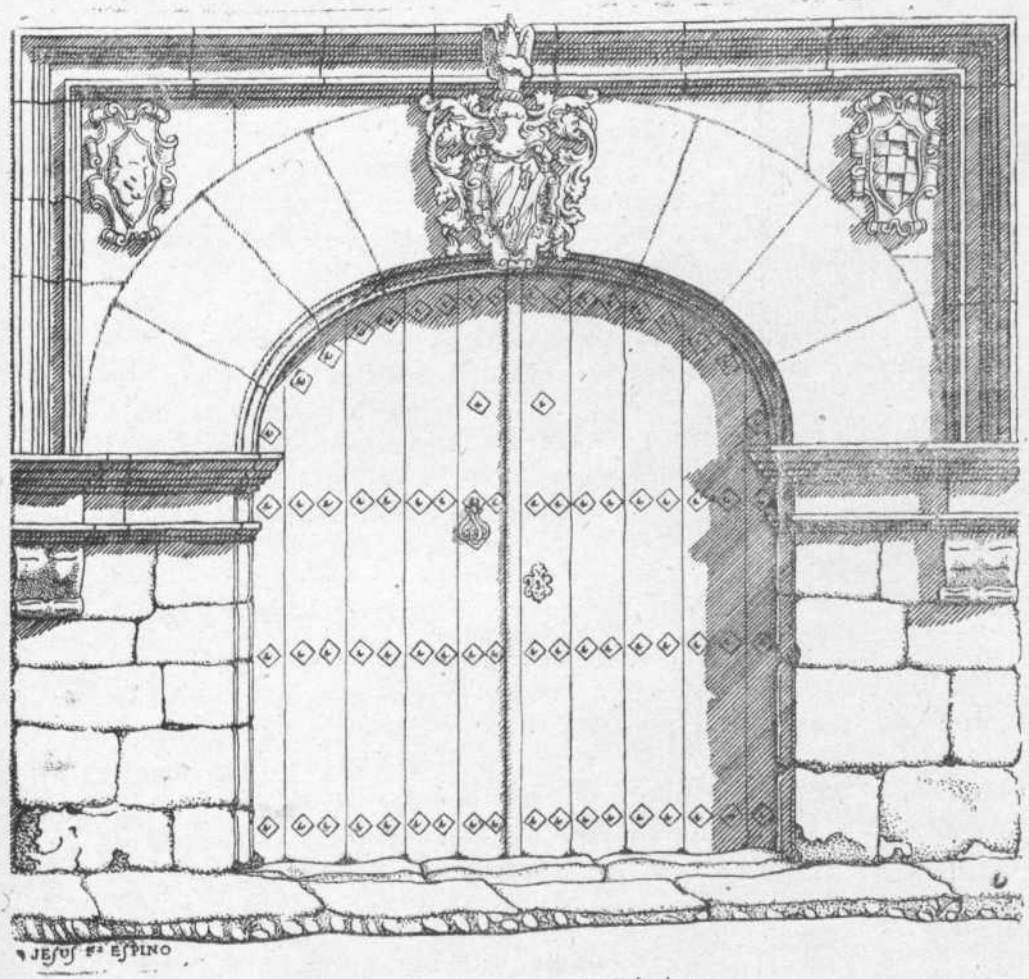
Al fondo la preciosa portada del XIV, y de mano seguramente de artistas que trabajaban en el claustro de la Catedral.

No tiene escudos, pero es casa de nobles y de buen gusto, de estilo gótico.

Las archivoltas voltean sobre cabezas humanas de méusulas.

En las jambas baquetones que sostienen arcos reentrantes. Marcas de canteros, análogas a algunas de la Catedral, acreditan su abolengo artisti co.

Y allí, a la vuelta, la plaza y el recuerdo de San Pelayo,



Portada al Arco de las Animas

En la Plaza de San Marcelo

Frente a la fachada oriental del Concejo, existe en esta plaza una casa blasonada, hoy lamentablemente reformada.

Es obra del siglo XVII.

Dos columnas fuertes, de una sola piedra, cada una, sostienen el ancho dintel de esta portada que en lo alto muestra el frontón clásico coronado por un gran escudo con nueve escaques y las cruces de San Andrés en la bordura.

En el penacho del timbre, la cruz santiaguista.

La casa era de los Manriques.

Los blasones corresponden a los Villagómez, enlazados con la familia de los Manriques; por eso los blasones de esta casa son los de Villafañes, tal como se ven en el claustro de San Isidoro, en el sepulcro de un Castañón Villafañe, casado con Doña Ana Pardo Villagómez, también allí enterrada.

El escudo es monumental. La casa fué construída por el Comendador Hernando de Villafañe, caballero de Santiago, Regidor de León y Señor de Ribaseca de la Valdoncina.

En la calle de Serranos

Portada suntuosa, de escudo formidable y buen conjunto.

Perteneció a la familia de los Villapadierna y Lorenzana.

Grandes volutas clásicas, muy del siglo XVII, leones, que sostienen el blasón,

Magnífica corona sobre el escudo de cuatro cuarteles de linajes de Quiñones, Neyra, Lorenzana y Osorio. Bordura con leones y castillo y los eslabones de Lorenzana.

Casa del Marqués de Villasinda

Es la casa que ocupa el Hotel París.

Es una más entre las muchas casas nobles que en León ostentan los blasones de alguna de las ramas dc los Quiñones; en León decimos, y bien puede generalizarse el hecho, pues hasta en la capilla de los Condestables de la Catedral de Burgos se encuentran.

El marquesado de Villasinda procede de los Quiñones de Alcedo;

uno de estos Quiñones aparece en el Paso Honroso, primo de Don Suero.

Eran Pérez de Quiñones, emparentados con la casa asturiana de los Quirós; por esto en este Palacio están los escudos de los escaques de Quiñones, y las llaves heráldicas de los Quirós; añadiéndose la banda engengolada de los Omaña, también del linaje de los Villasinda.

El torreón de esta casa estuvo donde ahora es la entrada, y apenas se conserva, como testigo de nobleza, otra cosa que esta portada blasonada, y la fachada que da a la calle del Cid, donde se repiten los escudos de armas, algo más complicados por mezclarse con los de Osorio, Alamos y Guzmán.

Torres de Omaña

De la casa torreada, solariega de una de las familias más ilustres de León en el siglo XIV, tan pocos rasgos quedan que es difícil reconocerla en la portada de piedra sillería que da paso al amplio zaguán.

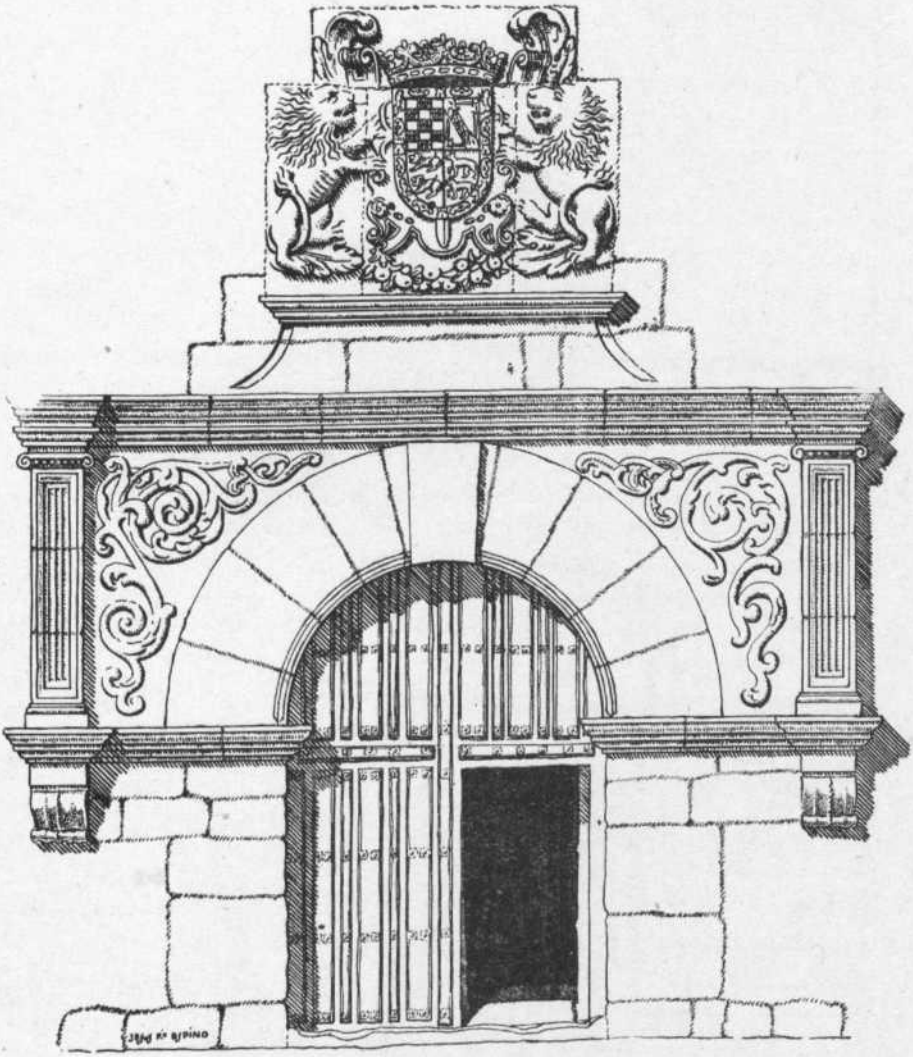
Y sín embargo allí hubo un espléndido palacio con fuertes torres que dieron nombre a la plaza, como dieron lustre a la época de Alfonso XI; los Omañas tienen en San Isidoro su capilla y panteón.

En esta plaza está la casa del Marqués de Montevirgen, del linaje de los Quiñones de León, por casamiento de Doña Antonia de Abaurre con D. Fernando Quiñones y Lorenzana.

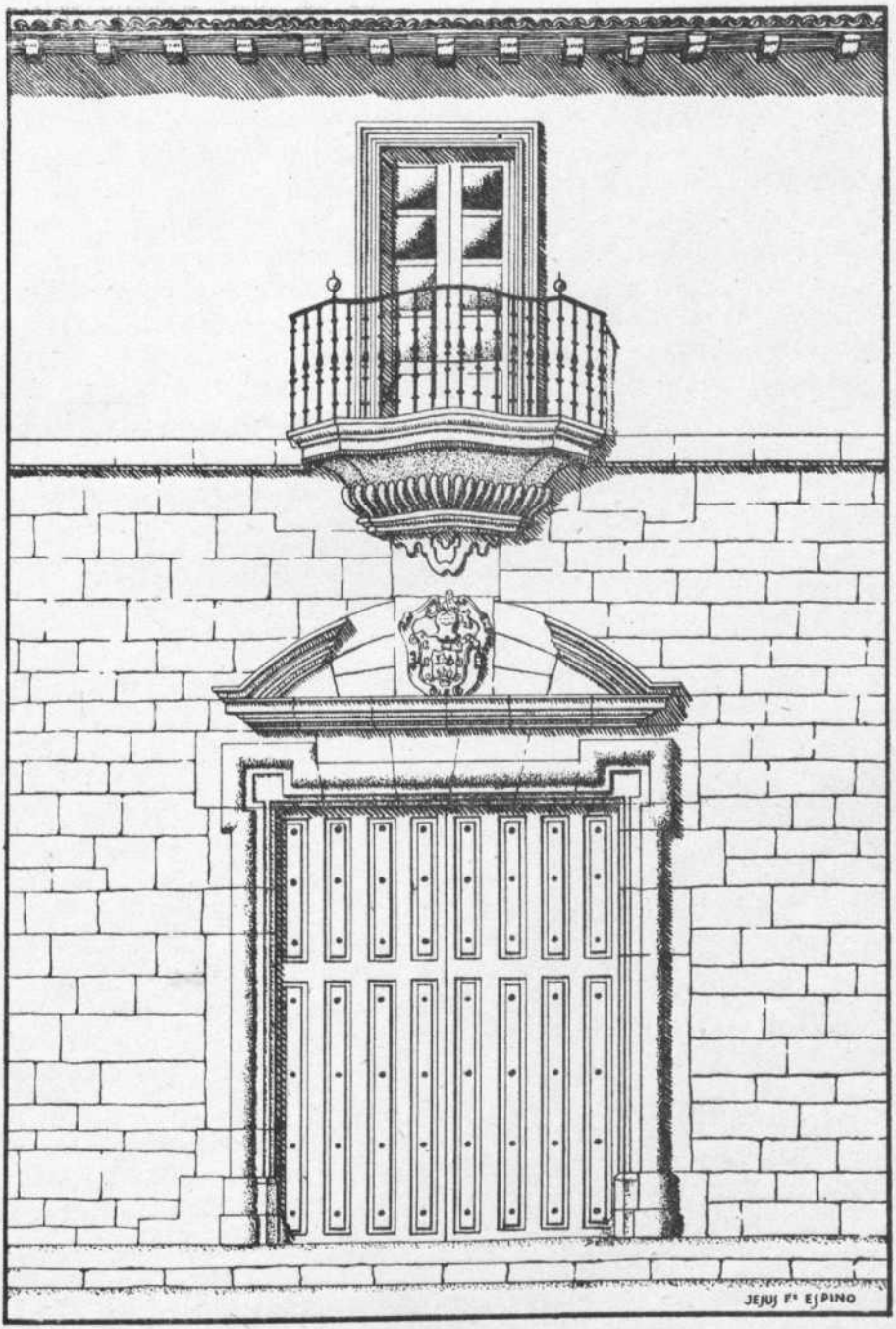
Este marquesado llega a nuestro tiempo en la rama de los Duques de San Carlos y Don José Quiñones de León que últimamente fué diputado a Cortes, en esta provincia.

Notable es también esta plazuela de las Torres de Omaña por estar en ella la casa del insigne leonés, Cardenal Lorenzana. Pocas figuras como esta de D. Francisco Lorenzana más destacadas en la historia de la España del siglo XVIII; teólogo y humanista, espíritu abierto y generoso, sabio y político. Obispo de Méjico y Primado de Toledo, empleó, a estilo de los grandes Cardenales, su influencia y sus riquezas a lo Mendoza, a lo Fonseca, y fundó asilos para niños huérfanos, el Hospital de Inocentes de Toledo y la Universidad que después fué Instituto; publicó el Episcopologio de Méjico, y a sus expensas hizo el P. Arévalo la edición de las obras de San Isidoro y de Santo Martino.

A última hora fué desterrado de España por el soberbio y vano Godoy, y acompañó al Papa Pío VI en sus tristes días.



Portada de la calle de Serranos
Blasón de los Quiñones, Ciaño, Osorio y Lorenzana



Torres de Omaña.—Casa del Cardenal Lorenzana

En la heráldica de la Catedral aparecen dos leones pasantes y en mis búsquedas por la Catedral encontré esta misma heráldica en la capilla del Dado, donde están enterrados los Provisores, en la lápida de un Rodríguez de Lorenzana, pariente del Cardenal y Provisor y canónigo de León.

Esa lápida, con otras igualmente interesantes, ha sido recientemente tapada por un entarimado...

Y ahora volviendo a lo del Cardenal Lorenzana, era frecuente en su tiempo, como lo fué en el siglo anterior, el uso y abuso de pasquines ingeniosos y aun pícaros para recibir a un señor a su llegada a una ciudad en la que había de residir.

Así, al llegar Lorenzana a su nueva diócesis, apareció el inevitable pasquín en los muros del Palacio Arzobispal, y decía:

Ya está aquí Doña Lorenza
que ha venido de Sigüenza.

Se lo contaron al nuevo Arzobispo y éste mandó escribir la siguiente continuación del anónimo pasquín:

Que no se llama Lorenza
que se llama Lorenzana
y hará aquí, como en Sigüenza,
lo que le dé la real gana.

En la calle del Cid

Donde ahora está el cuartel de Infantería, estaba en el siglo XVII el convento de Recoletas, fundado sobre el palacio de D. Ramiro Díaz de Laciana y Quiñones y su mujer Doña María Páez de Cepeda y Sotomayor.

Por esto están allí los escudos de tan nobles señores, en el dintel de la portada que daba acceso al convent,o a los lados de un altorrelieve en que aparece el Salvador y un Santo lavándole los pies.

En la otra portada de entrada a la Iglesia se representa la Anunciación, que es titular de este convento, que fué inaugurado en 13 de Diciembre de 1663.

Después de la exclaustración, las monjas se acogieron a la hospitalidad de las Carvajalas, hasta 1884 en que ocuparon su casa en la

Plaza de Sacto Domingo, también reformada últimamente con nueva Iglesia.

Una misma piedra ostenta tres escudos, el de los Alfonso, el de los Cusanza y el bello escudo rodado de los Barba, Acuña y Cabeza de Baca.

El Corral de Villapérez

Un verdadero rincón, en el sentido literal, y bien interesante, por cierto.

En la calle que ahora se llama Daoíz y Velarde, en un ángulo donde la calle hace escuadra, dejando a la izquierda la casa de la Inquisición, nos enfrentamos con una linda rinconada en la que campean holgadamenre unas acacias que amenizan la solitaria plazoleta.

Dos o tres casas forman el cuadro y al fondo de éste una pequeña Iglesia abandonada; las casas son las únicas de esta originalísima parroquia de Villapérez.

La portada sostiene una espadaña que da un tono humilde al conjunto; la espadaña tenía una campanita innecesaria para convocar a los escasísimos feligreses.

La portada, muy posterior a la parroquia, ostenta un crucifijo entre dos escudos y tiene fecha de 1758,

Los escudos son los blasones de las casas de Cabeza de Vaca y de los señores de Alcedo, Marqueses de Fuente Oyuela.

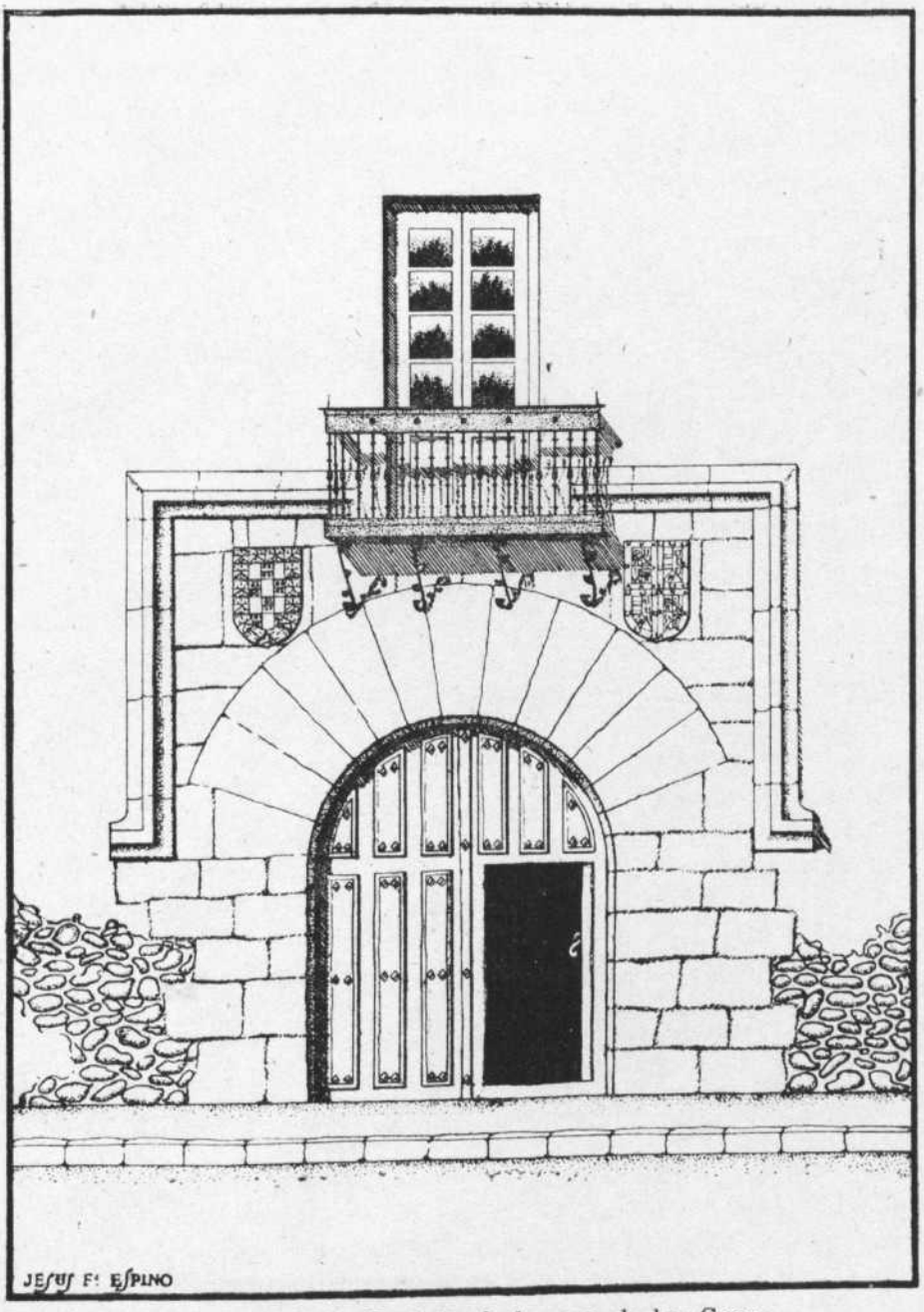
El blasón de Cabeza de Vaca está aqui porque en el siglo XVII era señor de las casas e Iglesia de Villapérez D. Francisco Cabeza de Baca Quiñones, Marqués de Alcedo y de Fuente Oyuela, Regidor de León.

El blasón de los señores de Alcedo, corresponde al linaje ilustre de los Quiñones, pues aquéllos eran una de las ramas de este apellido leonés, pero no de la rama de los Condes de Luna, sino sobrinos y primos de éstos.

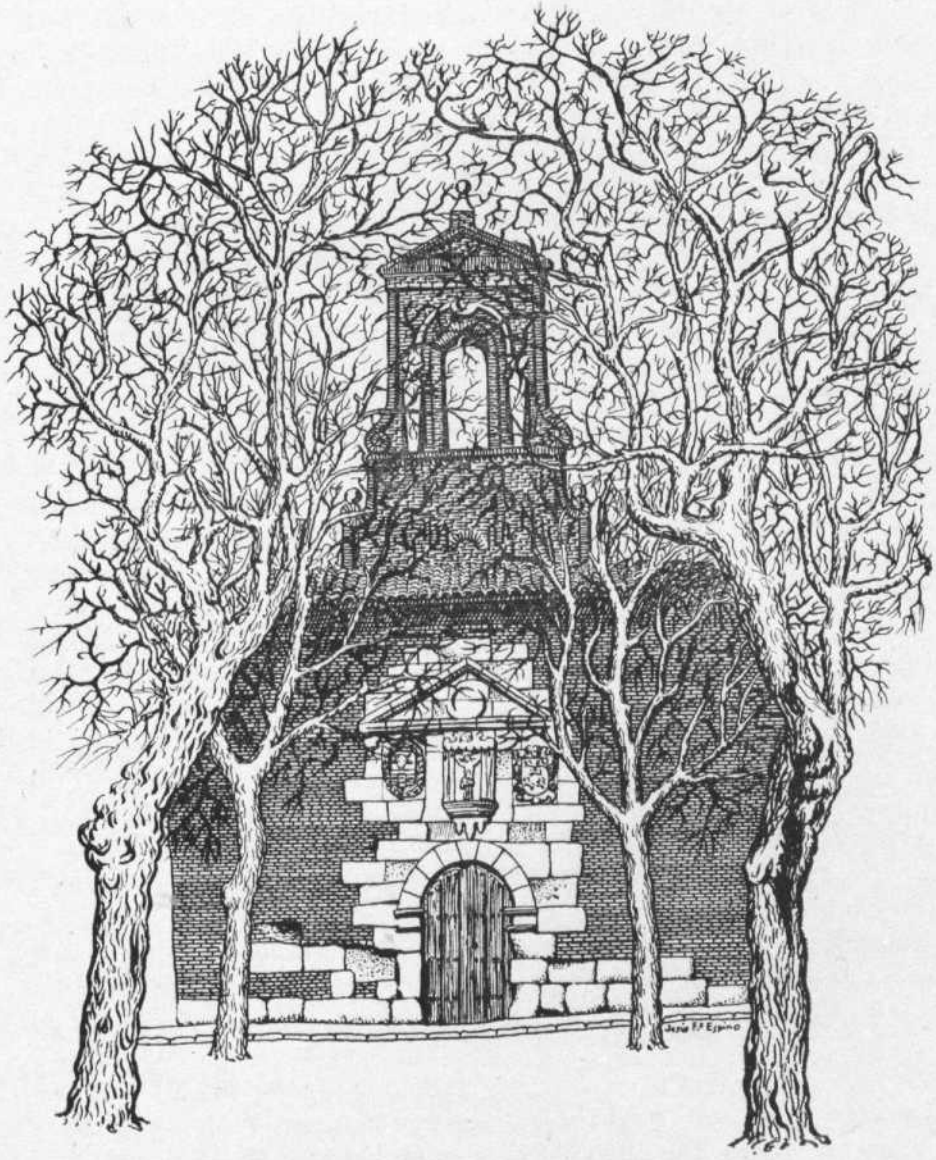
El primer Quiñones que aparece como señor de las casas e Iglesia de Villapérez es, en el siglo XV, D. Suero Pérez de Quiñones, señor de Alcedo.

Y su mujer, Doña Catalina González de Llanos, que está enterrada en la pequeña Iglesia parroquial de Villapérez.

En la guerra de la Independencia aparece, en las Actas de la Junta,



Calle del Cid.—Portada de la casa de los Ceas



Iglesia de Villapérez, en el barrio de Santa Marina

el párroco de Villapérez que se ofrece a dar escuela gratuitamente a los niños de la ciudad, cuyos padres están defendiendo a la Patria.

El rincón tiene su belleza en su soledad y en las acacias que en anocheceres estivales ofrece calma y amenidad.

El rincón tiene su historia en los blasones y en los recuerdos de señorío que atesora.

Un viajero de fino espíritu se encuentra allí bien.

Los señores que fundaron esta parroquia eran señores; querían permitirse el lujo de tener una parroquia para ellos solos.

Mi aplauso y mi envidiosa admiración.

Otras casas típicas

Además de las catalogadas hay en la vieja Ciudad y en especial en calles y plazas castizas, como las que van de San Martín a la plaza de las Tiendas y de ésta a las Carvajalas, o las que parten de la Plaza en dirección oriental, o las que van a Santa Marina, y muchas más en estas zonas que debe recorrer con calma el buen caminante de las nobles ciudades, que conservan construcciones marcadamente castizas.

Así, en la Travesía de las Carnicerías, cerca de San Martín, una señorial casa con un león clave del arco, buenos hierros y amplias salas; esta casa fué edificada por la Ciudad, con planos del notable arquitecto Juan del Ribero.

Así otra, con sencilla y elegante portada, sin heráldica, en la calle de Dámaso Merino, de amplio zaguán.

Así otras al lado de Santa Marina.

Así en la calle del Escorial una que ostenta una leyenda que nos dice ser la casa del Monasterio de Sandoval.

Y entre todas, como modelo, la gran casa de la calle de Juan de Arfe, de aparejo leonés, planta baja de piedra y piso alto de ladrillos perfectamente alineados y separados por ancha cinta blanca que da un aspecto bello y típico.

El escudo catedralicio

El jarrón de flores, escudo de la Catedral, aun campea en algunas casas, resto de lo que fué espléndido dominio de Cabildo que llegó a poseer una tercera parte de las casas de la ciudad.

Los libros de visitas a estas casas capitulares nos las describen con todo pormenor, las sitúan exactamente y son el documento más

cierto y completo para la reconstrucción del plano de León en los siglos del XV al XVIII.

La marca posesoria de estas casas era el jarrón catedralicio.

Pocas quedan; una en la calle de Bayón, antes de la Tesorería, con un bien labrado jarrón. Es la casa llamada de Sierra Pambley, donde actualmente está la fundación del mismo nombre y la Biblioteca adjunta. Casa que por un error histórico se cree casa solariega de los Sierra Pambley, cuando la verdad es que aquello eran casas del Cabildo, como lo acredita palpablemente el jarrón catedralicio, el libro de casas capitulares y toda una irrefragable tradición.

Por cierto que en esta casa, admirablemente arreglada por los Sierra Pambley, se alojó la Reina tan calumniada, tan mal comprendida, tan buena y tan española. Se conserva el precicso mobiliario de tapicería azul, que era el color preferido por Doña Isabel de Borbón.

Esta casa, como todas las de estas viejas ciudades, tuvo su día de tragedia: fué aquel terrible día de Julio de 1808, cuando al saberse en León la marcha definitiva de la Corte a Bayona, y las escenas del 2 y 3 de Mayo en Madrid, la chusma atemorizada y en momentánea anarquía se lanzó al saqueo de las casas ricas y en primer lugar de las casas de aquellos señores que custodiaban dinero público.

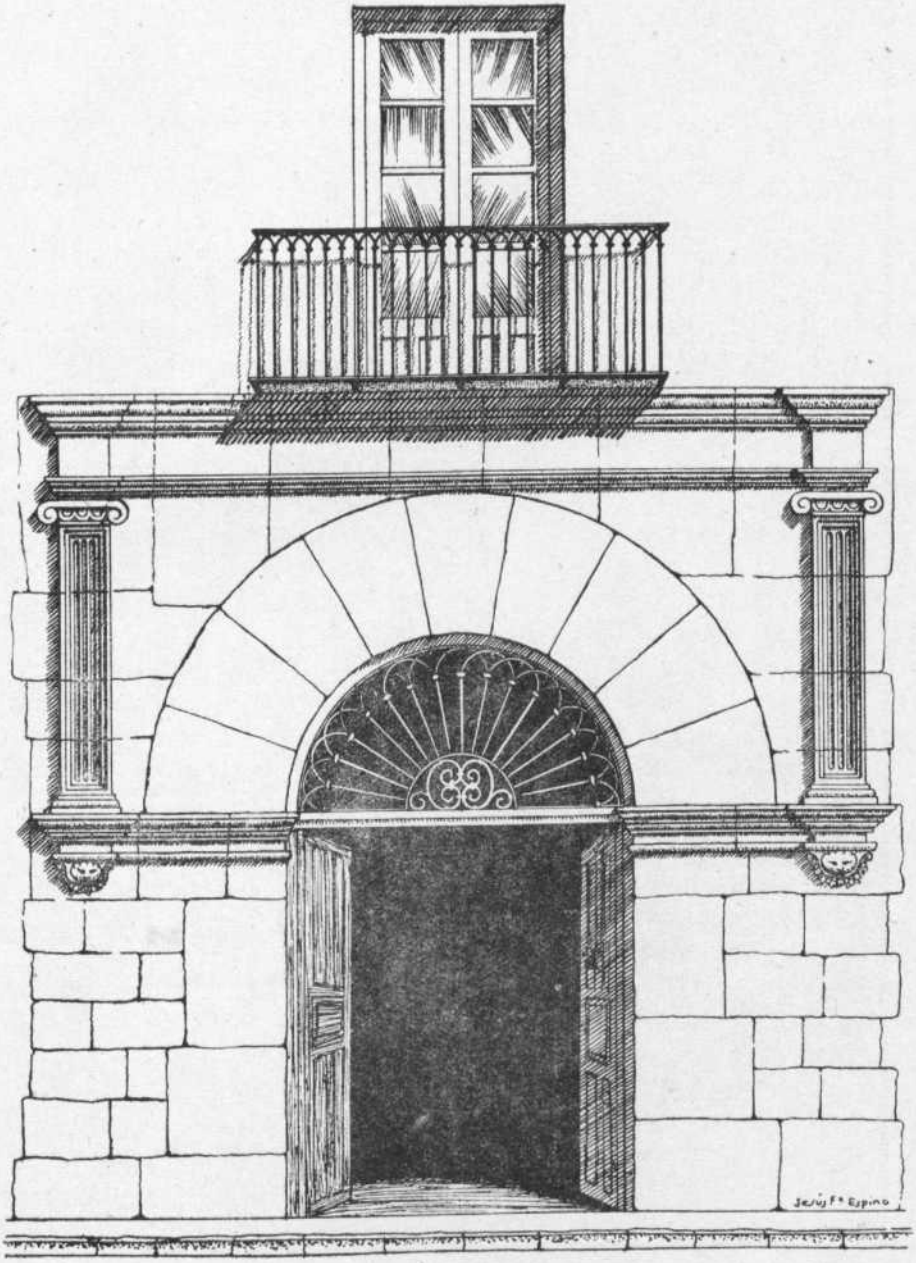
Y entonces D. Julián Sierra Pambley, habitante de la casa, era Tesorero de Rentas Reales.

En la calle de San Pelayo, en buena piedra, está el más bonito jarrón catedralicio; digno de verse.

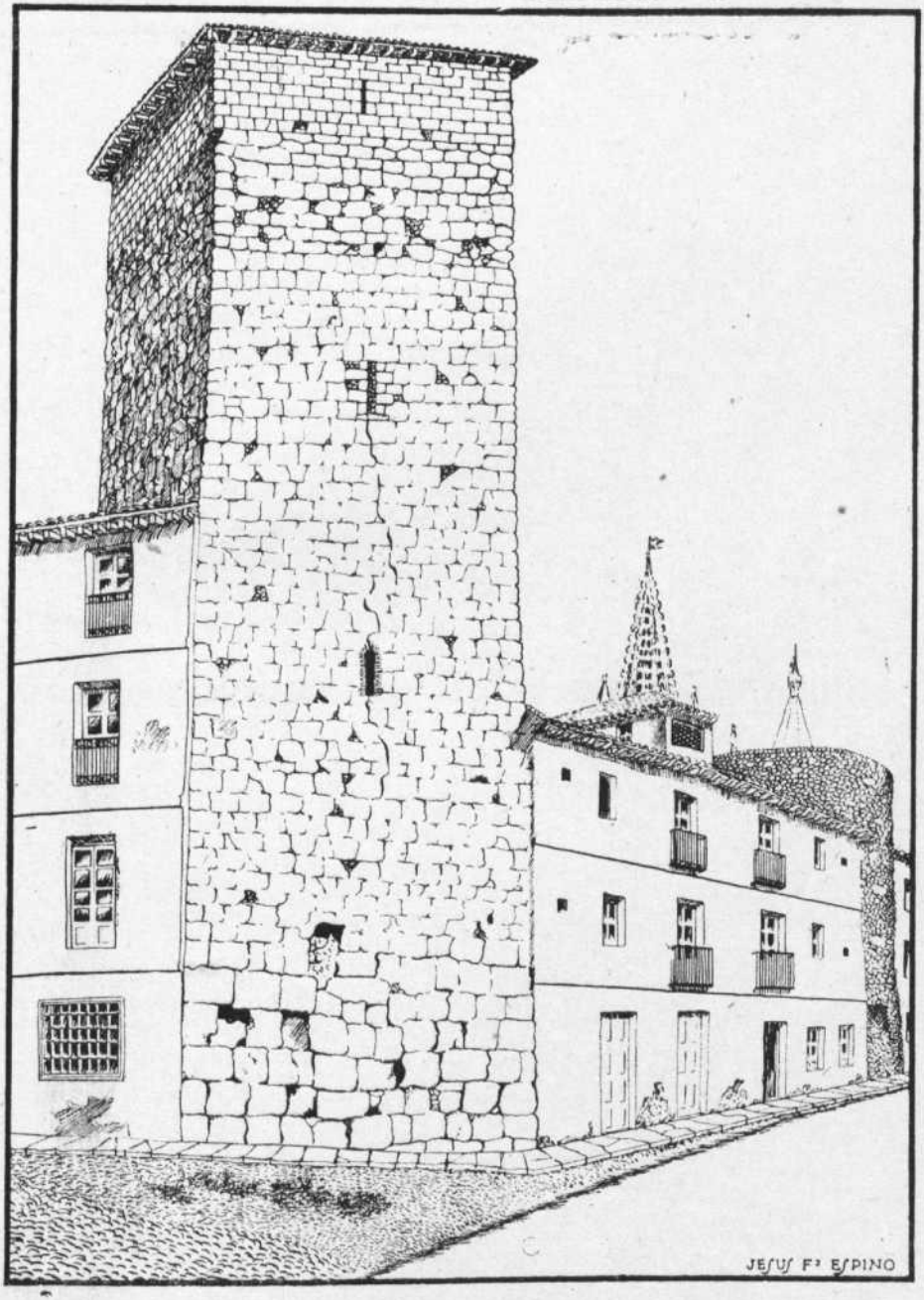
Otro, en hierro de balcón, en la calle de Guzmán el Bueno.

Otro en la llamada «casa de la Lonja» que continúa siendo propiedad del Cabildo en la Plaza de Regla: bella casa adornada con sencilla portada clásica, con lindas ventanas, buen zaguán; casa evocadora de épocas de obras en la Catedral; trajín de canteros, arquitectos y canónigos, almacén de herramientas, reparto de plantillas, ajuste de cuentas...

Y acaso el más lindo, en color, está en el techo de la cancela de la puerta de San Juan que actualmente es la de entrada a la Catedral, en la «plaza de Regla», que éste es el verdadero nombre y no el de «plaza de la Catedral», que dice una placa por allí colocada,



Calle de Dámaso Merino.—Casa noble sin blasón



Torre de la muralla en la calle del Caño Vadillo

II

Cosas notables en Iglesias y Conventos

II

Cosas notables en Iglesias y Conventos

En San Marcelo

AQUI hubo una antiquísima Iglesia del siglo X, que sufrió la destrucción, como toda la ciudad, en la invasión de Almanzor; fué reconstruída en el siglo XI, pero de ello nada queda que lo recuerde, en este templo, como no sea la vieja torre y un lucillo incrustado en el muro exterior occidental.

La Iglesia actual es obra de Baltasar Gutiérrez, maestro de la Catedral, y Juan del Ribero, buen maestro también y a quien se deben no pocos monumentos leoneses.

La obra comenzó en 1588 y debió terminar hacia 1625; de estilo clásico, sencilla y fuerte, de limpias y robustas pilastras toscanas.

Esta Iglesia es un buen museo de obras del gran Gregorio Fernández, como lo acreditan tres magníficas imágenes: San Marcelo, en el retablo principal; un Crucifijo admirable en la capilla de «los Balderas», al lado de la Epístola, y la imagen de la Concepción en un altar al mismo lado.

El notable investigador D. Julián García Chico, profesor en la Universidad de Valladolid, ha tenido la suerte de encontrar en aquel Ar-

chivo de Protocolo dos contratos de obra de Gregorio Fernández, con lo que queda probada la autenticidad de estas obras del gran escultor.

Arca de plata con las reliquias de San Marcelo, obra de Hernando de Argüello, del XVII.

Dos arquetas de plata, más antiguas, como procedentes del monasterio de San Claudio.

En esta Iglesia está enterrado Vecilla Castellanos, hacia la capilla de San Antonio; fué el autor de «León de España», libro que mereció el honor de ser citado en el Quijote.

En Santa Marina la Real

El templo así llamado actualmente fué edificado en 1571 con el nombre de Iglesia de San Miguel y los Santos Angeles, por el Obispo D, Juan de San Millán, para capilla del colegio que aquí fundaron por entonces los P. P. Jesuitas, y algo modificada en los comienzos del siglo siguiente.

Es hoy parroquia de Santa Marina por haber sido trasladada a este templo la muy antigua parroquia que desde el siglo XI, en tiempo de Alfonso VI fué fundada, cerca de la muralla, y cuya situación la recuerda la verdadera calle de Santa Marina, hoy existente.

Estatua en alabastro del Obispo fundador, al lado de la Epístola; obra de Esteban Jordán.

Magnífico grupo escultórico, en el centro del retablo; obra maestra de Juan de Juni, donada por la Condesa de Lemos, Doña Catalina de Pimentel, hacia 1545; representa a Nuestra Señora, con el Niño Dios y San Juan; llámase la Virgen de las Candelas, sin duda por una cofradía de «los Usías» que celebra su fiesta principal el día 2 de Febrero.

Es notabilísima, porque esta vez el genio agrio del gran Juni, tan dado a la tragedia y al excesivo dinamismo violento, aparece aquí dulce y amorosamente apacible; pocas imágenes en el mundo podrán igualarse en belleza y atractivo a este valiosísimo grupo, bastante para enriquecer un templo y la ciudad que tiene el honor de conservar tal joya de arte soberano.

Una buena estatua que efigia a San Ignacio de Loyola, de escuela de Gregorio Fernández.

Tres buenos lienzos, de fines del XVI, entre los que descuella, en la capilla de San Francisco Javier, una excelente copia del gran cua-

dro de la Adoración de los Reyes que existe en el Museo de la Catedral.

Relieves de alto interés por ser de las primeras imágenes de la devoción al Sagrado Corazón en España.

Iglesia y colegio ilustres, además, porque aquí estuvieron, entre otros ilustres jesuitas, el P. Isla. el P, Nieremberg y el P. Atondo, a quien dedicó el gran D. Francisco de Quevedo una de sus obras inmortales.

Otro cuadro del XVII, de Luis de Mogastón.

Y buena cruz procesional del XVI.

La documentación del siglo XVI, perteneciente a los Jesuítas y relativa a la fundación de este Colegio, se conserva en el Archivo de la Catedral, legajos números 1889 a 1893, y en los que se contienen también dos cartas de San Francisco de Borja, una de ellas con la auténtica firma de tan ilustre Santo español, gloria de la Compañía y de la nobleza española en los tiempos más brillantes del Imperio.

En San Martín

Su historia es la de siempre.

Existe ya en el siglo XI, después aparece reedificada dos siglos más acá, y de su venerable antigüedad sólo quedan, para testigos, un ábside románico, tapado por el Consistorio, y algún ajedrezado típico. Hay también algo de la obra del XVI, de Baltasar Gutiérrez, algo de ladrillo antiguo, pero lo demás, es decir, lo actual, es del siglo XVIII, hecho con lentitud y por lo tanto sin carácter ni uniformidad.

Templo de tradiciones piadosas de León, allí radican cofradías venerables y memorias ilustres muy adentradas en el alma de la ciudad.

Imagen de la Piedad, obra de Luis Salvador Carmona, de 1750.

Obra maestra que fué traída a esta parroquia en 1810, cuando el convento de franciscanos estaba destinado a hospital, por necesidades de la guerra de la Independencia.

Un incendio maltrató este hermoso grupo escultórico; actualmente ha sido restaurado en los talleres de la Dirección General de Bellas Artes. A D. Francisco Cadenas se debe gratitud por esta restauración.

Un grupo escultórico, en el altar del Carmen, digno de la mano de Gregorio Fernández.

Buena cruz procesional del XVII, del platero Candanedo.

La fachada de esta Iglesia se abre a la calle de la Plegaria, bello nombre de calle; en ella, y precisamente al abrigo del muro, iniciaron los leoneses la terrible jornada del 7 de Junio de 1810.

A mano derecha del espectador, ante esta fachada, se descubre una capilla, de esas simpáticas capillas, que día y noche recibían la plegaria de los transeuntes; una piadosa imagen, un farolillo de aceite, una reja en la que apoyaba la cabeza un momento quien con afanes o penas o alegrías por allí pasaba.

A mano izquierda una fuentecilla de tiempo de Carlos IV. MDCCCI.

En Santa María del Mercado

Después de San Isidoro y la Catedral, es éste, sin duda, el templo más notable de Leór.

Por su antigüedad, por su historia, por su arte y tradición.

Iglesia de camino de peregrinos jacobeos, del sig o XII, de puro románico; forma de tumba, en que las naves van disminuyendo de ancho de la cabeza a los pies del templo.

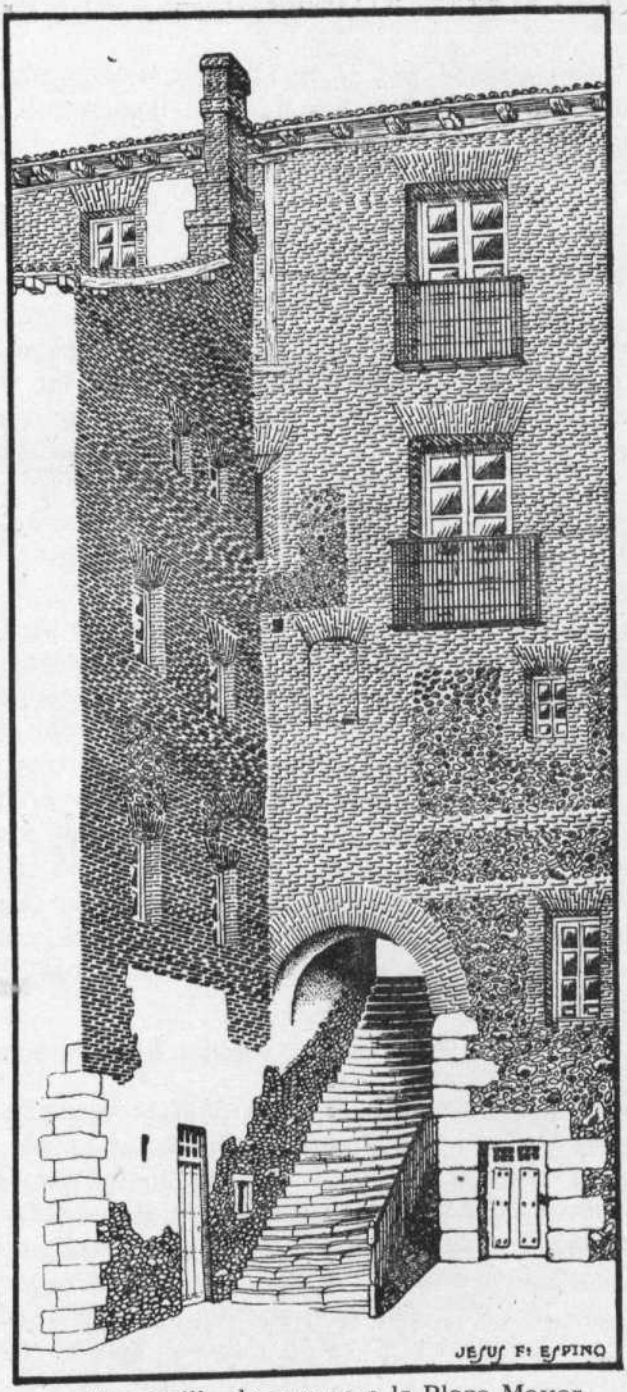
Absides preciosos, de tambor; profusión de ajedrezado bizantino; capiteles medievales, aire de rancia y fuerte solera. Bóvedas de cañón, arcos peraltados, ventanas redondas, rejas tupidas magníficas, columnas con garras en el plinto, cabezotas en capiteles robustos, impostas con círculos enlazados, aleros con modillones... ¡solemne templo español!

Lápidas con fecha del XII, imagen veneranda de la Virgen del Camino, del camino de la tradición española, que va por los santuarios españoles más españoles a dar el abrazo fraterno a nuestro Señor Sant Yago, cantando el «Ultreya» animoso, desde Roncesvalles a Compostela en peregrinación de siglos.

¡Cuántas historias de piedad, cuántas escenas de penitencia, cuántas plegarias en todas las lenguas, cuánta tradición religiosa y cuánta historia de España ha pasado por este templo admirable!

Aunque algo deformado por restauraciones de los siglos XVI y siguientes, aun mantiene todo su prestigio histórico y artístico con regia arrogancia.

Lástima que un chapitel muy siglo XVIII remate la torre que debía ser una torre medieval.



Escalerilla de acceso a la Plaza Mayor

En la Iglesia, en la sacristía, en el rico archivo de esta venerable parroquia, hay arsenal de arte y de historia leonesa bastante a empapar una visita detenida y fructuosa.

En el convento de la Concepción

Pronto se percibe, ante la bella y extraña fachada de este convento de franciscanas, el origen de alta nobleza.

Presenta, en efecto, un aspecto escenográfico y decorativo.

Portada del siglo XV, con arco trebolado y bello dintel; ornamentación que va sobre capiteles corridos, lujosamente adornados de flora, y cobijando todo un corredor muy voladizo de madera con pintura morisca y heráldica y flora de colores vivos; armas reales y de Enríquez y Quiñones, señorío y prestancia.

Este convento fué fundado en 1512 por Doña Leonor de Quiñones y su hermano el Cardenal Fr. Francisco; eran hijos del Conde de Luna, con lo que queda dicho su nobilísimo rango.

En el Museo está una chimenea morisca de esta Casa, que antes había sido palacio de los Quiñones.

En el locutorio, un buen artesonado mudéjar.

Quien quiera ver la más brillante colección de camafeos romanos aquí puede verlos en un cáliz que regaló al convento la muy noble señora Doña Juana de Quiñones.

Un Cristo de la Cruz quemada, de respetable tradición.

Un lienzo bueno de José de Mongastón, del XVII.

Magníficos relicarios y custodia del XVI.

Buen retrato de la ilustre fundadora.

En el convento de Carvajal

En la más bella plaza de León, la plaza del Mercado.

Dos lindas portadas, muy leonesas, y una celosía alta dan al conjunto amenidad agradable.

Nada habla allí de la remotísima antigüedad del convento de benedictinas de San Pelayo, fundado por el Rey Sancho en 966, monasterio que se trasladó al pueblo de Carbajal de la Legua hasta 1583 que es cuando se construyó este convento.

La Iglesia es algo posterior, de un siglo después.

También anda por aquí la buena memoria de los Quiñones, en larga leyenda del friso.

Un gran cuadro del pintor Antonio Arias, del 1658, del que se guardan en el Museo del Prado otras producciones inferiores a ésta que Gómez Moreno considera su obra maestra; representa una Piedad y es modelo de emoción.

Magnífica arqueta de plata labrada con las reliquias de San Adrián y Santa Natalia, procedente del monasterio de Eslonza.

Buen cáliz del XVI y una gran talla en madera de San Benito y otra de Santa Gertrudis no inferior a la de la Catedral.

En un largo friso se lee una inscripción fundacional y la fecha de la fundación.

Dice así:

«Esta yglesia mandó hacer Don Antonio Quiñones, gobernador de la Infantería Española de Génova, y se enterró en esta capilla como patrono que es de la casa de Alcedo, que hoy posee Don Diego de Quiñones Herrera, su sobrino, concluyéndose en el año de 1623.»

Hay en esta Iglesia un retablo de Doña Leonor de Robles, abadesa que fué de este Convento, hacia 1567, y tiene una buena pintura en lienzo que representa la Piedad.

En el convento de las Descalzas

En la antigua y preciosa calle de la Canóniga, ahora de Guzmán el Bueno; calle leonesa, o toledana, o sevillana.

Siglo XVII; fundado el convento por el canónigo D. Francisco Cabeza de Baca Flórez Acevedo, hombre de noble estirpe, cuyo recuerdo aun se conserva en la hermosa portada del Arco de las Animas, de la que hablo en otro lugar de este libro.

La fundación es de 1606, pero la Iglesia no estuvo terminada hasta mediados del siglo.

Severidad franciscana preside Iglesia y convento.

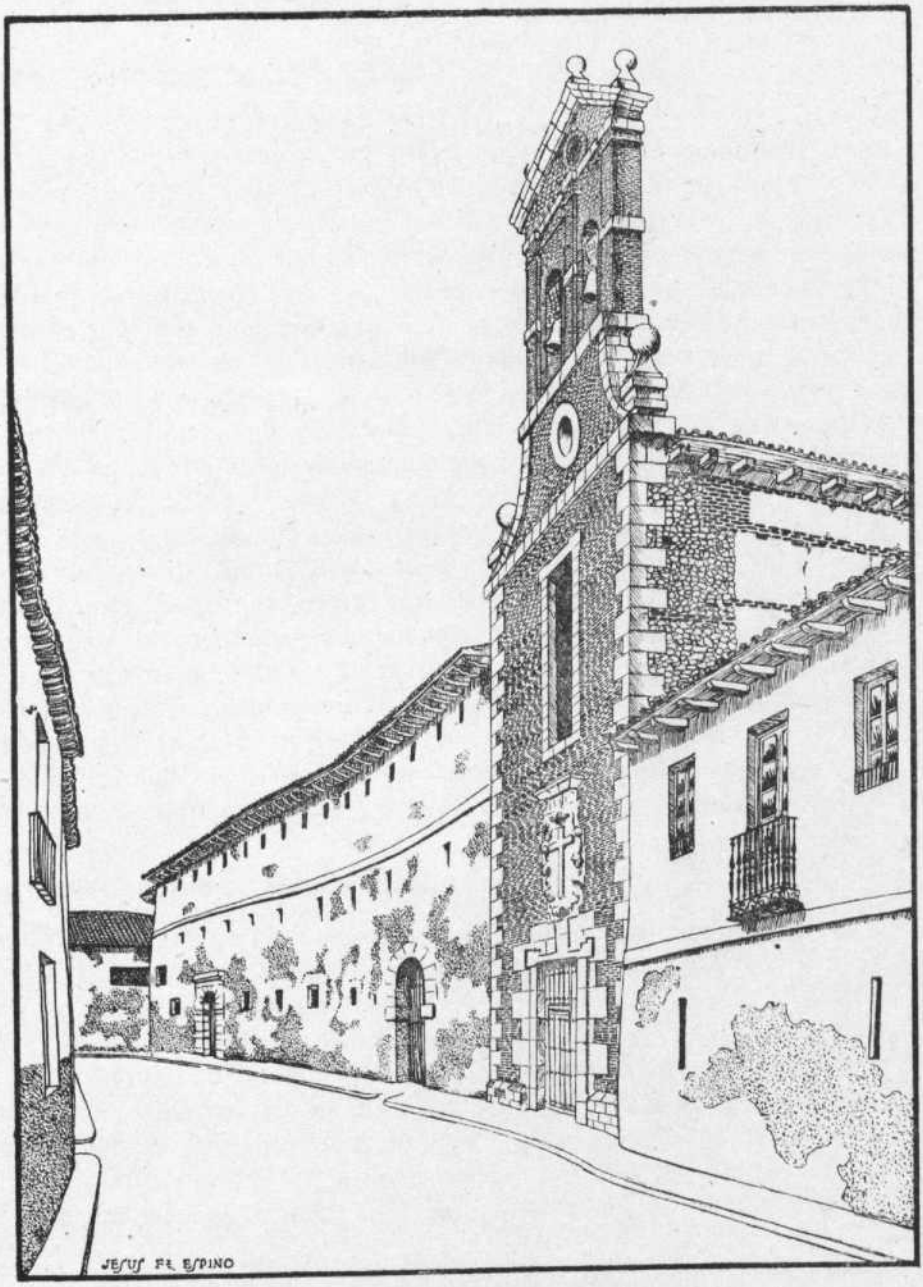
En el retablo, una cruz rodeada de cuadros que representan escenas del mismo tema y por la época y el colorido son indudablemente de uno de los Mogastón.

Bella imagen de Santa Clara.

Locutorfo bajo, de edificante pobreza.

Un florero de cerámica muy fina y elegantísima.

Ambiente de santidad franciscana.



Calle de Guzmán el Bueno.—Convento de las Descalzas

En el convento de Recoletas

Plaza de Santo Domingo,

Plaza sobre las ruinas del hermoso convento de Dominicos; plaza en la que bajo unos jardinillos modernistas, un irreprochable pavimento, una brillante iluminación, un casino, un magnífico hotel, unas soberbias casas muy siglo XX y un tráfico de gran ciudad duermen el eterno descanso santos y sabios frailes, nobles memorias de gloriosos apellidos que en Santo Domingo tenían capillas y panteones...

El convento de Agustinas Recoletas es moderno como la actual Iglesia, pues lo antiguo ya hemos dicho que está ahora destinado a cuartel del Regimiento de Infantería de la calle del Cid, con la portada del convento, los escudos, un artesonado y toda la historia de este monasterio.

Llena el retablo un gran cuadro y hay buenos lienzos, procedentes algunos de Santo Domingo y otros de donaciones de familias nobles que siempre protegieron a este convento, como lo atestiguan retratos en el locutorio y tradicionales recuerdos en sus libros.

El lienzo del retablo tiene firma, «Peñasco f», que puede ser de Tomás Peñasco, amigo de Velázquez, aunque lo frío del colorido nada recuerda del gran pintor.

En este convento hay buenos cuadros en el recinto de clausura y la memoria de un Greco que desgraciadamente se perdió.

En el convento de San Francisco

Lo actual es de fines del XVIII y aun sufrió reformas posteriores.

El gran Obispo Quadrillero consagró la Iglesia de 1791.

La portada es bonita y fina.

La Iglesia, sencilla y grande.

El retablo de Narciso Tomé y Simón Gabilán Thome, es el que afeaba la Catedral hasta 1882 en que aquí se trajo; es un ejemplar espléndido de barroquismo que en su género acaso no tenga rival, por lo que su importancia artística es del más alto interés.

La imagen de Nuestra Señora de la Asunción es de mérito y belleza.

La magnífica Iglesia es obra del buen arquitecto D. Francisco Rivas, autor también del Hospicio, que es también hermosa construcción.

En un pequeño Museo que los PP. Capuchinos van formando, se ven buenas tallas entre las que descuella alguna de Carmona, al que debe atribuirse la imagen del Nazareno, que el pueblo fiel llama del «Dainos», nombre que tiene su origen en la plegaria popular: Dadnos Señor buena muerte.

En el solar del actual convento hubo, desde el siglo XIII, el primitivo monasterio franciscano, y una tradición no documentada afirma que el gran Santo de Asís estuvo en León en aquel viejo monasterio.

El hermoso templo es un centro de la piedad leonesa, y su ambiente el de la esclarecida Orden penitencial franciscana.

En Palat de Rey

Ya el nombre dice tiempos de la vieja fabla y de la más noble historia de León.

Aquí estuvo un palacio del Rey D. Ramiro II, a mediados del siglo X, y un monasterio que para su hija, Doña Elvira, fundó el buen rey leonés.

Después fué parroquia con la advocación del Salvador y el patronazgo de los caballeros de San Juan de Jerusalén, cuya cruz campea en la Iglesia y muro exterior.

Hace unos treinta años, al hacerse las últimas obras, se hallaron restos de la vieja edificación, y en lo actual, que desfigura lo antiguo, aun se ven restos de ábside, bóvedas de gallones al crucero.

Un gran crucifijo del siglo XVI.

Templo venerable, evocador de tan rancia historia y nobleza regia, fué también panteón del rey fundador.

Es muy notable lo que hace treinta años se vió al remover todo aquéllo, y es que el ábside correspondía a la actual puerta de la Iglesia, ábside en forma de arco reentrante, y se destaparon trozos de pintura del XII bajo el encalado.

El arquitecto Sr. Torbado descubrió los cimientos de la primitiva Iglesia, que presentaba el extraño caso de estar orientada con la cabecera a Occidente.

En el Salvador del Nido

Extramuros, hacia puerta Obispo.

Ya existía en el siglo XII, puesto que Alfonso VII, emperador, hace donoción de ella a San Isidoro.

Reconstruída varias veces, y la última recientemente, perdió su carácter, pero merece verse por su abolengo histórico, por las joyas de arte que conserva y por el ambiente popular que la rodea, pues es núcleo de un reducido número de casas que constituyen un verdadero barrio tradicional.

El buen tallador de la Catedral, Bautista Vázquez, hizo, para esta Iglesia, una Piedad de verdadero valor.

La imagen del Salvador es buena y algún pequeño cuadro de pincel de buena mano maestra.

En Santa Nonia

Bien merece citarse este sencillo templo por haber estado por aquí la vieja ermita en que, según piadosa tradición, murió Santa Nonia, esposa de nuestro San Marcelo, y no lejos de lo que fué glorioso monasterio de San Claudio, donde murieron mártires sus hijos, Claudio, Lupercio y Victorico.

Es hogar de puras tradiciones leonesas, arraigadas en el buen pueblo, que allí guarda, de año en año, las imágenes de las procesiones de Semana Santa y allí reune las cofradías típicas.

Hay allí un pequeño retablo muy interesante, con buenos relieves del XVI y dos lienzos excelentes.

En San Lorenzo

Iglesia de pueblo, fuera de la ciudad, pero con tan buenos cuadros que la hacen monumento artístico.

Son del siglo XVI, su número doce, de los que cuatro están en el retablo y los demás en la sacristía, aunque bien merecen mejor colocación para que los inteligentes puedan estudiarlos y disfrutar de su mérito.

Los del retablo son ciertamente de un buen pintor de la Catedral, Bartolomé Fernández, en 1537.

Un magnífico cáliz del XVI, donado por Doña Catalina Pimentel, la noble señora que encargó a Juan de Juni las tallas insuperables que están en Santa Marina.

En San Pedro de los Huertos

También extramuros y también de origen antiquísimo, sin que nada de lo actual acuse antigüedad.

El conjunto de la Iglesia y la airosa torre es agradable.

Históricamente tiene importancia por relacionarse esta Iglesia con una primitiva «iglesia mayor» anterior a la Catedral de Ordoño II, ya que la sede episcopal de León es de tiempo anterior a la Catedral.

Buenas pinturas del XVI y XVII adornan este templo.

Iglesia tipica de barrio de labradores.

Más documental

Puerta de la Reina

ES una de las varias construcciones importantes que en el siglo XVIII se hicieron en León, ya que en este siglo se continuó y terminó, por el buen arquitecto D. Martín de Suisnaga y el escultor Bivero, la fachada de San Marcos desde la puerta principal hasta el puente; se construyó el magnífico Hospicio del Obispo Quadrillero, bajo la dirección del arquitecto D. Francisco Ribas, la Iglesia de San Francisco, el palacio del Cardenal Lorenzana, el arco de Puerta Castillo, y las fuentes monumentales que son hoy adorno de la ciudad.

La puerta de la Reina es un elegante monumento de tiempo de Fernando VI a mediados del siglo XVIII y como portada de la fábrica de hilados allí existente.

Al construirse el Hospicio, unos años después, tuvieron el buen acuerdo de respetarla y quedó formando parte de la edificación y rematándola por el lado norte.

Es de gracioso dibujo, esbelta y elegante.

Consta de dos cuerpos, buena portada de gran arco con magníficos medallones representando a los reyes D. Fernando y Doña María, y buenas tallas que efigian el Comercio y las bellas Artes, muy exornado todo con flora ornamental y rematando en airosa acrótera bien proporcionada.

Esta elegante portada ha sido lamentablemente trasladada de su sitio y «embutida» en la fachada de la nueva Audiencia. ¡da pena verla!

Puerta Castillo

Desaparecido en mal hora el arco de Puerta Obispo, no hace muchos años, y algo antes el arco con estatua de Carlos III, en Puerta Moneda, queda como recuerdo de entradas de ciudad este sencillo arco, rematado por una estatua de D. Pelayo, junto al antiguo Castillo, a la parte Noroeste de León.

No carece de gallardía y arte y es obra hecha a mediados del XVIII entre 1758 y siguiente.

Hay allí una lápida con inscripción en mediano latín y la redacción es profusa y pretenciosa y sobre todo de peor gusto que el valiente arco que la soporta.

Junto a este arco, al otro lado del Castillo, estaba la Casa de Misericordia que el Cabildo de la Catedral sostenía para recoger niños expósitos.

Y a esa mano comienzan los cubos de muralla que han de seguir hasta Puerta Obispo y servir de base al maravilloso ábside de la Catedral.

Los mozos del barrio de Santa Marina, el día de esta Santa, adornan el arco con guirnaldas de flores.

Fuentes artísticas

Cuatro bellas fuentes, de la misma época, fines del XVIII, en las plazas de San Isidoro, San Marcelo, Plaza Mayor y del Mercado, son, como en ellas se dice, ornato de la ciudad.

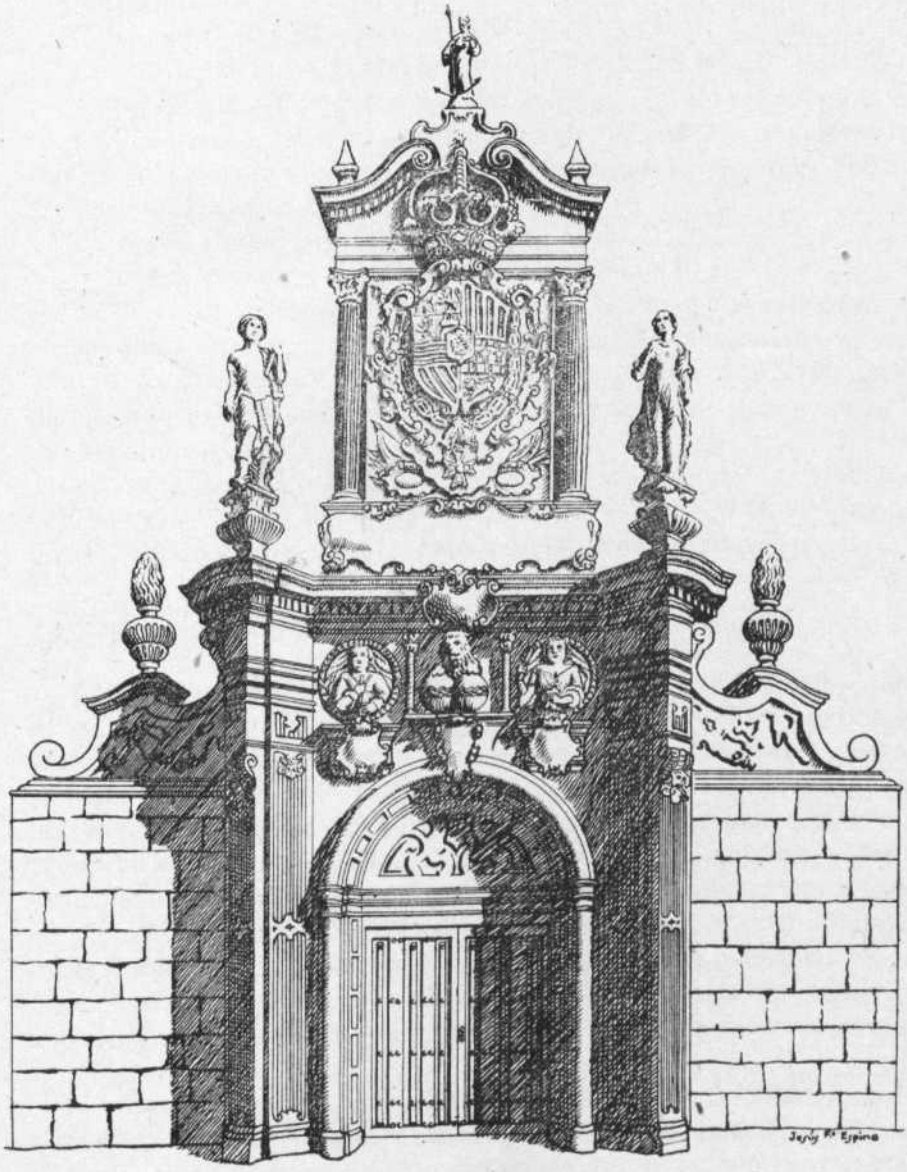
La de San Isidoro, de pedestal prismático, sostiene un león bien labrado.

Allí dice: Reinando Carlos III.—Isidro Cruela.—

AÑO DE MDCCLXXXVII.

EL COMUN DE VECINOS, POR LA SALUD PUBLICA Y ADORNO DE LA CIUDAD.

La de San Marcelo, acaso la más bonita, es de dibujo esmerado y de buen gusto y está finamente construída.



Calle del Cid.—Puerta de la Reina

Ancho y esbelto rollo cilíndrico y bello jarrón con guirnaldas en la parte alta.

Reinando Carlos III.—Año de MDCCLXXXVI.—

La otra leyenda es igual a la anterior y de igual letra.

Isidro Cruela.—Fontanero y arquitecto.

La del Mercado es algo exageradamente barroca, de angelotes robustos en demasía; representa la confluencia de los dos rios, Torío y Bernesga. En lo alto dos escudos con leones.

Reinando Carlos IV.—Año de MDCCLXXXIX.

Columna corintia remata en relieves con leones.

La de la Plaza Mayor es un descomunal Neptuno que estuvo antes en la plaza de Regla y en San Francisco. Está bien tallada y tiene arte y brío, pero dieron en decir que es de mal gusto y Neptuno va de un lado a otro. Es fuente de jardín y en un jardin debe instalarse definitivamente.

Adosada a la Iglesia de San Martín, dando vuelta a la Plaza Mayor, hay otra fuente de tiempos de Carlos IV, sobre la lápida hay un jarrón esbelto y bien labrado, pero aquello tiene un tono funeral.

Los Archivos

Lector, si en tu caminar por esta ilustre ciudad quieres saber algo de las ejecutorias de su nobleza, y de las raíces de su historia, que es parte muy importante de la Historia de España, si tu excursión por la ciudad te ha interesado hondamente y eres hombre de estudio y de investigación; si puedes y quieres contribuir con tu trabajo inteligente al acerbo común del saber y al mayor auge de los saberes hispánicos... detén aquí tu viaje, adéntrate por los viejos documentos que en el Archivo catedralicio y en el Archivo municipal esperan trabajadores y amantes de la ciencia histórica y de la gloria española.

Archivos ricos de documentación, espléndidos Archivos plenos de documentación en gran parte inédita, magníficos arsenales de investigadores y sabios.

Y si eres bibliófilo, aquí, en estos Archivos, en San Isidoro y en los fondos antiguos, procedentes de monasterios de la Biblioteca provincial, puedes saciar tu hambre de libros únicos, de miniados exquisitos, de pinturas inimitables, de arcaicos dibujos, de letras de todas las épocas, de sellos, de encuadernaciones...

Que no en todas partes encontrarás, como en León, documentos del año 775, Palimpsestos, sellos en cera del siglo XI, Biblias iluminadas del siglo X, letras pintadas del XII, Antifonarios mozárabes del XI, un Codex Gohticus del X, Breviarios del XI, una Biblia políglota enviada por el propio Plontino a Arias Montano.

Están publicados los catálogos correspondientes.

Para juzgar del volumen de documentación archivada, diré que sólo en el de la Catedral, que es el que más conozco, existen 54 códices, 1.800 pergaminos y más de 1.100 documentos clasificados.

De la riqueza del Archivo municipal, se juzgará por los siguientes fondos:

Carta de Alfonso IX, de 1219, con la figura del León Heráldico.

Carta de Fernando III el Santo, de 230, con sello en plomo.

Carta de Alfonso X, con sello y el León Heráldico.

Cartas de Sancho IV y buenos sellos reales.

Privilegio real de Fernando IV, de 1305 y sello de cera.

Otros de Alfonso XI, con sello de cera.

Igualmente y con sellos bien conservados, de D. Pedro I, Enrique II, Juan II, Carlos I, y Felipe II, ésta por cierto relativa a la traslación del Coro de la Catedral. En esta carta el gran Rey dice que no debe trasladarse el Coro desde el presbiterio, donde estaba, al sitio donde hoy está, y razón tenía el buen Rey, pero el Coro fué trasladado.

No habrá necesidad de advertir que el traslado se hizo muchos años después de morir el Rey, porque en vida de D. Felipe no era fácil desatender sus deseos.

El Rey muere en 1598, y el coro no se atrevieron a trasladarlo hasta 1746.

Hay, pues, en el Ayuntamiento una riqueza en documentos reales y sellos, a más de una documentación archival de primer orden para la historia de la ciudad de León.

Archivo, además, poco explorado, y está pidiendo una instalación adecuada.

Hierros artísticos

Antes que a la Catedral—manantial de arte—hay que acudir a San Isidoro y a la Iglesia del Mercado para encontrar las más notables rejas que en la ciudad existen.

Son ejemplares excepcionales de rejas de ventanas, de dibujo geométrico complicadísimo, de círculos enlazados apenas separados por barras verticales; el conjunto dà la sensación de tupida celosía conventual; no van más acá de los siglos XIII o XIV, épocas en que ya andaban por León buenos rejeros o ferreros.

En la Catedral es en el siglo XV cuando comienza a hablarse con Betrán, de verdaderos artistas del hierro.

En la Plaza Mayor, en el ángulo N. O., donde desemboca la calle Nueva, los amplios balcones sobre magníficos pescantes son de lo mejor que en hierro de balconaje ostenta la ciudad.

Aunque no admiten competencia artística las rejas y balcones del Palacio de los Guzmanes del XVI.

Lo que se ha perdido lastimosamente es el tesoro en aldabones que las casas nobles presentaban.

Aun quedan buenos en la calle de Serradores, en la de Dámaso Merino, en la calle de la Revilla uno magnífico que sus dueños han tenido el buen gusto de conservar, en la Travesía de Rebolledo según se va de la Plaza Mayor a la calle de Serradores.

Como quedan buenos clavos de puerta, cuadrados o en rombo la mayor parte, y algunos preciosos, en estrella, en la puerta del convento de las Carvajalas.

Hermosos hierros de balcón y pescantes en la calle del Cid, frente a la Casa de los Guzmanes, en la calle de Juan de Arfe, en la Plaza del Mercado magníficos ejemplares, en la actual Casa de la Caridad, en Puerta Obispo, etc., etc.

Los de la calle de Juan de Arfe tienen en los ángulos altos pivotes para encajar en ellos los farolillos de las procesiones, pues algunos de éstos se hacían así con agujero aunque más posteriormente llevaba el pivote el farol y entraba en orificios del pasamano del balcón.

Los hierros de la Plaza, aparte los muy buenos del Consistorio, son de varios modelos, pero hay allí una formidable cantidad de hierro labrado pues son balcones corridos de unos tiempos en que esta Plaza era el centro de la Ciudad y donde se celebraban todas las fiestas públicas, desde la proclamación de Reyes hasta las corridas de toros.

Mucho queda pero más se ha perdido.

Los nuevos propietarios de estas casas los han vendido, ¡Séales el dinero ligero!

En la calle del Cid, en la de la Rúa, en la calle Nueva, la Paloma, calle de San Francisco, Puerta Castillo y pocos más, y no quiero puntualizar mucho por no despertar en los dueños el afán de venderlos también, como me ocurrió con uno magnífico, con marquesina y todo, que estaba en una viejísima casa de la calle de Don Gutiérre; pasaba yo por allí con frecuencia, por ser una calle típica, llevaba por allí amigos míos que conmigo se detenían a admirar el aldabón, y poco después desapareció, al darse cuenta, quien fuera, de que aquello era cosa que valía. Quedan también muchos balcones estimables, de hierro antiguo labrado, con orificios en el pasamano para encajar en ellos los faroles al paso de la procesión.

¡Tiempos de fuerte creencia religiosa, en los que al hacer la casa se contaba con los farolillos para la procesión!

De todos modos en León, con los balcones del Palacio de los Guzmanes, los de San Marcos, algunos de la Plaza comenzando por los del Consistorio, y los distribuídos por las viejas calles, se puede ver una brillante colección.

Y claro es que quedan las verjas de capillas en la Catedral, espléndidas de dibujo primoroso y de construcción; rejas en hierro a martillo, de mano del maestro Dionis, de Juan de Villaobispo, de Pedro de Valderas, de Pedro Flamenco, que construyó también el púlpito de hierro... de modestos e ilustres artistas dignos de figurar al lado de Andino y de aquel Fernández que firma en Medina de Rioseco la soberbia reja de la hermosa capilla de los Benavente.

Los ferreros de la Catedral construían también los braseros de sacristía, los hacheros que pueden verse en el Museo catedralicio, los aldabones y herrajes de la cajonería y armarios que se conservan, lámparas y tenebrarios.

Cerca de la Catedral y dando su nombre a la calle que a la plaza de Regla abocaba, estaba la Ferrería de la Cruz, taller de arte del hierro no menos difícil y estimable que el más famoso de los Arfes y Argüellos y Rebollos en materia más fina y apreciada.

La fundición mató el noble arte de los ferreros, como el cemento a los canteros, como el vidrio pintado al antiguo artista que fundía el color, como el pañuelo estampado en serie a las hilanderas de Maragatería o la Ribera, como el abominable gramófono a la fresca voz del cantante insigne, como las ridículas adaptaciones al cine de las

obras maestras o de las grandes figuras históricas profanadas por un actor cualquiera.

Pero una imagen de Olot no es una imagen de Juni, ni una casa de cemento, es una obra de arte.

Y sobre todo, en nuestro caso, interesa más a nuestro amigo el caminante, para quien ha sido escrita esta Guia, una piedra labrada que un ladrillar puesto en pie con la complicidad de unos sacos de cemento, unas viguetas de hierro y rebozado todo con una pintura de ocre.

Y dicho sea con todo respeto para la arquitectura—señora de las artes— y para los arquitectos—ministros de tan gran señora— y para los capitalistas que gastan millones en las modernas construcciones, casas o cines o bares, la verdad es que entre todos ellos, técnica y dinero, van haciendo unas nuevas ciudades que no añaden ningún capítulo a la historia maravillosa del arte español.

Un trozo de pintura mural

En la antigua calle de las Catalinas, que ahora se llama de Regueral, en el portalón de la casa que ocupa la Económica de Amigos del País y la Biblioteca, se puede aún ver—no se por cuanto tiempo—dos fragmentos interesantes de decoración mural, con fecha de 156... de muy bello dibujo y que recuerda los exgrafiados segovianos.

Por ese tiempo estaba allí el Convento de las Catalinas que fundó a mediados del XIV Doña Leonor Ponce de León para expiación sin duda de sus pecados que eran también los pecados del Rey D. Enrique II de Trastamara.

No es extraño que los fragmentos de decoración de que hablábamos muestran grandeza y señorío, y es necesario que se conserve cuidadosamente éste y todo lo que por su intrinseco valor o por su fuerza de evocación pueda decirnos algo de la historia leonesa.

Madera labrada y dinteles leoneses

En esa misma casa de la calle de las Catalinas se muestra en la amplia fachada un dintel de madera, de estilo leonés, y por esto y por su elegancia merece atención.

En la Iglesia de Renueva, al exterior, en la calle de la Rúa, en la calle Nueva, en la de Herreros, varias más pueden encontrarse estos

anchos dinteles que enmarcaban lindamente una buena puerta y armaban una buena portada.

Como también era una modalidad leonesa el tablero de madera acanalada, como se ve en unos paños de las antiguas puertas de la Catedral, conservados en la entrada al Claustro por la puerta de la Gomia y en un mueble moderno, imitación de lo antiguo, en la Oficina de Información de Turismo.

Aunque hayan desaparecido puertas talladas nos quedan las de la Catedral y la insuperable del Claustro, de las que en su lugar hablaremos.

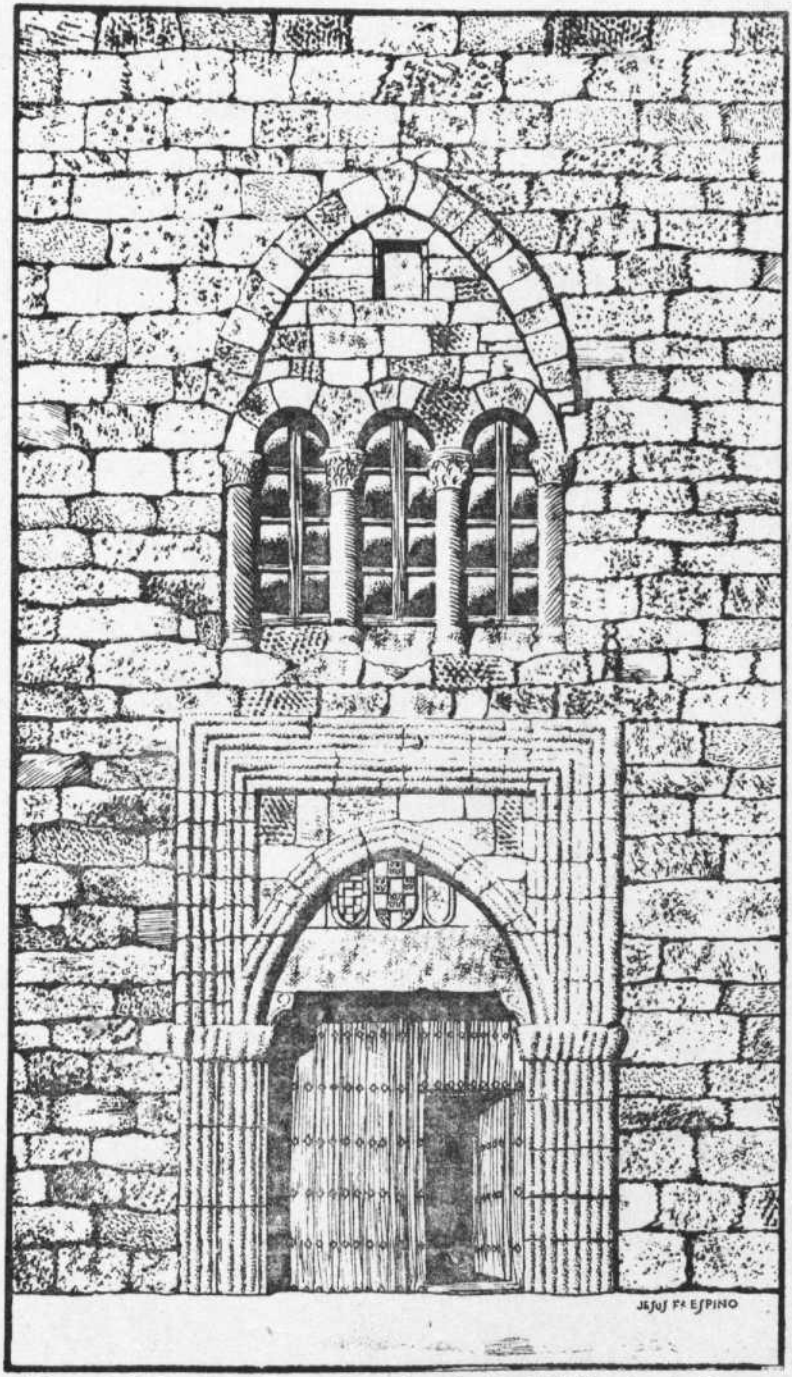
Y parece que los buenos talladores de la madera dejaron escuela, pues en León se tallan maravillas, copiando motivos platerescos de San Marcos principalmente, y el mueble artístico tiene aquí magistrales artífices.

Podria formarse en León una academia de arte exquisito, lo mismo en talladores de madera que en otras nobles artes, no sólo por la excepcional aptitud de los artistas, sino porque en ninguna parte se hallan, como aquí, tres modelos de románico, ojival y renacentismo, en las tres joyas magistrales que son glorias españolas y glorias del arte universal: San Isidoro, la Catedral y San Marcos.

Como cosas curiosas pueden citarse unas bellas tallas de escalera que dibujó D. Juan de Madrazo y ejecutó un buen artista, en la casa que habitó el arquitecto y está situada en la plaza de San Pelayo, propiedad de la familia Rodríguez Vázquez, que también creo que conserva una magnífica cama antigua en la que durmió—o al menos descansó materialmente—el viejo y noble General D. Gregorio de la Cuesta cuando pasó por Villamañán, recogiendo los soldados que dispersó la terrible derrota de Medina de Rioseco, en 1808.

Del mueble leonés, que tiene caracteristicas propias dentro de las generales del hermoso mueble español, hay en León ejemplares notables, en nogal, haya y castaño, maderas que en nuestras montañas y en el Bierzo son una riqueza extraordinaria, y no tan conocida ni explotada como debía; ¡lo que ocurre con todos los tesoros de esta tierra verdaderamente pródiga en naturales productos, porque a esta provincia se pueden aplicar con toda exactitud los elogios que San Isidoro dedica a España porque esta tierra es el más acabado y rico compendio de toda España!

No es este lugar de estudiar el mueble leonés; valgan sólo estas



Plaza del Conde.—Portada del palacio del Conde de Luna

notas para que el caminante sensible al arte y a la verdadera elegancia, sepa que aquí puede aliviar su camino recreando el espíritu ante bellezas impensadas. Santo y bueno que patriótica e hidalgamente enseñamos a todos nuestros tesoros, que ello va en pro y honor nuestro, pero ningún leonés, digno de este nombre, debe vender ni de ninguna manera perder para León ni un mueble antiguo, ni un clavo viejo ni nada de lo que debe guardarse en el arcón de los timbres de nobleza o en el relicario de los recuerdos familiares.

¡Guzmanes! ¡Quiñones!

Cerramos este capítulo con la fachada del palacio do vio la gloria de Don Suero de Quiñones, el del «Paso Honroso».

Otra Ciudad de León

CAPITULO ÚNICO

Otra Ciudad de León

HA terminado la excursión que, en amor y compañía, hemos hecho tú y yo —¡oh! caminante amigo— a la muy noble, muy vieja, muy plena de glorias y valores, Ciudad de León.

Pero al llegar aquí, tal vez tú, algo cansado de mi charla insustancial, tengo que hacerte una revelación aplastante. Y es que aquí hay dos ciudades y yo no te he enseñado más que una.

Te queda, pues, por explorar y recorrer otra ciudad de León. La nueva ciudad de León.

No un ensanche de la vieja, sino una verdadera ciudad completamente nueva, más amplia, más extensa, más poblada, que va dejando dentro del río y las carreteras, que ha convertido prados en solares, que cubre todo el frente occidental del León antiguo, desde las viejas eras de Renueva hasta cerca de Puente Castro, con un fondo que comienza en la Plaza de Santo Domingo y va abriéndose camino más allá de la carretera de Zamora, y va uniendo a la ciudad los pueblos de Trobajo y Armunia y San Andrés... y va alejando la Catedral en una perspectiva remota.

Ello es cosa de unos treinta años; caso único en España. Formidable ímpetu de construcción, de mejora y progreso material, de avance rápido y firme, de movilización del capital y del trabajo, de voluntad y constancia y valentía.

Ninguna ciudad española ha progresado como esta de León en tan poco tiempo, en una ruta desenfrenada hacia un porvenir indiscutiblemente brillante; porque cuenta, lector, que la fiebre se mantiene y es insospechable el límite de este camino emprendido con tanto denuedo y gallardía.

Anchas avenidas, plazas enormes, calles sin número, casas altas y en su género indudablemente hermosas, hotelitos, rascacielos, lujo en la construcción y en la pavimentación y en las instalaciones a la última moda, almacenes, garajes, fábricas, comercios, oficinas, sanatorios, toda una ciudad limpia, ventilada, ¡nueva!

Recórrela, caminante amigo, y quedarás admirado.

Yo también admiro todo eso, pero perdóname si no te acompaño. Porque ese León admirable no es «mi León».

Te espero en el Claustro de la Catedral, en el rebanco al lado de la lápida de Copín imagenero, que es el sitio de mi descanso habitual y diario.

Y tengo para mí, que después de ver el León viejo y el León nuevo, te quedarás a vivir en León, que es lo que yo hice hace unos cuarenta años, al hechizo de la Catedral.

INDICE

Cap. Págs.

Prólogo.

LIBRO I

I. Dedicación. A las almas peregrinas 7
II. La huella de los romanos 15
A.—La Ciudad.
B.—La Villa.
C.—La Muralla.
D.—La Torre de los Ponce.
E.—La Villa romana de Navatejera.
F.—Termas romanas.
III. El Abolengo 31
IV. San Isidoro 39
A.—El Monumento.
B.—El Panteón.
C.—El Infantado.
D.—El Arco de San Isidoro.
E.—El Pendón de Baeza.
V. Cartones de Tapices antiguos 55
VI. Humanidades 63
VII. San Marcos de León 67
A.—El Monumento.
B.—La Iglesia, la Sacristía.
C.—El Museo.
VIII. Tres estampas históricas 79
A.—Guzmán el Bueno.
B.—Juan del Encina.
C.—Los Condes de Luna.

LIBRO II

I. La Catedral 85
II. Estampas de la Catedral 91
III. Catedral de la emoción 95
IV. Catedral en el camino de Santiago 99
V. La calle de la Canóniga vieja 105

Cap.		Págs.
VI.	La Catedral por fuera	111
VII.	Interior de la Catedral	117
	II).—El Coro y el Antecoro	
	III).—Sepulcros.	
	IV).—Las Capillas.	
VIII.	De la Catedral al Claustro.	147
IX.	En el Claustro	155
X.	La rogativa.	163
XI.	¡Lector!	169

LIBRO III

I.	Por la vieja Ciudad	175
	Un notable monumento civil del siglo XII.	
II.	Bellos rincones y calles evocadores	179
	El Corral de San Guisán.	
	La calle de Matasiete.	
	La Sombra de Don Gutierre.	
	Plaza del Mercado.	
	El jardín de San Francisco.	
	El Barrio de Santa Ana.	
	Plaza de San Isidoro.	
	Palacios reales en León.	
	Plaza de San Froilán.	
	Plaza del Vizconde.	
	Renueva.	
	El Barrio de Santa Marina.	
	La Barriada de San Martín.	
III.	La Plaza Mayor	215
IV.	Casas Nobles	219
	La Casa de San Marcelo.	
	Casas Consistoriales.	
	La Casa de los Guzmanes.	
	Casa torreada.	
	En la calle de la Rúa.	
	En la calle del Escorial.	
	En Puerta Obispo.	

Cap. Págs.

La portada de la calle del Arco de las Ánimas.
En la calle de San Pelayo.
En la Plaza de San Marcelo.
En la calle de Serranos.
Casa del Marqués de Villasinda.
Torres de Omaña.
En la calle del Cid.
El Corral de Villapérez.
Otras casas típicas.
El Escudo Catedralicio.

V. Cosas notables en Iglesias y Conventos..... 237
En San Marcelo.
En Santa Marina la Real.
En San Martín.
En Santa María del Mercado.
En el Convento de la Concepción.
En el Convento de Carbajal.
En el Convento de las Descalzas.
En el Convento de Recoletas.
En el Convento de San Francisco.
En Palat del Rey.
En el Salvador del Nido.
En Santa Nonia.
En San Lorenzo.
En San Pedro de los Huertos.

VI. Más documental..... 247
Puerta de la Reina.
Puerta Castillo.
Fuentes artísticas.
Los Archivos.
Hierros artísticos.
Un trozo de pintura mural.
Madera labrada y dinteles leoneses.

VII. Otra Ciudad de León..... 259

Colofón.

Colofón

Ornanda es dignitas domo
non ex domo dignitas tota
querenda.

(En la portada del Palacio
de los Guzmanes.)

G 15485